La Guerrera
Jane Feather




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

## *Prólogo*

***1617***

***Rothbury House***
***Yorkshire, Inglaterra***

-¡Milord, ahí vienen!

William Decatur, conde de Rothbury, estaba escribiendo un documento; al oír el anuncio levantó la vista y apoyó con cuidado la pluma sobre el tintero de plata. Sus ojos, de un azul tan intenso como un amanecer de verano, daban la impresión de atravesar al mensajero.

-¿Están cerca?

-A un kilómetro y medio, milord, y se acercan a todo galope.

El mensajero se secó la frente con un mugriento pañuelo de lienzo. Le rodeaba una especie de nube que hedía a sudor y a caballo.

El conde esparció arenilla sobre el pergamino, dejó caer cera derretida de una vela encendida sobre su firma e imprimió en ella su anillo de sello. Sin prisa, apartó hacia atrás la silla de roble tallado y se puso de pie. Nada dejaba entrever su semblante.

-¿Cuántos son?

-Un batallón completo, por lo menos, señor. Caballería e infantería.

-¿Al mando de quién? - El mensajero titubeó.

«¿Al mando de quién?» La pregunta restalló como un disparo de mosquete.

-Llevan el estandarte de Granville, señor.

William Decatur dejó escapar un suspiro.

La puerta se abrió a espaldas del mensajero. El movimiento era suave e inseguro; la mujer que entró no mostraba suavidad ni inseguridad.

-¿Ya vienen? - preguntó la mujer, con los ojos clavados en el conde con dolorosa intensidad-Quieren echarnos de nuestra casa, ¿no es así, milord?

-Sí, Clarissa, así es.

La mirada de los ojos azules del hombre, posada sobre la mujer de cabellos castaños y sobre el niño de ojos enormes que estaba junto a ella, era inescrutable. El niño que Clarissa llevaba en el vientre, bajo el cinturón del que pendía el gran anillo con las llaves de la casa, sólo se notaba por un leve engrosamiento de su cintura y por el gesto con que apoyaba una mano en el vientre y otra sobre el hombro ya robusto de su hijo, gesto con el que pretendía proteger tanto al hijo por nacer como al nacido.

-Te llevarán - dijo ella, reflejando en su rostro el esfuerzo que hacía para controlar el temblor de su voz-Y entonces, ¿qué será de nosotros, milord?

La dureza y la amargura que daban cuenta del resentimiento de su esposa, quien se negaba a comprender la potencia del impulso de conciencia que inducía a William a realizar semejante sacrificio de arrojar a su familia al exilio, a la pobreza, a ensuciar el apellido de una familia orgullosa con el cruel calificativo de traidor, le hizo encogerse.

Antes de que él pudiese responder, el estrépito de cascos llegó por la ventana abierta. Clarissa ahogó una exclamación y el niño, Rufus, vizconde de Rothbury, hijo y heredero del ahora en desgracia conde de Rothbury, dio dos pasos y se acercó a su padre, como para diferenciarse de la debilidad de la mujer.

El conde bajó la vista hasta el niño de cabellos rojos y se encontró con la límpida mirada azul de su hijo, tan intensa y directa como la suya. William le dirigió una semisonrisa que llevaba consigo la profunda compasión que sentía por ese niño a quien se le arrebataría el derecho que le correspondía por nacimiento y se condenaría a vivir como un proscrito. Luego, apoyó una manó en el hombro de su hijo y lo llevó hasta la ventana abierta.

Caía la noche; la fuerza invasora se acercaba de manera inexorable, fila tras fila, avanzando por el sendero de grava que había ante la fachada gastada por el tiempo de la casa solariega isabelina. Los soldados iban armados con picas y mosquetes y los infantes marchaban detrás de las tres filas de caballería. En la brisa del anochecer flameaba el estandarte real de James Stuart, rey de Inglaterra.

Sin embargo, no fue el pendón real el que provocó rayos en los ojos del conde. Era la bandera que flameaba junto a él. El estandarte de la casa de Granville. Y, junto a él, George, marqués de Granville, montando su gran potro negro, con la cabeza descubierta, y sus manos enguantadas apoyadas con ligereza sobre la silla.

Un heraldo sopló la trompeta haciendo sonar una larga nota y, desde abajo, una voz bramó:

-William Decatur, conde de Rothbury, por este acto, en el nombre del Rey se te ordena que te rindas a la justicia de Su Majestad.

Fue como si se hubiese roto un hechizo en ese ámbito. El conde se volvió y se dirigió hacia el hogar. Sus dedos se desplazaron sobre la piedra y, lenta y silenciosamente, ésta se abrió dejando al descubierto el lóbrego espacio cavernoso que se usaba, en otros tiempos, para ocultar a los sacerdotes.

-Clarissa, ya sabes lo que tienes que hacer. Llévate a Rufus y vete. Mis hermanos están aguardándote más allá del soto. Yo retendré a esta canalla aquí hasta que vosotros estéis lejos y a salvo.

-Pero, William...

La voz de Clarissa fue apagándose y la mano que había extendido hacia su esposo quedó suspendida en el aire.

-Yo iré detrás de ti - dijo él, cortante-Ahora, haz lo que te digo y vete.

Una esposa no desobedecía a su esposo, ni siquiera en situaciones extremas como ésa. Clarissa tomó de la mano a su hijo, pero éste se soltó.

-Yo me quedaré con mi padre.

El niño no miró a su madre pues su intensa mirada estaba fija en su padre. De ese modo, William comprendió que su hijo sabía la verdad: que el conde de Rothbury no se reuniría con su esposa y su hijo en el exilio. Que no huiría de la justicia del Rey para no merecer el mote de cobarde además del de traidor. El conde tomó al niño por los hombros y le dijo, en voz queda:

-Tú debes cuidar de tu madre, Rufus. Ahora eres su escudo y su adarga; a ti te toca vengar nuestro honor.

Dejó al niño y se acercó a la mesa; tomó el pergamino y lo enrolló con cuidado. Se lo tendió al niño.

-Rufus, hijo mío, en este momento, deposito en ti mi más solemne confianza en que me vengarás ante la casa de Granville y que llevarás con orgullo nuestro apellido, aun ante aquellos que lo juzguen deshonrado. Por tus acciones, convertirás a Rothbury en el paradigma de la verdad, la justicia y el honor, aunque estés condenado a vivir fuera de la ley, a forjar tu propio mundo, tu propia verdad y tu propio honor.

Rufus recibió el pergamino y tragó saliva. Tuvo la sensación de que el peso mortífero de las palabras de su padre le habían constreñido la garganta. Sólo tenía ocho años, y sus hombros se pusieron rígidos como si se preparasen para soportar la gran carga de responsabilidad que su padre había depositado sobre él.

-¿Juras que lo harás?

-Lo juro - logró articular Rufus, aunque las palabras le sonaron extrañas, como si llegaran desde muy lejos.

-Márchate, entonces.

El padre posó su mano sobre la cabeza del niño, como para una fugaz bendición, besó a su esposa y la invitó a pasar por el hueco abierto en el muro. Rufus echó una breve mirada hacia atrás, y su cabello pareció arder a la luz de la lámpara de petróleo que el mensajero sostenía en alto; sus ojos, que ya no tenían la expresión inocente y cándida de un niño de ocho años, exhibían el presagio de la pérdida y el mortífero peso de la verdad. Luego, se volvió y siguió a su madre, que marchaba en la oscuridad.

El mensajero fue tras ellos y la puerta de piedra se cerró, girando en silencio sobre sus goznes bien aceitados.

William dejó la habitación. Descendió el ancho tramo de escalera de piedra hasta el corredor, salió al anochecer y se detuvo en el primer escalón observando a sus acusadores. Miró a los ojos al hombre que, en otro tiempo, había considerado su amigo, al hombre que ahora llegaba para despojarlo de su casa, de sus tierras, del honor de su familia.

Por un momento, los dos hombres se miraron en silencio, un silencio que se extendió entre ellos tenso como la cuerda de un arco. Entonces, William Decatur habló en voz que, aunque baja y llena de amargura, tenía la fuerza de una bala de plomo.

-De modo que así es como honras la amistad, Granville.

George, marqués de Granville, espoleó a su caballo adelantándose, traspasando la primera fila de la caballería y levantó una mano enguantada como para protestar.

-William, yo no he venido como enemigo, sino como...

-¡No me insultes, Granville! - fue la furiosa réplica que interrumpió las palabras del otro -Sé qué clase de sujeto eres; te digo que tú y tus herederos pagaréis esta afrenta. ¡Lo juro, por la sangre de Cristo!

Alzó la mano que tenía al costado, descubriendo el opaco cañón plateado de una pistola de pedernal.

Los cuervos giraban, chillando, sobre los aguilones mientras el horrendo estrépito de la explosión iba desvaneciéndose en el silencio estupefacto que lo siguió. William Decatur, conde de Rothbury, estaba tendido al pie de la escalinata de su casa; la sangre salía de su cabeza formando un charco espeso y oscuro. Sus ojos, que ya no veían, estaban fijos en lo alto, en los cuervos que sobrevolaban en círculos, en las nubes que encapotaban el cielo, en el primer guiño débil de la estrella vespertina.

Se adelantó un soldado que llevaba una antorcha de brea. Una ráfaga de viento hizo oscilar la llama azul y anaranjada. El soldado pasó sobre el hombre caído y arrojó la antorcha por la puerta abierta.

George Granville permaneció inmóvil sobre su caballo. Él había ido a supervisar cómo se ejecutaba la justicia del Rey. Había ido a suavizar esa justicia, a colaborar con su antiguo amigo para evitar lo peor. Pero, ahora, sus intenciones se habían esfumado en el viento.

El conde de Rothbury estaba muerto frente a su casa en llamas, y su heredero, un niño de ocho primaveras, había sido arrojado al mundo, fuera de la ley de los hombres, con una carga de venganza que pesaba sobre sus hombros de niño. George Granville sabía que, al crecer, el muchacho seguiría llevando esa carga consigo. Rufus Decatur era digno hijo de su padre.

## *1*

***Diciembre de 1643***

***Edimburgo, Escocia***

En la habitación sin ventanas flotaba un humo acre proveniente del fuego de turba que ardía, sin mucho entusiasmo, en el hogar. La vieja bruja que revolvía un caldero tosía, de vez en cuando, y ese sonido bronco era el único que se oía. Fuera, había una gruesa capa de nieve que cubría un mundo blanco y muerto y pesados copos caían flotando desde un cielo gris como de acero.

Un montón de trapos acurrucado bajo una manta acribillada por las polillas se quejó y se movió produciendo un crujir de pajas bajo su cuerpo huesudo.

-¡Coñac, mujer!

La vieja miró por encima del hombro a ese bulto que yacía en un rincón, y escupió en el fuego. El escupitajo siseó sobre la turba.

-La chica ha ido a buscar... sólo el Señor sabe con qué lo pagará.

El bulto volvió a quejarse. Un brazo debilitado empujó la manta, sin fuerzas, y Jack Worth se incorporó con esfuerzo apoyándose sobre un codo. Con los ojos entrecerrados, su mirada recorrió la habitación llena de humo. No había mejorado nada desde la última vez que la miró y, por lo tanto, volvió a tenderse sobre la paja. Sentía el suelo de tierra duro y frío bajo la delgada capa de paja maloliente; la presión sobre su cuerpo estragado resultaba dolorosa.

Jack quería morir, pero la chispa de la vida era persistente. y, si no podía morir, quería coñac. Portia había ido a buscar coñac. El cerebro debilitado del hombre era capaz de retener esa idea. En el nombre de Lucifer, ¿dónde se habría metido ella? No pudo recordar a qué hora había salido, a pesar de la tormenta. La tempestad de nieve impedía detectar las señales que indicaban el paso del tiempo; tanto podía ser la medianoche como el amanecer.

Sentía como un fuego en los miembros arrasados por el dolor, le ardían los ojos en sus cuencas, le dolía cada centímetro del cuerpo y esas mortíferas ansias lo consumían de tal modo que lanzó un grito, pero lo hizo con tan poca fuerza que la vieja que estaba ante el fuego ni siquiera se volvió.

La puerta se abrió. Un aire helado removió el ambiente viciado y el humo se elevó formando figuras que parecían derviches. La muchacha que cerró la puerta con una patada era delgada como un alambre; sin embargo, emanaba de ella una energía nerviosa que, en cierto modo, ponía vida en la mugre pestilente de ese cuchitril.

-Coñac, Jack - dijo la muchacha.

Se acercó al jergón y sacó un pequeño frasco forrado de cuero del interior de su capa deshilachada. El agrio hedor del coñac y de la carne en decadencia que emanaba del hombre acostado en su lecho de enfermo le hizo fruncir la nariz, pero de todos modos pasó un brazo bajo el cuello flaco del hombre y lo alzó, mientras quitaba el tapón con los dientes. Su padre temblaba con tanta fuerza que a ella le costaba trabajo sostener el frasco junto a sus labios. Le castañeteaban los dientes, sus ojos sin vida la miraban desde su rostro macilento, donde los huesos de la calavera se marcaban con nitidez.

El hombre logró tragar un sorbo del fuerte licor y, mientras resbalaba por su garganta, sus dolores disminuyeron un poco, desaparecieron sus temblores y pudo sostener el frasco con una mano que asemejaba una garra, sin despegarla de sus labios hasta que hubo bebido la última gota.

-¡Maldita sea, nunca es suficiente! - exclamó-¡Por qué no has traído más, muchacha!

Portia se acuclilló, apoyándose en sus talones, y contempló a su padre con una mezcla de desagrado y compasión.

-Es todo lo que pude permitirme. Por si lo hubieras olvidado, hace mucho tiempo que no contribuyes a llenar las arcas de la familia.

-¡Insolente! - refunfuñó él, y sus ojos se cerraron.

Se quedó tan inmóvil que, por un instante, Portia creyó que la muerte le había dado la paz, por fin, pero un minuto después sus ojos se abrieron. En medio de la espesa barba desordenada, sus labios estaban salpicados de saliva; el sudor se destacaba contra la palidez verdosa de su frente y corría por sus mejillas hundidas.

Portia le secó el rostro con la punta de la capa. El estómago de la muchacha estaba tan vacío que se le adhería a la columna vertebral y las conocidas náuseas provocadas por el hambre le daban mareos. Se puso de pie y fue hacia el fétido fuego.

-¿Eso es potaje?

-Sí, ¿qué otra cosa iba a ser?

-Cierto, qué otra cosa - dijo ella, agachándose en el suelo, junto al caldero.

Muy pronto, en su vida, Portia había aprendido que los mendigos no podían ser melindrosos; echó un poco del aguachento menjurje en un cuenco de madera con tanto entusiasmo como si fuese la mayor exquisitez, digna de la mesa de un rey.

Con todo, eran unas gachas poco consistentes que dejaron su hambre casi intacta. En su visión interna bailotearon tentadoras imágenes de pan, de queso, que le hicieron la boca agua, pero lo poco que ella lograba ganar en la taberna del Rising Sun tirando cerveza, respondiendo a las obscenidades en el mismo tono, haciendo la vista gorda a las manos que toqueteaban su cuerpo, al mismo tiempo que metían alguna moneda en su escaso busto, se usaba para comprar el coñac que apaciguara la adicción devastadora de su padre. Esa adicción que estaba matándolo poco a poco.

-¡Por... Portia! - exhaló él, y ella se acercó rápidamente a él-En mi caja... hay una carta... búscala... rápido.

Daba la impresión de que alguien le arrancaba cada palabra con una tenaza al rojo.

Portia fue hasta donde estaba la pequeña caja de cuero que era la única posesión de los dos, además de los harapos que llevaban sobre sus espaldas. La trajo y la abrió sin demasiada curiosidad, porque conocía de memoria su contenido. Cualquier otro objeto de valor había sido vendido hacía ya mucho tiempo para pagar la bebida.

-En el fondo, detrás de la seda.

Portia deslizó sus dedos tras el raído forro y tocó el pergamino crujiente y áspero. Lo sacó y se lo entregó a su padre.

-Cuando yo ya no esté, tú tendrás que enviársela a... enviársela a... - Lo interrumpió un violento ataque de tos; cuando pasó, él estaba demasiado agotado para proseguir y debió recostarse otra vez. Después de un minuto, bajo la mirada de Portia que observaba sus agónicos esfuerzos, reanudó la frase- : Envíasela a Lammermuir, al castillo de Granville. Lee la dirección.

-Castillo Granville, Lammermuir, Yorkshire.

-Envíala por correo. Cuando yo me haya ido - dijo el padre, y su voz se apagó, pero buscó con su mano la mano de ella, y ella se la dio- Eso es todo lo que puedo hacer por ti, Portia - dijo, y sus dedos oprimieron los de su hija con una fuerza que ella ignoraba que él aún tuviese.

Entonces, como si el esfuerzo lo hubiese derrotado, la mano del padre se abrió y cayó.

Una hora después, Jack Worth, medio hermano de Cato, marqués de Granville, murió tal como había vivido, en un sopor de alcohol y sin un penique.

Portia cerró los ojos de su padre.

-Debo sepultarlo.

-La tierra está dura como el hierro - declaró la vieja bruja, sin mucha voluntad de cooperar.

Portia apretó los labios.

-Me las arreglaré.

-No tienes dinero para un entierro.

-Yo misma cavaré la tumba y lo sepultaré.

La vieja se encogió de hombros. Hacía más o menos un mes que ese hombre y su hija se alojaban en su choza; ella ya se había formado una idea bastante clara del temperamento de la muchacha: no era de las que se dejaban derrotar fácilmente.

Portia dio vueltas en su mano al pergamino. No tenía dinero para enviarlo y no conocía a nadie que pudiese pagar el franqueo. Ni siquiera sabía si aún funcionaba el correo entre Edimburgo y York, teniendo en cuenta que la guerra civil arrasaba las tierras del Norte, al otro lado de la frontera escocesa. Aun así, ella no podía ignorar las instrucciones que le había dado su padre antes de morir. Él quería que su medio hermano recibiera la carta, y ella tendría que hallar el modo de hacerlo.

Después, ¿qué haría? Paseó la mirada por el lúgubre cuchitril. Podría quedarse allí mientras durase el invierno. En la taberna podría ganar lo indispensable para vivir, y la vieja no la echaría en tanto ella pudiera pagar por el jergón de paja y el tazón cotidiano de gachas. Y, como no tenía que mantener la adicción de Jack, podría ahorrar un poco. En la primavera, podría mudarse... a cualquier otro sitio.

Pero antes tenía que enterrar a su padre.

-Milord... milord. Excúseme, milord.

Al oír esa voz entrecortada por la falta de aliento, de alguien que jadeaba detrás de él, en el patio del castillo, Cato, marqués de Granville, alzó la vista. Se volvió, sin retirar la mano del terso cuello negro del caballo de guerra que estaba examinando.

-¿Y bien? - preguntó, arqueando una ceja, al muchacho que le tendía un pergamino lacrado sin hablar, pues no podía recobrar el aliento para poder seguir haciéndolo.

El muchacho metió las manos congeladas bajo las axilas, para protegerlas del cruel frío de enero que soplaba desde las colinas de Lammermuir.

Cato tomó el documento. Esa escritura desordenada le era desconocida. Las letras se extendían por todo el papel, como si la mano que las había trazado no tuviese la suficiente fuerza para sostener la pluma. Dio vuelta al pergamino e inhaló con fuerza. El sello pertenecía a su medio hermano.

-Después de todo, esta mañana no voy a salir a cabalgar, Jebediah.

-Bien, milord.

El caballerizo tomó el cabestro del caballo y lo condujo de vuelta al pesebre.

-Ah, tú, muchacho - dijo el marqués, mirando por encima del hombro al abandonado mensajero que había recuperado el aliento y exhalaba nubecillas de vapor en el aire cortante, y tenía la nariz enrojecida por el frío-¿Tú vienes de la oficina de correos de York?

El muchacho asintió con vehemencia.

-No sabía que el correo seguía funcionando.

-No siempre llegan a destino, milord. Pero el portador que llevó la saca donde iba esto se aseguró el paso cruzando la frontera junto con lord Leven.

Con aire sombrío, Cato asintió indicando que había comprendido.

-Ve a la cocina. Allí te atenderán antes de que regreses a la ciudad.

El marqués siguió su camino cruzando el patio interior hacia la torre de homenaje donde residía la familia. En el aire helado vibró el toque de una trompeta que llegaba desde los campos que estaban más allá del foso del castillo. Ese sonido fue seguido por la voz de un sargento instructor y por un redoble de tambor. La nieve que cubría la plaza de armas, que

otrora había sido un sembradío de trigo, sofocaba el ruido de los pasos de la milicia que se entrenaba.

El marqués entró en el edificio por una puerta estrecha. En los antiguos muros de piedra parpadeaban antorchas de brea colocadas en sus soportes, iluminando las pesadas losas que él iba pisando. A pesar de que había tapices colgados de las paredes, era difícil suavizar el aspecto militar, defensivo de esa fortaleza interior que, durante siglos, había protegido a las familias de la casa de Granville de los merodeadores y de los bandoleros que asolaban la frontera entre Escocia e Inglaterra, y de los ejércitos fuera de la ley que, en forma periódica, arrasaban la tierra desde los tiempos del Conquistador.

Él subió los peldaños de piedra que conducían fuera del vestíbulo y el ambiente cambió, se hizo más doméstico. Allí habían ampliado las ventanas y les habían puesto cristales para permitir que entrase la luz, había alfombras que ablandaban las lajas del suelo, y los abundantes tapices eran gruesos. Torció al llegar a un corredor y entró en su propio refugio dentro del bastión.

Se quitó la gruesa capa y los guanteletes de cuero. En el hogar ardía un fuego de troncos; él se inclinó para entibiarse las manos, luego se enderezó, giró lentamente ante el calor del fuego, como un cordero al espetón y, tras romper el lacre del pergamino, abrió la carta de su medio hermano.

Calle St. Stephen, Edimburgo, diciembre de 1643

Mi querido hermano:

Cuando leas ésta, podrás estar seguro de que he ido en pos de mi justa recompensa: las honduras del infierno, sin duda. Pero estoy dispuesto a pagar el precio por una vida como la que he vivido. (¡Ah, me imagino tu ceño dolido, Cato! Un alma recta como la tuya no podría entender, jamás, los placeres que se encuentran en los excesos.)

Has de saber que estoy pagando por mis pecados y la vida que he vivido; ahora concédeme una muestra de la bondad de tu corazón y de la caridad que fluye tan dulcemente por tus venas, ¡cómo yo bien lo sé! Se trata de mi hija, Portia.

Ella ya ha sufrido conmigo, pero no tiene por qué sufrir sin mí. ¿La acogerías y la tratarías con bondad? Ella no tiene lazos de familia contigo, la pobre pequeña bastarda y, sin embargo, yo te pido este favor a ti, que eres la única persona que podría hacerlo.

Tu siempre degenerado hermano

JACK

Cato estrujó el pergamino. Podía imaginar el tono irónico y burlón de Jack en cada palabra. No le cabía duda de que, en ese momento, debía de estar alimentando los fuegos del infierno, tan impenitente como siempre.

Se inclinó para echar la carta a las llamas pero luego se detuvo. Lanzó un suspiro y alisó la hoja, dejándola sobre la mesa de roble, estirando las arrugas con la palma de la mano. ¿Cuándo habría muerto Jack? La carta estaba fechada el mes anterior. Podría haber demorado algún tiempo, hasta tres semanas, en llegar a Granville. ¿La muchacha estaría aún en Edimburgo? ¿La encontraría en la calle St. Stephen? En el nombre del Señor, ¿cómo podría encontrarla con la conmoción que había en la frontera?

En aquella soleada tarde de su boda, dos años y medio atrás, él se había convencido de que la guerra civil era inevitable. El rey Charles había llegado muy lejos en su impulso de gobernar el país de manera absoluta. El gusano, encarnado en el Parlamento, se había dado

vuelta. Ya hacía dos años que el país estaba desgarrado, que había familias divididas, hermano contra hermano, padre contra hijo. Había habido batallas, numerosas batallas y, a pesar de la horrenda carnicería, la victoria no había favorecido a ninguno de los bandos. El invierno había traído una suspensión de las batallas y cuando llegó el frío Año Nuevo de 1ó43, los ingleses habían retenido el norte de Inglaterra. Sin embargo, ahora enfrentaban un nuevo desafío. El ejército escocés había levantado el estandarte del Parlamento y, encabezado por lord Leven, acababa de atravesar la frontera por Yorkshire trayéndole fuerzas para luchar contra las fuerzas militares leales al Rey, en el Norte.

Cato fue hasta la estrecha ventana de la torreta. Desde allí, podía ver a su propia milicia entrenándose. Era una milicia que, en principio, él había reclutado en nombre del Rey. Los soldados creían que habían sido armados y que se preparaban para luchar por el rey Charles a la orden de su señor, sin saber que las lealtades de su señor ya no eran una cuestión tan simple.

Al comienzo mismo de esta guerra civil, Cato no había tenido más alternativa que apoyar a su Rey y a la causa realista. En aquel momento, en ocasión de una insurrección civil, para un Granville era impensable hacer otra cosa que apoyar al Rey. Él había reunido hombres y dinero en nombre del Rey y había seguido en posesión de su castillo, situado en la frontera, para su soberano. Sin embargo, de manera lenta e inexorable, había ido creciendo en él la convicción de que la causa del Rey era equivocada, de que el Rey estaba destruyendo la vida y la libertad de sus súbditos. Sus consejeros lo desviaban del buen camino por equivocación... sino por pura maldad; ningún individuo que amara de verdad a su patria podía apoyar a un soberano tan terco. Tan ciego ante las necesidades y los derechos de su pueblo. En ese segundo año de guerra, Cato Granville ya estaba dispuesto a dar la espalda al Rey y levantar su estandarte por el Parlamento y la causa de la libertad.

Aun así, la oposición a su soberano iba contra todos los dogmas heredados por él; por eso no había hablado, todavía, de su cambio de bando en el ámbito de su propio hogar; menos aún de hacer público su apoyo al Parlamento. Sin embargo, se acercaba el momento en que ya no tendría más alternativa; cada día volvía a prepararse para ese momento.

Cato se volvió de espaldas a la ventana, sacudió la cabeza con brusca impaciencia y tomó de nuevo la carta de Jack.

Sólo había visto una vez a su hija; había sido en el día de su propia boda, el mismo día en que habían decapitado a Strafford en Tower Hill. Tenía de ella un recuerdo vago: delgada, sucia, pecas, llamativo pelo rojizo y unos ojos verdes y rasgados como los de Jack, semejantes a los de un gato, y que tenían el mismo brillo intenso y burlón de los de su padre. También tenía la muchacha el mismo tono insolente, recordó Cato con disgusto, haciendo una mueca.

Ya tenía bastante en qué ocupar su tiempo sin tener que hacerse cargo, además, de una huérfana sin parientes ni fortuna que la respaldasen. Volvió a estrujar la carta y ya estaba por arrojarla al fuego cuando se detuvo de nuevo. No podía rechazar el pedido de su hermano moribundo. El pedido de un moribundo contenía toda la fuerza de un imperativo moral; por poco dispuesto que estuviese, tenía que hacer algo por la niña.

Abandonó el cuarto del bastión y avanzó por el corredor hacia el salón comedor cuadrado, donde encontró a su esposa y a su hija desayunando. Tuvo la inconfundible sensación de que había interrumpido algo desagradable.

Cuando él entró, Diana lo miró: la boca de ella estaba un poco más tensa que de costumbre, sus bellos ojos almendrados manifestaban irritación, sus cejas bien dibujadas se arqueaban, expresando enfado. Al ver a su esposo, la irritación se borró de sus facciones con la misma facilidad con que un paño húmedo borraría la tiza de una pizarra. Olivia, con sus grandes ojos negros un poco desviados, apartó su silla hacia atrás, hizo una breve reverencia y volvió a sentarse.

-Bu... buenos días, señor.

-Buenos días, Olivia.

Cato se puso ceñudo, preguntándose cuál sería la causa de la tensión de ese momento entre su esposa y la hijastra de ésta. Olivia tenía con su madrastra una actitud de rígida cortesía, casi muda, aunque Diana no tenía, en su corazón, más interés que el bien de la niña, hasta donde él podía saber.

Diana dijo:

-Milord, tú no acostumbras a desayunar con nosotros. - Aunque su voz era ligera, se notaba en ella un matiz áspero que trascendía al intento de disimulo.

Olivia solía preguntarse si su padre tenía alguna noción de la insatisfacción que le provocaba a Diana la vida en esa zona helada del Norte, metida en un castillo fortificado, lejos de las alegrías y los placeres de la corte. Al parecer, él pasaba por alto las cotidianas reminiscencias de su esposa en relación con las pasadas glorias de la corte, los murmullos nostálgicos en los que expresaba lo culpable que se sentía por no estar junto a la Reina en esos momentos aciagos. Cato tampoco advertía los ocasionales comentarios de su esposa con respecto a lo valioso que sería el marqués de Granville para el Rey y sus consejeros, siempre que pudiese discernir con claridad cuál era su deber: reunirse con el Rey en Oxford, donde se había recluido la corte desde el comienzo de la guerra.

Tristemente, Olivia llegó a la conclusión de que había muchas cosas que su padre no notaba, más aun, no sabía qué habría podido o querido hacer si llegaba a comprender qué sucedía entre su hija y su esposa, la madrastra de aquélla.

-Tenía la intención de salir a cabalgar, pero llegó un mensajero de Edimburgo, trayéndome la noticia de la muerte de mi medio hermano, señora.

Cato se sentó en un sillón tallado a la cabecera de la mesa y levantó el jarro de cerveza que había aparecido ante él como por arte de magia. Bebió, se sirvió solomillo y untó de dorada mantequilla una rebanada de pan de cebada.

Un estremecimiento de anticipación impulsó a Olivia a quebrar su acostumbrado silencio defensivo y lanzar una breve catarata de palabras:

-¿Se trata de Po... Portia, padre?

-Mi querida Olivia, estoy segura de que si respiraras más profundamente, como te lo he dicho tantas veces, lograrías controlar ese infortunado defecto - dijo Diana, con una de sus dulces sonrisas-Te resultará difícil conseguir un marido si no puedes hablar con claridad.

Dio una palmada en la mano de Olivia. Ésta retiró su mano con brusquedad y la dejó en el regazo. Apretó los labios y posó la vista en el plato, destruida ya su necesidad imperiosa de hablar.

-Mi hermano me escribió acerca de Portia - dijo Cato.

Olivia levantó la vista; le era imposible fingir indiferencia. Cato siguió diciendo, tranquilo:

-En su lecho de muerte, él quiso que yo trajera a su hija a esta casa.

-Tú no eres responsable de la vida de una bastarda, milord - señaló Diana con suave sonrisa.

-Mi hermano reconoció eso. Pero, si examino mi conciencia, no puedo abandonar a la muchacha: ella es mi sobrina consanguínea.

Ante la mínima oportunidad que tuviese, Diana arruinaría esa maravillosa posibilidad. La desesperación y el entusiasmo impulsaron a Olivia a hablar:

-A mí me gu... gustaría que ella viniese - resolló, enrojecidas sus mejillas que, por lo general, estaban pálidas. Las cejas de Diana desaparecieron bajo la espuma de artísticos rizos arracimados sobre su blanca frente.

-Mi querida Olivia, es probable que ella no sea una compañera apropiada para ti... con el padre espantoso que ha tenido - evocó, estremeciéndose de delicada repugnancia-Perdóname, milord, por hablar con tanta franqueza de tu medio hermano, pero... bueno, tú sabes qué quiero decir.

Cato asintió con expresión sombría.

-Ya lo creo.

-¡A mí me gustaría mucho que vi... viniera Po... Portia! - repitió Olivia, tartamudeando más a influjos de la emoción. Diana abrió de un golpe su abanico.

-No te corresponde a ti decirlo, querida mía - la regañó, disparando las flechas de fuego de sus ojos a Olivia, desde atrás de su abanico. Cato no dio señales de oír el comentario de su esposa.

-Me había olvidado de que tú la habías conocido en una ocasión, en la boda, Olivia. ¿En ese momento te encariñaste tanto con ella?

Olivia asintió, pero no se atrevió a seguir hablando.

-Tal vez puedas enseñarle nuestros modales - reflexionó Cato.

En su cabeza daba vueltas la idea de que su hija tuviese una compañera. En una ocasión, había propuesto que Phoebe, la hermana menor de Diana, les hiciera una larga visita pero, cada vez que él mencionaba el tema, Diana presentaba alguna objeción a la propuesta. Cato sabía que, en realidad, ella no quería a su hermana pues la consideraba torpe y exasperante, y por eso no había insistido.

-¿Cuántos años tiene la chica? - preguntó Diana. Ella cayó en la cuenta de que estaba frunciendo el entrecejo y se apresuró a modificar su expresión alisando, con su dedo índice, cualquier línea que hubiese podido quedar.

Cato negó con la cabeza.

-En realidad, no lo sé. Pero estoy seguro de que es mayor que Olivia.

-Sí, lo es - se atrevió a decir Olivia, con una chispa de desafío en los ojos.

Sabía que, si no participaba en absoluto de la conversación, como quería Diana, Portia no iría. Su padre cedería ante Diana, como de costumbre, alzándose de hombros porque tenía cosas mucho más importantes de qué preocuparse. A ojos de Olivia, para su padre todo era más importante que ella.

Con disimulo, ella aferró el pequeño medallón de plata que llevaba colgado del cuello. Dentro del medallón había un anillo hecho con una trenza de cabello. El recuerdo de aquellos maravillosos momentos de amistad que habían llenado la derruida caseta de botes, en aquella tarde de mayo, le daba valor.

-¿No será demasiado mayor para aprender modales? - se apresuró a intervenir Diana-No es que yo quiera insinuarlo pero ¿no sería más dichosa la muchacha si se alojara con alguna familia apropiada, como una buena familia burguesa, donde pudiera aprender un oficio o hallar un marido de su clase? Quizá, si tú ofrecieras una dote... - concluyó, abriendo las manos en ademán indulgente.

Olivia vio que su padre había asimilado el argumento de Diana y estaba a punto de acceder. Entonces dijo, en una voz tan suave y suplicante que ella misma se sorprendió:

-Po... por favor, señor.

Ese tono sorprendió al padre tanto como había sorprendido a la hija. La miró con expresión cautivada y recordó, de pronto, qué niña cálida, de buen carácter y brillante era su hija en otro tiempo. Y después, había sobrevenido aquel invierno cuando apareció el tartamudeo y ella se había vuelto tan retraída. No lograba recordar cuándo había sido la última vez que su hija le pidiera algo.

-Está bien - dijo.

Diana cerró de un golpe su abanico; en medio del silencio, las delicadas varillas de marfil sonaron al dar unas con otras. El semblante de Olivia se iluminó, se esfumaron las sombras de sus ojos y su sonrisa modificó la seriedad de su expresión.

Cato se volvió hacia su esposa.

-Diana, estoy seguro de que Portia aprenderá a adaptarse a nuestro estilo, si tú la ayudas.

-Como tú ordenes, señor - dijo Diana, inclinando la cabeza en gesto de aquiescencia-Quizá podamos darle alguna utilidad. Tal vez en la nursery con alguna tarea ligera. No me cabe duda de que ella querrá demostrar su agradecimiento.

Cato retiró la silla y se puso de pie.

-Claro que sí: puede jugar con los pequeños y ser una compañera para Olivia. Eso sería muy conveniente; dejaré los detalles en tus manos, tú tienes sobrada capacidad para ello, querida mía.

Saludó con la cabeza y se marchó del comedor. La expresión dulce de Diana desapareció.

-Olivia, si has acabado de desayunar, puedes ir a practicar un poco de posturas. Con tanta lectura, se te ha formado una verdadera giba. Ven.

Ella se levantó de la mesa con movimientos graciosos y solemnes; en su espalda y sus hombros no se veía la más leve curvatura.

Mientras apartaba la silla de mala gana y seguía a su madrastra al dormitorio, donde Diana sujetaría la espantosa espaldera a los frágiles hombros de Olivia, ésta pensó que, con razón, nadie podría acusar a lady Granville de haber metido, jamás, sus narices en un libro.

Cato, que ignoraba la cotidiana tortura a que era sometida su hija, salió del castillo y fue a la plaza de armas donde los soldados hacían instrucción. Se detuvo a un costado para observar las maniobras. Giles Crampton, el sargento a cargo, era un maestro en el arte de convertir a un grupo de granjeros y de peones de manos enrojecidas y pies grandes en una unidad disciplinada.

Lo bastante disciplinada como para formar parte del ejército del Parlamento. Más aún, serían un orgullo para éste, cosa que Giles Crampton tenia en mente. Él era el único que conocía el cambio de bando de lord Granville, y estaba del todo de acuerdo con su lord.

El sargento, consciente de la presencia de su señoría en el campo, indicó con un gesto a su ayudante que lo reemplazara en la instrucción y se dirigió, brioso, hacia donde estaba lord Granville, haciendo crujir el suelo congelado a cada zancada que daba.

-Buenos días, milord.

Cato le indicó, con un ademán, que caminara junto a él.

-Tengo un recado para ti, Giles. No sé a qué otra persona podría enviar.

-Yo estoy a sus órdenes, milord. Usted lo sabe.

-Sí, pero se trata de una tarea que tal vez no te agrade - aclaró Cato, ceñudo-Se podría decir que es trabajo de niñera. Y llega en el momento menos oportuno posible. No me resulta fácil prescindir de ti.

El paso firme de Giles no vaciló.

-Continúe, señor.

-Necesito que vayas a Edimburgo, recojas a mi sobrina y la traigas.

Cato le explicó la situación; Giles no dijo nada hasta que terminó.

-¿Quiere que vaya hoy mismo?

-Cuanto antes, mejor. Todavía no hay pelea cerca de la frontera. Leven aún está reuniendo sus tropas.

-Y nosotros iremos con él, ¿no es así, milord?

-Sí. Cuando tú vuelvas de Escocia con la niña, nosotros levantaremos el estandarte del Parlamento.

Lentamente, el semblante de Giles se fue iluminando.

-Eso será digno de verse, milord.

-¿Aceptarán el estandarte los hombres?

-Sí, señor. Ellos aceptan órdenes. Los que piensan un poco ya se inclinan hacia el Parlamento.

-Bien - dijo Cato, extrayendo un pesado bolso de cuero de su bolsillo-Con esto podrás pasar.

-¿Y si la muchacha no quiere venir...?

-En ese caso, no la obligues. Si ella tiene sus propios planes, mucho mejor.

Su hermano no podía pretender que él hiciera algo más que ofrecer un hogar a la niña. Giles asintió de nuevo.

-Pienso que iré por los páramos, pues así serán menores las probabilidades de que me tope con alguna patrulla.

Sonrió con astucia.

-Pero más de toparte con bandoleros - dijo Cato con sombría sonrisa-Rufus Decatur habrá dispuesto a sus espías; nada le agradaría más que tender una emboscada a una partida de hombres de Granville.

-He oído decir que él está reclutando su propia milicia para el Rey - dijo Giles.

-Creo que era de esperar que él terminara por complicarse en la guerra - dijo Cato con acritud. - Es muy probable que él prevea la posibilidad de obtener gordos botines en medio del caos generado por el conflicto. Es, exactamente, la clase de anarquía que contribuye al florecimiento de Decatur.

Regresó al castillo, con la frente crispada como siempre que una cadena de pensamientos le causaba frustración y rabia. Durante treinta y seis años, el clan de delincuentes de los Decatur había vivido en las tierras salvajes y estériles de las Cheviot Hills; desde allí mantenían una guerra de nervios y de depredación contra las tierras, propiedades y fuentes de ingresos de todo aquel que fuera leal a los Granville.

Las bandas de asaltantes que habían convertido la frontera norte en territorio propio, sin ley, durante los reinados de Isabel y de James, al fin se habían sometido aunque la de Decatur perduraba, protegida en su aislada fortificación y moviéndose sin dificultad a un lado y a otro de la frontera escocesa, lanzando ataques contra las propiedades de Granville y manteniéndose fuera de la ley, evadiendo siempre la persecución y la captura.

Rufus Decatur comandaba su banda de delincuentes. Era un individuo de enorme reputación en la región y la leyenda que acompañaba su nombre era más grande aún. A pesar de que fuese el jefe de una banda de asaltantes y ladrones, la gente lo amaba por ello y él retribuía ese amor. Él no les quitaba nada a ellos, salvo lo que le entregaran de buena gana y, a su vez, daba con generosidad cuando su ayuda era necesaria. Incluso desde su punto de vista, cargado de envidia, Cato no podía menos que reconocer que la descastada casa de Rothbury constituía una fuerza benéfica en todo el campo, tal como había sido cuando la familia aún retenía la posesión de sus propiedades y de su fortuna.

Había una excepción en lo que atañía a los asuntos de los Granville. En ese sentido, el odio y la malicia de Decatur no conocían límites. Él acosaba y perseguía, atacaba, destruía, sin perder una sola oportunidad de realizar las fechorías que más pudieran perjudicar al marqués de Granville.

Durante toda su vida adulta, cada día Cato se veía impulsado en contra de Rufus Decatur. Ambos tenían la misma edad. Y ambos habían recibido el título de sus padres. Pero, en tanto Cato había recibido, a la muerte de su padre, el manto y las galas de un poderoso noble de fronteras, Rufus sólo tenía un título sin valor, unas propiedades confiscadas y el recuerdo de su padre, que se había dado muerte para no enfrentar un juicio por traición y la ejecución o una muerte lenta en prisión que hubiesen llegado como consecuencia de ese juicio.

Cato comprendía que, a los ojos de Rufus Decatur, él había heredado la culpa de su padre. Su padre había sido un hombre de temperamento rígido, que no admitía zonas grises en

cuestiones de honor y de conciencia. Cuando William Decatur se atrevió a manifestar francamente su desacuerdo con las acciones del rey James y a conspirar contra los destructivos consejeros del Rey, George Granville no había vacilado en condenar a su antiguo amigo. En su carácter de oficial de frontera, había tenido la responsabilidad de arrestar al traidor y de controlar la aplicación de la justicia real; él había cumplido su deber sin titubeos.

Cato no sabía si, de hallarse en circunstancias similares, habría sido capaz de hacer lo mismo que su padre. Él no poseía la rigidez de su padre y, al contrario, lo atormentaba la capacidad de ver ambos lados de un conflicto. Con todo, en lo que a Rufus Decatur atañía, importaba un comino cómo hubiese reaccionado el hijo. William Decatur había muerto, su familia había sido desheredada como consecuencia de las acciones de George Granville y Rufus quería venganza. La batalla que libraba contra el hijo de George era de naturaleza personal; Cato se veía obligado a luchar, lo deseara o no.

Y si Rufus Decatur estaba a punto de entrar en la guerra civil, en el bando contrario al de Cato Granville, la enemistad personal entre los dos adquiriría una dimensión mayor.

La perspectiva de encontrarse cara a cara con su enemigo en el campo de batalla en cierto aspecto alegraba a Cato, pues allí tendría una visión fría, clara y comprensible del encuentro.

## *2*

-¿Adónde vas, Rufus?

La voz soñolienta, que emergía del lío de ropa de cama, sonaba un tanto apesadumbrada. Sonó un suspiro bajo el cobertor de piel y una mujer se incorporó, apoyándose sobre un codo. Una mano áspera, como de quien realiza trabajos duros, apartó el velo de pelo oscuro dejando al descubierto un par de ojos castaños.

-Tengo mucho que hacer, Maggie. Y tú bien lo sabes.

Rufus Decatur quebró de un puñetazo el hielo de la jarra y se echó agua helada sobre la cabeza, exhalando un quejido en el que se mezclaban el dolor y la euforia. Sacudió la cabeza y las gotas de agua helada volaron por el pequeño desván. La mujer ahogó una maldición y se protegió bajo la piel.

Rufus se secó vigorosamente la cabeza con la toalla sin hacer caso de las maldiciones y de las quejas y, un minuto después, Maggie se sentó en la ancha cama arrastrando la piel hasta el mentón y contempló al amo de la aldea de Decatur con el entrecejo fruncido de disgusto.

-Todavía no amaneció.

-Y tú eres una moza perezosa, Maggie, mi amor - afirmó Rufus, tomando la camisa que estaba sobre la baranda de la cama. Al oír su tono, los ojos de la mujer se entrecerraron y ella se reclinó contra la cabecera tallada de la cama.

-Vuelve a la cama.

Este Rufus Decatur era un hermoso, fuerte tipo de hombre; ella nunca se resistía cuando él la llamaba a su cama. Las noches que pasaba allí le brindaban mucho más placer que el que acostumbraba recibir de sus habituales clientes.

Ella recorrió con mirada lasciva el cuerpo del hombre. El mismo color rojizo dorado del cabello que le caía sobre sus hombros y de la barba que cubría su mentón cuadrado se agolpaba en su pecho y formaba un rizado matorral en la ingle. Relucía a la luz del candil en sus antebrazos y sus piernas, formando un contraste con sus miembros bronceados. No se veía carne floja, pero algo en el tamaño de ese hombre le daba una dimensión extraordinaria, como si el desván fuera demasiado pequeño para contenerlo.

-Levántate - fue la respuesta que obtuvo la mujer, a cambio de sus molestias. Él se dobló sobre ella y retiró las mantas-¡Arriba! ¡Me espera un día ajetreado!

Algo en sus intensos ojos azules hizo que su compañera de cama se pusiera en pie, temblando y refunfuñando. Rufus Decatur tenía el temperamento que era de esperar, con sus cabellos rojos; cuando estaba de cierto ánimo no era conveniente contradecirlo.

-¿Vas a atacar otra vez?

Ella se sentó en la cama para ponerse las medias de lana, luego, unas enaguas de franela y después una camisa de lana.

-Es probable.

Él se puso un jubón de cuero de ante y se agachó para atizar las ascuas del hogar. Logró que se elevara una llama y le arrojó astillas hasta lograr que el fuego ardiese, rugiendo por la chimenea.

Maggie se aproximó al calor para acabar de vestirse.

-Se dice que vas a declarar tu apoyo al Rey - observó ella, echándole una mirada astuta-Que tus hombres pelearán junto a los del Rey.

-Habladurías ociosas - dijo Rufus, dándole una palmada en el ancho trasero, al pasar-Encontrarás tu monedero en el sitio de siempre.

Le dedicó una sonrisa fugaz y desapareció de la vista, bajando por la insegura escalera de la cabaña de planta cuadrada. La sonrisa satisfizo a Maggie. Rufus no era hombre de compartir sus asuntos; bien podría haberla rechazado con aspereza. En la aldea de Decatur las cosas sucedían a la vista del público. No había mujeres. Maggie y sus amigas acudían de

visita cuando eran llamadas y, con respecto a todas las otras necesidades domésticas, los hombres se bastaban ellos mismos.

Todos sabían que la aldea era más un campamento militar que una comunidad civil; era razonable suponer que Rufus estaba preparándose para lanzar a su bien entrenada banda de asaltantes a una guerra que, según todas las evidencias, no iba a dejar intactos a ningún hombre ni a sus respectivas conciencias. Hasta el momento, sin embargo, nadie que no estuviese dentro de los límites de la fortificación de Rufus tenía un indicio verdadero en cuanto a qué bando del conflicto iría a favorecer el jefe de la aldea de Decatur, y ésa era una cuestión de la máxima importancia y del mayor interés.

Rufus tenía pleno conocimiento de las especulaciones que circulaban por el lugar; adivinó que Maggie habría intentado un sondeo a instancias de la señora Beldam, quien regenteaba a las mujeres que atendían a los hombres de la aldea Decatur. Su curiosidad resultaría satisfecha muy pronto. Él había adoptado una decisión y la daría a conocer a todos uno o dos días después.

El fuego amortiguado emitía un resplandor ceniciento que suministraba una luz pobre a la habitación amueblada con sencillez. Rufus fue andando suavemente hasta una alcoba rodeada de cortinas que había en el rincón opuesto de la habitación. Al espiar detrás de la cortina, él tuvo la sorpresa de descubrir que los dos pequeños bultos que había bajo las mantas del catre aún no estaban listos para iniciar el tempestuoso curso de su vida cotidiana. Por lo general, despertaban antes del primer canto del gallo, incluso en invierno; Rufus sabía que se levantarían en cuanto oyesen que Maggie se marchaba. Entre tanto, su padre podría disfrutar de este breve y raro lapso de paz en su despertar.

Él recogió la capa que colgaba de un clavo en la pared, junto a la puerta, levantó la pesada barra de madera y abrió. Durante la noche, había nevado mucho y fue preciso que empujara con el hombro para apartar la nieve que se había amontonado junto a la parte inferior de la puerta.

Cuando Rufus salió al gélido amanecer las últimas estrellas se esfumaban en el cielo y la Juno pendía, baja, sobre las Cheviot Hills. El racimo de cabañas de piedra se acuclillaba en una profunda hondonada de las colinas y era inaccesible desde el camino. Sobre las cimas de las colinas de alrededor ardían los fuegos de los centinelas y, al mismo tiempo, los guardianes vigilaban la estéril e inhóspita campiña que se extendía hacia la frontera escocesa.

Rufus se dirigió, a través de la aldea, hacia el río que corría más allá de la fortificación, y cuya ubicación resultaba tan conveniente. El río pasaba, perezoso, bajo su helada superficie pero, aun así, seguía proveyendo de agua a la aldea y era una vía de acceso al mundo exterior, por trineo cuando el invierno lo congelaba, por barca en otras estaciones del año.

Un grupo de jóvenes estaba reunido a la orilla del río, sus capas estaban abandonadas al costado de una fila de cubos que esperaban, junto a la ribera, mientras ellos trabajaban con sus hachas abriendo agujeros en el hielo, que se habían cerrado durante la noche. Al aproximarse Rufus, los muchachos se incorporaron y lo aguardaron, con sus mejillas sonrojadas por el frío y el ejercicio.

-Buenos días, milord.

-Buenos días, muchachos.

Rufus intercambió con ellos saludos y conversaciones triviales, saludando a cada uno por su nombre. Si acaso captó la adoración que brillaba en los ojos de los jóvenes reunidos alrededor de él, no dio muestras de ello.

Éstos eran sus novatos, los reclutas más recientes de la banda Decatur. Muchos se habían acercado siguiendo a padres, hermanos, tíos a ese mundo de los fuera de la ley. Algunos eran fugitivos de la ley propiamente dicha, otros, simplemente, habían llegado llevados por su ánimo de aventura. Pero todos ellos tenían una característica que los distinguía: eran profunda e inflexiblemente devotos a la casa de Rothbury, y no guardaban lealtad a nadie que no fuese de su cuadro de jefes.

-Jefe, ¿es cierto que vamos a luchar junto al Rey?

La pregunta, hecha evidentemente en nombre de todos ellos, la había formulado un joven alto, cuya estampa lo convertía en el líder natural del grupo. Diez pares de ojos ansiosos se posaron sobre el rostro de Rufus.

-¿Crees, acaso, Paúl, que Su Majestad aceptará el apoyo de una banda de asaltantes? - preguntó Rufus, en un tono suave que no engañaba a ninguno de ellos, puesto que sus ojos tenían un resplandor que reflejaba la superficie helada del río a la luz de las estrellas que se desvanecían-¿La ayuda de una familia que ha sido desposeída por la traición? ¿La ayuda de un descastado, corrompido por haber pasado años robando ganado, asaltando personas en las carreteras y sólo Dios sabe qué otros crímenes cometidos contra una región respetuosa de la ley?

Paúl lo miró a los ojos:

-Yo creo que Su Majestad aceptará cualquier mano que se le ofrezca, señor - afirmó-Si tenemos en cuenta que lord Leven viene marchando desde Escocia, al Rey no le quedan demasiadas alternativas. - Al jefe le tembló la boca, más de desdén que de humor.

-Sí, quizá tengas razón, muchacho. Bajo la bandera de la lealtad se sepultará una montaña entera de agravios, recuerda lo que te digo. Además, ¿qué no podría lograr un hombre contando con la gratitud del Rey?

Alzó su mano a guisa de saludo y se alejó, haciendo ondular la capa en torno de sus tobillos con la súbita energía de su paso.

Con la gratitud del Rey uno podría lograr el restablecimiento de su posición... un perdón total... La casa de Rothbury podría volver a ocupar su lugar genuino en el mundo regido por la ley. Ah, sí, no son muchas las cosas que no haría un Rey agradecido por un súbdito leal, pensó Rufus riendo para sus adentros. Intervendría en este conflicto para favorecer sus propios fines: no tenía tiempo para la causa del Rey. Charles era tan tonto como lo había sido su padre, James. Pero Rufus no cometería el mismo error que su padre. Él apoyaría al Rey en esta locura y recogería las recompensas de ese apoyo. El precio sería la restitución de sus derechos.

Avanzó por el estrecho sendero que serpenteaba subiendo la ladera de la colina, hacia la primera hoguera de un vigía. Las estrellas ya habían desaparecido cuando él llegó a la cima, pero el anillo de hogueras que rodeaba el valle seguía ardiendo, tal como seguiría sucediendo durante todo el día, para brindar calor a los vigías que custodiaban el refugio Decatur las veinticuatro horas de cada día.

-Buenos días, Rufus - saludó un hombre alto, delgado, de poco más de veinte años, que estaba junto al fuego calentándose las manos-¿Café?

-Sí, Will, gracias - respondió Rufus, saludando a su primo con un cabeceo.

Él sentía un cariño particular por ese hombre más joven que él, cuyo padre había ayudado al huérfano Rufus a sortear las trampas de la juventud. Will era el hijo del tío de Rufus, concebido cuando ya era tiempo de que el anciano estuviera sentado junto al fuego, cabeceando, senil y apacible en lugar de andar alborotando por el campo durante el día y dando gusto al cuerpo cada noche, con su compañera de cama con todo el vigor y la virilidad de un hombre en la flor de la edad.

-¿Ha sido una noche apacible?

-Sí. Pero los hombres de Connor divisaron movimientos de tropas hacia el norte. Suponemos que son hombres de Leven.

Rufus recibió, de manos de un hombre armado de pica y mosquete, una jarra con pico llena de aguamiel caliente y aromatizada con especias.

-Más tarde enviaremos exploradores. Si Fairfax y Leven se unen a las fuerzas del Parlamento, el Rey se verá en un bonito aprieto. Ya podría ir despidiéndose de contar con una fuerza superior en el Norte.

Por más que él hablara como si el tema no le preocupase demasiado, a Will no lo engañaba el tono desinteresado. Él sabía que Rufus había hecho una inversión en esta decisión que había tomado.

-¿Piensas que estaremos en condiciones de demorar a Leven? - preguntó Will, soplando su aguamiel para enfriarla-¿Con algo de persecución judicial, tal vez?

-Sí; en eso pensaba, ni más ni menos - dijo Rufus, riendo entre dientes. Su expresión se iluminó y sus ojos perdieron el duro brillo de antes - Ofreceremos un poco de ayuda extraoficial al comando del Rey. Mis señores de Bellasis y Newcastle estarán agradecidos.

Will sonrió al notar que Rufus había abandonado su anterior seriedad y que, ahora, veía esa pequeña incursión bajo la misma luz que cuando planeaba sus alborotadores ataques.

-Granville también apoya al Rey - comentó, un instante después. Rufus no respondió de inmediato y paseó su mirada por las colinas, viendo cómo las nubes nocturnas se apartaban de las que estaban al este.

-Ya lo veremos. Tengo la impresión de que él todavía no se ha comprometido. Si apoyara al Parlamento, mucho mejor. En ese caso, le retorceríamos la cola.

-Sin embargo, se dice que está reclutando una milicia para el Rey - dijo Will, sin poder ocultar su perplejidad.

-Ya lo veremos - repitió Rufus. Él no sabía por qué estaba tan seguro de la ambivalencia de Cato Granville, pues la sentía como si fuera la suya propia. Había pasado toda la vida enemistado con este hombre, espiando sus movimientos, tratando de adivinar sus intenciones hasta un punto en que, a veces, le parecía estar dentro de la cabeza del otro.

Rufus devolvió la jarra al hombre de la pica.

-Me llevaré a unos pocos hombres y cabalgaremos hasta Selkirk. Veremos qué datos podemos recoger en el camino de Edimburgo.

-Ten cuidado.

-Sí.

Rufus se alejó por el estrecho sendero que bajaba hacia la aldea. Se detuvo cuando llegó a él el alboroto de un altercado que provenía de un jardín, en el linde de la aldea; su expresión perdió el aire sombrío y distraído. Torció hacia un lado pasando por una puerta de madera y entrando en una pequeña huerta. El suelo estaba duro como el hierro y de él no brotaba nada; de todos modos, un grupo de gallinas picoteaba el grano sin hacer caso del aluvión de protestas, aferró con más fuerza los cuellos y los hizo andar delante de él, en dirección a la construcción de piedra que albergaba el comedor común.

La madre de los niños había muerto poco después del nacimiento de Luke. Elinor había sido la compañera habitual de cama de Rufus durante cinco años. Ella no vivía en la aldea y, sin embargo, la relación entre ellos había traspasado el simple intercambio comercial que caracterizaba su trato con Maggie y con las otras mujeres del establecimiento de la señora Beldam. La muerte de ella lo había afectado muy profundamente y, por motivos prácticos, una vez que Luke pasó la etapa de los pañales, Rufus había tomado a su cargo a los niños, en persona. Difícilmente se podía considerar que un campamento militar fuera el sitio ideal para criar a dos niños pequeños, pero él había jurado a la madre de ambos que ellos llevarían su apellido y que él mismo los cuidaría.

«Piensa que el futuro de estos pequeños sería mucho más rosado si su padre ganara la jugada y si un monarca agradecido le restituyera sus tierras», se dijo Rufus con frío cinismo, haciendo entrar a los niños en el comedor atestado, cálido y cargado de gratos aromas.

Portia se ciñó mejor la caperuza alrededor de la cara para protegerse del viento que, cargado de cellisca, azotaba la región de las colinas de Lammermuir. El caballo resoplaba por la nariz, fastidiado, y bajaba la cabeza para protegerse de las heladas ráfagas. Era una hora avanzada de la mañana y ella abrigaba la esperanza de que pronto se detendrían para comer, pero no había rastros de viviendas confortables en ese tramo del camino de Edimburgo, y los

acompañantes de Portia, el agrio aunque no mal dispuesto Giles Crampton y sus cuatro hombres siguieron cabalgando en medio del viento, con la firme resistencia que era de esperar en estos hombres de Yorkshire.

Había transcurrido una semana desde que el sargento Crampton, como él mismo se presentara, había ido a la Rising Sun. Ella había estado sirviendo cerveza y esquivando las manos de los clientes de la taberna cuando ese robusto hombre de Yorkshire había abierto la puerta dejando entrar un remolino de nieve y ganándose, así, las maldiciones de los que estaban acurrucados en torno del parco fuego de turba...

-¿Señorita Worth?

-¿Quién la busca? - preguntó Portia, al tiempo que empujaba el pichel lleno de cerveza al cliente que esperaba y apoyaba los codos sobre el mostrador del bar.

Sus ojos verdes evaluaron al recién llegado, observando sus ropas cómodas y abrigadas, sus pesadas botas, el rostro curtido de un hombre habituado a vivir al aire libre. Supuso que sería un granjero próspero o un artesano. Y, a juzgar por el aspecto de sus manos grandes y cuadradas, acordonadas de venas, los hombros macizos, los gruesos muslos musculosos y la mirada inflexible de sus perspicaces ojos castaños, no era un individuo a quien conviniese contradecir.

-Crampton, sargento Crampton.

Giles metió las manos en los bolsillos de los pantalones y apartó la capa para mostrar las pistolas con cachas de hueso que llevaba en el cinturón y la espada de vaina sencilla.

«Está claro - pensó Portia-un soldado.» Por todas partes se hablaba de la guerra civil en Inglaterra, aunque la lucha se desarrollaba al otro lado de la frontera.

-¿Qué quiere de mí, sargento? - preguntó ella, apoyando el mentón en la mano y mirándolo con curiosidad-¿Cerveza, tal vez?

-Servir cerveza no es trabajo para una sobrina de lord Granville - afirmó Giles con acento gruñón-Me haría un favor si dejara este sitio y me acompañara, señorita Worth. Tengo una carta de su tío.

Sacó del pecho un pergamino enrollado y lo dejó sobre el mostrador. Portia tuvo conciencia de que su sangre se alborotaba, de que se le erizaba la piel. No tenía la menor idea de lo que Jack hubiese escrito a su medio hermano y, sin duda, se refería a ella. Desenrolló el pergamino y leyó la vigorosa escritura.

Giles la observaba. No era nada común que una tabernera supiese leer, si bien ésta, por más que distara mucho de la perfección, con sus manos ajadas, sus enaguas rotas y no demasiado limpias bajo el vestido de holanda, parecía no tener dificultad para descifrar la carta.

Portia recordaba a Cato Granville desde aquella tarde calurosa, en Londres, la misma en que habían decapitado al conde de Strafford. Recordaba la caseta de los botes, las dos niñas: Phoebe, hermana de la novia, y la prima de Portia, Olivia. La niña pálida y seria, con un fuerte tartamudeo. Habían practicado un juego tonto, mezclado las sangres y prometido amistad eterna. Incluso, habían hecho anillos, trenzando los cabellos de las tres. Recordó, también, que habían manifestado las más absurdas ambiciones, que consistían en garantizar su libertad con respecto a los hombres y al matrimonio. Ella, por su parte, se haría soldado y conservaría su independencia siguiendo el llamado del tambor.

Portia tuvo ganas de reír en voz alta ante lo absurdo de ese juego infantil. Tres años antes, aún conservaba la capacidad de jugar como una niña. Pero ya no.

Su tío le ofrecía un hogar y, al parecer, el ofrecimiento no traía aparejada ninguna condición, aunque Portia sabía que la bondad nunca carecía de ataduras. Aun así, ¿qué tendría para ofrecer a lord Granville la hija ilegítima del vago medio hermano del marqués? No podía casarse para brindar a la familia alianzas con algún poderoso ni aportar grandes propiedades

al contrato de matrimonio. Nadie querría casarse con una bastarda sin un penique. Era poco probable que necesitara otra criada pues ya debía de tener suficientes.

Entonces, ¿por qué?

-Lady Olivia me ha pedido que le diese esto.

El sargento Crampton interrumpió las cavilaciones de la muchacha y apoyó sobre el mostrador un papel sellado con una oblea.

Portia lo abrió; de él cayó un anillo de cabello trenzado: entrelazados, un mechón negro, uno rubio y otro rojizo.

«Ven, por favor.» Sólo estaban escritas esas tres palabras en el papel que envolvía el anillo.

Esta vez, el infantil capricho hizo reír con fuerza a Portia. ¿Qué relación podía haber entre los juegos desarrollados en una caseta para botes y su sórdida lucha por sobrevivir?

-¿Qué sucedería si yo diese las gracias a lord Granville por su oferta pero prefiriera quedarme como estoy...? - preguntó, arqueando una ceja.

-Eso queda a su discreción, señora - dijo el hombre, echando una significativa mirada en torno de la taberna-En mi opinión, no hay alternativa para ninguna persona con un mínimo de juicio.

Portia guardó de nuevo el anillo en el papel y lo envolvió apretadamente, metiéndolo dentro de su corpiño.

-No, sargento, tiene razón. Mejor, lo malo desconocido que el que ya conozco...

Y ahí estaba, ahora, a tres días de marcha a caballo de Edimburgo, enfundada en unas botas que, si bien no eran elegantes, eran prácticas, y una abrigada capa sobre un vestido de lana oscura que, a su vez, iba encima de varias enaguas de lana que ocultaban unos pantalones de suave cuero para que ella pudiese montar a horcajadas y estuviese cómoda. Los viajes por los ásperos caminos de la frontera escocesa no eran aptos para montar de lado.

El sargento Crampton le había dado dinero, sin acompañarlo de explicaciones ni instrucciones, y Portia le estaba agradecida por ello. No le agradaba aceptar caridad y, en consecuencia, la actitud práctica del sargento le había ahorrado molestias. Por otra parte, el sentido común la había inducido a aceptar el ofrecimiento. Sin duda, no hubiese podido viajar, por breve que fuera el trayecto, sin las ropas que ahora llevaba.

A pesar del crudo frío y de la constante humedad helada que le resbalaba por el cuello cada vez que Portia se quitaba la caperuza, sentía una grata euforia. Hacía muchos años que no contaba con un buen caballo para montar. Jack había sido muy puntilloso con respecto a la calidad de los caballos, y rechazaba, tanto para él como para su hija, cualquier animal que no fuese de lo mejor; eso había sido así hasta que la bebida había terminado tanto con su capacidad física para montar como con su capacidad de evitar las penurias gracias a su habilidad en las mesas de juego.

-¿Va bien así, señora? - preguntó el sargento, aparejando su caballo al de Portia.

Mientras hablaba, su mirada vagó por el lúgubre paisaje y Portia percibió en él una tensión desusada, puesto que lo había visto como a un individuo más bien flemático, al punto de parecer soñoliento.

-Estoy bien, sargento - repuso Portia-Aunque esta parte del mundo es horrible.

-Sí - coincidió él-Pero faltan unas cuatro horas para llegar a destino. Preferiría que no nos detuviésemos, si usted puede tolerarlo.

-Sin dificultades-dijo Portia, de inmediato. Estaba habituada al hambre-¿Hay algún peligro aquí?

-La banda de Decatur. ¡Esos malditos bandoleros...! - exclamó Giles, lanzando un escupitajo para demostrar su disgusto.

-¡Bandoleros! Yo pensé que habían sido ahuyentados a las colinas hacía años.

-Sí, así fue con todas menos la de Decatur. Ellos están escondidos en las Cheviot y, desde allí, asolan las tierras de Granville y roban su ganado. ¡Miserables asesinos y ladrones!

Portia recordó lo que le había contado Jack acerca de la enemistad entre la casa de Rothbury y la de Granville. Jack conservaba sombríos recuerdos de su padre, que también lo era de Cato. Era un hombre de temperamento inflexible, que impartía una dura disciplina, un padre que no tenía interés en conquistar el cariño de sus hijos. Con todo, Jack sentía menos simpatía aún por Rufus Decatur, conde de Rufus, y su banda de delincuentes. Había una ronda de coincidencia entre Jack y su medio hermano. En el pasado no había sucedido nada que justificara las acciones delictivas y la maldad particular de Decatur y sus hombres. Representaban un azote para cualquiera que tuviese que atravesar las tierras de la frontera; ellos no eran mejores que las bandas de criminales bandoleros que habían sido perseguidos y exterminados como otras tantas ratas en un campo de rastrojos.

-¿Eso significa que todavía están activos?

-Sí, y en estos últimos meses están peor que nunca - respondió Giles, escupiendo otra vez-Criminales, ladrones de ganado. Decatur, ese engendro del diablo, aprovechará la guerra para sus propios fines, recuerde lo que le digo.

Portia se estremeció. Podía comprender que un mundo en guerra fuese un caldo de cultivo propicio para saldar una poderosa venganza personal.

-¿Lord Granville apoya al Rey? - Giles le lanzó una mirada suspicaz.

-¿Qué tiene eso que ver con usted?

-Me interesa - respondió ella, mirándolo de costado-¿Lo apoya?

-Así es - fue la escueta respuesta.

El sargento espoleó a su caballo y se adelantó para reunirse con los dos hombres que cabalgaban adelante de Portia, a corta distancia. Otros dos cerraban la retaguardia, y le daban la sensación de que estuviese encerrada. Al parecer, el medio hermano de su padre pretendía protegerla, cosa novedosa para ella.

Ella metió su mano enguantada en el bolsillo de la chaqueta, debajo de la capa. El anillo trenzado de Olivia seguía allí, todavía envuelto en el trozo de papel; Portia había encontrado el suyo en la caja donde guardaba sus escasísimas posesiones personales que tuviesen cierto valor sentimental para ella: el anillo de sello de su padre; una moneda de plata con un agujero que le habían dado cuando era niña y que, para ella, tenía poderes mágicos; una violeta seca que, según recordaba vagamente, le había dado su madre aunque no tenía ninguna imagen de la mujer que había muerto antes de que Portia cumpliera dos años; un peine de marfil al que le faltaban varios dientes; y un pequeño broche de porcelana en forma de margarita que Jack le había asegurado que había pertenecido a su madre. La caja, con su contenido, era todo lo que ella había llevado consigo desde Edimburgo.

¿Cómo sería Olivia, ahora? La recordaba como a una niña demasiado seria y desdichada, había pensado en aquel entonces, aunque le resultara difícil comprender cómo podía ser desgraciado alguien que no sabía qué eran las carencias. Como era lógico, a Olivia la preocupaba su nueva madrastra. Phoebe, la hermana de la novia, por su parte, tenía una lamentable opinión de su hermana mayor. Portia pensó que quizás Olivia estuviese en dificultades de alguna clase. Si así fuese, ¿pensaría, realmente, que Portia pudiese servirle de ayuda? Portia, que ya tenía suficiente con tratar de mantener unidos su cuerpo y su alma, y que conservaba un ánimo bastante elevado.

El estómago de Portia hizo un ruido audible y ella se arropó en la capa, pensando que una semana de comidas sustanciosas y regulares habían disminuido su tolerancia a andar con el estómago vacío.

Se oyó un grito, un redoblar de cascos de caballos, el disparo de un mosquete y Portia dejó de pensar en el hambre. Su caballo, asustado, retrocedió y ella tuvo que esforzarse por impedir que saliera disparado mientras que, a su alrededor, los hombres se arremolinaban, los caballos relinchaban, los mosquetes disparaban. Oyó que el sargento Crampton gritaba a sus

hombres que cerrasen filas, pero ellos eran sólo cuatro, contra ocho jinetes armados que no tardaron en rodear al grupo, separaron a los hombres de Granville y los llevaron hacia unos árboles desnudos que había allí.

-A ver, ¿a quién tenemos aquí?

Portia sujetó con fuerza las riendas. Su tembloroso caballo alzó la cabeza, lanzó un relincha de protesta y azotó el suelo con los cascos. Portia miró y vio un par de intensos ojos azules que brillaban con el mismo humor que vibraba en la voz.

-¿Y quién es usted? - preguntó ella-¿Por qué ha tomado prisioneros a estos hombres?

En el forcejeo con el caballo, su caperuza había caído hacia atrás y Rufus quedó bajo la mira de un par de feroces ojos verdes que lo escudriñaban bajo una enredada mata de cabellos de un rojo tan vívido como las ascuas de un brasero. Ella tenía un cutis blanco como la leche, pero él dedujo que no sería de miedo: estaba demasiado irritada para asustarse.

-Rufus Decatur, lord Rufus, a sus órdenes - dijo él con solemnidad, quitándose el sombrero emplumado con un floreo de la mano, haciéndole una burlona reverencia desde el lomo de su gran potro castaño-¿Quién viaja bajo el estandarte de los Granville? Si es tan amable...

Él arqueó una ceja.

Portia no respondió a la pregunta.

-¿Esto es un secuestro? ¿O tiene intenciones de asesinamos?

-Le diré lo que haremos - respondió Rufus con amabilidad, sujetando la brida del caballo de ella inmediatamente debajo del freno-Intercambiaremos preguntas. Pero le propongo que continuemos con este fascinante, aunque hasta ahora improductivo, intercambio en un lugar menos expuesto a este frío que cala los huesos.

## *3*

Portia reaccionó sin pensar. Alzó la mano que sostenía la fusta y golpeó la muñeca de Decatur con todas sus fuerzas, haciendo que el latigazo atravesara el guantelete de cuero, El hombre soltó un grito de sorpresa, dejó caer la brida y Portia, que la había recobrado, espoleó los flancos de su caballo y echó a correr por la senda sin saber ni importarle en qué dirección iba, antes de que Rufus hubiese terminado de comprender qué había sucedido.

Portia lo oía a sus espaldas, oía el resonar de los cascos de su caballo que resquebrajaban la fina capa de hielo formada en la humedad del barro que había entre los camellones de la huella. Imprimió más velocidad al galope de su caballo y el animal, todavía asustado por la refriega, alzó la cabeza y se precipitó hacia delante. Si ella le hubiese dado rienda suelta, el caballo habría salido a la carrera, pero lo retuvo para mantener cierto mínimo control, inclinada sobre su cuello, esperando, casi, que un mosquete le disparase desde atrás.

Sin embargo, ella sabía que ésa era una carrera que no podía ganar. Si bien era un capón de pura raza, joven y vivaz, no tenía el andar ni el pecho ancho del animal de caza. A menos que Rufus Decatur, por alguna razón, desistiera de la persecución, iba a alcanzarla pocos minutos después. Pero, entonces, ella vio que su perseguidor no estaba acercándose sino que, más bien, conservaba una distancia constante entre ambos y, sin saber por qué, esto enfureció a Portia. Era como si él estuviese jugando con ella, igual que el gato con el ratón, induciéndola a pensar que podría escaparse a pesar de que él esperaba el momento oportuno para saltar.

Ella metió la mano dentro de una bota y sus dedos rodearon la empuñadura de la afilada daga que ella llevaba consigo, por insistencia de Jack, que se la dio cuando consideró que había madurado lo suficiente para atraer atenciones no deseadas. El meollo de la cuestión había sido la madurez, más que el atractivo físico. Portia había aprendido muy pronto que cuando los hombres tenían ganas de sexo, no les importaba si la mujer a quien perseguían era harapienta, si estaba picada de viruelas y si se asemejaba a la base de un barril de cerveza.

Poco a poco, Portia tiró de las riendas frenando el enloquecido avance de su caballo al mismo tiempo que se erguía en la silla. Ahora oía más cerca los cascos resonando a sus espaldas. Tenía la mente fría y clara, el corazón tranquilo, la respiración normal. Aun así, estaba con ánimo de matar.

Dio un rápido tirón a su caballo y, al mismo tiempo, giró en la silla, con la daga en la mano, el peso de la empuñadura en equilibrio entre el dedo índice y los medios, sujeta por el pulgar.

Vio que Rufus Decatur estaba bien cerca y pensó que, ojalá, el caballo de él estuviese galopando con suficiente velocidad como para pasar junto a ella antes de que él pudiese frenarlo. Vio la expresión asombrada de él en el instante en que se ponía de cara a ella, y arrojó la daga apuntando directamente al corazón de él.

El cuchillo se alojó en su pecho, perforando su gruesa capa. La empuñadura tembló. Estupefacta, Portia la miró fijamente, incapaz por el momento de espolear a su caballo para que se pusiera otra vez en marcha. Hasta entonces, nunca había matado a un hombre.

-¡Jesús, María y José! - exclamó Rufus Decatur en voz demasiado vigorosa para tratarse de un muerto. Sacó la daga y la miró, atónito-¡Madre de Dios! - dijo, mirando con asombro a la muchacha que montaba el otro caballo-¡trataste de matarme!

Portia estaba tan perpleja como él, pero por diferente motivo: no veía sangre en la hoja. Entones, el misterio se desveló. Su supuesta víctima se abrió la capa y dejó al descubierto una chaqueta de grueso cuero de buey, acolchado, como la que usaban los soldados. Era una adecuada protección contra cuchillos y flechas, aunque no contra balas de mosquete.

-Y tú estabas persiguiéndome - dijo ella, sin sentirse obligada a pedir perdón por su intento de asesinato. Más aún; estaba contrariada y no lo disimulaba-Tú secuestraste a mis acompañantes y me perseguiste. Es lógico que quisiera detenerte.

Rufus pensó que, la mayoría de las jóvenes, de hallarse en una situación similar, si antes no se habían desmayado o sufrido un fuerte ataque de histeria, habrían optado por un curso de acción menos violento. Este desaliñado e indignado miembro del sexo femenino, en cambio, tenía una actitud más operativa, con la que él simpatizó aun a su pesar.

-Bueno, supongo que tienes cierta razón - admitió él, haciendo girar el cuchillo en su mano. Examinó el arma con expresión especulativa y vio que no era de juguete. Alzó la mirada y sometió a la muchacha a un profundo escrutinio-Debí haber sabido que una muchacha con ese color de cabello tendría un temperamento igual de fogoso.

-En realidad, no es así - repuso Portia, observándolo ella también a él con la misma escrupulosidad pero con una actitud mucho menos benigna-En general, soy una persona bastante serena y de buen carácter. Salvo cuando alguien me persigue con intenciones evidentemente maliciosas.

-Bueno, debo confesar que yo sí tengo un temperamento acorde con mi color de cabello - dijo Rufus riendo de repente, mientras se quitaba el sombrero y mostraba su melena, también de intenso tono rojizo-En este momento, sin embargo, está bastante dormido. Lo único que necesito de ti son respuestas a unas pocas preguntas; luego seguirás tu camino. Sólo quiero saber quién eres y por qué viajas acompañada por gente de Granville.

-¿Y qué te importa eso a ti? - preguntó Portia.

-Bueno, verás, cualquier cosa relacionada con Granville me importa - explicó Rufus, casi disculpándose-Por lo tanto, verdaderamente necesito que respondas a mis preguntas.

-¿Qué les harás al sargento Crampton y a sus hombres?

-Oh, sólo una pequeña broma - dijo él, haciendo un florido ademán con su sombrero-No se les hará verdadero daño, si bien tal vez tengan un poco de frío.

Portia miró por encima del hombro en dirección al estrecho sendero. No veía indicios del sargento ni de sus hombres, ni de los de Decatur.

-¿Por qué no me diste alcance antes? - preguntó, volviéndose hacia él con los ojos entornados-Podrías haberlo logrado en cualquier momento que lo decidieras.

-Como ibas en la dirección correcta, no me pareció necesario - explicó él con aire razonable-¿Seguimos nuestro camino?

¿La dirección correcta para qué? Portia comenzaba a sentirse confusa.

-¿Vas a raptarme?

-No, lo que hago es ofrecerte cobijo del frío - corrigió él, aún con el mismo tono razonable-Ya que no podrás reanudar tu camino por un tiempo, hasta que mis hombres hayan liquidado sus asuntos, me parece un gesto caballeresco ofrecerte abrigo.

-¿Caballeresco? - se indignó Portia, clavándole la vista e imitando, de modo inconsciente, el tono burlón que había oído utilizar, a menudo, a su padre cuando se refería al honor de Decatur-¡Un Decatur caballeresco! ¡No me hagas reír!

-Oh, créeme que nada está más lejos de mis intenciones - dijo Rufus con suavidad; la confusión de Portia dio paso al miedo.

Cierto demonio había surgido en esa intensa mirada azul; era evidente que el temperamento dormido de Decatur ahora estaba despierto por completo. Ella percibió, en forma casi palpable, la fuerza que empleaba él para controlarlo.

Con una sensación de náusea, ella comprendió que él estaba esperando una disculpa pero, si su hija pedía disculpas a un Decatur, Jack se revolvería en su tumba. Entonces, para su mortificación, el estómago de Portia refunfuñó en medio del tenso silencio.

De repente, el demonio desapareció de los ojos de Decatur y, cuando habló de nuevo, su voz era fría y razonable.

-Te propongo que atribuyamos este infortunado intercambio al hecho de que tienes el estómago vacío y de que todavía no me conoces muy bien... Cuando me conozcas –agregó,

con actitud reflexiva- serás un poco más cuidadosa del terreno que pisas - dijo, haciendo girar a su caballo en el estrecho sendero-Ven, buscaremos algo para comer.

Portia quiso responderle que no tenía interés ni intención de avanzar en el conocimiento entre ambos pero, en cambio, optó por encogerse de hombros en actitud indiferente.

-Al menos, devuélveme mi daga.

-Oh, claro - accedió él, presentándosela de acuerdo con las normas de la cortesía, con la vaina hacia ella, y luego observó, interesado, cómo ella volvía a meterla en su bota-La usas como una asesina experta.

-En realidad, hasta ahora nunca había tratado de matar a nadie aunque sabría cómo hacerlo si llegara a presentarse la necesidad - dijo ella, haciendo girar a su caballo y poniéndolo a la par del de él-¿Adónde me llevas?

-A una granja cerca de aquí.

-Y los obligarás a que ayuden a un delincuente - dijo ella en tono agrio, para lamentar, de inmediato, su lengua rebelde.

Aunque, para su alivio, Rufus no hizo otra cosa que reír entre dientes.

-No, no, al contrario. Los Bolton estarán encantados de verme. Es de esperar que tengas buen apetito, porque Annie podría llegar a ofenderse si no dejamos los platos limpios.

Portia volvió a echar una mirada por encima del hombro. Aun cuando hubiese sabido dónde estaban, no se le ocurría qué podría hacer para ayudar al sargento y a sus hombres.

-¿Vamos a medio galope? - propuso Rufus-Me da la impresión de que estás muy contraída y con frío.

-Siempre tengo frío. Eso se debe a que soy delgada - repuso ella con brusquedad-En verdad, parezco un espantapájaros.

Azuzó a su caballo hasta que tomó un medio galope que le permitía mantenerse a la par del elástico paso del bayo; así siguieron hasta que llegaron a una cabaña de piedra algo apartada del camino, tras un muro , bajo, también de piedra; allí tiraron de las riendas. De las dos chimeneas idénticas subía el humo rizándose y las ventanas estaban cerradas con contraventanas para impedir el paso del frío.

Rufus se echó hacia delante para abrir la verja y apartó a un lado a su, caballo para que ella pudiese pasar primero, entrando en un pequeño jardín delantero donde los tallos de las coles salían del suelo cubierto de nieve. La puerta se abrió de par en par y un niño pequeño salió corriendo al jardín.

-¡Es lord Rufus! - gritó, entusiasmado-Abuela, es lord Rufus.

-Que el Señor te bendiga, muchacho - dijo una mujer regordeta que apareció en el vano, detrás del niño-No es necesario gritarlo desde el tejado - regañó, al tiempo que se ponía un chal sobre la cabeza-Hace demasiado tiempo que no nos visitaba, milord.

-Sí, Annie, lo sé - dijo Rufus, apeándose con agilidad y yendo a abrazar a la mujer, que desapareció dentro de su capa por un instante-Si tú no me perdonas no podré dormir bien un par de semanas.

-¡Oh, qué cosa contigo! - dijo la anciana riendo y dándole unas juguetonas palmadas en el brazo-¿Quién es la muchacha?

-Ni yo mismo lo sé todavía - dijo Rufus, volviéndose hacia Portia, que seguía montada en su caballo-Pero muy pronto voy a descubrirlo. - y, antes de que ella cayera en la cuenta de lo que él se proponía, había alzado los brazos para levantarla de la silla, con sus manos plantadas firmemente en la cintura de Portia-No me ocultarás secretos, ¿no es cierto, muchacha?

La mantuvo en el aire, y el desafío que se ocultaba tras el tono risueño de su voz era inconfundible. A Portia se le erizó el pelo de la nuca y devolvió la mirada brillante y azul con la suya, hostil.

Él rió suavemente y la levantó un poco más alto. Con sus manos grandes, no tenía dificultad en abarcar toda la cintura de ella y, de súbito, Portia se sintió sobremanera vulnerable, como si fuese una muñeca hecha con ramitas.

-Bájame - exigió, conteniendo las ganas casi incontrolables de patear y forcejear.

Para su alivio, él la complació de inmediato, y dijo, por encima del hombro:

-Estamos hambrientos, Annie. Freddy, llévate a los caballos y dales una friega, chico.

-Sí, milord.

Rufus revolvió la melena oscura y erizada del niño, y éste lo miró con expresión arrobada.

-¿Cómo están esos niños tuyos, milord? - inquirió Annie, haciéndolos entrar en la cabaña.

-Dedicados a reñir - dijo Rufus, lanzando una de sus profundas carcajadas mientras se desabrochaba la capa y la colgaba de un gancho, junto a la puerta.

Extendió una mano hacia Portia en un gesto que era tan autoritario como práctico.

Rufus tomó la capa de ella y la sostuvo un instante antes de colgarla, mientras la recorría con una mirada apreciativa que la hizo sentirse incómoda y expuesta.

-Ah, ya veo a qué te refieres con lo del espantapájaros - dijo él-No tienes carne sobre los huesos. ¿Cómo es posible que una protegida de Granville esté medio muerta de hambre? - ironizó, indicando el fuego con un ademán, mientras colgaba la capa de Portia-Siéntate cerca del calor: estás congelada.

-¡Pero, Señor, si esta muchacha está blanca como un fantasma! - exclamó Annie, invitándola a ocupar un taburete que estaba casi dentro del hueco de la chimenea-Sin embargo, me atrevería a decir que ese color de cutis es frecuente en las personas de pelo de zanahoria - dijo, buscando un frasco forrado de cuero que había sobre el hogar-Ten, una gota de vino de ruibarbo te hará circular la sangre en las venas, patito.

Portia aceptó el jarro con pico que le ofrecían. Los comentarios de Annie con respecto a su apariencia no la ofendían: los había oído durante toda su vida y no se hacía ilusiones al respecto. Pero el examen poco halagüeño al que la había sometido Rufus Decatur, por alguna razón, era otra cuestión, por más que él se hiciese eco de sus propias opiniones.

-Tengo sopa de patatas y col y patas de cerdo - dijo Annie-En unos minutos os serviré. ¿Quieres cortar el pan, milord, por favor?

Rufus tomó, de encima de la mesa, un cuchillo y una hogaza de pan de cebada y, sujetando la hogaza contra el pecho, comenzó a cortarla en rebanadas con la rapidez y la experiencia de quien está acostumbrado a tales tareas domésticas.

Portia lo observó con involuntaria fascinación. No podía conciliar esa habilidad doméstica con las enormes manos de ese gigante de barba roja. Por otra parte, esas manos estaban muy bien formadas. Los dedos eran largos y esbeltos, los nudillos lisos, las uñas anchas y pulcramente limadas. Las muñecas, por el contrario, que se veían debajo de los puños sueltos de la camisa, eran puro tendón y estaban salpicadas de vello rojo dorado.

-Y bien - dijo Rufus, dejando las rebanadas de pan sobre la mesa-Una respuesta a mi pregunta, antes de que comamos. ¿Quién eres tú?

La pregunta, que la apartaba de su contemplación, fue un alivio.

-Portia Worth - respondió.

No tenía motivos para ocultar su identidad.

-Ah - dijo él, asintiendo, y volvió a levantar su jarro-La hija natural de Jack Worth - apundó él, mirándola con cierto matiz de simpatía.

Portia se encogió de hombros.

-Jack no era de los hombres que se casan.

-No, eso es verdad.

-¿Lo conocías?

La sorpresa la movió a revelar su interés.

-Lo conocí. Sé que había adoptado el apellido de su madre - respondió Rufus, lanzando una breve carcajada-¡Tenía una desviada sensibilidad con respecto a manchar el apellido Granville con sus malas acciones! Como si ese apellido no estuviese lo bastante corrupto... Ven, siéntate a la mesa.

Le indicó un banco que había junto a la mesa, mientras Annie depositaba ante ellos unos cuencos de madera llenos de humeante sopa.

Portia no tenía la costumbre de defender a la familia de su padre porque no estaba acostumbrada a oír ataques contra ella. Hasta el propio Jack, en medio de su cinismo de ebrio, había concedido a su medio hermano Cato cierto grado de respeto desganado, que lindaba con algo semejante a una especie de cariño fraternal. Aun así, por humilde que hubiese sido su cuna, Portia seguía siendo una Granville a medias, y había aprendido a considerar la crueldad sin ley de los Decatur con la misma mirada que su padre. Se le encendió la sangre y olvidó toda cautela.

-En lo que atañe a las malas acciones, tú deberías fijarte en las tuyas - dijo, rígida-Asesinato, robo, bandidaje...

-Vamos, vamos, señorita, no hay motivo para lanzar esas palabras en mi mesa - dijo indignada Annie, con las mejillas encendidas de indignación, girando desde su lugar junto a los calderos que estaban sobre el fuego-Lord Rufus es un invitado de honor en mi casa, y si tú quieres...

La respuesta de Rufus, teniendo en cuenta sus previas contradicciones, fue muy sorprendente. Interrumpió la diatriba de la mujer alzando una mano.

-Tranquila, Annie, la muchacha no hace más que defender lo suyo. Yo no la respetaría si no lo hiciera.

-¿Se supone que eso debe hacer que me sienta halagada? - preguntó Portia-Lo que usted opine de mí me importa un comino, lord Rothbury.

-Hasta el momento, no he llegado a una conclusión - dijo él-No cabe duda de que tu sangre Granville pesa en tu contra, aunque no te culparía por sostener tu lealtad, aunque la considere mal empleada - dijo él, tomando la cuchara-Sólo te advierto que no lances acusaciones infundadas. Y ahora, siéntate y aprovecha tu aliento para enfriar la sopa.

Él concentró la atención en su propia sopa, como dando a entender que el tema quedaba terminado.

Portia no ganaría nada quedándose con hambre. Enganchó el banco con el pie para sacarlo de abajo de la mesa y se sentó. No volvieron a decir nada más hasta que ella iba por la mitad del cuenco y Rufus había acabado con el suyo.

Entonces, él dijo:

-¿Y por qué ibas hacia el territorio de Cato?

-Jack ha muerto.

Él alcanzó a ver la sombra que cruzó por la mirada de ella y dijo en voz queda:

-Lo siento.

-Él era lo único que tenía yo- repuso ella, con un tono despreocupado que no dejaba entrever sus sentimientos.

Aún lloraba por su padre en las horas más negras de la noche.

-¿De modo que te entregas a la merced de Granville?

El tono volvía a ser amargo e irónico, y la vibración de simpatía había desaparecido de su voz, haciendo regresar a Portia a la realidad de su situación: a medias secuestrada, y sin tener una remota idea de lo que los hombres de Decatur podrían estar haciendo con los acompañantes enviados por Granville. Ella dejó la cuchara con gesto firme.

-Termina la sopa - dijo Rufus-Si dejas algo, Annie se sentirá mal.

Ella apartó el tazón, y Rufus arqueó una ceja.

-¿De dónde vienes? - preguntó él, en tono neutro.

-De Edimburgo - respondió ella, en tono opaco.

-¿Y Cato ha enviado hombres a buscarte?

-¿Y eso en qué te concierne? - preguntó ella, empujando el banco hacia atrás-¿Cuál puede ser tu interés en esto?

-Todo lo que haga Cato me interesa - respondió él, con calma-Siéntate y acaba la sopa. ¿Qué provecho te hará morirte de hambre?

-Oh, estoy bien acostumbrada a morirme de hambre - replicó ella con amargura, yendo hacia la puerta-No me quedaré aquí, sentada, traicionando sumisamente a mi tío, a cambio de un tazón de sopa.

Una ráfaga de aire helado irrumpió en la cabaña cuando ella abrió la puerta, que cerró de un portazo al salir.

Rufus se preguntó cuánto tiempo tardaría ella en advertir que, por culpa de su enfado, se había olvidado la capa.

-¿Qué hay con esta muchacha? - preguntó Annie, mientras ponía sobre la mesa las gaitas de cerdo y una fuente con nabos-¿Va a comer o no?

Para su propio asombro, Rufus no deseaba dejar que la poco colaboradora señorita Worth sufriera las consecuencias de su propia tozudez.

-Sí, va a comer.

Se levantó y fue hacia la puerta. Portia estaba de pie junto a la entrada del jardín. Freddy no le daría un caballo sin tener órdenes de Rufus; sin duda, ella estaba reflexionando sobre su situación. Sin quererlo, él llegó a la conclusión de que la hija de Jack Worth, pese a su juventud, pensaba como una persona mayor.

Había en ella algo que lo perturbaba. Algo que lo conmovía en el modo en que ella erguía su cuerpo frágil, rígido contra los constantes remolinos de nieve. Su llamativo cabello estaba cubierto de blanco y, cuando ella oyó sus pasos y volvió la cabeza, su perfil anguloso pareció tenso y agobiado.

-Portia - dijo él, avanzando hacia ella por el sendero y dándose palmadas en el pecho para defenderse del frío-No habrá más preguntas. Entra.

-Supongo que ya has averiguado todo lo que necesitabas saber.

-No - replicó él con franqueza-Jamás averiguaré todo lo que necesito saber sobre los asuntos de Cato Granville. Aun así, quiero que entres y termines de comer.

-No entraré, mientras utilizan a los hombres de mi tío para entretenerse.

De golpe, Rufus perdió la paciencia. Había hecho todo lo que había podido, instándola, engatusándola, con la intención de salvar a una maldita Granville de quedar con la barriga vacía y de un enfriamiento.

-Haz como te plazca, pues.

Rufus se volvió y regresó al interior. Tomó la capa de Portia y la lanzó hacia ella, por el sendero. Luego, entró de vuelta al ambiente cálido y cerró la puerta.

Portia corrió a buscar su capa antes de que quedara empapada con la nieve que cubría el suelo. Los copos eran grandes e iban volviéndose más pesados. Se envolvió en la prenda y caminó, con pasos decididos, dando la vuelta por un costado de la cabaña y guiándose por las huellas de los caballos. Tenía que haber un establo, y los establos solían ser sitios bastante más abrigados que el aire libre.

Se topó con una sólida construcción de madera en la parte de atrás de la casa. El pequeño espacio donde se alojaban cuatro caballos, dos de ellos de Lincoln, de la raza más grande de animales de tiro, estaba colmado de aliento vaporoso y del grato olor de los

caballos. De los muros colgaban arneses; Portia encontró su propia silla colgada sobre un madero transversal.

No se veían rastros del niño. Nadie que le impidiese ensillar y salir. Se quedó quieta, frunciendo el entrecejo. ¿Tan fácil le sería escapar? No iba a perder nada intentando descubrirlo.

-Vamos, Patches, entonces.

Hizo retroceder al manchado que ella rebautizó, para sacarlo del pesebre. El animal giró la cabeza y, al sentir el olor de la nieve que llegaba desde la puerta abierta, detrás de la muchacha, relinchó.

-Sí, lo siento, pero tenemos que salir de aquí - le dijo ella, sacando la silla de encima de la viga y arrojándola sobre el lomo de la bestia-Aun cuando no podamos encontrar al sargento y a sus hombres, tiene que haber, por los alrededores, en esta región olvidada de Dios, un pueblo o una aldea que sea amiga de los Granville.

A pesar de los guantes, tenía los dedos ateridos y, en consecuencia, le llevó mucho más tiempo del debido cerrar la hebilla de las bridas y la cincha. Montó de un salto al lomo del manchado y salió con él del establo.

El pequeño patio trasero estaba rodeado por una cerca y había en él una fuente, un gallinero y unas conejeras. Portia guió al animal hacia la puerta que se abría hacia el campo, siguiendo el razonamiento de que luego podría cabalgar en línea paralela al sendero. Le martilleaba el corazón al ver que todo le había resultado demasiado fácil. ¿Por qué se habría tomado tanto trabajo Rufus Decatur en secuestrarla y luego se haría a un lado, dejándola escapar?

Era excesivamente fácil. En el mismo momento en que ella se inclinaba hacia la verja, se abrió la puerta de la casa. El conde de Rothbury estaba de pie en el vano, con un jarro en una mano y una rebanada de pan con queso en la otra. Su actitud era despreocupada y relajada, y su expresión la desconcertó por su serenidad, como si él no tuviese especial interés en los movimientos que ella ejecutaba.

-¿Te marchas tan pronto? - preguntó él, al tiempo que se llevaba el jarro a los labios.

Los dedos ateridos de Portia dejaron escapar el pestillo de la puerta y ella pronunció un juramento.

-Te pido disculpas si la hospitalidad no alcanza a las elevadas pautas de los Granville - le dijo él-La responsabilidad de esa carencia deberás atribuírsela al hermano de tu padre.

Él no había dado un solo paso hacia ella. Quizá no iba a detenerla. Portia no dijo nada. Por fin, asió el pestillo y abrió la puerta empujándola con la rodilla.

-Cuando llegues al castillo Granville, di a Cato que Rufus Decatur le envía sus saludos - dijo el conde de Rothbury en tono amable-Y también podrías decirle que lo veré en el infierno.

La puerta se cerró tras él y Portia quedó sola en el patio. Espoleó a Patches haciéndolo pasar por la puerta, que luego cerró tras ella: estaba muy habituada a la ley del campo como para dejarla abierta, aun cuando tuviese prisa.

Llegó al camino pero era difícil ver el sendero que tenía ante sí, en medio de la tormenta de nieve que había arreciado. A Patches no lo hacía feliz tener que escoger su camino a través de esa sustancia blanca y espesa y se negaba a aumentar la velocidad. Estremecida de temor, Portia comprendió que había cometido un error al abandonar el refugio de la cabaña. Tendría que haberse tragado su maldito orgullo e ignorado el parloteo de Decatur. Le habría hecho menos daño que encontrarse perdida en medio de una tormenta de nieve.

A su alrededor no había ningún signo de vida y se sentía encerrada en una especie de nube blanca que giraba. Entonces oyó a sus espaldas ruido de cascos y se cernió sobre ella el gran potro castaño, que era una sombra grisácea en medio del blanco, con su jinete

blanqueado por la nieve. Lo único que rompía la monótona uniformidad eran los intensos ojos azules, confiriéndole vida y color.

-¡Por la gracia de Dios! ¡No tienes suficiente sentido común para saber cuándo estás en una situación cómoda! - declaró Rufus, inclinándose adelante para asir las riendas del caballo de Portia-Y, al parecer, yo tampoco lo tengo - dijo, maldiciendo con vigor, tanto por su lamentable impulso de correr al rescate de ella como por la obstinación de la propia Portia. Hizo que el caballo de ella se acercara al suyo-Yo guiaré a tu caballo; le será más fácil seguir a Ajax que abrir su propia huella.

-Pero ¿qué hay del sargento Crampton? - preguntó Portia, olvidándose de su miedo, que fue reemplazado por su anterior preocupación. Tuvo que tragar la nieve que había entrado en su boca cuando la abrió un momento-No puedes dejarlos...

-No están al aire libre - dijo él, cortante-No hables y mantén tu cabeza baja.

Portia obedeció, puesto que era lo único que tenía sentido hacer. Esperaba que él hiciera volver a los caballos hacia la cabaña y, en cambio, siguieron avanzando hacia el sitio donde se había producido la emboscada. En medio de esa blancura grisácea sin puntos de referencia, ella no reconocía nada y ese silencio que lo envolvía todo era fantasmagórico, pues hasta el ruido de los cascos quedaba ahogado.

De súbito, apareció el grupo de árboles desnudos, sorprendiendo a Portia. Rufus sacó a su caballo de la huella y Patches, por fuerza, lo siguió. Se metieron bajo los árboles y, después de unos pocos metros, Rufus tiró de las riendas.

Señaló con su látigo:

-Ve derecho hacia delante hasta que llegues a una superficie de piedra. Dentro hay una cueva. Allí encontrarás a los hombres de Granville.

Antes de que Portia pudiese hablar, él azotó con su fusta los flancos del caballo de ella y el animal se puso en marcha.

-¡No olvides darle mi mensaje a Cato!

Las palabras llegaron a ella con claridad y un instante después se habían perdido. Portia giró su cabeza con dificultad, en contra del viento. Por un segundo, pudo distinguir el contorno gris de los árboles y, luego, eso también desapareció y quedó sola, ya muy asustada.

Su caballo se precipitó entre los árboles y ella le dio rienda. Existía la posibilidad de que él supiera adónde estaba yendo. Ella no lo sabía. La superficie vertical de piedra apareció, de golpe, en esa penumbra blanquecina, aunque Portia no pudo divisar ninguna abertura.

-¡Alto!

Tiró de las riendas obligando a detenerse al trémulo caballo y observó con atención el muro blanco que tenía ante sí. En ese momento lo oyó: era el débil relincho de un caballo y llegaba desde el interior de la piedra.

Espoleó a Parches hacia delante y, poco a poco, a través de la nieve cegadora, apareció en la superficie de piedra una sombra oscura. Hizo avanzar a su caballo directamente hacia allí, acicateando a Parches cuando se desviaba. Era como cabalgar en medio de unas gachas, y la sombra cedió ante ellos y se encontraron en un espacio pequeño y oscuro, protegidos de la nieve.

Portia se limpió la nieve de los ojos y del rostro. Sus ojos necesitaron un minuto para acostumbrarse al cambio de luz. Mientras todavía estaba parpadeando, oyó una voz familiar que decía:

-Caramba, es la muchacha.

-Sí, así es - dijo Giles Crampton, surgiendo de la penumbra-¡El Señor sea loado! Ese sucio canalla te dejó ir - dijo, estirándose para ayudarla a apearse-¿Estás bien, muchacha? ¿Te ha hecho daño? - le preguntó, en voz bronca a causa de la aflicción-Si ha puesto sus sucias manos...

-¡No, no, no ha sucedido nada! - interrumpió Portia-Y él ha sido quien me ha traído aquí. Pero ¿qué ha pasado?

Ya podía distinguir a los cinco hombres, y se quedó mirándolos con expresión estúpida, tratando de discernir qué era lo que tenían de diferente. Vio que tenían las chaquetas desabotonadas... que no tenían botones. Al parecer, se los habían arrancado cortando la tela. Entonces vio lo que tenían de diferente. Todos ellos llevaban alguna forma de adorno piloso en la cara: barbas, patillas, bigotes. Ahora, en cambio, estaban con sus rostros rasurados, y su piel brillaba, rosada y desnuda como el trasero de un recién nacido.

Cuando estaba a punto de lanzar una exclamación, un profundo instinto femenino le hizo guardar silencio. Semejante humillación los había dejado desnudos, expuestos, enfadados con ellos mismos.

-Debo suponer que los hombres de Decatur les han robado - quiso saber ella, uniendo sus manos, temblando en esa caverna helada.

-¡Sí, esos patanes asesinos! Nos quitaron hasta la última moneda que teníamos. Todo, incluyendo nuestras armas, vale más de cuatro peniques de plata - protestó Giles, volviendo la cara, sin poder ocultar su mortificación-Por suerte nos han dejado los caballos.

-Sí, nos los dejaron, pero sin sillas ni riendas - dijo otro con amargura-Venga al fondo, señorita. Hemos hecho un poco de fuego. Reconozco que no es mucho, pero es mejor que nada.

Ansiosa, Portia fue en dirección al pequeño resplandor rojo que se veía en el fondo de la cueva. Habían encontrado unas ramas y algunas astillas; el fuego, si bien modesto, era tan grato como un grueso tronco en una chimenea navideña.

-¿Cuánto tiempo durará la tormenta? - preguntó ella, inclinándose para calentarse las manos heladas.

Giles regresó desde la entrada de la cueva.

-El viento viene del noreste. Por lo general, cuando es así, se acaba en un par de horas.

-¿Y hay cuatro horas de cabalgata hasta el castillo Granville?

-Cuatro horas, andando rápido. Con tanta nieve, seremos afortunados si podemos hacer tres kilómetros por hora.

Era una perspectiva sombría. Portia se estremeció y se abrazó a sí misma.

-¿Qué quería de usted ese canalla de Decatur, señorita? - preguntó Giles.

-Quería saber quién era yo - respondió Portia. Giles se puso ceñudo.

-¿Y usted se lo dijo y él la trajo aquí?

-En esencia, fue así - dijo ella, comprendiendo que no tenía deseos de hablar de la cabaña de Annie, de la sopa y las patas de cerdo y el fuego ante estos hombres quienes, por órdenes de Rufus Decatur, habían sufrido tormentos, humillaciones y robo.

Giles refunfuñó y pareció que se había dado cuenta de que ella no había contado todo. Se alejó de ella y volvió a la entrada de la cueva.

Portia sintió las miradas de los hombres. Era evidente que estaban especulando y se mostraban, ahora, menos amistosos que antes. Sin duda, no haber recibido un mal trato por parte de un Decatur daba lugar a sospechas, aunque Portia no imaginaba qué podrían estar sospechando. ¿Que había confraternizado con el enemigo...? ¿Que había hecho migas con un bandolero fuera de la ley?

Era sobremanera incómodo; Portia sintió mucha alegría cuando Giles anunció que la tormenta había amainado bastante y ya podían partir. Los hombres montaron a pelo sus caballos, se arroparon como pudieron con sus capas para tapar las chaquetas abiertas en un vano intento por evitar la punzante mordedura del frío y se pusieron en marcha.

Cabalgaron en la misma disposición que antes: Portia junto a Giles, dos hombres delante y otros dos en la retaguardia. De ese modo, ella estaba protegida del viento, pero el

torvo silencio de sus compañeros no era muy reconfortante. Como fantasmas en medio de la noche, cabalgaron a través de silenciosas aldeas de casuchas cerradas. No se veían luces consoladoras ni aun en las tabernas.

-¿Todavía estamos en tierras de Decatur? - se aventuró a preguntar Portia, después de una hora de marcha.

-Más o menos - respondió Giles-Con todo, no nos arriesgaremos a pedir socorro hasta no habernos internado bien en territorio Granville.

-Es un clima desgraciado para el movimiento de los ejércitos - dijo ella en un intento por entablar conversación, de desviar los pensamientos de ellos hacia temas más amplios.

-Lo más probable es que estén guarecidos en algún sitio.

-Por el bien de ellos, espero que sea así. Tanto por el Rey como por el Parlamento, no querrán tener que luchar con este clima - comentó Portia, haciendo enderezarse a Patches que había tropezado en un montículo de nieve alto hasta los corvejones.

La respuesta de Giles fue un simple gruñido, mientras él se estiraba para aferrar el bocado del caballo de Portia y ayudarlo a pasar por el banco de nieve.

Portia desistió del intento de conversar y dejó vagar la mente por un mundo donde ardían alegres y cálidos fuegos, las mesas crujían bajo el peso de fuentes cargadas de carne y jarras de vino y cerveza, camas mullidas con gruesas y abrigadas mantas, una arriba de otra. En el pasado, había usado con frecuencia esa fantasía para poder enfrentar la realidad más lúgubre, y lo hacía tan bien que podía sentir el sabor de la comida en la lengua y la tibieza del fuego en los miembros.

Cuando llegaron al castillo Granville la nevada había cesado, el cielo, dolorosamente claro, estaba repleto de brillantes estrellas. Portia elevó su vista para contemplar esa imponente estructura grisácea con su foso y sus alcázares, sus parapetos y almenas, y recordó la graciosa casa solariega de muros entramados de madera, a orillas del río Támesis, donde Cato se había casado con su segunda esposa, la bellísima y elegante lady Diana Carlton.

Era difícil imaginar a esa dama haciendo su hogar en este sitio. Mientras ellos avanzaban con estrépito sobre el puente levadizo tendido sobre un ancho foso helado, fue izado el rastrillo para que pudieran entrar al patio exterior. Si bien los ejércitos enemigos podían estar refugiados junto al calor de sus respectivas hogueras, el país seguía estando en guerra y, por lo tanto, el castillo de lord Granville estaba cerrado para el mundo exterior.

Unos hombres se adelantaron a ocuparse de sus caballos, disparando preguntas a gritos, lanzando exclamaciones por lo avanzado de la hora. Habían barrido la nieve de los adoquines, y se veían grandes montones contra las paredes, a los que la luz de las antorchas de brea que ardían, sujetas a sus postes, daban un tono rosado y hacían brillar. Patches avanzó moviendo las patas encima de la paja que había sido esparcida sobre los adoquines para impedir que los animales resbalasen en el hielo. Portia se preguntó qué debía hacer.

Sus acompañantes habían desmontado y estaban rodeados por sus camaradas. Giles se encaminaba hacia el arco que conducía al patio interior pero, antes de que llegara a él, una esbelta figura envuelta en una capa salió al patio. La niña echó a correr hacia Portia, aún montada en Patches.

-¡Po... Portia, me alegro tanto de que hayas venido...! - exclamó Olivia, apoderándose de las riendas de Patches; sus ojos negros brillaban a la luz de las antorchas-No pu... puedo expresarte lo contenta que estoy.

-Yo también me alegro de haber venido - dijo Portia, con cierta torpeza.

Recordó que Olivia le había parecido alta para su edad cuando se conocieron en la boda; en eso seguía igual. Por cierto, era casi más alta que Portia. Tenía la pequeña cabeza coronada con trenzas oscuras y, a pesar del resplandor de placer que había en sus ojos, se notaba cierta sombra en su expresión.

Portia se dejó caer sobre los adoquines. No sabía qué hacer a continuación, pero estaba convencida de que debía hacer algo. Ofreció su mano.

-¿Cómo estás? Tres años es mucho tiempo.

Olivia tomó la mano que se le ofrecía y la estrechó, sonriendo con timidez.

-Estoy bastante bien, gracias.

-Bienvenida al castillo Granville, Portia.

Al oír esa voz tranquila, Portia se volvió. El medio hermano de su padre era un hombre alto, delgado, de ojos castaños, nariz aquilina y boca bien modelada. Su cabello castaño raleaba en la frente, formando un pronunciado pico. Se quitó un guante y extendió la mano.

Portia se apresuró a hacer lo mismo.

-Estás helada - dijo, oprimiéndole los dedos-Han tenido un viaje terrible en esta tormenta.

Ella señaló con la cabeza a Giles, que había vuelto sobre sus pasos para acercarse a su señor.

-Hemos caído en una emboscada, señor.

La expresión de Cato perdió su benevolencia.

-¿Decatur?

-Sí, señor - asintió Giles.

Cato soltó la mano de Portia.

-Lleva a tu prima al abrigo, Olivia, y ocúpate de sus necesidades. Está medio congelada - dijo, y se volvió hacia Giles-Venga, hombre; cuéntame.

Se alejaron caminando hacia el alcázar, donde se alojaban los hombres. Portia volvió a ponerse el guante.

-Por aquí - dijo Olivia, abriendo la marcha hacia el arco que conducía al patio interior y el foso.

Portia irguió sus hombros y la siguió.

## *4*

-Aquí vivirás tú - dijo Olivia, abriendo la puerta de una pequeña habitación situada en uno de los baluartes-No es un cuarto muy bo... bonito - dijo, en tono de disculpa-Pero Di... Diana dice que éste es el que debes tener.

Portia entró en la habitación. El aspecto de las paredes de piedra había sido suavizado por medio de algunos tapices deshilachados, y había esteras en el suelo.

Un fuego débil ardía en el hogar, y en un candelabro doble de peltre parpadeaban unas velas de cera. La alta ventana abierta en la gruesa piedra estaba sellada con pergamino aceitado al que las ráfagas de viento helado hacían tamborilear. Además de una cama baja y estrecha había un taburete, una mesa pequeña y una prensa para ropa blanca.

Con una sola mirada, Portia lo abarcó todo. El escaso mobiliario le reveló con claridad cuál sería su posición en esa casa.

-¿Voy a compartirla?

-¡Oh, no! - repuso Olivia, escandalizada-No, po... por supuesto que no.

-En ese caso, es un palacio - afirmó Portia, alegre, quitándose los guantes- Mucho más cómoda que los lugares a los que estoy habituada, te lo aseguro.

La expresión de Olivia se tornó dudosa.

-Supongo que, dentro de un minuto, traerán tu eq... equipaje. Cuando tengas tus cosas contigo, te resultará mucho más acogedor.

Portia rompió a reír.

-¿Equipaje? Lo que llevo puesto es todo lo que tengo. Ah, además de la pequeña caja que estaba amarrada a la silla de Parches. No quisiera perderla - dijo y, por un instante, su sonrisa se desvaneció-Ya sé que es muy poco lo que puedo mostrar después de haber estado diecisiete años en este mundo, pero esa caja es todo lo que tengo.

Lo único que tenía para demostrar quién era, pensó ella. Por más que esos pequeños recuerdos pudieran parecer patéticos a otros ojos, eran sus únicos lazos con la vida que había conocido y con el único padre que había tenido vivo.

-¿No tienes más ropa que ésta? - preguntó Olivia, atónita.

Portia negó con la cabeza y dijo, volviendo a su anterior alegría:

-Sólo lo que llevo puesto. Con todo, esta ropa es un enorme avance respecto de la que llevaba cuando me encontró el sargento Crampton - dijo, desabrochándose la capa y arrojándola sobre la cama, para luego inclinarse para atizar el magro fuego de la chimenea-La leña está verde - comentó-Tal vez pueda encontrar algunos troncos secos cuando haya empezado a conocer el lugar.

Olivia frunció el entrecejo. Sospechaba que lady Granville había dado la impresión a los criados de que no era necesario que se esmerasen por proporcionarle un confort especial a la recién llegada.

-Debería conducirte ante Di... Diana.

Portia se enderezó. Al parecer, el tartamudeo de Olivia empeoraba cuando tenía que enfrentarse a su madrastra.

-¿Es una gorgona?

Olivia asintió:

-Es horrorosa.

-Oh - dijo Portia, comprendiendo la situación-Supongo que le fastidiará tenerme aquí.

Olivia volvió a asentir.

-¿Y lord Granville lo sabe?

Olivia negó con la cabeza:

-¡No! Di... Diana nunca le muestra su lado malo. Él cree que ella es maravillosa y bu... buena.

-Los hombres siempre son así de ciegos - comentó Portia, desencantada y conocedora - Ni los más agradables ven lo que tienen debajo de sus narices. Bueno, enfrentemos a la gorgona, pues.

La sonrisa de Olivia ahuyentó las sombras de su rostro pálido y compuesto; sus ojos negros se iluminaron, transformándole el semblante.

-Me alegra tanto que estés aquí...

Después de haber visto lo que vio durante los últimos cinco minutos, Portia se reservó su opinión y se limitó a decir:

-Para mí, el castillo Granville es un gran avance, comparado con la calle St. Stephen.

Diana las aguardaba en la sala. Dejó a un lado su bastidor y contempló a Portia con mirada penetrante y nada amistosa.

-Olivia te ha mostrado tu habitación.

-Sí, señora - respondió Portia, haciendo una cortés reverencia -Le agradezco mucho su hospitalidad.

-Sí, en mi opinión, está por encima del deber familiar - dijo Diana con frialdad-Yo espero que retribuyas la generosidad de mi esposo como él se merece.

«Ah - pensó Portia-De eso se trata.»

-Señora, no creo que pueda acusarme de falta de gratitud.

-Tu habitación está muy cerca de la habitación de los niños. De ese modo, podrás oír si lloran por la noche y echar una mano a la niñera, en caso de que lo necesite. ¿Sabes coser?

-Tengo habilidad para las artes domésticas, señora.

-Bueno, en ese caso podrías ocuparte del guardarropa de Olivia. Mi costurera está demasiado atareada para prestarle la debida atención. Además, están las prendas de la casa para remendar. No me cabe duda de que querrás ser útil del modo que puedas.

Portia se limitó a hacer otra reverencia. Percibía, a su lado, que la desesperada necesidad de hablar y la mortífera frustración de saber que no podría expresarse en forma coherente hacía temblar a Olivia. Portia la miró fugazmente de reojo y dejó caer un párpado en un guiño casi imperceptible.

La puerta se abrió con tanta fuerza que los troncos ardieron en el profundo hogar y Cato Granville entró sacudiéndose la nieve de las botas y quitándose los guantes.

-¡Por Cristo, qué frío hace fuera! Lamento que hayas tenido un viaje tan accidentado, Portia.

Su sonrisa era agradable pero en sus ojos se veía una pregunta.

-¿Accidentado? - inquirió Diana, sonriendo y entrecerrando sus ojos grises.

-Decatur - aclaró, conciso, su marido. Giró hacia el aparador de roble y levantó un botellón de jerez-¿ Una copa de vino de bienvenida, Portia?

-Sí, señor, gracias - dijo ella, aceptando el ofrecimiento con una nueva reverencia cortés.

-¿Y tú, querida?

Cato entregó una copa a su esposa, sirvió una pequeña cantidad para Olivia y luego vaciló un instante para decidir cuánto serviría en la tercera copa. Pero la muchacha era tres años mayor que Olivia. Por fin, llenó la copa hasta el borde y se la ofreció a Portia.

-Bienvenida al castillo Granville, Portia - dijo, inclinando la cabeza a modo de brindis por ella, mientras sus ojos seguían interrogándola-Debes de estar agotada después del viaje. A juzgar por la descripción de Giles, ha sido una pesadilla.

-La tormenta de nieve empeoró las cosas - admitió ella-Pero sus hombres se llevaron la peor parte, señor.

-Sí, me imagino que así es - coincidió Cato. Volvió a llenar su copa mientras observaba con atención a la muchacha, sus ojos levemente entornados-Giles me ha asegurado que no has sufrido daño.

-Sí, señor.

Le pareció que lo mejor era una respuesta breve. El jerez en su estómago vacío le hacía aflojar las rodillas; por eso, dejó la copa.

-Dios mío, ¿qué ha sucedido? - dijo Diana, bebiendo con delicadeza de su copa y mirando a su marido con los ojos dilatados de alarma.

-Decatur tendió una emboscada a mis hombres y les robó - dijo Cato-Secuestró a Portia durante un breve lapso. - y se volvió hacia Portia, con sus ojos todavía entornados-¿Qué sucedió, exactamente?

-Nada de particular interés, señor - dijo Portia, juiciosa-Él me obligó a que lo acompañara, a pesar de que yo había intentado matarlo con mi daga, y...

-¿Qué dices? - preguntó Cato, mirándola espantado.

A Diana se le cayó la copa de los dedos, súbitamente inertes. El líquido marrón se volcó a sus pies, sobre la alfombra, y ella soltó una exclamación irritada.

-Oh, perdóneme, señora. No ha sido mi intención impresionarla - dijo Portia, desbordando de arrepentimiento y preocupación. Se arrodilló y sacó su pañuelo para secar el líquido derramado-Creo que su vestido no se ha manchado.

-¡Por el amor de Dios, niña, déjalo ya! - exclamó Diana, empujándola-Si lo frotas, será mucho peor. Olivia, toca la campanilla para llamar a Clayton. - Se abanicó con brío-Quizá no te he entendido bien.

-Yo arrojé mi daga a lord Rothbury, señora, pero como él llevaba puesta una chaqueta de búfalo, la hoja no penetró lo bastante hondo para matarlo - explicó Portia, con expresión de franca inocencia.

Olivia contuvo una carcajada. Y si bien estaba tan estupefacta como Diana, adivinaba que Portia estaba divirtiéndose en grande a costillas de lady Granville.

-¿De dónde habías sacado el cuchillo? - preguntó Cato, al tiempo que hacía un ademán a su esposa indicándole que se callara, en una actitud de poco frecuente impaciencia.

-Me lo había dado Jack. Era para protegerme del acoso de los hombres - dijo Portia, con lo cual creó un efecto más devastador aún-Con todo, nadie podría decir que yo fuera muy acosada, ¿verdad? - comentó, sonriendo con serenidad al marqués y a su esposa-Sin embargo, puedo decirles que he tenido algunos encuentros desagradables.

Cato tuvo que esforzarse por tomar el control de la situación. Dijo, conteniéndose:

-No me parece que sea un tema para mencionar en la sala de recibo de mi esposa. Y, volviendo a Rothbury, ¿te ha interrogado?

-Él quería saber quién era yo y por qué viajaba con la protección de Granville, señor. Me llevó a la cabaña de un colono y, allí, la señora de la casa nos dio de comer.

-Muy considerado de su parte - comentó Cato, sarcástico-Sin duda, tendría alguna intención detrás de esa actitud.

Diana ya se había recuperado y, mirando a Portia con el más profundo desagrado, dijo:

-Olivia, ¿por qué no llevas a la niña de vuelta a su habitación? Puede cenar sola allí. A juzgar por el tono de su conversación, es evidente que ella no está acostumbrada a la buena compañía; podría sentirse fuera de lugar. Supongo que ya habrán subido su equipaje y podrá abrir sus maletas.

-En cuanto a eso, señora, no tengo equipaje que valga la pena mencionar - se apresuró a decir Portia, sin poder contenerse-Pero le digo que me muero de hambre; tengo el estómago pegado al espinazo.

Olivia le lanzó una mirada de asombro al oír que Portia había adoptado la cadencia de los callejones de Yorkshire. Diana, disgustada, frunció la nariz, y las cejas de Cato se alzaron de tal modo que se unieron a la raíz del cabello. Un minuto antes, su visitante había estado hablando con un acento perfecto. Se le ocurrió que, tal vez, se había esforzado tanto por impresionarlos y, por accidente, había caído de nuevo en su manera de hablar habitual.

Entonces, la observó con mayor atención y, de pronto, le recordó intensamente a su medio hermano. Los ojos verdes, sesgados, de la muchacha estaban entornados y, aun así, eran perspicaces, brillantes y penetrantes y comprendió que, pese a su juventud y a su pobreza, la hija de Jack no era ninguna tonta. Lo que hacía la muchacha era defenderse, a su modo, de la desagradable condescendencia de Diana.

Miró a Olivia y vio que su hija, lúgubre y retraída, estaba sonriendo ampliamente.

Cato todavía estaba tratando de decidir cómo debía reaccionar ante semejante situación, cuando Olivia se lanzó a hablar.

-Ven, Portia. Yo cenaré contigo y te contaré todo lo que quieras. Eso será lo mejor, ¿no... no cree, señor?

Portia aprovechó la entrada y volvió a hablar de modo impecable y moderado.

-Gracias, señor - dijo, como si él ya hubiese accedido a la propuesta de Olivia-Admito que estoy fatigada. A menos que quiera usted saber algo más sobre mi encuentro con lord Rothbury.

-Mañana por la mañana - dijo él, despidiéndola con un ademán al tiempo que se debatía con la sensación de que el suelo le faltaba bajo los pies.

La muchacha volvió a hacer una reverencia y, junto con Olivia, fue hacia la puerta. Entonces, ella se detuvo y miró por encima del hombro:

-Me dio un mensaje para usted. No era muy cortés, pero él insistió mucho en que yo no olvidara transmitírselo.

Cato permaneció inmóvil, con una mano apoyada en la repisa tallada de la chimenea y la otra sujetando la copa. Clavó los ojos en el rostro pálido y pecoso de Portia.

-Entonces, dámelo.

-Él le envía sus saludos... y dice que lo verá en el infierno.

De la boca de Diana brotó una exclamación indignada y por los ojos castaños de lord Granville pasó un ramalazo de furia.

Tras un breve cabeceo de despedida, Portia abandonó la sala seguida por Olivia.

Más tarde, Portia estaba acostada, despierta, contemplando el reflejo del fuego en el cielo raso abovedado. El viento batía el pergamino engrasado que cubría la ventana, y ella se acurrucó bajo las gruesas mantas, disfrutando con la tibieza y la seguridad de su habitación privada, y con la posibilidad de cerrar su puerta con llave. No sabía por qué había cerrado con llave, a menos que se debiera a la costumbre que le había quedado tras años de viajar con Jack a sitios poco seguros, donde era igualmente posible que a uno le cortaran la garganta por unas monedas como pasar una noche apacible.

No era probable que le cortaran la garganta en el castillo Granville aunque si Diana - lady Granville- tenía la posibilidad, procuraría reducir al mínimo la situación de Portia.

Olivia la había llevado a ver a las dos pequeñas que dormían en cunas. Hasta ese momento, Portia no había tenido mucho trato con niños pequeños y tampoco le interesaban demasiado. Aun así, al ver la actitud autoritaria de la niñera, había sacado la conclusión de que se esperaba de ella que fuese muchacha para todo trabajo en la guardería, y que estuviese a disposición de la señorita Janet Beckton.

Portia se volvió de lado, se acurrucó, levantó las rodillas hasta su magro pecho y las abrazó con fuerza. Se sentía abrigada, seca y bien alimentada, a cambio de la pérdida de su independencia; un intercambio bastante razonable. Este castillo situado en las desoladas colinas de Lammermuir estaba demasiado lejos de la civilización urbana para brindarle la oportunidad de trabajar. Y si bien, en lo más crudo del invierno, la lucha estaba suspendida, la incierta tregua no duraría mucho tiempo. En cuanto lord Leven y sus refuerzos escoceses se reunieran con el ejército del Parlamento al mando de lord Fairfax, la causa realista se vería realmente amenazada por una fuerza que la superaba en número. Una mujer sin familia, merodeando por los campos de batalla, sólo tendría un modo de sostenerse.

Hacía rato que Portia había rechazado ese modo, por más que le brindara la única posibilidad de comer y de tener un techo sobre la cabeza.

Claro que, si ella hubiese sido un hombre, se haría soldado y seguiría la llamada del tambor. Entonces, tendría comida y paga. Con sonrisa desganada, recordó que hubo una vez en que semejante plan no le parecía absurdo. Pensó que, en aquel entonces, ella era una niña y, como tal, no había perdido la creencia infantil en la magia.

Portia bostezó y la inundó una abrumadora oleada de fatiga. Le dolía todo el cuerpo. Por la mañana, todo se vería mejor: siempre resultaba así.

Portia se entregó al sueño, sin saber que seguía sonriendo. Su último pensamiento, antes de quedarse dormida, fue para el grandote pelirrojo Rufus Decatur cortando el pan en rebanadas con la habilidad de un ama de casa...

La despertaron unos golpes que aporreaban su puerta; ella se sentó bien despierta pero desorientada. Parpadeó y paseó la mirada por ese ámbito desconocido, pobremente iluminado por la luz que llegaba desde la ventana metida en un nicho.

-¡Portia!

Se repitieron los golpes y ella recuperó el recuerdo de lo sucedido.

-Un minuto, por favor - dijo, bajando de la cama, temblando en el aire helado, arrastrando con ella una manta mientras se dirigía, descalza, a la puerta y hacía girar la llave-Señor, ¿qué hora es? - preguntó bostezando.

-Las ocho pasadas - respondió Olivia, pasando junto a ella y empujándola-Lo más asom... - se esforzó, desesperadamente, durante un tiempo que para Portia fue eterno, tratando de acabar la palabra- asombroso - logró decir, al fin-¡Ha sucedido algo asombroso!

Portia volvió a la cama y metió los pies congelados bien adentro de las mantas, que conservaban el calor de la noche.

-¿Qué ha sucedido?

-¡Mi padre!

La excitación de Olivia, que se manifestaba en sus ojos agrandados, no permitía saber si ella creía ser portadora de buenas o de espantosas noticias. Portia aguardó, paciente, a que la muchacha ordenase sus pensamientos.

-¡Él... él se ha declarado en favor del Parlamento! - dijo, al fin, Olivia-Esta misma mañana está izando su estandarte.

-Caramba, qué interesante - comentó Portia, pensativa.

Los Granville eran la familia noble más influyente del Norte, y su toma de partido por el Parlamento representaría un duro golpe para los realistas.

-Mi madrastra se ha metido en la cama - dijo Olivia. Hizo una profunda inspiración y dijo de carrerilla- : Siempre que sucede algo así se mete en la cama.

Una vez concluido el esfuerzo, suspiró ruidosamente y miró a Portia con la expresión de quien ha hecho lo máximo que se podría esperar de ella.

-Bueno, eso debería representar un pequeño alivio para todos - cOmentó Portia, y fue recompensada por una breve carcajada de Olivia. Portia apartó las mantas con gesto decidido-Tengo que levantarme.

-Ja... Janet se preguntaba dónde estarías.

-¿La niñera? - preguntó Portia haciendo una mueca mientras se desenvolvía de las mantas y permanecía, temblando, cubierta sólo con las enaguas-Tengo la impresión de que será difícil que esta señora y yo nos llevemos bien - observó, mientras se vestía rápidamente, con los dedos morados de frío-Pero antes necesito conseguir leña para el fuego y agua para lavarme. ¿Dónde puedo obtenerlos?

-Llama a una criada.

Portia negó con la cabeza.

-No creo que nadie en el castillo Granville tome a bien la petición de atenderme. Por otra parte, yo soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma - murmuró, mientras se ponía la capa sobre los hombros- : Ojalá no sufriera el frío de una manera tan horrorosa.

Fue hacia la puerta, con Olivia siguiéndole los pasos.

-Primero vamos a la cocina.

Olivia se encogió de hombros, en señal de que accedía y siguió a esa especie de tromba que había entrado en su vida, una Portia que en ese momento casi corría por el corredor con la capa ondulando a su alrededor. En la cocina, Olivia observó a Portia que, de una manera suelta y fácil, se presentó a las criadas y a la cocinera, que se afanaban entre ollas y asadores. En pocos minutos, Portia consiguió una jarra con agua humeante para lavarse en el fregadero; cuando volvió a la cocina, pudo sentarse ante un plato con tajadas de ternera y huevos.

-¿Has desayunado, Olivia? - preguntó, mientras untaba mantequilla dorada sobre una rebanada de pan de cebada-Estos huevos están muy buenos.

Indicó el sitio que estaba a su lado, en el banco, señalando con el cuchillo.

-¡Por el amor de Dios, lady Olivia no puede comer en la cocina! –exclamó la cocinera-Vamos, milady, márchese. Éste no es lugar para usted.

-No quiero marcharme - declaró Olivia en actitud empecinada que una interesada Portia no dejó de advertir.

Olivia se sentó al Iado de Portia y miró, desafiante, a su alrededor.

-¡Dios nos libre y guarde! - musitó un criado, desde la despensa-¡A su señoría le dará un ataque!

-¡Qué va! - exclamó, riendo, un pastelero de físico rotundo y mejillas rojas-¿Ella? Esa mujer es de hielo y nos congelará a todos; quedaremos como la mujer de Lot. Eso hará su señoría.

Golpeó la masa con el rodillo haciendo volar harina por el aire en forma de fina niebla.

-¡Tú calla! - lo regañó la cocinera, señalando a Olivia con gesto significativo, aunque la muchacha, de todos modos, no parecía prestarles atención.

Un silencio un tanto incómodo reinó en la cocina, quebrado sólo por los ruidos de las ollas y sartenes, hasta que se abrió la puerta dejando entrar una ráfaga de aire helado, y entró lord Granville con Giles Crampton.

-¿Cuántos barriles de cerveza tenemos en la trascocina, Garsing? - preguntó Cato con aire alegre al mayordomo del castillo, hombre que se diferenciaba de los demás criados por las pesadas llaves del sótano que colgaban de su cinturón-Mañana por la mañana, quiero media docena, por lo menos, en la guardia externa. Y gruesas tajadas de solomillo, algunos cochinillos y un par de ovejas en espetones sobre las hogueras. ¿Podría ocuparse de eso, señora Quick? Tenemos que celebrar algo.

Golpeó el suelo con los pies y se sopló las manos, con las mejillas enrojecidas por el frío. A pesar de todo, sus ojos estaban brillantes y de todo su cuerpo emanaba energía y determinación.

Entonces, su mirada se posó sobre las dos niñas sentadas a la mesa, y se puso ceñudo.

-Olivia, ¿qué haces aquí?

Portia se levantó de un salto y respondió por ella.

-Ella me hace compañía mientras yo desayuno, milord.

-¿Y por qué desayunas en la cocina? - insistió él, y su ceño se ahondó.

-No me pareció oportuno que sus criados me atendieran, señor.

Cato echó una mirada en derredor, por la cocina, y los criados eludieron su mirada. Volvió la vista hacia su hija y su ceño se intensificó más aún.

-¿Dónde está tu madrastra? Estoy seguro de que ella no habría estado de acuerdo con que estuvieras aquí.

Olivia se ruborizó por el esfuerzo de articular las palabras. Cato esperó, golpeando sus guantes en la palma de la mano. Portia, sin haber vuelto a sentarse, comió con disimulo el último bocado de carne que tenía en el tenedor.

-Mi señora ma... madre está en cama, señor.

Cato frunció el entrecejo. Tal como él temía, Diana estaba muy conmocionada por su decisión de cambiar de bando. Pero ella era su esposa y lo apoyaría una vez que se hubiese habituado a la idea.

Cato perdió interés en la presencia de su hija en la cocina, y se volvió de nuevo hacia Giles, que lo esperaba, pacientemente, junto a la puerta.

-Giles, mañana será día de fiesta para los hombres; les dirá que traigan a su familia al festejo. Abra las puertas y dé la bienvenida a los aldeanos, también. Al menos, a todos aquellos que apoyen al Parlamento - añadió, empleando un tono que daba a entender que lo sorprendería la presencia de disidentes-Si no vuelve a nevar, procuraremos que haya música y baile. Un día de fiesta para todos los que decidan unirse a nosotros.

Hizo un gesto expansivo.

-Los hombres se alegrarán mucho - dijo Giles, resplandeciente-Ya están de ánimo festivo. No verá a nadie que le dé la espalda al estandarte.

-Bien - dijo Cato, haciendo un gesto de satisfacción y enfilando hacia la puerta. Entonces, se detuvo y echó una mirada a Portia que, al no ser ya el foco de la atención, había vuelto a ocupar su sitio y estaba terminando el desayuno.

Cato examinó con atención el pálido rostro pecoso como si fuera capaz de leer sus pensamientos tras los claros ojos verdes. ¿Por qué tenía él la impresión de que esta recién llegada a su hogar era tan indescifrable como un enigma? Con súbita decisión, como para sorprenderla desprevenida, le preguntó de repente:

-¿Qué impresión personal te dio lord Rothbury, sobrina?

La pregunta tomó por sorpresa a Portia que, de todos modos, respondió con calma:

-No creo haberme llevado ninguna, milord. Al menos, puedo decir que no me ha parecido muy interesante.

Cato alzó una ceja. Si a su sobrina lord Rothbury no le había resultado interesante, debía de ser un miembro muy poco común del sexo femenino, de acuerdo con lo que se decía. Se afirmaba que ese individuo asolaba la campiña como un semental encabritado, dejando a su paso un rastro de corazones destrozados y de hijos bastardos. Entonces recordó el episodio de la daga y pensó que la hija de Jack era un ser muy poco convencional.

Cato se volvió de nuevo hacia la puerta.

-Olivia, deberías ir a ver a tu madrastra. Ella podría necesitarte.

Se puso otra vez los guantes y salió de la cocina en médio de una nueva ráfaga de aire frío.

Una vez fuera, se encaminó a la plaza de armas, de donde salían los hombres después de la instrucción de la mañana. Cato se detuvo y echó un vistazo a las almenas del castillo, donde ondeaban los pendones con los colores del Parlamento. Constituían un espectáculo impresionante, recortados contra el cielo azul. El aire era tan frío que dolía respirar, y el sol era una pálida rueda amarilla que pendía sobre las acurrucadas colinas de Lammermuir, sin dar un ápice de calor.

¿Dónde estaría Rufus Decatur en ese momento? ¿Escondido en su refugio privado de las estériles tierras de las colinas Cheviot? El conde de Rothbury sabía, desde la tarde anterior, que Cato Granville se había pasado al bando del Parlamento. Los bandoleros de Decatur habían extraído la información de los menos estoicos de los compañeros de Giles por medio de tormentos, mientras el propio barón ladrón, en persona, había recibido a la sobrina de Granville junto al fuego, en la cabaña de un colono. A Cato no le quedaban dudas, casi, de que el ataque a sus hombres tenía, como propósito principal, obtener esa información.

De todos modos, no había diferencia alguna puesto que esa información era de dominio tan público como era posible y, cualquiera, en kilómetros a la redonda, podía ver ondear las banderas en las almenas del castillo Granville. Aun así, Cato ardía en deseos de saber de qué modo atacaría su enemigo. ¿Seguiría Rufus sentado sobre la cerca, contemplando la conmoción que se desarrollaba a su alrededor, con la mirada irónica de un observador, planeando su entrada en el caos en el momento en que les diese, a él y a su banda, el máximo beneficio?

Cato no creía que Rufus basara su decisión en otra cosa que no fuese su propio interés. Si Decatur se aliaba con el bando ganador, podría esperar recompensas. Esperar que la casa de Rothbury recuperase su antigua posición de riqueza, influencia y prestigio.

Si eso era lo que él quería. Rufus Decatur era un delincuente y un líder de nacimiento. Atraía a los hombres como el polen a las abejas. Tanto a hombres buenos como a malos. Hombres que querían excitación. Hombres que no estaban dispuestos a aceptar las leyes comunes de la sociedad. Alguien con esas características, ¿podría regresar al mundo civilizado?

Antes de poder encontrar respuesta a esa pregunta, habría que pelear una guerra. y, a pesar del entusiasmo que reinaba entre los hombres que salían de la plaza de armas, a pesar del júbilo del propio Cato, el marqués veía la sombra de una muerte sangrienta proyectada sobre el futuro de todos ellos.

## *5*

-Bueno, bueno, bueno, mira eso - dijo Rufus, sonriendo en medio de su barba pelirroja, aunque sus brillantes ojos azules eran duros como diamantes.

Detuvo a su caballo y tendió la mirada hacia las colinas bajas que se extendían ante él en la dirección del castillo Granville, erguido en una colina más alta que las otras, con las banderas del Parlamento flameando en sus almenas y contrafuertes.

-Gallo de un montón de estiércol- dijo, desdeñoso-Que se jacta y cacarea, desafiante y orgulloso.

-Parece que están celebrando alguna fiesta - observó Will, protegiéndose los ojos con la mano-Se huele la carne asada desde aquí.

En su voz sonó una nota de añoranza; habían partido de la aldea Decatur después del alba y ya era casi mediodía.

-Sí, y la mitad de los campesinos se unirán a ellos, al parecer - musitó su acompañante.

Los tres hombres observaron en silencio la escena que se desarrollaba más abajo. Pobladores en ropa dominguera cruzaban el puente levadizo y entraban en el castillo, los niños haciendo cabriolas y correteando, y se elevaba el sonido de tamboriles y pífanos, en una música que era marcial y alegre al mismo tiempo.

-Supongo que celebran el apoyo de Granville al Parlamento.

-Así parece, George - admitió Rufus, distraído.

Golpeteó la fusta contra la bota, sus ojos clavados en la actividad desplegada más abajo, las banderas que flameaban, un par de patinadores en el foso congelado, un barril de cerveza que un grupo de jóvenes exuberantes empujaban, rodando, por el puente levadizo.

-Así parece - murmuró otra vez.

William lo miró de reojo y su expresión se tornó alerta: él conocía ese tono. Y cuando Rufus volvió sus intensos ojos azules hacia él, a Will le dio un vuelco el corazón. En esas esferas serenas y sonrientes se veía una malicia pura y la boca de labios llenos rodeada de la barba dorada y rojiza trazaba una curva que llenó a Will de un conocido presentimiento.

-¿En qué estás pensando, Rufus? - preguntó, inquieto. La sonrisa de Rufus se hizo más ancha.

-Oh, se me ocurre que tal vez podamos pedir algo de hospitalidad a nuestro amigo Granville. Ha pasado mucho tiempo desde el desayuno y, por cierto, esa carne le hace a uno la boca agua.

-¿Irá allí, milord? - preguntó George, más resignado que horrorizado-Deduzco que podría usted perderse entre la multitud.

-¿Por qué no?

Rufus se encogió de hombros en gesto despreocupado y espoleó a su zaino para que se pusiera en marcha. Fue descendiendo hacia el valle, hasta la mitad de la colina que coronaba el castillo Granville; los otros lo siguieron.

Rufus tiró de las riendas ante una pantalla formada por arbustos de acebo y comentó:

-Aquí estamos lo más cerca que podemos llegar.

-¡Estás loco! - exclamó Will-Granville te colgará de la almena más alta.

-Lo haría, si supiera que estoy aquí - admitió Rufus, tranquilo. Se apeó del caballo y soltó las correas que sujetaban una manta enrollada a su silla-Dame una mano con esto, George.

George desmontó. Él sabía exactamente qué se esperaba de él. Entre otros talentos, Rufus Decatur era un maestro del disfraz.

Rufus se quitó la capa y formó un acolchado con la manta. Con ayuda de George, se sujetó esa almohadilla en los hombros, bajo la mirada resignada de Will.

-Y bien, ¿cómo lo ves?

Rufus pasó la capa oscura de tela casera sobre un hombro, alzó la caperuza y la sujetó bien al cuello: quedó transformado. De pronto, su cuerpo alto y fuerte parecía frágil, doblado, con un hombro más alto que el otro y una joroba que desfiguraba el recto contorno de su espalda.

-Podrás pasar - dijo William, sonriendo a su pesar. Había visto muchas veces el disfraz y seguía asombrándolo. Era muy sencillo; se trataba de transformar las características más distintivas de Rufus Decatur: su altura y su presencia imponente. Sin esos rasgos, el apellido Decatur no acudiría a la mente.

George cortó una fuerte estaca de un árbol joven y se la entregó al amo Decatur: así, la transformación fue completa. Encorvado y apoyado en la estaca, con sus prendas de tela casera, capa, justillo y pantalones, con la caperuza bien baja sobre los ojos, Rufus se había convertido en un aldeano de la región.

-Iré solo - dijo, desechando con un ademán las protestas de Will-Es menos arriesgada la intrusión de uno que de tres.

-¿Por qué? - quiso saber Will-¿Qué esperas obtener corriendo un riesgo como éste?

-Creí que tenías hambre - dijo Rufus, con burlona sorpresa-Yo, por mí parte, sí. Voy a aprovechar el banquete de Cato... ¿qué otra cosa podría hacer?

-Claro, ¿qué otra cosa? - murmuró Will, observando a Rufus cuando se apartaba disimuladamente del refugio de los arbustos-Él se propone alguna otra cosa, ¿no es cierto, George?

-Supongo que sí - coincidió George, con aire flemático-Con todo, no me vendría mal un poco de esa carne. Desde aquí, huele condenadamente bien.

Olfateó con deleite cuando el viento trajo el sabroso aroma de la carne asada, mezclado con el del humo de leña, que excitaron sus papilas gustativas. Rufus avanzó solo unos cinco minutos, nada más, luego se mezcló con la corriente de personas que trepaban la colina desde la aldea que se asentaba en su base; a Will empezó a costarle bastante distinguirlo mientras trepaba arrastrando los pies, apoyándose pesadamente en su bastón. Cuando el grupo de gente llegó al puente levadizo, Rufus desapareció de la vista y Will quedó royéndose las uñas de ansiedad.

Rufus echó un vistazo a un lado y a otro del foso al tiempo que cruzaba el puente. Las dos figuras que había visto antes aún estaban patinando. La extraña sacudida de reconocimiento que experimentó en la boca del estómago al ver a Portia Worth trazando giros en el hielo, con la caperuza de su capa pardusca echada hacia atrás y su cabello anaranjado reluciendo en un rayo de ese sol débil, lo tomó desprevenido.

No lo había sorprendido verla; él sabía que ella debía de estar en alguna parte del castillo. Y, sin embargo, fue consciente de una peculiar perturbación, del inquietante pensamiento de que él, en realidad, había ido al castillo Granville a verla a ella. Claro que ésa era una idea ridícula.

Ella se había ido, había desaparecido debajo del puente levadizo, él había traspuesto el rastrillo levantado y entrado en territorio enemigo; por lo tanto, necesitaba que sus cinco sentidos estuviesen muy alertas.

En el centro de la guardia exterior ardían grandes hogueras y, sobre ellas, se asaban trozos de solomillo, ovejas enteras y cochinillos, parejas de muchachos hacían girar los espetones y sus mejillas estaban enrojecidas por el calor y por los jarros de cerveza que bebían para refrescarse, sus ojos lagrimeando a causa del humo.

En una esquina de la guardia tocaba un violinista, y un conjunto de bailarines de Morris, esa danza popular, entretenía a la concurrencia con sus melodiosas campanillas, en medio de

los gritos y vivas entusiastas del público. Había mesas de caballete cargadas con montañas de patatas, panes, tortas, quesos y ruedas de mantequilla dorada apoyadas contra las paredes, aunque la mayor actividad se centraba en torno de los barriles de cerveza.

Rufus se confundió con la gente. Will había estado en lo cierto al deducir que el amo de Decatur tenía pensado algo más que una pura travesura al tramar esta estratagema. Procuraba obtener información. Cualquier dato insignificante, cualquier habladuría, cualquier cosa que le diese una idea de las dimensiones de la milicia de Cato Granville y una vislumbre de sus intenciones, de cómo iría a proceder para dar curso a su apoyo al Parlamento.

Rufus se acercó a los barriles de cerveza y aceptó un pichel que le pasó alegremente un granjero de rostro rubicundo que sostenía una patata asada entre el índice y el pulgar, protegidos por un guante, y que daba grandes mordiscos mientras obsequiaba a un grupo de festejantes con un cuento bastante procaz.

Rufus no vio rastros de Cato y se le ocurrió que quizás a él le pareciera por debajo de su dignidad mezclarse con los campesinos. En tanto que estaba dispuesto a proveerles de los medios para celebrar una decisión que traería como consecuencia llenar de viudas y huérfanos las tierras de los Granville, él se mantendría a distancia.

Pero, entonces, Rufus lo vio, en el otro extremo del recinto y se le aceleró el pulso. Cato estaba conversando con tres de los terratenientes más prominentes que había entre Lammermuir y Yorkshire. Eso sólo podía significar una cosa: que el vizconde de Charter, el conde de Fairoaks y sir Graham Preston seguirían a Granville y que se unirían a las fuerzas del Parlamento. La conversación entre ellos, a juicio de Rufus Decatur, podría resultar interesante para alguien que la escuchara sin ser notado.

Avanzó entre la multitud, arrastrando los pies, bebiendo su cerveza, protegiendo su cuerpo entre los grupos de personas, desplazándose como una sombra, tan inadvertido que la gente casi no notaba su paso.

En el foso, Portia, que continuaba patinando, frenó contra el muro del castillo entre dos baluartes. Se reía tratando de recuperar el equilibrio, disfrutando con la embriagadora sensación de libertad que le daba el patinaje, con la helada frescura del aire, en comparación con los fétidos antros urbanos donde había estado viviendo los últimos años. Ella no había tenido muchas oportunidades de patinar; estos patines de hueso tenían un filo maravilloso.

Todo se sumaba a su euforia aun cuando fuera evidente su falta de destreza.

-Cualquier día de éstos voy a tener que aprender a frenar sin chocarme con algo - le gritó a Olivia quien, siendo una patinadora mucho más experta, se detuvo con elegancia a su lado.

Portia levantó la vista y, al ver la muchedumbre que seguía pasando por el puente entrecerró sus ojos.

-¿Qué te parecería si nos sumáramos a los festejos, Olivia?

Olivia se mostró sorprendida.

-Pero, si no he... hemos sido invitadas.

-Es cierto, pero como tú eres la hija del amo, ¿no crees que tendrías que desempeñar un poco el papel de anfitriona?

Portia se alisó los guantes en los dedos con aire despreocupado, esperando a ver cómo respondería Olivia a su novedosa sugerencia.

-Nunca lo he hecho - dijo Olivia, dubitativa-Eso corresponde a Di... Diana.

-Hoy, Diana no saldrá de su dormitorio - señaló Portia.

Estaba reclinada contra la pared, con los brazos cruzados, los ojos verdes luminosos, interrogantes y sumamente perspicaces. Olivia guardó silencio, mientras absorbía esa información. Levantó la mirada hacia los muros grises del castillo que se cernían sobre ella. Desde el patio externo llegaban en oleadas los sonidos de la música, de las voces fuertes y alegres.

-Si yo hiciera eso quedaría en evidencia el descuido de Diana - dijo, articulando lentamente.

-De eso se trata - dijo Portia, riendo entre dientes-Ven - le dijo, patinando hacia la orilla, seguida por Olivia; las dos se sentaron para quitarse los patines-Además, yo quedaré fuera del alcance de las garras de Janet Beckton más tiempo durante esta mañana.

Olivia rió de un modo que era, a la vez, nerviosa y excitada mientras se encaminaban hacia el puente levadizo para volver a entrar en el castillo.

A Cato lo sorprendió ver a las niñas que se mezclaban con los celebrantes en la guardia externa pero, por otra parte, lo alegró ver el modo confiado en que Olivia supervisaba que no faltara nada en las mesas. Daba la impresión de saber lo que estaba haciendo.

Portia llegó a la conclusión de que Olivia no necesitaba de su ayuda en el ejercicio de su control doméstico y enfiló hacia las hogueras, atraída por el aroma de la carne asada. El hambre seguía siendo un recuerdo tan vivo que Portia jamás dejaba pasar la oportunidad de comer cada vez que se le presentaba.

Un poco a empujones, se abrió paso entre el gentío que rodeaba el espetón donde un cochinilllo daba vueltas sobre las llamas. Un hombre anciano, con la espalda encorvada bajo una capa de tela casera, estaba de pie a un lado del asador, cortando tajadas de la dorada carne de cerdo, pinchando los sabrosos bocados en la punta de su cuchillo y ofreciéndoselos a los que tenía cerca.

-Yo quisiera una tajada, buen hombre - dijo Portia alegremente, quitándose los guantes y acercando las manos al calor del fuego, mientras esperaba la carne.

Estaba muy cerca del hombre y sintió una extrañísima sensación en la piel, erizándosele el vello, como si un fantasma se hubiese atravesado en su camino. Se paralizó, sus manos extendidas quedaron inmóviles, la respiración se le atascó en el pecho. Sintió en las venas el restallar de un reconocimiento que era imposible.

-¿Le gusta a usted la piel crujiente, señora? - preguntó el hombre en voz vieja y cascada, con pronunciado acento de Yorkshire, mientras hundía el cuchillo en el cuerpo humeante del animal y cortaba una gruesa rebanada cubierta de una piel tostada.

Giró hacia ella y sus ojos, semiocultos por la caperuza que llevaba bien baja sobre la frente, eran chispas azules.

Portia clavó la mirada en el rostro de Rufus Decatur, sin poder creer lo que veía. ¿Qué estaría haciendo él allí? El enemigo mortal de lord Granville estaba de pie allí, despreocupado como el que más, dentro de los muros del castillo, sirviéndose alegremente carne de Granville. Ella dio un paso atrás, apartándose del círculo que rodeaba el fuego, sin saber si lo hacía para protegerse a ella misma o a Decatur. Pero Rufus Decatur retrocedió junto con ella sin dejar de ofrecerle el trozo de carne sujeto en la punta de la daga.

-¿Se ha vuelto loco? - susurró ella, haciéndose eco, sin saberlo, de las palabras de Will.

Rufus dio la impresión de pensarlo, aunque sus ojos no tenían nada de serio, posando su mirada sobre el rostro de ella, que estaba vuelto hacia arriba. Él se reía de ella, y Portia se convenció de que la invitaba a compartir la broma.

-¿Está loco? - repitió ella, en un murmullo, tratando de apartar su mirada del imán de la mirada de él.

-No lo creo, señorita Worth - dijo él, pensativo-Aun así, sería más seguro que abandonara esa expresión de conejo hipnotizado. Me temo que así atraerá una atención no querida, y yo me he esforzado mucho por pasar inadvertido.

Él sonrió con aire de disculpa, aunque sus ojos seguían siendo risueños y no se apartaban de ella.

Portia no pudo menos que lanzar una mirada culpable a la gente que los rodeaba y Rufus, por su parte, chasqueó la lengua a modo de reproche.

-De ese modo, es inevitable llamar la atención - murmuró él. Él movió un brazo, su capa onduló como el ala de un murciélago y, sin que Portia supiera cómo había sucedido, ella se había desplazado colocándose al abrigo de esa capa. Aturdida, pensó que era movida a ello más que hacerlo por su propia voluntad. Y, cuando se detuvo sin quererlo tampoco, se encontró en un rincón apartado del patio, oculta a la vista de la multitud por la saliente de un contrafuerte.

-¿Qué quiere? - preguntó ella, entre dientes. Ella todavía estaba metida dentro del ala ondulante de la capa de él, tan cerca de él que sentía el calor de su cuerpo, el olor del cuero de su chaquetón de ante, la aspereza de la lana de su camisa y sus pantalones. El mundo se había encogido hasta quedar reducido a ese punto pequeño, lleno de olores, y los ruidos producidos por el gentío que festejaba parecían llegar desde muy lejos.

Rufus no respondió. Se limitó a ofrecerle la carne que todavía llevaba en la punta de su cuchillo. Ella, sin pensarlo, lo tomó y lanzó un grito cuando le quemó los dedos desnudos.

-¡Con cuidado! - advirtió él, aparentemente preocupado. Tomó la carne con su mano, que tampoco llevaba guante, y la sopló-Prueba ahora.

Acercó el suculento bocado a los labios de ella y Portia, como en un ensueño, abrió su boca para recibirlo. Era delicioso: la piel crujiente y un poco tostada, y la carne jugosa y tierna. La saboreó con la delicadeza propia de las personas que realmente disfrutan con la comida, olvidando todo lo que la rodeaba en ese momento de placer, hasta el punto de no notar el brillo de admiración que aparecía en los ojos de su acompañante mientras la contemplaba.

-¿Está bueno? - preguntó él, en voz tan baja que acrecentó la sensación de intimidad, en ese patio lleno de gente ruidosa.

Él se lamió los dedos y luego, con el ceño apenas crispado, frotó los labios y la barbilla de Portia con la yema del pulgar, por donde el jugo había corrido. La piel del dedo era áspera; ese roce firme y flexible, a la vez, a ella le cosquilleó en la boca. Por un instante, la palma de Rufus encerró la mejilla de la muchacha y ella pudo sentir los callos de espadachín que pasaban sobre su piel delicada. Se le erizaron los cabellos de la nuca, saltó en su vientre una corriente de tensión y, entonces, la mano de él se retiró de su cara. Arrobada, ella vio cómo él volvía a lamer su pulgar con intención, para luego envainar su daga y volver a ponerse el guante.

Poco a poco, el mundo dejó de girar y ella se debatió, intentando recuperar su asidero a la realidad.

-¿Qué busca aquí? - le preguntó de nuevo.

-Oh, yo soy... ¿cómo era que lo expresaba el bardo? «Un cazador irreflexivo que anda tras de fruslerías» - respondió él, con un gesto que abarcaba toda la escena, restándole importancia.

-¿Está espiando?

-Sí, si prefieres decirlo así - admitió él.

-¡Lord Granville hará que lo cuelguen!

Portia evocó una súbita imagen de los soldados de Granville que se abalanzaban sobre ellos, en ese rincón tranquilo. Un hombre solo, aunque fuese tan poderoso como éste, sería reducido a la impotencia. Antes de colgarIo lo golpearían hasta transformarlo en una pulpa sanguinolenta... Ella había visto ahorcamientos.

Sabía qué aspecto tenía un cuerpo que colgaba de un patíbulo: la cabeza colgaba en un ángulo antinatural, la lengua sobresalía, el rostro se azulaba, los ojos se salían de las órbitas... Sintió náuseas y la carne que había comido con tanto placer, hacía instantes, pareció transformarse en plomo grasiento en su barriga.

-Para eso, Granville tendría que descubrirme - dijo Rufus, recorriendo con sus ojos el semblante de ella, donde las pecas se destacaban contra la palidez que acentuaba la intensidad

de su expresión-¿Qué sucede? - preguntó él, sin querer, al ver el horror pintado en esos rasgados ojos verdes-Tienes la cara como si hubieses visto al diablo.

-Tal vez lo haya visto - repuso ella, volviendo bruscamente en sí-El diablo encarnado en Rufus Decatur. ¿No se da cuenta de que me bastaría alzar el meñique para que los hombres de lord Granville cayeran sobre usted como moscas sobre un cadáver?

-Pero tú no vas a traicionarme, ¿no es verdad, señorita Worth?

Él movió el brazo y los pliegues de la capa rodearon otra vez a Portia que de ese modo quedó más cerca aún del cuerpo de él.

Esa extraña y perturbadora cercanía le hacía sentirse cómplice de la presencia de él en el corazón del territorio enemigo. Con esfuerzo, trató de deshacerse de ese sentimiento y preguntó:

-¿Por qué cree que no lo haría?

-Oh, por varias razones - respondió él con una pequeña sonrisa-Para empezar, no creo que seas capaz de condenar a muerte a un hombre.

-Podría condenar a Decatur - replicó ella, deseando poder alejarse. Pero no podía porque tenía el muro a sus espaldas, el cuerpo de él delante de ella como un escudo, y la capa y el contrafuerte que la separaban del resto del mundo, aislándola en ese íntimo encierro. - Olvida que soy una Granville, lord Rothbury.

Él sacudió la cabeza.

-No, no lo olvido. De cualquier manera... - La sonrisa se ensanchó y ella vio las pequeñas arrugas que se le formaban alrededor de los ojos, destacándose en blanco contra la piel bronceada-De cualquier manera, tú y yo tenemos algo en común - dijo con suavidad-Yo no pertenezco a este lugar, y tú tampoco, mi dulce.

Era una verdad tan deslumbrante que Portia no pudo hacer otra cosa que mirarlo con los ojos muy abiertos. Rufus rió entre dientes.

-¿Te comieron la lengua los ratones?

Apresó el mentón de la muchacha con un dedo y, con un movimiento veloz, se inclinó y le dio un beso en la boca.

-Esto es para sellar un acuerdo entre descastados - dijo, mientras se enderezaba.

Al mismo tiempo, dejó caer la capa sin encerrarla a ella dentro y se apartó del contrafuerte, como si abriese de nuevo la puerta que daba al mundo.

La sensación de aislamiento, la recuperación del espacio fueron tan súbitos que, por un instante, Portia quedó aturdida. Le daba vueltas la cabeza. No encontraba el sentido a lo que acababa de suceder, del mismo modo que no hubiese podido leer en chino.

Rufus miró alrededor y dijo, en tono casual:

-¿Ésa es la hija de Granville? ¿La muchacha de la capa azul?

La pregunta quebró el encantamiento que había tenido a Portia en trance. Recordó, con un ramalazo de pánico, quién era este individuo: un enemigo mortal, una amenaza letal para el bienestar de cualquiera de los Granville.

-¿Por qué quiere saberlo? - preguntó, en voz chillona, mientras se aclaraba la garganta.

-Es una cuestión que me interesa.

-¿Qué interés puede tener en Olivia?

Portia se movió como si pudiera, de alguna forma, interponerse para que Decatur no viera a Olivia, aunque ella sabía que era inútil.

-No mucho - repuso él, encogiéndose de hombros como al descuido-La hija de Granville no me interesa demasiado. En caso de que él concibiera un varón, eso sería otra cosa. - Se encogió de hombros otra vez-Adiós, señorita Worth.

De repente, él le dio la espalda y se alejó arrastrando los pies entre el gentío con la capa echada sobre su espalda encorvada y su joroba, como la encarnación de un verdadero campesino, viejo y frágil.

Portia permaneció inmóvil en medio del estrepitoso bullicio, tratando de reencontrarse consigo misma. Se sentía flotar en un torbellino de confusión. Sólo una cosa estaba clara para ella; había sido manipulada. Rufus Decatur había torcido el curso de sus emociones, había acicateado sus sentidos y, al mismo tiempo, se había reído de ella. La había tratado con la descuidada familiaridad de un hombre que estaba seguro de poder hacer bailar a cualquier mujer alrededor de su dedo meñique. Y ella le había permitido que lo hiciera. Sin embargo, ella sabía bastante sobre la conducta de los hombres con las mujeres como para haber percibido lo que estaba pasando y, de todos modos, había permitido que Rufus Decatur se burlara de ella.

Furiosa consigo misma y con Decatur, se encaminó hacia donde estaba Olivia, con los ojos en llamas. En ese momento, hubiese traicionado a Rufus Decatur sin titubear, pero no veía por ninguna parte al viejo de la capa de tela casera.

La habitación cuadrada que había en la planta baja de la cabaña de Rufus estaba brillantemente iluminada y caldeada, gracias a los grandes troncos que ardían en la chimenea. Después de una cabalgata de tres horas desde el castillo de Granville, en la última de las cuales había caído una intensa nevada que había dejado a hombres y caballos cubiertos de nieve, como figuras fantasmales en la oscuridad puntuada de blanco, aquello era una delicia.

-¿Quién está cuidando a los niños? - preguntó Will, sacudiéndose la nieve de la capa en la entrada de la cabaña.

-Esta noche, están con Silas... al menos, eso espero - agregó Rufus, cerrando la puerta tras de sí-Se supone que deberían estar allí.

Fue hacia el fregadero que había en la parte trasera de la habitación a buscar una jarra de aguamiel.

Will rió entre dientes mientras se quitaba las empapadas prendas exteriores.

-Alguien les echará una mirada.

-Sí.

Rufus llenó dos tazas de aguamiel y dio una a su primo. No le preocupaba el paradero de sus hijos. Debían de estar en alguna parte del campamento, bajo la vigilancia de alguien. Ellos comían sentados a la mesa que tenían más cerca cuando les daba hambre y caían hechos un ovillo donde los sorprendía el sueño. Era un método más bien azaroso de crianza, pero a Rufus no se le ocurría que pudiera causarles algún daño.

-Bebe, que dentro de poco iremos a comer al comedor común - dijo, alzando su jarro a modo de brindis.

Will vio que la expresión de su primo era reflexiva, hasta sombría y se preparó para oír lo que Rufus había averiguado durante su expedición al castillo Granville.

Rufus estaba de pie ante el fuego, con un pie apoyado en la reja. La nieve derretida había formado un charco en el suelo limpio y él no lo notaba.

-Granville y sus hombres están haciendo una colecta para el Parlamento - dijo, y luego se llevó el jarro a la boca.

-¿Adónde?

-En todo el condado. Charter, Fairoaks y Preston pueden llegar a cualquier sitio.

-¿Se han unido a Granville? - dijo Will, y sus ojos se agrandaron cuando empezó a comprender las implicaciones de ese dato.

-Sí. En nombre del Parlamento, arrasarán York, Nottingham, Bradford y Leeds. Ellos saben muy bien a quién recurrir, saben a quién pueden influir para volcarlo a su favor.

Rufus llenó de nuevo su jarro e indicó con un gesto a Will que también se sirviera. La boca del barón era una línea fina que casi no se veía en medio deja barba y su voz carecía de expresión.

-Fairoaks hablaba de recoger cosas de plata en las iglesias... cálices y objetos por el estilo. Yo diría que llegarán a reunir un bonito botín.

Will sintió que los hombros se le ponían tensos de aprensión. Lo inquietaba el modo en que Rufus estaba hablando; ya no quedaba en él ni pizca de humor, de la despreocupada diversión, y tanto su voz como su semblante eran duros como el mármol. Todo este relato sobre sus descubrimientos iba llevando a Rufus hacia algún punto, pero Will aún no podía saber cuál era. Pero sabía que no se trataba de un destino dichoso.

-Las esposas de los burgueses donarán sus joyas; los mercaderes aportarán fuentes de plata, de peltre, de oro, de cualquier material que se pueda fundir o vender. Y Granville recogerá hierro y plomo para hacer proyectiles y cañones.

Los ojos azules, posados sobre el rostro de Will, eran sendos enigmas.

-¿A qué otro sitio te parece que irá Granville a buscar donaciones, Will?

Will tragó saliva, inquieto bajo esa mirada implacable. Su primo esperaba de él una respuesta, pero a él no se le ocurría cuál podría ser la correcta.

Mientras aguardaba a que Will captara el sentido de lo que él había dicho, Rufus tamborileaba con los dedos sobre la repisa y sus uñas cortas repiqueteaban sobre la madera. Tras unos instantes de silencio, lo animó suavemente.

-Se supone que Granville contribuirá con sus propios recursos.

-Bueno, desde luego, supongo que será así - dijo Will, ceñudo, y siguió esforzándose por hallar una respuesta que satisficiera a su primo-Él ha reclutado su propia milicia y eso costará sus buenos dineros. Y si ha organizado su propia armería...

-Sí, yo diría que Cato tiene intenciones de hacer lo que le parezca con cualquier fuente de contribuciones a la que pueda echar mano - dijo Rufus, en un tono que hubiese sido capaz de corroer el oro de un alquimista.

Will empezaba a comprender qué quería decirle y clavó su vista en él.

-¿Tú... tú crees que utilizará Rothbury?

La mirada de Rufus estaba fija en algún punto que se encontraba sobre la cabeza de Will y, aun así, hizo temblar al más joven con el fatal veneno que chispeaba sobre la fría superficie azul.

-¿Por qué no iba a hacerlo? - dijo Rufus, en el mismo tono corrosivo-¿Por qué no? - repitió, avanzando con brusquedad hacia la mesa y empujando, sin querer, un taburete que resbaló por el suelo de lajas y cayó de costado, contra la pared - Cato Granville conserva el puesto de mayordomo administrador de las propiedades Rothbury. ¿Por qué motivo iba a dejar de usar la renta que da para apoyar su propia causa?

Como Rufus había aprendido, hacía años, a controlar su temperamento casi legendario, Will rara vez había sido testigo de una explosión. Sintió que, en ese momento, Rufus estaba muy cerca del límite y pudo comprender la razón.

-Conserva la mayordomía para la corona - dijo, inseguro-No creo que pueda distraer esos fondos y usarlos en contra de la corona.

-¿Por qué no? - preguntó Rufus-Si es un tramposo, un mentiroso, un traidor. Ha roto su juramento de fidelidad a su soberano. ¿Qué código moral crees tú que respeta? ¡No seas ingenuo!

Empezó a pasearse por la habitación y, a medida que su poderosa presencia y su ánimo colérico llenaban el espacio, Will sintió como si las paredes se cerraran sobre él hasta dar la impresión de que ya no podrían contenerlo.

De súbito, Rufus estrelló un puño apretado contra la pared, y un anaquel con objetos de loza que estaba más alto se estremeció, haciendo entrechocar piezas de peltre y de barro cocido. A pesar de que Will sabía que su propia persona estaba a salvo de cualquier explosión, empezó a desear poder escabullirse de la casa sin ser notado.

-No lo permitiré - dijo Rufus, en un tono tan bajo y venenoso como la lengua de una víbora-Ese canalla no utilizará la renta de Rothbury para sus propios fines. Yo la recuperaré para el Rey. Y, una vez que él haya reunido su tesoro, yo también me apoderaré de él. Me quedaré con cada pieza de plata, guinea de oro, joya, bala de plomo y pica de acero que él recoja. Las reservaré para el Rey.

Will no sabía si debía responder. Al parecer, su primo no estaba hablándole directamente a él; su promesa, dicha en voz baja y cruel, era algo personal. Pero no pudo contenerse y, en medio del silencio que siguió, dijo:

-¿Cómo lo harás?

Rufus regresó junto a la mesa con sus ojos iluminados, ahora, y la aterradora tensión de su ira contenida había abandonado su cuerpo potente.

-Tengo un plan tan malévolo y perverso como el del propio Cato Granville, Will.

Levantó su jarro y lo vació, luego enganchó un dedo en el asa de una jarra de loza y, levantándola del anaquel, la apoyó sobre el hombro mientras arrancaba el corcho con sus fuertes dientes blancos.

-¿Eres lo bastante hombre como para esto, Will?- Indicó con un gesto la jarra, hablando con tono burlón; Will comprendió que se refería a alguna otra cosa, además de su capacidad para beber el potente aguardiente escocés hecho con cebada malteada, y que podía voltear a un hombre fuerte en el término de una hora.

Empujó su pichel hacia Rufus, y éste lo llenó hasta la mitad.

-Tendrás que vivir unos años más hasta que puedas tolerar más cantidad que ésa, muchacho - dijo, encaramándose en el borde de la mesa y bebiendo un gran trago antes de poner el jarro a su lado-Bueno, ¿qué tiene Cato que pueda valorar por sobre todas las demás cosas?

Acompañó la pregunta alzando una de sus tupidas cejas rojizas. Cauteloso, Will sorbió un trago del licor.

-No lo sé. ¿Cómo podría saberlo, yo o cualquiera?

-Tiene una hija - murmuró Rufus, casi como para sí-En realidad, creo que tiene tres hijas... ¿No tiene una bella esposa?

Miró a Will con la ceja aún levantada.

Will comenzaba a sentirse aturdido, aunque no creía que eso se debiera sólo a la bebida. Rufus hablaba por medio de acertijos. Guardó silencio, y se quedó mirando a su primo con recelo. Rufus levantó de nuevo su pichel.

-Es muy simple, muchacho. Cato me entregará el dinero de Rothbury a cambio de su hija mayor.

Llevó el jarro a su boca bajo la mirada atónita de Will: por fin, el plan de Rufus comenzaba a cobrar sentido.

-Un secuestro... retendrás a la niña y pedirás rescate, como se hace en un secuestro.

-Exacto - dijo Rufus, apoyando su jarro y limpiándose la boca con el dorso de la mano-A cambio de Rothbury, de las ganancias producidas por mi propia herencia. Por esas ganancias, el padre de él traicionó al mío y ahora yo negociaré su recuperación con una moneda de intercambio a la que él no podrá ignorar. Son mías, Will- dijo, en un salvaje tono quedo-Mías. Y no toleraré que sean usadas por una rata de albañal como Granville.

Will tragó el contenido de su jarro y sufrió un violento ahogo, doblándose sobre sí mismo mientras sus ojos y su nariz chorreaban y sentía un calor que le quemaba la garganta. Rufus le dio unas palmadas en la espalda con fuerza controlada.

-Poco a poco, Will, poco a poco - le aconsejó, en una voz que ya había perdido su intensidad y que era, una vez más, ligera y divertida.

Willlo miró por entre las lágrimas.

-¿Cómo lograrás eso?

-Todavía no lo sé bien, pero ya se me ocurrirá. Y ahora, ve en busca de tu cena. Yo tengo mucho en qué pensar.

Will dejó solo a su primo con sus pensamientos y con la jarra de loza. Rufus removió el fuego y se sentó aliado. El licor había infundido calor y flojedad a su cuerpo, pero no había logrado apagar la ira que bullía en su mente. De todas las injusticias que se habían cometido contra la casa de Rothbury, la más ardua de soportar era ver que el marqués de Granville había recibido a perpetuidad la mayordomía de las propiedades confiscadas a la familia.

Y ahora, esta última humillación: que las utilidades de Rothbury fuesen usadas para sostener el bando al que apoyaba Granville en esta confrontación civil.

Rufus bebió sin pausa, mientras el fuego del hogar se extinguía y, con él, su furia. En su lugar surgieron un compromiso adquirido en plena frialdad y un plan claro. Y cuando, al fin, dejó a un lado la jarra casi vacía y se encaminó hacia la escalera que lo llevaría a su fría cama solitaria, el plan estaba formado en su mente con toda la perfección que podía tener. Durante su breve –y sorprendentemente entretenida- visita al castillo Granville, había averiguado algunas cosas bastante útiles.

## *6*

Los soldados, sombras que ondulaban a la luz parpadeante de las linternas de cuerno, se confundían con los muros del castillo de Granville. Desde más abajo del agujero donde espiaba Portia, llegó el relincho de una mula. Si bien ella no podía ver al animal o a los animales pues estaban en algún punto más allá del círculo de luz de la lámpara, esperando a que descargasen sus alforjas, podía ver a los hombres encorvados bajo su carga, que salían de la oscuridad y enfilaban hacia la puerta secreta abierta en la gruesa piedra y que sólo resultaba visible para aquellos que sabían cómo distinguirla.

El acceso a esa entrada secreta era desde el foso, debajo del puente levadizo y era tan baja que no dejaba pasar a un hombre erguido, tal como ella descubrió en una de sus exploraciones diurnas.

No se oía otro ruido, ni un susurro que proviniese de los silenciosos trabajadores. Portia distinguía la silueta robusta de Giles Crampton que supervisaba la operación pero, como solía suceder, no pudo identificar a ninguno de los otros.

Nadie sabía que ella estuviese allí, ni siquiera Olivia, que debía de estar metida en la cama. Portia siempre había tenido la costumbre de familiarizarse a fondo con los ambientes en que se movía. Esa familiaridad podía realizarse mejor por la noche, con el objeto de no ser vista. Era asombroso lo que una descubría, siendo la escena que se desarrollaba abajo un argumento en favor de esta afirmación.

«Tú y yo tenemos algo en común», había dicho Rufus. ¡Maldita sea! ¿Por qué seguía apareciéndose ese hombre en sus pensamientos? Portia maldijo con vehemencia. El problema era que no podía negarlo. Ella estaba espiando, tal como había hecho Rufus Decatur. Se había escurrido de noche, con la intención de averiguar algo de un entorno en el cual, en realidad, ella no encajaba. Era una descastada, que se buscaba a sí misma del mismo modo que lo hacía el exasperante Rufus Decatur. Él había visto esto, y ella no lo había visto.

Lanzó otro fuerte juramento y se esforzó por volver a prestar atención a lo que había estado observando.

Su puesto de observación de la escena eran los antiguos retretes instalados entre las almenas. Desde el que ella ocupaba se podía ver el puente levadizo. Había sido instalado en la época de la construcción original del castillo, hacía trescientos años, el retrete no había sido usado durante una generación; sin embargo, desde el conducto se tenía una visión clara y directa sobre el foso. Tendida boca abajo, ella conseguía una visión aérea de la actividad que se desarrollaba más abajo. Y esa actividad era de lo más curiosa.

Era la tercera noche de la semana en que ella presenciaba la misma escena. Las mulas llegaban apenas pasada la medianoche, y salían a su encuentro algunos hombres del castillo que habían estado esperándolas. La descarga se hacía de manera veloz y silenciosa y, bajo la mirada de la misma Portia, cuando el último hombre desaparecía en el interior del castillo con su lámpara, la noche recobraba su absoluta oscuridad y su completo silencio.

Portia se impulsó hacia atrás hasta quedar sentada en cuclillas. El diminuto espacio en que se hallaba era húmedo y maloliente y el musgo crecía sobre los muros y las lajas. A pesar de todo, constituía un excelente punto de espionaje y, además, había una serie de huecos similares instalados entre las almenas, suspendidos sobre el foso, de modo que se podía obtener una vista a vuelo de pájaro desde muchos puntos, en todo el perímetro del castillo.

¿Qué había visto ella? Había cierta carga que llegaba con regularidad en mitad de la noche y, a juzgar por la prisa y el sigilo con que era llevada hasta allí, ni los propios habitantes del castillo estarían enterados de su llegada. Y lo más seguro era que también lo ignorase el propio conde de Rothbury. Con todo, a juzgar por sus actividades anteriores, no había muchos asuntos de Granville de los que Rufus Decatur no estuviese enterado.

Portia bostezó y estiró su angulosa humanidad hasta quedar de pie, erguida. ¿Tendría él espías dentro del castillo? Tal vez él estuviese presenciando la escena, tal como la había

presenciado ella. Descubrió que estaba todo el tiempo esperando verlo, sorprender, con el rabillo del ojo, el vago atisbo de alguien conocido, atenta a la aparición de los recién llegados al castillo, en un intento por descubrir un posible disfraz que ocultara la presencia de Decatur. Era una preocupación ridícula y, aunque tener conciencia de ella la irritaba sobremanera, no conseguía librarse de esa preocupación. Y lo peor de todo era que no lograba discernir si le causaba temor la idea de que él se expusiera a un peligro semejante o si se contagiaba de la emoción de una excitación ajena al pensar en su audaz atrevimiento.

Se trataba de una pregunta sin respuestas y que era conveniente no formular. Se escabulló fuera del excusado y recorrió el camino de las almenas pegándose al parapeto en la esperanza de no ser vista por los centinelas que vigilaban en las torres de observación.

Preocupación vana, puesto que llegó sin incidentes al estrecho tramo de escalera de piedra por el cual bajaría al puente que unía la planta de la torre de homenaje donde residía la familia con el recinto limitado por los muros externos del castillo. Rara vez se utilizaba, aunque Olivia le había dicho que, a veces, en verano, ella caminaba por entre las almenas cuando podía librarse de Diana. Pero, en general, para disfrutar del aire libre, la familia utilizaba los jardines y la huerta unidas a la torre, dentro del recinto.

Portia llegó a su habitación sin encontrarse con nadie y, bostezando de manera increíble, se quitó las prendas exteriores y se metió en su cama de un salto. En el cuarto reinaba ahora una atmósfera bastante más cálida, puesto que ella había conseguido una provisión abundante de leña seca; aun así, transcurrió cierto tiempo hasta que dejó de temblar.

Estaba acostada en la cama con la cabeza apoyada en las manos, y reflexionaba acerca de este misterio del castillo Granville. Supuso que, lo que ella había presenciado, formaba parte de la contribución de lord Granville al esfuerzo bélico. Tal vez valiera la pena investigar qué había detrás de la puerta que se abría hacia el foso.

A la mañana siguiente, despertó temprano, deleitándose al comprobar que brillaba el sol. Una difusa y débil luz amarilla se filtraba a través del pergamino que cubría la ventana. Y si bien era una luz fría, resultaba mucho más vigorizante que la gris uniformidad de los días anteriores.

Saltó de la cama poniéndose la ropa, al mismo tiempo que atizaba el fuego casi extinguido; luego fue a la guardería a ejecutar sus tareas matinales, poniéndose a disposición de Janet.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que Olivia asomó su cabeza por la puerta.

-Mi padre quiere saber por qué no has venido a de... desayunar, Portia.

Portia, que estaba cambiando un pañal, alzó la vista y dijo, sorprendida:

-Pero si yo siempre desayuno en la cocina.

-Mi padre no lo sabe.

Portia hizo una mueca.

-Y supongo que su señoría no le ha dicho que eso fue idea de ella.

Casi no había visto a lord Granville desde la mañana en que ella había llegado. Él se ausentaba del castillo durante días y, aunque no hubiese salido, era raro que hiciera su aparición en la residencia de la familia de modo que Diana reinaba allí de modo absoluto.

Olivia sacudió la cabeza.

-¿Vendrás?

-Por supuesto.

Entonces, Portia entregó el pequeño a Janet y, enlazando su brazo con el de Olivia, ambas se dirigieron al salón comedor por el pasillo.

Olivia no lograba recordar la última ocasión en que se había sentido tan feliz como lo estaba en el presente. A menudo pensaba que Portia era como el sol. Un resplandor amarillo que se extendía sobre el deprimente modo de vida que regía en el castillo de Granville,

atravesaba las sombras, echaba un manto de calidez sobre el ambiente frío, húmedo y cerrado de este castillo fortificado. Hasta los criados parecían diferentes. Sonreían espontáneamente cada vez que Portia aparecía en medio de ellos y tenían con ella una comunicación fácil, amistosa y, con frecuencia, de atrevido intercambio de bromas. A Olivia le habían enseñado a considerar a los sirvientes sólo en relación con sus responsabilidades; ahora, en compañía de Portia, hizo muchos descubrimientos. Veía a la persona que había tras la expresión compuesta y obediente de cada sirviente. Supo de sus familias, de sus dolencias y de sus placeres cotidianos.

Cuando entraron en la sala, a Cato lo asombró ver, en el semblante de su hija, una expresión que le recordaba a la de la niña abierta y feliz que ella había sido en otro tiempo.

Frunció el entrecejo, preguntándose por qué era tan poco frecuente verla sonreír, oírla reír.

Olivia hizo una reverencia y ocupó su asiento junto a la mesa. Portia, por su parte, también saludó, murmuró un «Buenos días», y se sentó.

Diana la miró con disimulado disgusto: era una muchacha tan flaca, tan poco atractiva, con su cutis tan blanco y esas pecas tan fuera de moda y esos agudos ojos verdes. A pesar de todo, vibraba en ella una energía, un sentido de propósito que a Diana le resultaba, en cierto modo, amenazador. Si bien sabía que era ridículo imaginar que esta bastarda poco favorecida en su aspecto pudiera representar una amenaza para su paz, desde la llegada de Portia, la vida en el castillo de Granville, que nunca había sido demasiado estimulante, había dado un giro desfavorable. No se podía atribuir a Portia la culpa de que el marqués hubiera cambiado de bando de una manera tan impensable; sin embargo, Diana, en su agrio estado mental presente, necesitaba culpar a alguien.

-Tal vez quieras compartir eso que tanto te divierte, Olivia - dijo la mujer, en tono hostil-Disfrutar en público con una broma privada es del peor gusto posible. Es probable que Portia no lo sepa pero, sin duda, tú sí.

El brillo de alegría se extinguió en los ojos de Olivia, y murmuró:

-No hay ninguna broma, se... señora.

-Bueno, pero parece que algo te ha puesto contenta - insistió Diana-Te ruego que nos lo digas.

-Es que, esta mañana, la pequeña bebé ha mostrado su primera sonrisa, señora - dijo Portia, al tiempo que untaba una rebanada de pan de cebada con mantequilla-Yo creo que a las dos nos ha resultado contagiosa.

Olivia miró por entre sus pestañas y captó el guiño malicioso que Portia le hacía desde el otro lado de la mesa. Sintió deseos de reír, y la maldad de Diana perdió su poder corrosivo. Se sirvió un poco de setas con riñones, después un poco de cerveza y se puso a desayunar con toda compostura.

Aunque Cato sentía cariño por sus hijas más pequeñas, ellas casi no alteraban su vida, llena de sus actuales preocupaciones. De todos modos, comprendía que la primera sonrisa de un recién nacido despertase interés en las mujeres. Sonrió, a su vez, con distraída benevolencia mirando a todas y comentó, mientras se servía lomo:

-Espero que la vida en el castillo Granville sea de tu agrado, Portia.

-Me siento sumamente agradecida por su bondad, milord - respondió ésta.

-Confío en que tus ocupaciones sean agradables.

Los ojos verdes de Portia lanzaron una fugaz mirada a Diana, y luego dijo:

-Más que agradables, lord Granville.

-Bien... bien - dijo el hombre con animación. Después de todo, no esperaba otra cosa. Sacó un fajo de cartas del bolsillo de su chaqueta-Una carta de tu padre, querida mía - dijo a Diana-Y una de tu hermana Phoebe, dirigida a Olivia, creo.

En ese momento, sonrió a su hija al tiempo que le entregaba la hoja de papel sellada con lacre. A Olivia siempre se le iluminaba el rostro cuando recibía correspondencia de la hermana de Diana.

Portia observó con cuánta ansiedad Olivia rompía el sello y aguardó, llena de curiosidad, a que leyera el contenido de la carta. Recordaba a Phoebe como una muchacha más bien rolliza y de refrescante franqueza. De suave y bonito rostro, claros ojos azules y el cabello del color del trigo en verano. Sería interesante saber cuánto había cambiado en los tres años transcurridos desde que se habían encontrado en la caseta de los botes.

Cato rompió el sello de su propia carta y se puso, inmediatamente, ceñudo. Provenía de su hijastro, Brian Morse, hijo de la primera esposa de Cato, viuda y nueve años mayor que él. Ése había sido un matrimonio de conveniencia; Elizabeth tenía, entonces, un hijo de diez años.

El matrimonio no había durado más de seis meses pues Elizabeth había sucumbido a una fiebre tifoidea. A la muerte de su madre, la familia del padre había reclamado al niño, y Cato no había vuelto a verlo hasta hacía unos pocos años, cuando el joven había llegado al castillo Granville exigiendo la hospitalidad de su padrastro después de haber sido echado de Oxford por no haber pagado unas deudas de juego y de que la familia de su padre se había negado a recibirlo.

Cato no simpatizaba con Brian Morse. Por más que el joven era bien parecido y daba la impresión de ser amistoso, divertido, buen deportista además de estar familiarizado con las artes de un caballero noble y tuviese una herencia esperándolo, Cato percibía en él algo escurridizo, algo que no era auténtico.

Y Brian escribía para decir a su padrastro que tenía asuntos que atender en el ejército Cavalier, en el Norte, y que iría a visitar el castillo Granville en la primera oportunidad. Sin duda, no se había enterado de que su padrastro había defeccionado de la causa del Rey.

Cato volvió a plegar el pergamino y levantó la vista. Diana estaba un tanto pálida y sus largos dedos, que sostenían la carta de su padre, temblaban un poco.

-¿Pasa algo malo, señora? ¿Está bien tu padre?

-No sé - respondió Diana.

-¿Me permites ver la carta?

Extendió su mano, pues la pregunta no era más que una fórmula de cortesía. Un hombre tenía todo el derecho de leer la correspondencia de su esposa. Diana se la dio y él la leyó en silencio. Al parecer, su suegro comenzaba a dudar del derecho divino que asistía a la causa del Rey. Sin embargo, aún no se había declarado en apoyo del Parlamento sino que se retiraría, por un tiempo, de la corte de Oxford para poder pensar. La pobre Diana, ferviente devota de la corte del rey Charles y de la reina Henrietta Maria, a duras penas se había recuperado de la sacudida causada por la defección de su marido, y ya tenía que vérselas con la de su padre.

Sin hacer comentarios, él devolvió la carta a Diana y dijo, en tono despreocupado:

-Olivia, ¿cómo está Phoebe?

De inmediato, Olivia pasó la carta a su padre por encima de la mesa; éste la devolvió después de echarle un breve vistazo.

-Si bien yo no diría que es fácil de leer, puedo decir que Phoebe está encantada con abandonar Oxford y la corte - comentó él.

-Mi hermana nunca ha poseído la menor elegancia - afirmó Diana-No tiene sentido, no sabe conducirse, no tiene idea de lo acomodada que está, de lo afortunada que es.

Diana se levantó de la mesa.

-Si me disculpas, milord, debo ocuparme de algunas cosas.

Él le respondió con una afable sonrisa, sin darse por enterado del sonrojo de ira ni de las flechas que lanzaban los ojos de su esposa, y Diana salió de la sala cerrando la puerta a sus espaldas con un ímpetu que se asemejaba notablemente a un portazo.

Portia leía la carta de Phoebe y se divertía mucho con la confusión de líneas que se cruzaban una y otra vez. El estilo caótico y entusiasta de la carta coincidía a la perfección con el recuerdo que ella tenía de la redactora. De repente, cobró conciencia de que Olivia estaba sentada, tensa, al otro lado de la mesa y que sus grandes ojos negros estaban clavados en su padre.

-Estoy seguro de que recuerdas a Brian, Olivia - decía Cato-Al parecer, vendrá a visitarnos otra vez o, al menos, ésa era su intención. Es probable que cambie de idea cuando sepa que el castillo Granville apoya al Parlamento. No sé... - se interrumpió y miró, preocupado, a su hija-¿Pasa algo malo, Olivia?

-No, señor - respondió la muchacha, aunque sus ojos tenían una extraña expresión ausente. Desplazó su silla hacia atrás-Po... por favor, le ruego me excuse, señor.

Cato le lanzó una mirada de desaprobación aunque, de todos modos, le dio permiso con un breve movimiento de cabeza y volvió a la carta de Brian.

Olivia dirigió a Portia una mirada suplicante y luego salió de prisa de la sala, dejando la puerta entreabierta a causa de su premura.

Portia se incorporó a medias, dirigió a Cato una mirada interrogante y éste, después de un segundo, dijo con desagrado:

-Será mejor que vayas a hacerle compañía. Supongo que ella no está bien. No sé qué motivo puede tener para comportarse de una manera tan extraña.

Portia salió de la sala, y Cato contempló con fastidio la abandonada mesa del desayuno, preguntándose por qué se habría quedado solo, con las migas del pan.

El dormitorio de Olivia estaba vacío. Portia permaneció en la entrada, golpeteándose los dientes con una uña, mientras intentaba deducir adónde habría ido Olivia. La capa de ella seguía colgada de su correspondiente gancho, detrás de la puerta, sus guantes estaban tirados, como al descuido, sobre una silla baja, junto a la ventana; por lo tanto, era poco probable que hubiese salido. Cuando se volvió para salir, Portia oyó un débil sonido que provenía de las profundidades del hogar, y que se asemejaba al andar de un ratón.

-¿Olivia?

Dio un paso hacia el hogar. El fuego estaba dentro de un cesto que había en medio del hogar de piedra y, a cada lado, había bancos de piedra dentro de unos huecos en las paredes.

Olivia estaba acurrucada en el rincón más alejado de uno de esos huecos, y todo su cuerpo formaba una especie de bola apretada, su cabeza vuelta y metida entre las manos y apoyada contra la pared.

Portia se acomodó en el banco a su lado. Estaba muy caliente puesto que la piedra había retenido el calor del fuego; ella experimentó un fugaz sentimiento de envidia. Si su propia chimenea hubiese sido construida del mismo modo, ella habría dormido dentro y, quizá, por una vez en su vida, sentiría verdadera tibieza.

-Y bien, ¿qué tiene ese Brian que tanto te perturba, patito? - preguntó Portia en tono alegre, apoyando una mano en el hombro de Olivia.

-¿Cómo lo sabes?

Olivia levantó la cabeza y la giró, a medias, hacia Portia, aunque siguió acurrucada en el rincón.

-Por una astuta deducción - respondió Portia-Estabas desayunando alegre como una cigarra y, al minuto siguiente, al oír la mención de este señor Morse, saliste huyendo como si te persiguieran todos los demonios del infierno.

-Él es el de... demonio - dijo Olivia, con una voz en la que se notaba, con absoluta claridad, un odio puro.

La recorrió un estremecimiento y se inclinó hacia el fuego.

-¿Qué hizo él?

Se hizo un momento de silencio y luego Olivia dijo:

-No po... podría decírtelo. No pue... puedo descubrirlo.

Portia apretó sus labios tratando de entender.

-¿Quieres decir que no puedes recordar? - Olivia asintió.

-Simplemente, cuando pienso en él siento este te... terrible temor.

-Malintencionado - pronunció Portia con énfasis-Yo he conocido a algunos hombres que han hecho que me sienta así. Son seres aviesos, viscosos.

-¡Sí! - confirmó Olivia, irguiéndose y adelantando el cuerpo-Exacto. Él es una víbora detestable y viscosa. - y volvió a acurrucarse y dijo en un susurro- : Si vi... viene, no po... podré soportarlo.

-Ten en cuenta que yo estaré aquí - dijo Portia, animándola-yo he aprendido un par de tretas que sirven para vérselas con las víboras de este mundo.

Olivia logró esbozar una sonrisa llorosa.

-No en... entiendo cómo he podido vivir antes de que tú vinieras, Portia. Hasta ahora, nu... nunca había tenido una amiga.

-Pues, ahora la tienes - dijo Portia, con una sonrisa. Se deslizó fuera del asiento y pasó nuevamente a la habitación, que parecía una nevera, en contraste con el calor del nicho de la chimenea-Ven - le dijo, cediendo a un impulso-Vamos a patinar. Fuera brilla el sol. Los patos deben de tener hambre y está demasiado hermoso como para quedamos encerradas aquí dentro.

Olivia sentía la garganta áspera e inflamada, como si hubiese estado gritando a voz en cuello durante la última media hora, pero ese miedo sin nombre había cedido. Quizá, después de todo, Brian no venga, pensó. Su padre lo creía posible. Quizás él no venga. No venga, no venga, no venga. Lo repitió para sus adentros como un mantra hasta que las palabras llenaron su cabeza y disiparon los últimos resabios de miedo.

-Es preferible que nos escabullamos, por las dudas que nos topemos con Diana - dijo Olivia-Está de tan mal talante que, si me pesca, seguro que va a inventar alguna tarea horrible para mí.

-Y si tú me prestas una capa, yo no tendré que ir a buscar la mía y no correré el riesgo de encontrarme con Janet.

Portia fue hasta la puerta, la entreabrió y espió con exagerada actitud conspirativa que hizo reír disimuladamente a Olivia, a pesar de sí misma.

-Ten ésta - ofreció Olivia, descolgando su capa de la puerta-Yo me pondré la me... mejor que tengo.

Fue a buscarla al armario y se la abrochó en el cuello; sus manos ya estaban firmes cuando se ponía los guantes.

-¿Lista?

Portia levantó la caperuza de su capa. Olivia afirmó con la cabeza.

Anduvieron de prisa por el pasillo, caminaron por el puente que iba hacia las almenas y descendieron un tramo de peldaños de piedra que desembocaba en la guardia externa, donde era muy poco probable que Diana o Janet se aventurasen a salir.

En la guardia externa reinaba la agitación, había soldados que iban y venían deprisa entre el establo, la armería y la herrería. Ante el granero estaban descargando una carreta colmada de provisiones y otra con barriles de cerveza y toneles de vino aguardaba ante la rampa que bajaba a las bodegas.

-¿Por qué mi padre está haciendo traer tantas provisiones? - preguntó Olivia.

-Es probable que esté preparándose para un sitio - respondió Portia, mientras entraban en el establo a recoger sus patines y llenarse los bolsillos con grano para los patos presos en el hielo de la fosa-En mitad del invierno no hay muchas batallas pero, en cuanto llegue la primavera, comenzará la verdadera diversión. Y, como el castillo Granville es una fortaleza tan importante y tu padre ha reclutado una milicia tan numerosa, es muy posible que a los partidarios del Rey se les ocurra sitiarlo para mantener a tu padre y a su ejército fuera de combate.

-Ah - exclamó Olivia, absorbiendo la información.

En realidad, no había podido hacerse a la idea de la posibilidad de una guerra, y menos aún de su realidad concreta. Si bien eso no afectaba, en lo específico, a la seguridad de la residencia familiar, ella tenía prohibido abandonar el castillo para pasear a caballo o ir de caza de cetrería, tampoco podía ir de visita a la aldea de Granville, en la base de la colina. Como el tiempo había sido tan feo, ella no había notado mucho estas restricciones. Pero cuando llegara la primavera, las notaría de verdad.

Corrió tras de Portia por el puente levadizo, con sus patines de hueso aferrados bajo el brazo. Por fuerza, patinar en el foso se había convertido en su actividad preferida al aire libre puesto que cualquier otra que debieran desarrollar fuera de las murallas estaba prohibida.

Portia ya estaba a medio camino del trayecto hacia el foso y bajaba por la escala de hierro que descendía desde el puente. Se sentó sobre el hielo para asegurar las correas de los patines y luego se levantó con facilidad, mucho más segura ahora de lo que había estado hacía poco tiempo.

Patinó hacia el medio del foso mientras Olivia ajustaba sus patines, y probó de hacer un giro experimental mientras buscaba con la vista, y encontraba, la línea más oscura que indicaba, en la piedra, la entrada secreta. Esa noche, si no había entrega, tal vez ella pudiera intentar abrirla desde fuera. Sin duda, debía de comunicar con algún pasaje que conduciría al interior de las murallas, pero Portia no tenía demasiadas posibilidades de encontrarlo desde un sitio tan concurrido como el almenar. Tenía que haber alguna palanca o algún retén, a menos que no pudiera ser abierta desde el foso...

-Ahí están. Lo mismo que ayer.

George señaló hacia el foso y las miradas de sus dos acompañantes, envueltos en capas negras, siguieron la dirección que indicaba el dedo. Estaban ocultos en una maraña de arbustos, sobre una pequeña loma enfrente del puente levadizo; ninguno de ellos ignoraba lo peligroso de su posición, a pocos cientos de metros del castillo de Granville, en una mañana soleada.

-¿Cómo podremos hacer para apoderamos de la chica bajo la vista de los vigías? - reflexionó en voz alta un hombre bajo y fornido, de barba entrecana.

-Espera y verás, Titus - le dijo George con algo que se asemejaba a una sonrisa-Si hacen lo mismo que ayer, patinarán por todo el foso para dar de comer a los patos que están en la isla. Cuando se hallen del otro lado de la isleta, quedarán fuera de la vista desde las torres durante unos pocos minutos. Podremos levantarla del hielo con tanta facilidad como comemos un pastel.

-¿Quién de ellas es la nuestra?

-La de la capa azul. El amo las vio sobre la fosa cuando estuvo en el banquete... ¡Ah, ahí están! Sigamos con esto.

George ya estaba impaciente. Cada minuto de más que estuviesen ahí aumentaba el peligro de que los colgaran con una cuerda, de una de las almenas del castillo Granville.

Los tres hombres de Decatur avanzaron con agilidad, manteniéndose a cubierto de los arbustos y siguiendo a las patinadoras, que daban la vuelta al foso.

La isla que estaba en el extremo más alejado del castillo era un islote de roca salpicada de árboles, que emergía del hielo. Los patos se habían reunido en la orilla y contemplaban, tristes, la superficie helada. Cuando divisaron a las patinadoras, se abalanzaron hacia ellas deslizándose sobre el hielo, y sus roncos chillidos llenaban el aire.

George y sus hombres estaban, en ese momento, cerca del borde del foso, al socaire de la isla.

El bullicio que armaban los patos ahogaría cualquier ruido que hicieran ellos al acercarse y, tal como George había notado, en ese punto los protegía la isla de la vista de los centinelas del castillo.

Las dos muchachas quedaron rodeadas por los patos mientras esparcían el grano sobre el hielo. Estaban de espaldas a la orilla y, cuando los tres hombres echaron a correr, muy agazapados y cruzaron el foso en completo silencio, Portia y Olivia no tuvieron noticia de nada que no fuesen las excitadas aves acuáticas.

En un momento dado, algo alertó a Ponia, una especie de advertencia atávica del peligro. Giró sobre sí misma en el preciso instante en que una gruesa manta caía sobre su cabeza, precipitándola en una sofocante oscuridad, apresando sus miembros, haciéndole perder el equilibrio al punto que hubiese caído si alguien no la hubiese levantado desde el hielo, bien envuelta en la manta, atrapada en un apretado lío. Oyó el grito de Olivia que llegaba desde fuera de esa asfixiante negrura y luego percibió que era llevada a cuestas por alguien que corría a buen paso.

Ella forcejeó, pero le resultó imposible librarse de esas bandas que la trababan. Cuando intentó gritar, su boca se Ilenó de pelusa y de pelo de la manta. Una mano le sujetó la cabeza y la empujó hacia el pecho de su secuestrador. Su nariz y su boca quedaron apretadas contra algo duro e inflexible de un modo que casi no podía respirar.

Oía ramas que se quebraban, malezas aplastadas bajo las botas de alguien y luego, sintió que era pasada a otra persona como si fuese un paquete. Mientras alguien la sostenía en alto, soltaron las correas de sus patines y, después, la alzaron más alto y volvieron a pasarla de mano en mano, sostenida con fuerza en unos brazos y luego, la hicieron girar y la apretaron de nuevo contra ese pecho duro como el hierro. El caballo sobre el cual estaba arrancó de un salto y los brazos que la sujetaban se apretaron más, intentando amortiguar el violento impacto del galope del potro.

Ella intentó respirar y sintió que le palpitaba la cabeza, intentó librarse, con la lengua, de las pegajosas fibras que llenaban su boca y trató de controlar el pánico que le provocaba la absoluta perplejidad ante lo sucedido. Lo que estaba ocurriéndole era increíble. No había motivo ni razón para semejante secuestro. Nadie le guardaba mala voluntad. No tenía amigos ni enemigos en esta región del mundo, fuera de las murallas del castillo Granville.

«Voy a desmayarme, pensó.» Su cabeza daba vueltas, su corazón latía a toda velocidad, un sudor frío brotaba de su piel. Entonces, milagrosamente, su cabeza fue apartada de ese pecho, se aflojó la manta que la ahogaba y acarició su rostro una ráfaga de aire frío.

Desesperada, jadeó y alzó la cara hacia el cielo, que parecía correr hacia atrás al ritmo del galope del caballo por las laderas de las colinas. Oía el tamborileo de otros cascos de caballos, pero sólo podía mirar hacia el cielo por el modo en que le sujetaban la cabeza.

-Tómalo con calma, muchacha - dijo una voz bronca desde arriba-Todavía tenemos por delante una larga cabalgata; si me prometes que te quedarás callada y quieta, te dejaré enderezarte un poco.

Aunque Portia no estaba convencida de su propia disposición a cumplir cualquier promesa que hiciera en su presente situación, asintió. Su breve cabeceo fue recompensado, de

inmediato, por un bendito cambio de posición. Se sintió alzar y quedó semisentada sobre la silla, delante de su secuestrador. Sus brazos y sus piernas seguían atrapados por la manta, y ella no tenía más alternativa que confiar en el hombre para sentirse firme sobre el caballo pero, por lo menos, tenía la cabeza libre y podía ver.

Su raptor era un hombre robusto, rubicundo y de ojos alegres que, para Portia, resultaron una incongruencia insultante teniendo en cuenta las circunstancias. El viento hacía volar hacia atrás la capa del hombre, y entonces ella pudo ver aquello tan duro en que había apoyado su cara: el sujeto usaba un peto de acero... exagerada armadura para un secuestro.

Junto con ellos galopaban otros dos hombres, y sus caballos llevaban el mismo paso vertiginoso que el del secuestrador. Ellos también llevaban petos bajo sus capas oscuras, y mantenían su vista fija delante de sí, sin echar ni una sola mirada en dirección a Portia, ni siquiera por curiosidad.

-¿Quiénes sois? - preguntó ella.

-No es asunto tuyo, muchacha - dijo, sin alterarse, el que la llevaba.

-¿Y de quién, si no? - replicó ella, más atónita que indignada ante tan ridículas palabras-¿Cómo es posible que no me importe ser secuestrada de este modo?

-Acomódate - le aconsejó el hombre en el mismo tono amistoso-Aunque a mí no me corresponda decir nada, si quieres viajar cómoda, lo mejor que puedes hacer es mantener la lengua quieta y disfrutar el paisaje.

Portia quedó boquiabierta y, por unos instantes, guardó silencio. Luego, se recuperó y pidió:

-Por lo menos, podría soltarme las manos para que pueda sacarme esta cosa sucia de la boca.

-¿Qué cosa? - preguntó el hombre, con curiosidad.

-Pelusa de esa manta inmunda - respondió ella, escupiendo casi.

-Espera - dijo él, metiendo una mano en el bolsillo y sacando un enorme pañuelo-Vamos, saca la lengua, muchacha.

-Yo lo haré.

El hombre se alzó de hombros e hizo ademán de guardar el pañuelo; entonces, Portia lo pensó mejor y sacó la lengua sin mucho entusiasmo. Con todo, fue un alivio que le quitaran todos los restos de fibras y pelusas; mejor todavía cuando él sostuvo una botella con agua junto a sus labios.

Después de eso, no tenía mucho sentido continuar la conversación, de modo que ella se acomodó, aparentemente resignada, aunque su mente trabajaba a toda velocidad y sus ojos disparaban vistazos a un lado y a otro, en acecho de una oportunidad de escapar, por ínfima que fuese. Aun cuando hubiese tenido sus miembros libres, habría sido un suicidio saltar del caballo a esa velocidad, pero algo podría suceder.

Así fue. De repente, el caballo se desvió para eludir a un puerco espín enroscado que se había cruzado en su camino y tropezó de costado en una zanja que estaba tapada por unos hierbajos. El jinete tiró de las riendas tratando de estabilizar al animal y de ayudarlo a recuperar el equilibrio. Por un instante, aflojó el brazo con que sujetaba a Portia, y ella reaccionó de inmediato, pataleando con las piernas unidas como la cola de una sirena y retorciéndose, se soltó y cayó con fuerza al suelo, a escasa distancia de los cascos del caballo que se agitaban en el aire.

-¡Eh! ¡Atrapadla! - gritó el secuestrador a sus compañeros, que también sofrenaron a sus animales al ver que el otro había tropezado.

Portia se puso de pie con dificultad, se libró a puntapiés del envoltorio de la manta y, dejándose llevar por el instinto, enfiló hacia una maraña de arbustos donde podría hallar un escondite. Sus oídos se llenaron con los gritos que hacían trizas el silencio reinante en las laderas de las colinas; ella cerró la mente a la idea de la persecución y se concentró en llegar a

su meta. El corazón le martilleaba en los oídos y el aire helado penetraba en sus pulmones doloridos.

Se precipitó en medio de los arbustos y, entonces, comprendió su error. Fue recibida por unas ramas espinosas que engancharon su capa y arañaron su cara desprotegida.

Se la cubrió con las manos enguantadas y se esforzó por abrirse paso. Pero los espinos se hacían cada vez más espesos y, con el corazón pesado, comprendió que quedaría atrapada en esa maraña impenetrable. Los guantes y la capa quedaron hechos jirones, su rostro sangrando, su cabello, enredado de un modo increíble y, alojados en él, restos de pelusa y de vellón junto con pequeñas ramas y hojas muertas.

Oyó a sus espaldas los pasos pesados de los hombres, que iban cortando los espinos con las espadas. El pequeño cuchillo de Portia estaba, como siempre, metido dentro de su bota y era demasiado pequeño para cortar las recias ramas llenas de espinas aunque, de todos modos, ella lo tenía en la mano cuando, al fin, se vio obligada a detenerse y a volverse.

Los hombres irrumpieron entre la maleza, maldiciendo a medida que iban cortando las ramas.

-¡Por las entrañas de Dios! - exclamó George-Miren eso: la chica tiene un cuchillo. Dámelo, chica - dijo, extendiendo la mano-No te serviría para nada contra nosotros tres.

Cercada por los arbustos de espinos, enfrentada a tres hombres con espadas y petos, Portia supo que estaba perdida. Se inclinó, guardó el cuchillo dentro de la bota, luego se encogió de hombros y volvió las palmas de sus manos hacia arriba, en gesto de resignación.

-¡Por el amor de Dios, pero mira lo que te has hecho! - dijo George-Estás toda ensangrentada y rasguñada. Ven.

Avanzó hacia ella, bajó el hombro y se la echó sobre su espalda, sin ceremonias.

Portia lanzó un grito de indignación y le aporreó la espalda con los puños, pero él no le hizo el menor caso, y siguió avanzando, flemático, saliendo de entre los espinos detrás de sus dos compañeros, que iban despejando el camino con sus espadas.

-Eso que has hecho fue una tontería, muchacha - afirmó, cuando llegaron donde habían quedado los caballos, que tascaban tranquilamente la hierba de la zanja-Ahora vas a sentirte incómoda y yo lo siento por ti, pero no puedo remediarlo.

Portia pensó en protestar, en rogar, en prometer, incluso, pero el orgullo la obligó a mantener la lengua quieta aun mientras la envolvían de nuevo en la manta. Esta vez, la ataron con tiras de lona que formaron una red alrededor de sus tobillos, su cintura y en los brazos, dejándola liada como un pavo para el mercado. Le subieron la caperuza de la capa y se la ataron sobre la cabeza pero, al menos le dejaron libre la boca y la nariz.

El resto del trayecto se le hizo interminable. Portia iba sentada de lado en la silla, apretadamente sujeta al cuerpo duro y robusto del individuo llamado George. Se sentía muy incómoda porque las ataduras le impedían moyer un músculo, modificar su posición, rascar una picazón que había aparecido en su pantorrilla y que se había extendido rápidamente por todo el cuerpo, causándole un escozor que la enloquecía.

Los hombres, cada tanto, conversaban algunas palabras, pero nada de lo que decían servía a Portia de clave para deducir adónde se dirigían; menos aún saber por qué la habían raptado.

El paisaje era desolado, a duras penas se veían ásperos brezos que eran reemplazados por colinas estériles. Había ovejas y unos pocos ponis pero ninguna señal de vivienda humana, ni siquiera la cabaña de piedra de algún agricultor.

Por último, sus múltiples molestias se fundieron en un solo hecho lamentable: su vejiga estaba a punto de estallar y el continuo trote del caballo no le permitía apartar sus pensamientos de tal situación.

-Parad - dijo, por fin-Necesito ir detrás de un arbusto.

-Bendita seas, muchacha, pronto llegaremos - dijo George, en ese tono suyo tan irritante de puro amistoso-¿Ves las hogueras, allí delante? - señaló con su fusta.

Portia giró la cabeza. Estaban en las últimas horas de la tarde y, si bien aún había sol, se podía ver el humo de una hoguera que se elevaba en el aire claro, desde la cima de una colina a la que estaban ascendiendo en ese momento.

-¿Allí vamos?

-Sí.

-No sé si puedo esperar - dijo ella, con intención.

El hombre echó una mirada al rostro pálido de la muchacha.

-Ya lo creo que podrás, muchacha.

Espoleó a su caballo y el animal se precipitó hacia delante, aunque estaba cansado, en un último esfuerzo cuesta arriba que lo acercaría al establo y a la avena.

Portia apretó los dientes y se esforzó por pensar en cualquier otra cosa que no fuera su urgente necesidad de alivio. Miró alrededor, buscando algo que le diese una clave de su paradero. El olor del fuego se hizo más intenso; por fin, asomaron a la cima de la colina, y ella vio un pequeño puesto de vigilancia donde un guardia solitario, pica y mosquete en mano, vigilaba.

El centinela levantó una mano a guisa de alegre saludo:

-¿Todo bien, George?

-Sí, Tim.

George devolvió el saludo. Si el centinela hubiese sido un miembro menos modesto de la banda, o si hubiesen estado allí Rufus o Will, él habría insistido en dar la contraseña pero, teniendo en cuenta que era un día claro y despejado y que se podía ver a una persona a kilómetros a la redonda, le pareció una tontería.

-¿El jefe está abajo?

-Sí. Creo que hoy aún no ha salido.

-Nos vemos más tarde, en el comedor común, para echar un trago, ¿eh?

-Sí. Termino la guardia dentro de media hora.

Descendieron por la otra ladera de la colina, pero Portia ya estaba tan desesperada por llegar al excusado que sólo captó la vaga visión de un racimo de construcciones a lo largo de un río. Notó que los hombres que veía llevaban jubones de cuero de buey y que su andar se parecía más a una marcha que a una caminata común. Los edificios se asemejaban más a estructuras militares que a las acogedoras cabañas de una aldea, y pudo distinguir una herrería, un granero y una construcción bastante más importante ante la cual se veían unos bancos para beber cerveza. Era de suponer que se trataría del comedor comunitario. Fuera de eso, ella no pudo registrar gran cosa, salvo un ambiente general de animación y de vigoroso propósito.

George tiró de las riendas frenando a su caballo delante de una casa que se hallaba en el extremo más remoto de la aldea, un poco separada de las demás. Se apeó. Levántó las manos hacia la silla y cargó el cuerpo empaquetado de Portia sobre el hombro.

La puerta del frente se abrió cuando él llegó a ella, él entró con su carga y la depositó con cuidado.

-¡Por los huesos de Cristo, George! ¿Hacía falta envolverla como a Cleopatra en su alfombra?

## 7

Portia reconoció esa voz. La había oído, dentro de su cabeza, innumerables veces en las pasadas semanas.

-Le ruego me perdone, milord, pero la muchacha ha resultado un poco tramposa - dijo George, con su característico tono amable, al tiempo que se inclinaba para desatar la envoltura de lona.

-Me sorprendes - dijo Rufus Decatur, divertido-Yo había creído que una doncella alimentada a leche y vestida de sedas no te habría causado más dificultades que un ratón.

Por fin, las ligaduras quedaron desatadas y Portia, olvidando por un minuto su premura, se libró de la manta lanzando un potente suspiro. Se puso en pie, forcejeando con los dedos para aflojar los cordones de la caperuza que, todavía, estaban amarrados bajo el mentón.

-¿Por qué has hecho esto otra vez? - gritó, sacudiendo la cabeza para hacer caer la caperuza hacia atrás.

-¡Por Dios querido, George! - exclamó Rufus-¿Qué diablos me has traído?

Estupefacto, clavó la mirada en ese pequeño ser de rostro pálido, ojos verdes y pelo rojo.

George dijo, inseguro:

-Es la muchacha Granville, señor.

-¡Oh, Madre Santa! - musitó Portia-Usted quería a Olivia. - Con súbita urgencia, cruzó las piernas-Tengo que usar el excusado.

Sin hablar, Rufus señaló una puerta que estaba detrás de él, con la expresión de quien ha encontrado algo repugnante en su pastel de cumpleaños. Portia salió corriendo hacia el excusado que se encontraba fuera.

-¿Eso significa que nos equivocamos? - preguntó George, vacilante.

-¡Así es! - contestó Rufus, tratando de contener su incredulidad y su ira - Hombre, ¿cómo es posible que hayas traído justamente a la que no era?

-Había dicho que la chica que queríamos raptar llevaba una capa azul, señor. La de la otra era marrón.

George mostraba una expresión abatida.

-¡Oh, Dios del cielo!

Rufus miró fijamente a George mientras comenzaba a cobrar sentido todo el absurdo de la situación. Oyó unos pasos tras él y giró hasta quedar de frente a la no querida rehén que regresaba del retrete.

-¿La capa azul?

Portia frunció el entrecejo, tratando de entender a qué se referiría; luego su ceño se aflojó.

-Es de Olivia - respondió, despreocupada - Ella me la había prestado.

-Ya entiendo - dijo Rufus - Está bien, George, puedes marcharte.

-Lo siento mucho, milord.

Rufus lo despidió con un gesto de resignación.

-¿Cómo ibas a saberlo?

George titubeó: los hombres de Decatur no cometían errores. Y si los cometían, pagaban por ellos en moneda de culpa y de reproche que ellos mismos se cobraban.

-Márchate - repitió Rufus, con un poco más de suavidad - Tú no tienes la culpa, George.

-Sin embargo, es un verdadero embrollo, ¿no es así, milord?

-Tienes talento para decir las cosas con excesiva suavidad, amigo mío - afirmó Rufus, lanzando una breve carcajada carente de alegría.

Con mirada interrogante, se volvió hacia Portia y le preguntó, en medio del momento de incómodo silencio que provocó su ácida carcajada:

-¿Cómo te has arañado de ese modo?

-La chica se escapó cuando mi caballo tropezó - informó George, que seguía de pie, indeciso, junto a la puerta-Se metió directamente en una maraña de espinos.

-Al parecer, tienes la costumbre de escapar - comentó Rufus con acritud.

-Sí, he adquirido esa costumbre cuando otros toman el hábito de raptarme - replicó Portia.

Sentía unas tremendas ganas de llorar y tuvo que hacer uso de toda su fuerza para mantener a raya la amenazadora debilidad.

-Habría sido mejor para todos que hubieses sido más eficaz para huir - comentó Rufus, ya sin rastros de humor. Se volvió hacia el desconsolado George, que estaba junto a la puerta-Por ahora, eso es todo, George. Ve a comer y a beber un poco de cerveza. Si ves a Will, dile que venga.

George asintió, balanceando la cabeza y salió. Rufus se volvió de nuevo hacia Portia, que estaba de pie junto a la mesa, con aspecto torvo, y se aferraba del borde con tanta fuerza que le blanqueaban los nudillos.

-Y ahora, ¿qué diablos haré contigo? - preguntó él, sin dirigirse a ella en particular y en un tono de punzante exasperación-No creo que este desliz de su hermano valga mucho para Cato Granville.

Las lágrimas que Portia había estado conteniendo asomaron a sus ojos y se soltaron, resbalando por sus mejillas. Con gesto furioso, se pasó una mano por los ojos pero sus lágrimas siguieron manando.

Rufus quedó por un instante sin saber qué hacer, consciente de que el llanto era la última reacción que hubiese esperado presenciar en Portia Worth. Él la creía combativa y fuerte, dueña de una visión fría y realista del mundo, de modo que este quebranto representaba una sorpresa absoluta para él. Inseguro, avanzó un paso hacia ella.

-¿Qué demonios sucede?

-¿Qué crees tú que sucede? - preguntó ella, enfadada, aspirando por su nariz-Estoy agotada y hambrienta, mi cara está toda rasguñada e inflamada, mis ropas desgarradas, y todo ha sido inútil. Para empezar, no era a mí a quien querías raptar.

Aun desde las profundidades de su mortificación y su debilidad, ella sabía que estaba diciendo algo absurdo pero, por alguna razón que no acertaba a comprender, el hecho de saber que no la querían, condición que había absorbido junto con la leche de su nodriza, fue la gota que desbordó la copa de toda esa malhadada confusión.

-Es verdad; tú no eras el objeto de este pequeño ejercicio - admitió Rufus con calma-Y lamento que hayas pasado tantos malos ratos. Pero, si hubieras hecho lo que George te había dicho, habrías sufrido ínfimas incomodidades o, quizá, ninguna.

-¿Cómo es posible que digas semejante cosa? - dijo Portia, y sus lágrimas se secaron como por ensalmo-Olivia hubiera hecho lo que le decían porque habría estado paralizada de terror. Ella no es como yo, ella ha tenido una crianza refinada, ella ha vivido una vida protegida, siempre. Habría estado petrificada. ¡Al más puro terror tú lo llamarías ínfima incomodidad, o ninguna...!

Para Rufus fue un alivio comprobar que volvía la Portia Worth que él conocía.

-George no es una persona que dé miedo - señaló-Por eso precisamente lo elegí para esta misión. Él tiene un carácter más bien paternal.

Portia se quedó boquiabierta, incapaz de creer lo que oía.

-¡Carácter paternal! - exclamó-¡Carácter paternal!

-Es el adulto más respetado de nuestra comunidad - dijo Rufus, en actitud un tanto defensiva-Para mí, su consejo y su ayuda son más valiosos que los de cualquiera. Él sabría tratar bien a la muchacha, y eso habría hecho.

-Ah, ¿y yo debo creer que tú tratarías con decencia a la hija de Cato Granville? - se burló Portia, desbordando ironía-Si tú odias a ese hombre, no puedes hacerme creer, ni un minuto, que no habrías hecho que su hija sufriera ese odio.

Rufus palideció bajo su bronceado y sus ojos se convirtieron en un fuego azul.

-Ten cuidado - advirtió en voz baja.

Portia pensó que quizá le convendría ser un poco más cautelosa, al menos hasta que se hubiese extinguido el fuego en esos ojos.

-No debería extrañarte que yo piense así - dijo, en tono más conciliador.

-Sin embargo, me extraña - aseguró él-Por cierto, me exaspera que pienses que podría causarle dolor y sufrimiento a una niña inocente, por algo que no es culpa de ella.

-¿Y qué piensas hacer conmigo? ¿Yo no soy una inocente? ¿Acaso no estoy sufriendo por algo que tú me has hecho, sin que yo tenga la culpa de nada?

Rufus la miró en silencio y, de repente, echó a reír con amargura y la tensión que reinaba en el ambiente se hizo trizas, como si hubiera sido de cristal.

-Creo, muchacha, que has dado con un argumento sólido. Siéntate.

Le puso las manos sobre los hombros y la hizo sentarse sobre un escabel. Portia se resistió a la presión y miró con evidente desafío a ese hombre que se cernía sobre ella. Él sintió bajo sus manos esos hombros tan delgados que podía distinguir cada hueso como si fuese una rama que él pudiera romper entre sus dedos.

-Siéntate - repitió-Sin duda, me concederás la oportunidad de reparar algunos de los maltratos que dices que te he infligido - dijo él, arqueando una de sus cejas rubiorrojizas, en un desafío que se oponía al de ella-¿Acaso tienes miedo, Portia?

-No - repuso ella, sentándose en el taburete, junto a la mesa-¿Acaso debería tenerlo?

-No - respondió él sacudiendo la cabeza-Sin embargo, como creo haberte dicho en otra ocasión, mi temperamento es impredecible.

Rufus llenó una palangana con agua caliente que sacó de una caldera que colgaba de un gancho sobre el fuego y la llevó hasta la mesa. Mojó una toalla en el agua, sujetó el mentón de Portia con una mano y comenzó a pasarle la toalla levemente, para quitar la sangre seca y la suciedad.

-No soy muy buen enfermero - musitó, sacudiendo la cabeza-¿Cómo es posible que te hayas hecho tanto dafio?

-Yo no sabía que aquello era una maraña de espinos hasta que llegué allí - repuso Portia, preguntándose por qué, de repente, se sentía tan acalorada mientras las grandes y poderosas manos de él hacían girar su cara con extraña e incongruente suavidad.

-Sólo por una cuestión de curiosidad, ¿a dónde pensabas ir si hubieras escapado? - preguntó Rufus, cerciorándose de que había limpiado todos los rasguños visibles. Se sentó en una punta de la mesa, con la toalla húmeda y manchada de sangre todavía entre las manos-Estabas en territorio desconocido, a kilómetros de cualquier parte.

-No había llegado a pensar hasta ese punto.

-¿Sueles ser así de impulsiva?

-Por lo general, no me veo en la necesidad de salvarme de un secuestrador.

Sus ojos rasgados se entornaron y elevó su mirada hacia él, por el enredado halo rojo de su cabello. Con su apariencia, tan similar a la de un espantapájaros, tan delgada, aparentemente tan frágil, con sus pecas destacándose en la palidez extrema de su cutis; la valerosa jactancia de la muchacha conmovió a Rufus.

-Éste es un verdadero nido de pájaros - murmuró, con involuntaria sonrisa, quitándole una pequeña rama del pelo.

Él comenzó a peinarlo con sus dedos, quitándole los cuerpos extraños. Los ojos de Portia se dilataron y un leve rubor tiñó sus pálidas mejillas. Rufus desenredó un grumo de pelusa de la manta de uno de los nudos más intrincados de rizos anaranjados, y siguió diciendo, casi como para sí mismo:

-Creo que, en alguna parte, tengo un poco de ungüento.

Dejó caer la toalla sobre la mesa y se acercó a la pequeña alacena revestida de piedras que había en la parte trasera de la cabaña.

-Mira, aquí está. Tiene un olor horrible, pero es eficaz como un encantamiento - dijo él, reapareciendo, al tiempo que quitaba la tapa de un pequeño pote de alabastro-Ahora, quédate quieta. Arde un poco.

Metió un dedo en el ungüento de fuerte olor y lo pasó sobre las magulladuras de Portia. Ella se encogió: él hablaba en serio cuando se refería a que ardía. Sentía como si toda su cara estuviese incendiándose, como si la hubiese picado un enjambre entero de abejas.

-En un minuto se aliviará - dijo él, haciendo girar la cara hacia un lado y otro con la mano con que le sostenía el mentón, buscando heridas que no hubiese visto-Me parece que ya está - dijo, tapando de nuevo el pote-Y ahora, ¿qué otra cosa teníamos que remediar? ¡Ah, sí: el hambre! El castillo Granville está muy lejos; debes de estar hambrienta.

El modo tranquilo y práctico con que él se movía por la cocina y la alacena, disponiendo pan, queso y carne fría sobre la mesa desmentía, en cierto modo, el poderío contenido que emanaba de su cuerpo de soldado. Todo en él hablaba de campos de batalla y, sin embargo, parecía muy a gusto en la cocina. Portia descubrió que la fascinaba su diestra eficiencia, la sensación de que este hombre era un individuo de muchos contrastes.

-Primero, prueba esto - le dijo él, llenando de leche espesa y cremosa una taza y poniéndola delante de ella.

-No bebo leche desde que era una niña pequeña - protestó Portia, aun notando, para su estupefacción, que le resultaba sumamente tentadora.

-¿Cuántos años tienes?

-Diecisiete.

Ella bebió un largo trago de leche.

-¿Nada más?

No era que Portia le pareciera mucho mayor; toda su actitud dejaba traslucir una vasta experiencia.

-La vida de la hija bastarda de un vagabundo tiende a hacerla envejecer a una - comentó Portia, irónica. Rufus no hizo más que alzar una ceja y encogerse de hombros. Tomó la jarra de barro con whisky que había sobre la repisa, encima de la chimenea.

-Y bien, ¿qué vas a hacer ahora? - preguntó Portia, mientras masticaba un bocado de pan con carne. Rufus reflexionó con respecto a la pregunta.

-Una de las posibilidades que tengo es echarme a reír como un loco. Otra, gritar como un espectro.

En el preciso momento en que Portia iba a preguntar cuál habría sido el rescate pedido por Olivia, se oyó un fuerte golpe en la puerta y Will irrumpió en la cabaña como si los sabuesos de Lucifer le mordiesen los talones.

-Infierno y condenación, Rufus. ¡George dice que nos equivocamos de muchacha! - exclamó, echando una mirada a Portia-¿Es verdad?

-Así parece, Will- admitió Rufus, pinchando un trozo de queso con la punta del cuchillo y llevándoselo a la boca.

Will dio unos pasos hacia el interior de la habitación, sin apartar su mirada de Portia.

-¿Qué le pasó en la cara?

-Arañazos y ungüento - respondió Rufus, bebiendo de la jarra de barro-Siéntate, muchacho, y bebe un jarro de cerveza.

Portia apoyó las manos sobre las mejillas que aún le ardían. Sentía su cara tan hinchada como irritada; no tenía idea del aspecto que tendría pero, a juzgar por la expresión del recién llegado, debía de ser bastante espantoso. Tal vez, el ungüento había sido una estratagema para desfigurarla más todavía.

-No te preocupes: el escozor pronto pasará - dijo Rufus, adivinando lo que decía su expresión. - En una hora, estarás perfectamente bien - añadió, cortando más carne para ella-¿Más leche o prefieres cerveza?

-Cerveza, por favor.

No tenía demasiado sentido responder a esta hospitalidad con encono, por más que la situación tuviese un sesgo tan irreal que Portia comenzaba a preguntarse si no iría a despertarse poco después.

Will seguía mirándola con expresión incrédula y casi no se había movido de al Iado de la puerta.

-Pero ¿quién es ésta?

-Portia Worth - soltó Portia, que no soportaba más que ese idiota hablara de ella como si fuese una muñeca rellena de paja-Y si necesita hacer preguntas que se refieran a mí, ¿por qué no se dirige a mí, sin rodeos?

Will se sonrojó hasta las raíces de sus cabellos muy claros, y sus ojos, de un azul más pálido que los de su primo reflejaban desconcierto.

-Le pido perdón, señora. No quise faltarle el respeto.

-¿Faltarme el respeto? - exclamó Portia-¡Después de haber sido raptada, llevada como un saco, golpeada y sacudida durante horas... habla de falta de respeto!

Perdido, Will miró a Rufus, que estaba de pie, con sus anchos hombros apoyados en la gruesa repisa de roble de la chimenea, sosteniendo la jarra con un dedo pasado por el asa.

-Pero... pero Granville pagará...

-Lo dudo mucho - interrumpió Rufus - Pero puede ser que resulte interesante ver cómo reaccionará. El mensaje del secuestro fue entregado después del rapto de la muchacha. Él necesitará cierto tiempo para pensarlo.

-¿Y si no responde?

De los intensos ojos azules desapareció todo rastro de humor y la expresión del conde se endureció.

-En ese caso, tendremos que pensar en otra manera, Will.

-Pero... pero todavía no entiendo quién es ella... quiero decir, quién es usted.

Will dirigió sus preguntas a Portia y ésta, una vez apaciguado el hambre, escuchaba con atención, esperando entender, por fin, qué quería el conde de Rothbury del marqués de Granville.

-Jack Worth era el medio hermano de Cato. Ella es su hija.

-Ah.

Will siguió mirando fijamente a Portia, quien le devolvía la mirada.

-La hija bastarda - aclaró ella - Que no vale un penique para nadie... ahora que Jack está muerto.

Se hizo un prolongado silencio entre ellos, hasta que Will, siguiendo sin querer el hilo de los pensamientos, dijo:

-Ah, eso me recuerda algo. Los niños, Rufus. Me seguían, pero deben de haberse desviado - dijo, abriendo la puerta de un tirón y gritando hacia la noche- Luke, Toby, ¿dónde estáis, pequeños demonios?

Una ráfaga entró por la puerta abierta y Portia se echó a temblar. Entonces, dos bultos pasaron entre las piernas de Will y entraron en la cocina como un par de espectros. Estaban tan envueltos en chaquetas y jubones que parecían tan anchos como altos. Dos pares de ojos azules recorrieron a toda velocidad la cocina.

-Hemos vuelto - anunció Toby.

-Ya veo - repuso Rufus con seriedad.

-¿Quién es ésa? - preguntó Luke, señalando a Portia.

-Mi huésped - respondió su padre, en el mismo tono.

-¿Como Maggie? - preguntó Toby, interesado y perspicaz. Will se ahogó, pero Rufus dijo:

-No exactamente. La señorita Worth se quedará aquí algunos días.

-Ah, ¿sí? - musitó Portia por lo bajo.

¿Quiénes serían esos dos niños y quién sería Maggie cuando estaba en el hogar?

-¿Los llevo a la cama, entonces? - quiso saber Will, señalando a los niños que, de súbito, se habían dejado caer delante del fuego y estaban allí sentados, frotándose los ojos y tambaleándose un poco.

-Tú ocúpate de Toby; yo llevaré a Luke.

Rufus se inclinó y levantó a uno de sus hijos. Lo llevó hasta detrás de una cortina que había en un rincón del cuarto, seguido por Will, que llevaba al otro niño. Portia prestó atención, presa de una completa perplejidad. ¿Acaso nunca acababan las sorpresas, con este hombre? Desde atrás de la cortina llegaban a ella protestas confusas de los niños pero, como nadie les prestaba atención, en unos minutos reaparecieron Will y Rufus.

-¿Los habéis acostado con las ropas puestas? - preguntó Portia, sin poder contenerse.

-Estaban demasiado cansados para desvestirlos - dijo Rufus, sin preocuparse-Por la mañana, te los presentaré como es debido.

-¿Son tuyos?

-Mis hijos naturales - dijo él, con intención-Y no tienen precio, para mí.

Portia sintió que se caldeaban sus mejillas. Levantó el jarro y vació su contenido.

-¿Quieres que haga alguna otra cosa? - preguntó Will, jugueteando con el broche de su capa.

-No. Sólo trata de que George no beba hasta la estupidez empujado por la culpa. Aunque la culpa no es suya, le costará un poco convencerse de ello.

Will asintió y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo, miró a Portia por encima del hombro y vio que estaba contemplando su jarro vacío. Rufus hizo un brusco gesto de despedida con una mano, y Will salió sin añadir otra palabra.

Portia levantó la vista.

-¿Dónde pensaba tener a la pobre, pequeña Olivia? Claro que, en una cueva de ladrones, deben de tener una celda.

-Tenemos una prisión - repuso Rufus, con una sonrisa forzadamente amable-Sin embargo, creo que tú estarás más cómoda en la planta alta. Hay un altillo que ha sido preparado.

-Sin duda, Olivia habría sabido apreciar su consideración, señor.

-Eso espero - respondió él, sin que su sonrisa vacilara-Y espero que usted sepa apreciarla del mismo modo, señorita Worth.

Portia se puso de pie, cayendo en la cuenta de que estaba demasiado cansada para seguir debatiéndose contra un oponente tan diestro.

-Por mucho que disfrute su compañía, lord Rothbury, en este momento creo que prefiero la mía.

-Es su privilegio - repuso él con seriedad-Ven, te conduciré a tu cama.

Portia lo siguió, subiendo por la estrecha escalera de madera que desembocaba en una habitación grande y bien amueblada. Ella paseó la mirada observando la gran cama, los sólidos muebles de roble, el fuego que ardía en el hogar, las esteras sobre el suelo limpio. No había nada de lujoso en esos muebles, pero reinaba un ambiente de comodidad campesina.

-¿Quién duerme aquí?

-Yo - respondió él, abriendo una puerta que daba a una pequeña y pulcra alcoba-Y ésta ha sido preparada para ti.

Portia titubeó.

-Puedes estar muy tranquila en lo que a mí respecta - dijo Rufus.

-De acuerdo con mi experiencia, los hombres que dicen que puedes quedarte tranquila con ellos, por lo general, quieren decir lo contrario - repuso Portia.

Rufus meneó la cabeza.

-Muchacha, si yo quisiera tener una mujer en mi cama, no tendría problemas en encontrar una que estuviese dispuesta. Y te aseguro que nunca me han atraído las mujeres reacias.

Se hizo a un lado y le indicó, con un gesto, que entrara en la pequeña alcoba.

A Portia no se le ocurrió ningún motivo para no creerle y, además, para mayor seguridad, podría cerrar la puerta con llave. Entró en el cuarto.

-Pienso que encontrarás todo lo que necesites: una bata de noche, toalla, jabón, agua en la palangana, la bacinilla debajo de la cama - enumeró Rufus y, mientras lo hacía, recorría con la vista los elementos contenidos en la habitación, como lo hubiese hecho un ama de llaves experta-Si necesitas algo más, simplemente, llámame.

-Es una pequeña prisión bastante agradable - comentó Portia, pues había visto, de inmediato, que el diminuto ventanuco estaba cerrado con barrotes.

Rufus ignoró el comentario y se limitó a decir:

-Que tengas buenas noches, Portia. - y salió de la habitación, cerrando la puerta con suavidad.

Portia corrió hacia la puerta: no había cerradura ni pasador. No podía cerrar, si quería, pero por el mismo motivo, tampoco podían encerrarla desde fuera. Se volvió para inspeccionar la alcoba. Era pequeña pero suficiente; y una de sus paredes daba a la parte de atrás de la chimenea de la habitación principal, de modo que de los ladrillos llegaba algo del calor del fuego encendido al otro lado.

Se sentó sobre la cama y reflexionó sobre su situación. Ella era el rehén no deseado; no valía un comino para ninguna de las dos partes que negociarían el rescate. Rufus Decatur bien podría cortarle el cuello y sepultarla en la ladera de una colina, y nadie se enteraría nunca. En verdad, no podía imaginar a Cato enviando soldados dispuestos a luchar por la recuperación de su sobrina. Había cosas mucho más importantes en esta guerra por las que preocuparse que el bienestar de la bastarda fea y pobre de su hermano.

¿Y en cuanto a Olivia? ¿Qué habría deducido del acto de violencia cometido en el foso? Sin duda, la habría aterrorizado, por lo repentino, lo carente de sentido, lo salvaje que había sido. Habría aterrorizado a cualquiera; Portia estaba segura de que Olivia debía de estar preguntándose cómo podría ayudarla, debía de estar castigándose por haberse quedado ahí, como una tonta, sin hacer nada durante todo ese brutal episodio. Y en el castillo no había

nadie capaz de tranquilizarla. Su padre estaba demasiado preocupado y, ¡en cuanto a su madrastra...!

Portia se enroscó un rizo cobrizo en torno del índice. Ella tampoco podría hacer nada por Olivia en este momento. Lo más probable, conociendo el odio que Decatur sentía por cualquier cosa que tuviese la más remota conexión con Granville, era que se negara a enviarla de vuelta; eso significaría una admisión de su derrota. En síntesis, su posición parecía muy poco prometedora.

-No hay el menor rastro... ¡ni una condenada huella! - decía Cato, al mismo tiempo que entraba en la sala de su esposa-Yo no entiendo cómo pudo haber desaparecido sin dejar rastros.

Se derrumbó sobre una silla de brazos junto al fuego y clavó una mirada torva en las llamas.

Diana se incorporó con movimientos elegantes y se acercó al aparador. Sirvió vino en una copa de peltre y se la llevó a su esposo.

-Esa muchacha no ha traído más que problemas desde que llegó - dijo-Yo me había opuesto a esas expediciones de patinaje desde el principio.

Cato bebió un sorbo de vino mientras su ceño se crispaba cada vez más.

-Yo no vi nada fuera de lugar. A ellas se las veía desde las almenas mientras estaban en el foso.

-Pero, al parecer, no todo el tiempo - señaló Diana con delicadeza, volviendo a sentarse.

-Es evidente que fue así - reconoció Cato, poniéndose de pie y empezando a pasearse por la habitación-¿Cómo está Olivia ahora? ¿Ya ha logrado contar lo que sucedió?

-Nada coherente - respondió Diana, dejando a un lado su bordado-Aunque eso era de esperar, en realidad. Pobrecilla, nunca, ni en el mejor de los casos, es demasiado coherente.

-No siempre ha sido así - replicó Cato, acercándose a la ventana y mirando hacia la guardia interior con las manos unidas a la espalda.

Habían pasado tres horas desde que Olivia había entrado al castillo corriendo y gritando, barbotando algo acerca de tres hombres y de Portia; no habían logrado calmarla lo suficiente como para que relatara lo sucedido con cierta coherencia. El único hecho incontrovertible era que Portia había desaparecido.

-El médico le ha dado algo que la ayudó a dormir - dijo Diana-Pienso que, tal vez, ella esté en mejores condiciones de hablar después de que haya descansado.

-Ahá - murmuró Cato, volviéndose con gesto impaciente de espaldas a la ventana-Iré a hablar con ella otra vez.

Diana se levantó de inmediato.

-Yo iré contigo.

Olivia estaba acostada en su cama, sus ojos muy abiertos a pesar del sedante que le había dado el médico. Cuando su padre y su madrastra entraron, silenciosos, en la habitación, ella cerró con fuerza los ojos y permaneció muy quieta, deseando que se fueran.

Cato la contempló, con el ceño crispado por la perplejidad.

-Olivia, ¿estás despierta?

Olivia pensó que, en algún momento, tendría que hablar pero que sería muchísimo mejor si Diana no estuviese presente. Dejó que sus párpados se movieran.

-¿La han encontrado?

-Debes decimos qué sucedió, querida. Es muy poco lo que podemos hacer si no sabemos qué ocurrió.

Olivia sintió que había algo inusualmente tranquilizador en la voz de su padre, y por eso abrió bien los ojos. Se esforzó por pronunciar las palabras con mucha lentitud, por controlar su tartamudeo.

-Nosotras estábamos pa... patinando y dábamos de comer a los pa... patos. Y vinieron tres hombres y se llevaron a Portia.

Se agitó sobre las almohadas y concentró la mirada en su padre, sin hacer caso de Diana.

-¿Portia los conocía? - preguntó Cato, en voz todavía suave. Olivia negó con la cabeza.

-Le echaron una ma... manta sobre la cabeza y se la lle...llevaron.

-¿Dijeron algo?

Olivia volvió a negar con la cabeza. El recuerdo que tenía de toda la escena era borroso. No había percibido el menor ruido. En un momento dado, Portia estaba de pie junto a ella, echando maíz a los patos y, al siguiente, se la habían llevado. A Olivia, lo vertiginoso y absurdo del suceso le habían provocado terror. Y ella no había hecho nada. Creía haber gritado, pero sólo una vez, y había sido un gesto inútil. No había atraído ayuda.

-¿Intentaron tomarte a ti?

Otra sacudida de la cabeza.

-En ese caso, yo no... no sé... sé lo que habría hecho - susurró.

-Antes habías dicho que eran tres hombres. ¿Qué podrías haber hecho contra tres hombres?

La miraba, ceñudo, aunque estaba perdido en sus propios pensamientos. Para él, eso no tenía ningún sentido. ¿Por qué querría alguien secuestrar a Portia? En ese momento pensó que ya era la segunda vez que alguien se había ido con ella, en las últimas semanas. Era muy extraño. Del último secuestro, ella había escapado sana y salva pero éste, en cambio, parecía muy diferente. Daba la impresión de haber sido planeado. Los secuestradores sabían de antemano a cuál de las muchachas debían llevarse y fueron directamente al grano, con suma escrupulosidad. Y con una violencia calculada que le daba escalofríos. ¿Tendrían la intención de hacer daño a la hija de Jack?

Habría sido perfectamente posible que se tratase de Olivia. Distraído, estiró la mano y apartó un mechón de cabellos de la frente de su hija. Sus ojos, grandes y oscuros, lo miraron asombrados; él cayó en la cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que él tuviera por ella semejante gesto de cariño.

-Trata de dormir - dijo él, y estaba a punto de darle un beso en la frente cuando tomó conciencia de la figura rígida de Diana, que estaba a su lado. Entonces, dijo con su tono habitual- Cuando hayas descansado un poco, te sentirás mejor.

-¿La encontrarás, señor?

-He mandado a algunos hombres a explorar el campo - respondió él-Si es posible encontrarla, ellos la encontrarán.

-Pe... pero ¿harán daño a Portia? - preguntó Olivia en tono apremiante, con ojos enormes, oscuros y suplicantes en su rostro pálido.

-Espero que no. - Fue la respuesta más tranquilizadora que él pudo darle.

-Ven, milord. La niña necesita dormir.

Diana apoyó una mano en el brazo de él, llevándolo hacia la puerta. Él echó una última mirada hacia la cama y vio que Olivia se había recostado otra vez y había cerrado los ojos. Yacía inmóvil, como una estatua, bajo las sábanas blancas muy apretadas a su alrededor.

-Estoy haciendo todo lo que puedo, Olivia - reiteró él, deseando poder decir algo más.

Después, salió de la habitación siguiendo a su esposa.

-¡Milord, milord! - oyó la llamada urgente de Giles Crampton, que llegaba desde atrás, cuando giraba para ir a su propio cuarto situado en el bastión.

Cato se detuvo.

-¿De qué se trata?

-De esto - dijo Giles, gesticulando con un pergamino enrollado-Ha sido entregado hace instantes, milord.

Cato lo tomó y sintió un inmediato temblor de presagio.

-¿Quién lo entregó?

-Un niño pastor, señor. Dijo que se lo había dado un hombre con armadura, que le había dicho que aguardara hasta el crepúsculo para traerlo.

Cato hizo chasquear la lengua contra los dientes.

-Supongo que no hay señales de la muchacha, ¿no?

Giró hacia la puerta de su habitación.

-Se ha desvanecido como si jamás hubiera existido - respondió Giles.- Nadie le ha visto el pelo a ninguno de ellos.

Cato no daba muestras de escucharlo. Tenía la vista fija en el sello que había sobre el pergamino: era el águila de la casa de Rothbury. Aquel anterior temblor de presagio hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca. Rompió el sello y desenrolló el pergamino. Era un mensaje breve y conciso: Olivia, la hija de Granville, sería retenida como rehén. El precio de su rescate serían todas las ganancias obtenidas de las propiedades Rothbury retenidas por el marqués de Granville, además de un recuento completo de todas las ganancias desde que la mayordomía sobre dichas propiedades había quedado en manos de George, marqués de Granville.

Cato comenzó a reír. Rió y rió, agitándose en una silla y disfrutando con la gloriosa constatación de la derrota total de su enemigo. En vez de Olivia, se habían apoderado de una bastarda huérfana y sin apellido, una muchacha relativamente inofensiva, por cierto, pero sin valor de cambio para nadie.

Cobró conciencia de que Giles lo observaba, incómodo, desde la entrada, preguntándose si su jefe no estaría sufriendo algún tipo de ataque. Cato le explicó la situación en pocas palabras; entonces, Giles sonrió.

-Me pregunto qué hará ese canalla asesino, señor - dijo, y luego su expresión cambió y entornó los ojos-Qué coincidencia; es la segunda vez que la secuestra, ¿no le parece, señor?

Cato frunció el entrecejo.

-La primera vez fue un accidente, y esta vez ella no le interesaba sino Olivia.

-Sí, puede ser. Pero, la vez anterior, él no le hizo ningún daño. Es posible que esta vez, tampoco - dijo Giles, moviendo los pies-¿Quién podría asegurar que él no está de acuerdo con ella, milord? Quizás ella tenía que llevar a Olivia a un lugar donde ellos pudiesen apresarla y algo salió mal.

Cato miró fijamente al sargento. Giles era un individuo suspicaz y, por cierto, había sacado sombrías conclusiones con respecto al anterior encuentro de Portia con Decatur. Sin embargo, le resultaba imposible creer que ella hubiese sido convencida de participar en un complot con Decatur... ¿o acaso sería posible?

¿Qué sabía él acerca de ella? Que no tenía dinero, ni medios de vida conocidos, fuera de la caridad de él. Era probable que hubiese caído bajo el hechizo de Decatur cuando se conocieron en el camino. No sería la primera mujer a quien eso le sucediese.

Fue hacia la ventana mientras Giles salía y cerraba la puerta, y se quedó allí contemplando la oscuridad. Veía en su mente colinas ondulantes y el sendero que serpenteaba en dirección a la aldea fortificada de Decatur como si estuviese viéndolos a plena luz del día.

Uno de esos días se produciría el enfrentamiento final: Decatur y Granville. La mirada de Cato se endureció mientras él seguía contemplando la noche.

## *8*

Había pasado una media hora después que Portia fuera dejada en el altillo cuando oyó que se abría la puerta principal. Ella todavía llevaba puesta su capa arruinada, estaba sentada sobre una punta de la cama y tenía una vaga conciencia de que la irritación de su cara había disminuido; sin embargo, se sentía incapaz de realizar los movimientos necesarios para meterse en la cama. Era como si los sustos y los sucesos de ese día la hubiesen paralizado y no pudiera hacer otra cosa que permanecer, aturdida, sin siquiera poder ordenar sus pensamientos.

El ruido de la puerta que se abría en la planta baja la puso en movimiento. Se levantó de un salto, fue hasta la puerta de la habitación y la abrió con bríos. Reinaba un completo silencio. Rufus Decatur había salido y la había dejado sola.

Se le ocurrió que él debía suponerla metida en la cama y profundamente dormida, después de las excitaciones y los contratiempos de la jornada. Salvo que él supusiera que ella estaría demasiado asustada para aprovechar el hecho de que la puerta no estuviese cerrada. Si era así, él se equivocaba de medio a medio.

Atravesó de puntillas el enorme dormitorio y bajó por la estrecha escalera de madera. Alguien había retirado los restos de la cena, el fuego había sido cubierto de cenizas y había una vela nueva encendida sobre la repisa.. Era probable que él no tuviera intenciones de ausentarse por mucho tiempo.

Portia echó un vistazo a la cortina que cerraba el rincón de la habitación; entonces, sin poder contener la curiosidad, fue hasta allí, siempre de puntillas, y la apartó. Los niños dormían como animalillos, acurrucados uno junto a otro, bajo una montafia de mantas. Notó, contrariada, que todavía llevaban la chaqueta y el jubón. Si Janet Beckton los viera, le daría un ataque. A pesar de su aprieto, esa idea le hizo sonreír. Ese revuelto catre, en la cabaña de Rufus Decatur, estaba a un mundo de distancia de la pulcra guardería del castillo Granville.

Contempló los dos rostros dormidos, bajo idénticas melenas de cabello rubio. Recordó el intenso azul de sus ojos y pensó que guardaban una gran semejanza con su padre. Debía de haber alguna madre por allí, una mujer que no merecía la honra de un anillo de bodas.

Su labio se curvó en una mueca desdeñosa y se alejó, tras haber dejado caer la cortina. Al parecer, en este sitio no se concedían muchos honores a las mujeres.

Ante tal circunstancia, ¿dónde quedaba ella? ¿Era una rehén no querida, una mujer solitaria en ese aislado campamento de bandoleros? Tenía su cuchillo, pero sería una defensa endeble si debía enfrentar un ataque decidido. Le trepó por la espalda un escalofrío de miedo que le erizó el pelo. Ahora, Portia comprendía que, si bien le había dicho a Decatur que no tenía miedo, la jactancia no era un buen escudo protector.

Se le agitaba el corazón como si se le hubiese alojado en el pecho todo un enjambre de mariposas. Corrió hacia la puerta, la entreabrió y, al espiar hacia fuera, vio el callejón desierto. El cielo no tenía nubes, tal como había estado durante todo el día, la luz brillante de las estrellas y de la Juno inundaban la aldea y se reflejaba sobre la superficie helada del río. Portia oía voces, risas, música que llegaban desde el edificio en cuyo frente se encontraba el banco de beber, el que ella había deducido que debía ser el comedor comunitario. Si estaban todos bebiendo hasta quedar estúpidos de ebriedad, tal vez ella tuviese una oportunidad de escapar.

Salió sigilosamente a la calle desierta, con su espalda pegada a la pared. Iba a necesitar un caballo. No había modo de que huyese a pie por esos parajes ásperos y desolados que había visto durante el viaje hasta allí.

Hacía un frío terrible y el olor denso y reconfortante del humo pendía en el aire. Atisbó una luz dorada que salía por las rendijas de las contraventanas cerradas y, cada tanto, percibía el fragante aroma de la comida, mientras andaba deprisa por el callejón, cuidando de ir por la sombra. En esas viviendas cálidas y acogedoras había personas sentadas junto al fuego

comiendo la cena, compartiendo bromas, sintiéndose seguras en sus propios lugares, en la camaradería con los de su propia clase. Mientras crecía, Portia había aprendido que era una extraña, sin lugar propio, sin familia que definiera su espacio en el mundo. Claro que estaba Jack, pero Jack no era una familia en el sentido en que solía entenderse como tal. No era más que la causa de su existencia. Ella se había mantenido junto a él a cambio de un afecto azaroso y difusos medios de subsistencia, hasta que ella misma fue lo bastante mayor como para sostenerse a sí misma y a Jack con su adicción. Ahora, corriendo por el oscuro callejón e imaginando las escenas que debían de darse tras las contraventanas cerradas, su acostumbrada sensación de aislamiento surgió en ella con fuerza renovada. Estaba tratando de escapar de un lugar al que no pertenecía para regresar a otro al que tampoco pertenecía. Le divertía la paradoja de las diversas situaciones en las que solía encontrarse; ese humor era una buena defensa contra la desdicha. Pero, esa noche, le había fallado.

Prestaba atención para oír el relincho de algún caballo, y su nariz se estremecía, esforzándose por captar el olor del establo. Y lo encontró bien pronto.

Y no sólo un establo sino una cuadra entera de ellos, en el centro de la aldea, con un limpio patio de adoquines ante el cobertizo. Sin embargo, comprendió, de inmediato, que sus posibilidades de llevarse un caballo sin ser sorprendida eran casi nulas. Vio luces en ambos extremos de la cuadra y la puerta de la talabartería abierta. Oyó voces, el entrechocar de los dados y, oculta entre las sombras, vio que un hombre salía al patio desabotonándose los pantalones. El hombre alivió su necesidad contra la pared y volvió a entrar en la talabartería.

Portia se escabulló de nuevo en el callejón y giró, encaminando sus pasos hacia el río. No sabía por qué lo hacía; la única explicación que encontraba era que todavía no estaba dispuesta a aceptar la derrota y a arrastrarse de nuevo hasta su prisión.

Pero, cuando llegó a la orilla, con la espalda apoyada contra un roble sin hojas, la excitación la atravesó. El río helado serpenteaba atravesando la villa, traspasando sus límites, y la luz de las estrellas se reflejaba en su superficie hasta una distancia muy grande. Mucho más allá del fuerte Decatur.

Los ríos conducían a sitios. Los ríos eran avenidas. A las orillas de éste, en particular, debía de haber viviendas, otras aldeas, incluso. Ah, si ella tuviese los patines...

Entonces, lo vio: un trineo amarrado a la orilla, con sus patines cur vos, tersos como la seda. Portia corrió hacia él, agazapándose, aunque no se veían señales de actividad humana, ni ventanas iluminadas por las que emergiesen ruidos y luces. La orilla del río estaba completamente desierta.

Sobre el trineo había una montaña de pieles. No podía haber sido mejor. En caso de que ella no pudiera encontrar otro refugio, podría acurrucarse debajo de ellas hasta que amaneciera, después que hubiese dejado bien atrás la aldea Decatur. Ahora estaba convencida de que lo conseguiría. Este trineo, con su carga perfecta, le habían sido puestos allí por el destino. Su destino era escapar.

Pero ¿cómo lo movería? ¿Usarían perros o ponis? ¿O tirarían ellos mismos de los vehículos? Para eso, hacían falta patines.

Entonces vio la pértiga apoyada en la parte trasera del trineo. Era como una pértiga de barcaza; era de suponer que se usaría de la misma forma. Sería posible moverse en el hielo empujándose con la pértiga. Tan sencillo como conveniente.

Portia echó una mirada nerviosa a sus espaldas y, de pronto, se le ocurrió que todo eso parecía demasiado bueno para ser cierto. Quizá fuese una trampa, una endiablada trampa de Decatur para sorprenderla intentando escapar. No tenía por qué confiar en él, por qué creerle cuando decía que no le haría daño. A los prisioneros de guerra se los trataba bien hasta que intentaban escapar. En ese caso, todas las reglas de buena conducta se arrojaban por la borda. Si llegaban a sorprenderla, ¿qué le harían? Ella se convertiría en una pieza de caza no vedada, si no para Decatur, al menos para su banda de salvajes sin ley. A pesar del frío, el sudor le brotó en la frente. ¡Tenía que escapar! No había alternativa. No se dejaría atrapar.

El trineo era más pesado de lo que parecía; para cuando había conseguido empujarlo por la orilla y ponerlo sobre el hielo, ella estaba sin aliento. Seguía mirando constantemente por encima del hombro pues esperaba que, en cualquier momento, apareciera alguien corriendo desde la oscuridad para enfrentarse con ella. Sin embargo, la orilla seguía desierta y silenciosa, salvo por las ráfagas de música y voces que flotaban en el aire helado y quieto de la noche de luna.

Una vez que estuvo apoyado sobre el hielo, el trineo se tornó ligero y fácil de maniobrar como la barca de un niño. Resbalando y deslizándose, Portia lo empujó hasta el centro del río helado, se metió en él y se situó en la parte trasera, asiendo firmemente la pértiga con las manos. Le dio impulso y el vehículo echó a andar con asombrosa velocidad. Era como un milagro. Ya en movimiento, Portia casi no tenía que empujar. Recordó que iba corriente abajo, descendiendo por las colinas, de modo que el lecho del río repetía la pendiente. Un puro júbilo hizo vibrar su corazón, sintiendo que el artefacto aceleraba bajo sus pies, y que las casas y las luces de la aldea Decatur pasaban silbando. Lo conseguiría.

El vigía de la primera curva del río vio el trineo cuando estaba a menos de cincuenta metros, cuando aún era una oscura silueta que se movía sobre la helada superficie del hielo. Lanzó un breve gruñido de satisfacción. Necesitaba algo que animara las largas y frías horas de guardia, dentro del escondite construido en las ramas más altas de una enorme haya de hojas cobrizas. Su punto de observación era uno de los seis que cubrían el río, en una distancia de unos dieciséis kilómetros desde la aldea Decatur. El hombre encendió una antorcha que sería vista por los dos centinelas que ocupaban los dos puestos arriba en la colina y por sus camaradas apostados aguas abajo en el río, y se arrebujó en su capa forrada de piel mientras seguía observando el vehículo que se aproximaba.

El trineo pasó deslizándose debajo de su árbol y él vio que la figura que lo conducía tenía destreza en el empleo de la pértiga. El trineo patinaba sin dificultades, haciendo zumbar el hielo. Reconoció el vehículo: era el de Bertrarn, el trampero, que solía vender sus pieles en Ewefell, a unos treinta kilómetros río abajo. Bertram no se sentiría muy contento de perder su trineo y el fruto de una semana de trabajo.

Pero ni el trineo ni su conductora llegarían muy lejos. La antorcha del centinela de la cima ya se había encendido, en señal de reconocimiento, y en diez minutos, el jefe recibiría el alerta.

Llevó menos de diez minutos informar a Rufus del tránsito ilegítimo por el río. Y él necesitó mucho menos tiempo para adivinar quién había proporcionado un poco de diversión a sus centinelas, en medio de sus rutinarias vigilancias nocturnas. Él estaba en mitad de una cena con buena comida, vino y compañía que, hasta cierto punto, habían Oliviado las irritaciones de la jornada; esa novedad no benefició mucho su estado de ánimo.

-¡Por la gracia de Dios! ¿Dónde cree que puede llegar? - preguntó a todos en general-¡No imaginará que puede marcharse tan fresca de aquí en un trineo robado sin que nadie se entere!

-Al parecer, eso es lo que imagina - comentó Will-¿La traigo de vuelta?

-No, maldita sea; yo iré - dijo Rufus, revoleando una pierna por encima del banco junto a la larga mesa y arrojando a un lado su servilleta-Estaba disfrutando con este pastel de lamprea - dijo, en una nueva oleada de irritación-¡Que el diablo se lleve a esa chica! ¡Que me condenen si permito que me arruine la cena!

Se volvió otra vez de cara a la mesa y recuperó su tenedor.

-Jed, trae mi caballo. Estoy pensando que dejaré que llegue hasta la tercera guardia; entonces, la detendré. Dejémosla que piense que se sale con la suya - dijo él, y agregó, con cierto salvajismo- , así, el susto será más grande.

Jed, que era quien había llevado el mensaje, saludó y salió del comedor hacia los establos, para ensillar a Ajax.

Rufus terminó su pastel de lamprea, pero Will vio que su primo ya no disfrutaba la cena; descubrió que en el fondo de su corazón había un poco de piedad por la señorita Portia Worth.

-Bueno - dijo Rufus, apartando su plato vacío y poniéndose de pie-Será mejor que acabe de una vez con esto.

Fue hacia la puerta poniéndose la capa, con expresión torva. Por un poco, hubiese dejado ir a la muchacha, pero algo le impedía permitir que ella lo superase. Cuando él estuviese dispuesto a dejar que se marchara, lo haría. Pero aún no estaba listo. Por otra parte, ella había robado un trineo, para no mencionar la carga que llevaba. El robo era un pecado mortal entre los hombres de Decatur.

Jed retenía a Ajax en la puerta. Sostuvo el estribo hasta que Rufus se encaramó de un salto sobre la silla.

-Envié un mensaje a los vigías, milord. No la detendrán hasta que usted dé la orden.

-Bien.

Espoleado por los talones de su jinete, el gran bayo se precipitó hacia delante.

La tercera guardia estaba a unos cinco kilómetros de la aldea. Rufus se alejó de la orilla y marchó en línea paralela al río. Tenía tiempo de sobra. A un hombre fuerte le llevaría casi una hora cubrir esa distancia empujando el trineo con la pértiga. Contra sus deseos, descubrió que admiraba el espíritu indomable de la muchacha. Sin duda, no debía de tener idea del viaje que necesitaba hacer para quedar a salvo, fuera del territorio de Decatur.

Rufus llegó a la tercera guardia y tiró de las riendas. Preguntó en voz queda:

-¿Dónde está ella?

-A menos de doscientos metros, señor.

Rufus condujo a Ajax hasta la orilla y se quedó allí, inmóvil a la luz de la luna, esperando la llegada del trineo.

Portia no lo vio de inmediato puesto que el esfuerzo de manejar la pértiga requería toda su atención. Lo que al principio le había parecido fácil, ahora era arduo, ya le dolían los músculos de los brazos y los hombros, tenía las manos llagadas de aferrar la pértiga y empujar con ella, a pesar de los guantes. Fatigada, levantó la cabeza preguntándose si estaría lo bastante lejos de la aldea de Decatur como para arriesgarse a parar y descansar. El enorme caballo y su jinete inmóvil llenaron su vista exhausta. Allí estaban, junto a la orilla, a unos pocos metros de ella, como acusadores del Juicio Final.

Se sintió descompuesta. De súbito, de sus palmas brotó un sudor frío. Lo único que se le ocurría era lo injusto de la situación. Ella estaba convencida de que iba a lograrlo y ahora, allí estaba él, esperándola... triunfante. Hubiese querido gritar de frustración pero, por otra parte, sentía un miedo mortal.

¿Podría acelerar y pasar ante él, adquirir suficiente velocidad para pasar de largo? Pero ella sabía que no podría ganar al potro en velocidad. Sería inútil intentarlo. Inútil e indigno... si era que había cierta dignidad en salvarse de una situación tan odiosa. Paradójicamente, su miedo le dio un poco de valor: no le demostraría que tenía miedo.

Portia levantó la pértiga del hielo y el trineo se detuvo suavemente en medio del río. Se sentó sobre la montaña de pieles y aguardó.

Rufus desmontó y avanzó sobre el hielo. Caminaba con cuidado y deliberación hacia el trineo; cuando llegó se detuvo y la miró:

-¿Qué está haciendo, señorita Worth?

-Me estoy escapando - respondió Portia con brusquedad-¿Qué cree usted?

-Yo también había llegado a una conclusión similar - coincidió él, con sonrisa engañosamente amable-Una vez más, me veo obligado a hacerle notar que no es muy eficaz en lo que se propone.

Portia unió las manos sobre su regazo y se estremeció, notando que la transpiración producida por el esfuerzo se secaba sobre su piel, bajo su capa desgarrada y su vestido estropeado. Como ahora estaba quieta, el aire la cortaba; ella deseó que ojalá él no se limitara a estar ahí mirándola con esa sonrisa de tiburón en la boca y esa expresión especulativa en los ojos. Él estaba enfadado; ella podía percibirlo del mismo modo que sentía las punzadas de viento helado. Él le había dicho que era un hombre de carácter incierto, y ella había presenciado varias veces un atisbo de ese temperamento. Ahora, él estaba torturándola con esta fantasmagórica incertidumbre. Los ojos de él, enfocados en ella, relucían como las astillas azules que la luz de la Juno arrancaba de la superficie helada del río.

-¿Qué piensa hacer? - preguntó ella.

-¿Que qué pienso hacer? - repitió Rufus, arqueando una ceja-¿Cuál sería la acción más apropiada, señorita Worth, según su opinión?

Portia apretó los labios.

-Acabe con esto de una buena vez - musitó, arrepintiéndose de no haberse puesto de pie.

No la ayudaba en absoluto estar sentada allí, y él cerniéndose sobre ella.

-El trineo y las pieles pertenecen a Bertram - informó Rufus, golpeando con el dorso de una mano en la palma de la otra, rompiendo el silencio de la noche con ese rítmico palmoteo-Mañana por la mañana, él querrá tener todo donde lo había dejado; de manera que lo mejor será que te pongas en marcha.

-¿Que me ponga en marcha?

Portia lo miró con creciente horror, pues comenzaba a comprender a qué se refería él. Él asintió.

-Devuelva el trineo, señorita Worth. En la aldea de Decatur no toleramos el robo.

-¡Pero eso está río arriba!

-En efecto, así es - admitió él, alejándose del trineo-Yo iré por la orilla, junto a ti, por si acaso se te ocurriese alguna otra idea tonta.

Sus dientes relampaguearon, blancos, entre las sombras de la barba, aunque su sonrisa distaba mucho de ser amistosa.

Portia se miró las manos. El cuero de los guantes estaba rasgándose en las palmas, y éstas le escocían. Con aire sombrío, se puso de pie, colocó la pértiga en la parte de atrás del trineo y empujó. El vehículo se movió unos pocos centímetros. Era como si los patines hubiesen perdido su filo o estuviesen envueltos en trapos. Se mordió el labio y empujó otra vez.

Rufus estaba de pie en la orilla, observando sus esfuerzos durante un minuto, luego hizo girar a Ajax y puso el animal al paso, manteniéndose a la par del lento avance del trineo. Su ira, sus deseos de castigar demoraron en disiparse. La muchacha debía de haber estado exhausta antes de lanzarse a esta loca empresa, y lo que estaba soportando ahora debía de ser un puro tormento. Una vez más, no tuvo otro remedio que admirar su espíritu indomable. Recordó que en el castillo Granville él le había dicho que ellos dos eran semejantes. Esa admisión le hizo superar su enfado. En una situación similar, él habría hecho lo mismo que Portia Worth.

Aun así, era en extremo irritante tener que pasar la mejor parte de su velada persiguiéndola. Cuando se dirigió a ella, alzando la voz, esa irritación fue evidente.

-Portia, deja el trineo y ven aquí.

Portia no le hizo caso y, apretando los dientes, empujó con la pértiga contra el hielo. Si se detenía, perdería la poca energía que le quedaba. No veía luces delante de ella y dedujo que los pobladores de la aldea debían de haberse retirado a dormir. Danzaron en su cabeza

imágenes de la pequeña cama en el altillo, del fuego y la luz de las velas. Cerró su mente a todo lo que no fuera la necesidad de empujar ese trineo.

La irritación de Rufus volvió a aproximarse peligrosamente a la ira.

-¡Por la gracia de Dios, muchacha! ¿Harás lo que te ordeno? - rugió su voz, desde la orilla del río.

Esta vez, ella alzó la vista y vio que él había frenado y estaba erguido en sus estribos, con las manos haciendo bocina en la boca, para aumentar d volumen de su voz.

-¿Por qué? - preguntó ella, sin dejar de empujar.

¡Qué criatura obstinada!

-Porque yo lo digo - bramó Rufus-¡Ven aquí ahora mismo!

Portia arrojó la pértiga a un lado y salió del trineo. Ya no le importaba más qué otras torturas le infligiría el amo de Decatur. Estaba medio muerta de frío y fatiga, y llegó a la conclusión de que si moría del todo sólo sería un bendito alivio. Fue resbalando y deslizándose hasta la orilla y se detuvo allí, con los brazos en jarra, mirando a Rufus con hosquedad.

-¿Y ahora, qué?

Rufus se inclinó desde la silla.

-Dame la mano y apoya un pie sobre el mío.

Portia seguía vacilando y examinaba con recelo el semblante del hombre: no le resultaba muy tranquilizador. ¿Sería verdad que había cedido y estaba ofreciéndose a llevarla de regreso a la aldea?

-Señorita Worth, si tengo que desmontar uno de nosotros va a lamentarlo - afirmó Rufus.

Impaciente, chasqueó los dedos.

Portia dedujo que se perjudicaría tanto si iba con él como si se quedaba. Trepó a la orilla y se aferró de esa mano grande sintiendo un vivo dolor en los dedos al rodear los de él. Con los últimos vestigios de sus fuerzas, logró levantar el pie hasta apoyarlo sobre la bota de Rufus; a continuación se sintió volar sin mucha colaboración de sus músculos y caer sobre la silla, delante de él.

-¿Va a dejar el trineo aquí mismo? - preguntó ella - Había dicho que Bertram, o como se llame, querría encontrarlo donde lo había dejado.

Rufus estaba atónito: ¿acaso nada la doblegaba? Entonces, la sintió temblar, sintió la rigidez de su cuerpo delgado. Ella se había vuelto a medias para soltarle su desafío; la Juno iluminó su rostro pálido, y él pudo percibir el agotamiento en sus rasgados ojos verdes y el miedo que se adivinaba tras la actitud desafiante. Sin pensarlo, él levantó su mano enguantada y la puso en la mejilla de la muchacha. Los ojos de Portia se abrieron muy grandes. El miedo cedió su lugar a alguna otra cosa. Era una perplejidad que, sin embargo, tenía un matiz de anticipación. Rufus supo que ella estaba recordando aquel beso juguetón que él le había dado en el patio del castillo Granville. No había significado nada, por supuesto; él no le había concedido ningún significado. Él apartó la mano de la mejilla y, con un gesto vivaz, envolvió con su capa el cuerpo delgado y tembloroso de la joven y espoleó a Ajax, que echó a andar a medio galope.

Portia trató de mantenerse erguida, de no hacer caso de su fatiga. Aún sentía en su mejilla el calor de aquella extraña y breve caricia, aunque todos sus instintos le decían que eso era una aberración, como lo sería la de la garra de un tigre. Él se había burlado de ella y la había manipulado en el patio del castillo; en este momento estaba haciendo lo mismo. Era evidente que le agradaba provocarla; Portia no podía comprender cómo había creído, aunque fuese sólo un minuto, que el gesto era verdadero. Él habría visto la ingenuidad en sus ojos.

-¡Siéntate bien, por el amor de Dios! - exclamó Rufus atrayéndola hacia sí con un movimiento impaciente-Yo no soy un puerco espín.

La sujetaba con tanta fuerza que ella no tuvo otra alternativa que reclinarse contra el ancho pecho del hombre. Oyó el corazón de Rufus latiendo con fuerza; le pareció que su propio corazón adoptaba el mismo ritmo, sumiéndola en un extraño aturdimiento.

No habían transcurrido diez minutos cuando entraban en la aldea a oscuras; Portia, desde su estupor, pensó estremecida en el tiempo que le hubiese llevado empujar el trineo, en el improbable caso de que hubiera podido hacerlo. Rufus detuvo el caballo ante su cabaña y levantó a Portia de la silla, depositándola en el suelo.

-Entra y prepárate para acostarte. Yo regresaré en cuanto haya llevado a Ajax al establo.

Portia pensó que, sin duda, él era un hombre acostumbrado a mandar y sintió un ramalazo de desdén que la reanimó. Eso significaba que no había perdido por completo su firmeza. Se metió en la cabaña; el calor que allí reinaba era como una bendición. Se inclinó sobre el fuego cubierto de ceniza y estiró las blancas manos ateridas sobre las brasas, mientras la sacudían convulsos temblores. Desde atrás de la cortina le llegó el sonido de alguien que farfullaba confusamente. Se quedó inmóvil, escuchando, pero todo volvió al silencio anterior: debía de haber sido alguno de los niños que estaba soñando.

Rufus entró en silencio en la cabaña, cinco minutos después, y la miró, ceñudo.

-Creí haberte dicho que te preparases para la cama.

-Tenía demasiado frío para ir arriba.

-Está bastante caldeado. Ven - dijo, indicándole la escalera-Espero que hayas aprendido algunas cosas sobre el carácter de un recinto militar pero, por si acaso no lo tuvieras completamente claro, vamos a tomar ciertas medidas que nos aseguren que el resto de la noche transcurrirá en relativa paz.

Le apoyó una mano en la parte baja de la espalda y la empujó con firmeza, para que lo precediera.

En el dormitorio grande, Rufus dijo con brusquedad:

-En líneas generales, este día ha sido muy cansado y me queda muy poca paciencia. Sé que tú estás agotada; por eso propongo que nos hagamos el mutuo favor de irnos a dormir sin más discusiones tediosas.

Se quitó los guantes y se desabrochó la capa, arrojándola encima del arcón que se hallaba a los pies de la cama. El chaquetón de piel de buey le siguió; luego él se sentó sobre el arcón para quitarse las botas y los calcetines. Portia observaba, con una suerte de horrorizada fascinación, cómo él se desabrochaba el cinturón y se quitaba los pantalones.

-¡Muchacha, por el amor de Dios, no te quedes ahí, como una bobalicona! - exclamó él, mirándola con impaciencia, cubierto solamente con la camisa de lino y los calzones-¿Acaso quieres dormir vestida? Si no es así, te sugiero que te pongas aquel camisón que está en la otra habitación.

Le dio la espalda y se inclinó sobre el lavabo, echándose agua a la cara y pasándose las manos húmedas por la barba y el pelo.

Portia se volvió y fue al altillo, cerrando con firmeza la puerta detrás de sí. No tenía la más remota idea de lo que él había querido decir al hablar de ciertas medidas pero, al parecer, por fin ella iba a poder librarse de sus ropas desgarradas y sucias y a zambullirse en la cama; ésa era una perspectiva demasiado tentadora para perder tiempo resolviendo acertijos.

El golpe en la puerta la asustó de tal manera mientras estaba atándose las cintas del camisón, que casi se desmayó del sobresalto.

-Sal de ahí, Portia. Ya estoy listo para ti.

-¿Qué?

Ella clavó la mirada en la puerta cerrada y le temblaron los dedos.

La puerta se abrió y los ojos azules de Rufus Decatur la escudriñaron desde allí. Él dobló un dedo en un gesto de inconfundible imperiosidad.

-Estoy muy cansado - repitió.- ¡Sal!

Su tono no invitaba a posteriores discusiones; Portia avanzó como si hubiese sido atraída por un imán.

-¿Qué vas a hacer?

Todos los temores anteriores de Portia volvieron a la superficie: estaba a solas con este hombre medio desnudo, en su dormitorio. No había nadie que pudiese oírla y, aun cuando hubiese habido, nadie se interpondría entre el amo de Decatur y su placer.

-Dormir - respondió él, conciso-Y tú también. Y, como ya he corrido suficiente por una noche, voy a asegurarme de que no huirás antes del amanecer.

La sujetó por la muñeca y la arrastró, inexorable, hacia la otra habitación. Portia se sintió como si hubiese perdido toda su voluntad. Boquiabierta, atónita y muda, vio cómo él le pasaba el cinturón en la cintura, pasaba la correa por la hebilla pero sin sujetarla y seguía sosteniendo el extremo libre en una mano. ¿Qué perversión estaría imaginando?

-Por fortuna, como eres muy delgada, quedará bastante espacio en el cinturón para que puedas moverte con comodidad - musitó él, inclinándose para apartar las mantas-Tú podrás dormir debajo de las mantas y yo, dormiré encima; me taparé con una alfombra. De ese modo, cumpliremos con las normas de la decencia.

De súbito, se echó a reír con tan franco humor que Portia pensó si el amo de Decatur no habría perdido el juicio.

-Las normas de la decencia no existen en la aldea de Decatur - explicó él-No obstante, tratamos de tener en cuenta los escrúpulos de los demás. ¿Podrías meterte bajo las mantas, por favor?

Portia se quedó sin habla.

-¡Adentro! - dijo él, alzándola y depositándola en el medio de la cama-Acuéstate - le ordenó, echándole las mantas encima; luego se tendió a su lado, cubriéndose con una gruesa alfombra forrada de piel.

Tomó el extremo libre del cinturón, le dio una vuelta en la muñeca y lo ató con un nudo tan complicado que seguramente nadie podría desatar jamás, ante la mirada horrorizada de Portia.

-Ya está. Ahora, tendré la seguridad de despertarme si intentaras fugarte antes de que llegue la mañana. Que tengas gratos sueños, señorita Worm.

Y para absoluta estupefacción de Portia, Rufus Decatur bostezó y se quedó dormido de inmediato.

Ella se mantuvo rígida durante un minuto, casi sin atreverse a respirar. Hacía instantes, ella estaba esperando ser violada, ahora estaba confortablemente instalada en la cama, tan cómoda y segura como si fuese Jack quien dormía a su lado. A lo largo de los años, ella había compartido dormitorios, camas, mantas y abrigos con Jack, escuchado su respiración estertorosa y, a veces, cuando era pequeña, contenido la respiración aterrada esperando que él volviese a respirar, en esas ocasiones en que parecía que había dejado de hacerlo para siempre. Recordaba con nitidez el increíble alivio que sentía en el momento en que las trémulas sacudidas se iniciaban otra vez y que esos ronquidos de borracho para ella habían sido el único arrullo que le permitía dormir.

Del fondo de sus ojos brotaron lágrimas; ella se las enjugó, preocupada por no despertar a su compañero. El calor de la cama empezó a filtrarse en sus miembros fríos y fatigados y el mullido colchón de plumas la rodeó como un nido. Tuvo la vaga sensación de algo que le rodeaba la cintura, pero aquello no la incomodaba y, cuando probó de darse vuelta, pudo hacerlo sin la menor dificultad.

Su compañero emitió un breve ronquido, y Portia ya sentía los ojos tan pesados que no creyó poder permanecer despierta un minuto más, aunque hubiese estado de pie en lugar de estar acurrucada en esa acogedora tibieza.

Rufus despertó pocas horas después, poco antes del primer canto del gallo. Siempre había sido madrugador, sin importar lo breve que hubiese sido la noche o lo agitada que hubiese sido la velada previa. Su compañera estaba acurrucada de costado, alejada de él, y su respiración era ptofunda y regular. Se incorporó sobre un codo y contempló el rostro de la durmiente. Le daba cierta sensación de estar haciendo voyeurismo eso de observar a una persona dormida, pero sus tratos con ella habían sido tan tempestuosos hasta ese momento que aún no había tenido ocasión de evaluarla a su gusto. Y, a pesar de sus aspectos irritantes, Portia Worth despertaba su curiosidad.

El destino había sacado las cartas de la parte de abajo del naipe cuando le tocó concederle fortuna y favores a esa parte de la familia Granville. Ni la descripción más parcial hubiese podido atribuirle un matiz de óxido, de caoba o de cobre al flamígero anaranjado de su cabellera, que brotaba en torno de su rostro pálido y anguloso. Los ojos, cerrados en ese momento, eran su rasgo más bello, pero eran insuficientes para contrarrestar los más negativos. Sin embargo, los atributos físicos de la señorita Worth eran, tal vez, su aspecto menos interesante. Cualquier hombre que se encontrase cara a cara con un espíritu tan indomable y desafiante habría prestado una atención muy pasajera a sus rasgos. Ella se había formado en una escuela dura; sin embargo, eso no la había aplastado. La compasión por sí misma no era, indudablemente, uno de los defectos de la señorita Worth, aunque el Señor era testigo de que hubiese tenido motivos sobrados para permitírsela, de vez en cuando.

Rufus descubrió que estaba sonriendo y pensó, con cierta acritud, que la suya era una reacción tonta ante el temperamento de su huésped accidental. No sólo había caído en sus manos un elemento completamente inútil para el regateo de la negociación sino que, además, en lugar de una niña dócil y sumisa, se veía cargado con la responsabilidad de una criatura que no sabía rendirse ante lo inevitable. Eso sumaba el insulto a la ofensa.

Se desató el cinturón de la muñeca con un breve tirón y luego deslizó una mano bajo las mantas para soltar la hebilla que estaba en la cintura de Portia. Su mano tocó, de inmediato, la piel, la piel más suave y tersa que él hubiese tocado jamás. Era tan asombrosa su delicadeza que su mano se demoró ahí, aun cuando él había notado que el camisón de ella estaría completamente enredado en la cintura y que él estaba recorriendo la curva de una nalga desnuda. La prudencia le indicó que abandonara cinturón y cama sin más trámite, pero sus dedos se mostraron sordos a tan sabios consejos.

Iniciaron un delicado viaje de exploración y la exquisita suavidad de la piel de ella le provocó pequeños temblores de excitación en la ingle. Era una sensación deliciosa, y él detestaba ponerle fin hasta que, de súbito, Portia se removió y murmuró, empujando la extraña mano como si hubiese sido un insecto molesto. A desgana, él la retiró y volvió, con esfuerzo, a la realidad de la fría mañana.

Se deslizó fuera de la cama dispuesto a abandonar el cinturón pero, entonces, sin intención consciente, apartó con mucha suavidad las mantas, escuchando la respiración regular de ella con una sensación de culpabilidad, casi. Las piernas largas y blancas estaban encogidas, los brazos cruzados sobre el pecho; Rufus se sorprendió pensando que había algo muy enternecedor en la línea esbelta y vulnerable de su trasero.

¿Qué diablos estaba haciendo? Se apartó de la cama de un salto, sintiéndose como un violador. Sintió la necesidad de tener un motivo para sus actos y, con hosca concentración y gran cuidado, desprendió el cinturón de la hebilla y lo quitó, deslizándolo, por debajo de ella.

Portia, como por milagro, siguió durmiendo. Rufus volvió a cubrirla con las mantas, se vistió rápidamente y bajó la escalera de puntillas. No llegaba ningún ruido desde la cama de sus hijos, y él salió de la cabaña al amanecer gris, cruzando la aldea y subiendo hacia los puestos de vigía para recibir los informes de la noche. El aire frío le despejó el cerebro y enfrió sus rebeldes deseos; para cuando llegó al puesto del centinela, estaba dispuesto a creer que el episodio no había sido otra cosa que el final de un sueño erótico.

## *9*

No había informes acerca de movimientos desacostumbrados por ese paisaje desolado durante la noche. En las cercanías de la aldea Decatur no había sitios donde ocultarse a la vista del anillo de vigías apostados en las cimas de las colinas circundantes, y la Juno había dado una luz muy brillante. Mientras Rufus regresaba a la aldea, el sol estaba ascendiendo encima de las colinas bajas del este, y unas pinceladas de rosado y anaranjado cruzaban el cielo pálido. Sería otro luminoso día de invierno.

Giró para entrar en el comedor, bajando la cabeza para pasar por debajo del dintel. Un hombre mayor, que estaba revolviendo unos calderos con gachas, se volvió hacia él.

-Buenos días, jefe. Viene a desayunar, ¿verdad?

-Sí, Bill - respondió Rufus, quitándose sus guantes, asombrado al notar que estaba hambriento-Al parecer, soy el primero.

-Oh, los pequeños han estado aquí hace un minuto.

El cocinero sirvió gachas en un tazón de barro cocido y lo puso delante de su amo. Después acercó un jarro con nata y un recipiente con melaza, oscura y espesa.

-¿Ya están levantados? - preguntó Rufus, mientras se servía crema y melaza, y revolvía la mezcla con ansiosa impaciencia-¿Han comido?

-Se llevaron un poco de pan y desaparecieron - comentó Bill, sin alterarse-Estaban muy entusiasmados con los cachorros.

-¡Oh, no me digas que la perra de Tod ya ha parido! - Rufus suspiró - Han estado fastidiando con la cuestión de tener un par de cachorros desde que Tod les dijo que la perra estaba preñada.

-Me imagino que le espera una discusión - dijo Bill, sonriendo-¿Tiene ganas de comer unas mollejas?

Rufus asintió, con la boca llena de potaje, tragó, y dijo:

-¿Josiah ya ha ido a la cabaña?

-Sí, hace una media hora. Dijo que echaría un vistazo a la muchacha y se fijaría si necesitaba algo.

Bill echó una mirada astuta al amo mientras cortaba las mollejas en tajadas y las echaba a una sartén. Hasta entonces, nunca había habido una mujer de buena crianza en el fuerte Decatur; las especulaciones cundían entre los miembros de menor jerarquía del comando, aquellos que no tenían confianza con el comandante.

-Bueno - fue lo único que obtuvo Bill como respuesta.

Rufus siguió desayunando tranquilamente. Como esperaba que su rehén fuese una niña asustada e inocente, había ordenado a Josiah, normalmente a cargo de ayudar en el comedor y de ocuparse de las necesidades básicas de Luke y Toby, que cuidase de Olivia. Josiah era anciano y tenía modales suaves y tranquilizadores, y Rufus había pensado que, para su joven rehén, él sería un cuidador varón menos amenazador que ningún otro de los que estaban en la aldea. Otra cuestión sería ver si la rehén que había obtenido sin quererlo necesitaría de tales consideraciones.

Otros hombres habían ido llenando el comedor para desayunar cuando Rufus ya había acabado el suyo. Salió del bullicioso edificio y se sumergió en la fresca mañana en busca de sus hijos. Oyó sus voces antes de llegar al cobertizo de Tod, el excitado parloteo que, por una vez, sonaba en armonía. En cuanto entró en el cobertizo, se abalanzaron hacia él; dos pares de ojos azules irradiaban embeleso.

-¡Mira los cachorros, papá!

Lo aferraron de las manos, arrastrándolo hacia el lecho de paja donde una setter rojiza se había instalado con su camada.

-Son ciegos, papá - chilló Luke, balanceando la mano de su padre.

-Es porque son demasiado pequeños para ver.

-¿Nosotros también éramos ciegos? - preguntó Toby, curioso, arrodillándose sobre la paja y acariciando la cabeza de la perra con una mano llena de hoyuelos.

-No, los recién nacidos humanos abren los ojos no bien han nacido.

Rufus se agachó al Iado de sus hijos para admirar a los cachorros.

-Cuando sean un poco más grandes, vamos a quedarnos con dos de ellos - informó Toby a su padre-Tod dijo que podíamos.

-¡Vamos a poder elegir cuáles queremos! - chilló Luke-Una, do, li, tua...

Era una hora demasiado temprana de la mañana para enfrentar tempestades, pero el padre no podía permitirse dar la impresión de que concedería su tácita aprobación.

-No sois bastante mayores para tener perros propios.

Rufus atrapó el dedo de Luke que señalaba, para evitar que lo hincara, por accidente, en uno de los tiernos bultos castaños.

-¡Pero queremos tenerlos! - anunció Toby, y su voz se elevó varias octavas.

-¡Sí, los queremos! - añadió su hermano menor-¡Tod dijo que podíamos!

-No podéis, hasta que no tengáis siete años - dijo Rufus con firmeza, poniéndose de pie y levantando consigo a los niños - Ésa es una edad apropiada para tener un perro. A esa edad yo tuve el primero.

-¡Entonces yo tendré un perro antes que Luke! - vociferó Toby, saltando sobre las puntas de los pies-Ya lo ves, Luke, yo tendré un perro antes que tú.

-¡Eso no es justo! - gimoteó Luke, con el llanto temblándole en la voz-No puede tener un perro antes... no puede.

Rufus comprendió demasiado tarde en qué se había metido. Hiciera lo que hiciese, uno de ellos lo consideraría injusto.

-Falta mucho para eso - dijo, mirándolos ceñudo.

Tenían un aspecto más desordenado que de costumbre, con los chaquetones mal abotonados, los ojos todavía llenos de lagañas, migas de tostadas y manchas de leche alrededor de la boca. Sin duda, habían saltado de la cama en el instante mismo en que se despertaron. Ésa era su costumbre, y uno de los motivos por los cuales preferían dormir vestidos.

Rufus pensó, con cierto asombro, que sin duda no era un hábito muy saludable, y recordó que la noche anterior, aun a pesar de sus propias dificultades, Portia lo había mencionado con desaprobación. Él jamás había pensado mucho en ello, pero ahora veía que, en realidad, estaban muy desaseados.

-Necesitáis un buen baño - declaró, alzando a un niño bajo cada brazo.

Esa perspectiva borró todo pensamiento acerca de los cachorros de la cabeza de los pequeños y creó una alianza inmediata. Protestaron con agudos chillidos mientras su padre los sacaba fuera del cobertizo; retorcían el cuerpo tratando de librarse de los brazos de Rufus.

Portia abrió los ojos lentamente. Era pleno día; los recuerdos de la noche anterior regresaron a ella en una ráfaga precipitada de mortificación mezclada con indignación. Ahora estaba sola en la cama que había compartido con Rufus Decatur. Pasó una mano por su cuerpo. El cinturón ya no estaba.

-¿Estás despierta, muchacha? - dijo una voz masculina desde el extremo más alejado de la habitación; al oírla, Portia se incorporó sobre un codo, parpadeando.

Un hombre mayor que estaba junto al lavabo, poniendo una jarra con agua caliente junto al aguamanil, se volvió. Tenía el rostro sonrosado, adornado con unas esponjosas patillas blancas y una tonsura igual de esponjosa le rodeaba la calva coronilla. Unos ojos azules, desteñidos, miraban a Portia con bondadoso interés.

-¿Quién es usted? - preguntó ella.

-Me llamo Josiah. El amo me ha dicho que me ocupara de sus necesidades. Aquí hay agua caliente para que se lave - dijo, indicando el lavabo.

-Qué considerado es lord Rothbury - dijo Portia con acritud-¿Qué hora es?

-Las ocho en punto - contestó Josiah, sin demostrar molestia por el tono de ella-Algo en el altillo estaba mal, ¿verdad?

-Su amo, al parecer, lo creyó así - respondió Portia, con tanta ironía como antes.

Ella se sentó, bostezó y estiró los brazos hacia arriba.

-Ah, él quería una compañera de cama, ¿no? - comentó Josiah, meneando la cabeza con aire conocedor.

-En el sentido que usted piensa, no - respondió Portia. Apartó las mantas y pasó sus piernas sobre el borde de la cama-Lord Rothbury me mantuvo prisionera en la cama, sencillamente porque temía que yo volviese a escaparme.

-Ah, sí, he oído algo de eso - dijo Josiah-De que se llevó el trineo de Bertram y todo. Esta mañana, él no estaba demasiado contento, créame. y tuvo que ir a buscarlo.

-Oh, bueno; recuérdeme que debo pedirle perdón - replicó Portia con sonrisa sardónica-Le aseguro que no he querido causar ningún problema a un bandolero y ladrón.

-Eh, alguien se ha levantado de la cama con el pie equivocado - comentó Josiah con placidez-Tal vez, cuando se lave se apacigüe su temperamento - dijo, yendo de nuevo hacia el lavabo y vertiendo agua caliente en él-También hay un buen trozo de jabón de lavanda.

Echó a Portia una mirada expectante.

-No pienso desnudarme delante de usted - dijo ella-¿O acaso el amo ha decretado que yo no debo tener la menor intimidad?

-Que el Señor la bendiga, muchacha, el amo no ha dicho nada por el estilo. Aunque, en realidad, no tendría por qué preocuparse por mí. Yo he visto todo, y más de lo que usted podría mostrar- dijo Josiah, riendo entre dientes, mientras iba hacia la escalera-Es usted una pequeña flaca, ¿no?

-Mucho.

Portia se desató las cintas del camisón.

Abajo, la puerta se abrió de golpe y llegaron voces agudas de protesta. La de Rufus cortó los infantiles quejidos.

-¿Josiah?

-Sí, milord, aquí estoy. ¿A qué se deben tantos maullidos?

Josiah se apresuró a bajar a la cocina, donde Rufus había dejado a los dos niños en el suelo, aunque seguía sujetándolos por el cuello de la chaqueta.

-Estos niños necesitan estar un rato bajo la bomba - anunció Rufus - Sostén a Toby mientras yo quito estas ropas mugrientas a Luke.

Portia lo escuchaba, atónita. ¿Ese hombre estaba totalmente loco o no tenía corazón? Gritó desde la cima de la escalera:

-Por el amor de Dios, Decatur, no puedes ponerlos bajo la bomba. ¡Está helando!

Sin soltar a los niños, Rufus se acercó al pie de la escalera. Miró hacia arriba y divisó un par de pies descalzos y unas piernas largas y blancas.

-¿Todavía no estás vestida?

-Gracias a usted, mis ropas no sirven más.

Ella retrocedió, tomó una manta de la cama, se envolvió en ella como si fuese una toga y bajó la escalera.

Los niños dejaron de gimotear y la miraron con aire esperanzado.

-Hace demasiado frío para la bomba - declaró Toby - Ella lo ha dicho.

-Sí, claro que sí - reiteró Portia, con firmeza - Qué idea cruel y absurda. Estamos en pleno invierno, por el amor de Dios.

Rufus estaba tan enfadado como desconcertado.

-No hay motivos para lanzar acusaciones alocadas - dijo con rigidez.

-Oh, ¿se refiere a la crueldad? - dijo Portia, observándolo con frío desdén - Mis experiencias en esta guarida de ladrones dan perfecto fundamento a mis acusaciones, milord. ¡Y cuando pienso que esta hospitalidad estaba destinada a Olivia, me dan ganas de arrancarle el corazón!

Rufus soltó a los niños.

-Está bien, Portia, no nos dejemos llevar. De ningún modo se podría decir que hayas sido tratada con crueldad, aunque tienes derecho a mantener tu propia opinión al respecto. Pero no confundas tus experiencias con el modo en que trato a mis hijos. Tú no sabes nada de eso. De cualquier modo, admito que hace demasiado frío para lavarlos fuera. No lo pensé bien. Es que siempre los he puesto bajo la bomba cuando están demasiado sucios.

En sus ojos había una chispa de advertencia.

-Bueno; es cierto que están bastante sucios - dijo Portia, examinando a los niños con mirada crítica - Aunque no tengo mucha experiencia con niños, me imagino que podría bañarlos en una bañera o algo semejante.

La advenencia se desvaneció en los ojos de Rufus.

-No se quedarían quietos - dijo, pesaroso - Y salpicarían agua por todas partes. Cuando ellos estuvieran bañados, la cocina estaría convertida en un lago.

Portia tuvo ganas de reír: había algo de absurdo en el hecho de que el amo de Decatur fuese derrotado por un par de chiquillos. Ella estaba sentada en el último peldaño, con el mentón apoyado en las manos.

-Si les quita toda la ropa, les pasa una esponja y les pone ropa limpia, no estarán ni la mitad de mugrientos.

Rufus pensó en la propuesta y dijo:

-Te propongo un trato. Si tú y Josiah se las arreglan con estos dos, yo buscaré algo de ropa limpia para ti. ¿Qué te parece?

Portia observó a los niños, que habían retrocedido hasta el extremo más alejado de la cocina y parecían listos para huir por la puerta de atrás al primer avance hacia ellos.

-Me parece que usted eligió la mejor parte del trato - dijo ella.

-Como quieras. Si prefieres estar envuelta en una manta, a mí me da lo mismo - dijo Rufus, despreocupado-Es más: ahora que lo pienso mejor, sería algo muy conveniente. Eso te mantendría dentro con más eficacia que cualquier otra restricción. Olvídate del trato.

-Eres un hijo de puta de la peor especie - dijo Portia en voz baja, cayendo en la cuenta de que ambos se habían acercado peligrosamente a un clima de afabilidad.

-¡Eh, cuide la lengua! - exclamó Josiah, arrancado por una vez de su acostumbrada placidez-No use esos términos con el amo.

-Josiah, la señorita Worth no reconoce ningún amo - dijo Rufus-¿No es así? - preguntó, arqueando una ceja a modo de interrogación a Portia-¿No es así? - repitió, al ver que ella no respondía.

-Todavía no me he topado con nadie digno de ese título - dijo ella, en tono helado-Y no espero encontrarlo... en esta vida, al menos.

Se puso de pie y se preparó para regresar a la planta alta.

Rufus se movió con rapidez, la sujetó por la cintura, la levantó y la volvió a la cocina. La sujetó por los hombros y le sonrió, mirándola al rostro enfurecido.

-Vamos, Portia, sólo estaba bromeando. Tengamos una tregua. Ayuda a Josiah con los niños y yo encontraré una muda de ropa para ti. Es una hermosa mañana y, si me prometes no reñir, te sacaré a dar un paseo y te mostraré la aldea.

Fue un cambio de actitud tan abrupto que, por un instante, Portia se quedó muda. En los intensos ojos azules de Rufus bailoteaba la risa, su boca se había curvado en una sonrisa de inesperada dulzura.

-¿Tregua?

Le oprimió la punta de la nariz con el índice. ¡Ay, Dios; cuánto lo odiaba! Una vez más, él estaba manipulándola, burlándose con toda la tramposa arrogancia que mostraban los hombres en cualquier parte. ¿Cómo podía saber él que, cuando la tocaba y la miraba de ese modo, le hacía hervir la sangre? El aborrecimiento que ella sentía por el hombre se esfumaba, sencillamente, con el impacto de una sonrisa que implicaba un profundo conocimiento del mundo, y hasta de ella misma. Él sabía eso y lo usaba en su provecho.

Por la pura fuerza de su personalidad, por su misma presencia física, él le imponía un modo de reaccionar, avasallando el sentido que ella tenía de lo racional y legítimo en las presentes circunstancias.

Rufus apartó las manos de los hombros de ella y Portia se alejó de él, con un gesto hecho como para defenderse de algo.

-Tregua - dijo, en una voz que no parecía la suya.

Entonces, se volvió bruscamente hacia donde todavía estaban los niños, en el fondo de la cocina, y se abalanzó hacia Luke, atrapándolo en medio de un revuelo de miembros que se agitaban y de chillidos. Josiah atrapó a Toby, que se había zambullido bajo la mesa.

Rufus permaneció allí un minuto, sin darse cuenta de que estaba sonriendo, y preguntándose qué sería lo que hacía tan atractiva a su rehén accidental. En ella había rayos y centellas; sin embargo, había momentos en que él veía por debajo de su hostilidad y lo que veía le parecía sobremanera delicioso.

Era perturbador. Rufus giró sobre sus talones y se alejó de los chillidos y del caos que reinaba en la cabaña.

Media hora después, cuando regresó, encontró a sus hijos vestidos con ropa limpia, asombrosamente sometidos, con los rizos rubios bien peinados y las mejillas brillantes. Estaban sentados junto al fuego, temblando como cachorros recién bañados, y contemplaban a su padre con ojos muy abiertos, cargados de recriminaciones.

-Tengo frío - dijo Toby, en tono de reproche.

-Tenemos frío - dijo su hermano en sorprendente acuerdo.

-Tienen frío porque no están habituados a sentir el aire fresco y el agua en la piel- dijo Portia-Casi tuvimos que pasarles una rasqueta para quitarles la mugre.

-Bueno; yo he cumplido mi parte del acuerdo. Dime qué opinas de estas prendas.

Rufus le entregó un lío, y en sus ojos había un extraño resplandor que puso a Portia en guardia, de inmediato.

-Entonces me voy, amo - dijo Josiah, encaminándose hacia la puerta, con Luke y Toby pegados a sus talones. Mientras tanto, Portia tomaba el paquete como si esperase encontrar dentro a un hurón de agudos dientes.

-¿Qué son? - preguntó, señalando el paquete. Rufus sonrió:

-Sube y descúbrelo tú misma. Pienso que te llevarás una sorpresa.

-¿Buena o mala sorpresa?

-No lo sé. Sé que es lo único que pude encontrar. Aquí la provisión de ropa es bastante limitada.

Convencida de que se llevaría una sorpresa desagradable, Portia subió llevando consigo el lío. Podía suponer que él había encontrado un basto vestido de tela casera de alguna

campesina y unas enaguas de holanda. Pero a caballo regalado no se le miran los dientes; si estaban limpias, no se quejaría.

Depositó el bulto sobre la cama y lo desató. Atónita, contempló lo que había en él y levantó y sacudió las prendas una a una. Unos pantalones de piel de ante, calcetines de lana y ligas, una camisa de lino crudo, calzones de lana, un justillo sin mangas de estambre de color oscuro y una capa de lana frisada. Hasta había un cinturón y un par de guantes nuevos para reemplazar a los que se habían roto. Rufus había pensado en todo.

El asombro dejó su lugar al deleite: siempre había deseado librarse de las irritantes restricciones de la feminidad. Ahora tenía una oportunidad de hacerlo.

El agua que Josiah le había llevado antes ya estaba tibia pero de todos modos se lavó escrupulosamente, temblando pero resuelta. Luego, con un placer que lindaba con la languidez, se vistió, disfrutando la extraña sensación de llevar esas prendas. Se sentó en la cama para ponerse las botas y, después, se levantó lentamente, pasándose las manos por el cuerpo, delineado ahora de una manera que no le resultaba familiar. La sensación de libertad que le proporcionaban estas prendas era maravillosa; incluso parecían más abrigadas que los vestidos y las enaguas. Los calzones de lana hacían lo suyo, claro, y los pantalones de cuero resistirían mejor el frío. Portia llegó a la conclusión de que era un gran avance con respecto a su anterior encarnación pero, como en el dormitorio de Rufus no había espejo, no tenía forma de ver cómo estaba.

Cuando bajó, Rufus estaba de espaldas a la escalera; al oír sus pasos se volvió. Al verla, arqueó una ceja.

-¿Qué te parecen? - preguntó, mirándola por encima del borde de su jarro de cerveza mientras bebía un sorbo.

-Siempre he pensado que yo debería haber nacido varón - dijo Portia - No tengo formas de mujer. No tengo curvas ni nada.

-Yo no diría que no tienes curvas - murmuró Rufus, pensativo - Vuélvete.

Portia obedeció. La mirada de Rufus recorrió lentamente la esbelta figura. Enfundadas en los pantalones, sus piernas parecían más largas que de costumbre. El chaquetón se ajustaba a las caderas y estaba abotonado de modo que marcaba la curva de su cintura, ceñida por el cinturón.

-Te va bien - sentenció por fin, con ojos iluminados por la aprobación.

La sonrisa de Portia fue involuntaria y tan encantada que Rufus se sintió extrañamente conmovido. Tuvo la impresión de que ella había recibido muy pocos elogios en su vida. Salvo, desde luego, que otras manos hubiesen estado en contacto con esa piel exquisita o que otro hombre fuese capaz de apreciar ese espíritu indoblegable, reflejado en un par de ojos de felino del verde más puro.

-Ahora que ya estás vestida, vamos a recorrer la aldea - dijo él, en tono más brusco, el adecuado para los temas prácticos. Le ofreció su capa de frisa - Ponte esto.

-No veo motivo alguno para hacer una gira por una guarida de ladrones - replicó Portia, mientras aceptaba la capa con gesto automático-Tal vez piense que es el deber de un anfitrión cortés, pero yo le aseguro que puedo pasar por alto la cortesía.

Era evidente que la tregua había terminado. Rufus la miró a los ojos, con los suyos endurecidos como diamantes.

-No te equivoques, señorita Worth. Este paseo tendrá un objetivo muy concreto: será un modo de ahorrarme futuros problemas. Quiero que entiendas que cualquier otro intento de abandonar el recinto será completamente inútil. No puedes escapar de aquí sin ser vista.

-¿Y cuánto tiempo piensa retenerme aquí?

-Todavía no lo he decidido - respondió él.

-Pero lord Granville no va a pagar ningún rescate por mí. Eso ya lo sabe.

-Mi decisión no tiene por qué basarse en las acciones de Cato.

A Portia se le resecó un poco la boca.

-¿Va a matarme?

-¿De dónde has sacado semejante idea? - preguntó Rufus, frunciendo el entrecejo.

-Usted es un ladrón y secuestrador. Odia a los Granville, y yo soy una Granville - enumeró ella, intentando ignorar el resplandor azul que iluminaba la mirada de él, el pequeño latido que pulsaba en su sien. Se produjo un momento de tenso silencio. Entonces, Rufus dijo, frío y terminante:

-Estoy comenzando a fastidiarme con estas acusaciones. Ten un poco de cuidado. Tú no sabes nada acerca de mí. Te sugiero que, hasta que lo sepas, mantengas tu lengua quieta.

La tomó del codo y la hizo salir fuera, al camino.

Él caminaba deprisa, arrastrándola, casi, y ella tenía que saltar para mantenerse a la par. En tono neutro y con la autoridad absoluta del amo que no trataba de disimular su ira, él le fue dando información, hablándole de todos los detalles relacionados con las características que hacían inexpugnable al fuerte.

Rufus no se detuvo ni una sola vez, no aminoró el paso, devolviendo los saludos de los que pasaban con un brusco cabeceo: hombres que se entrenaban, que afilaban su pica, que aceitaban su mosquete. El lugar bullía de actividad bélica. Portia se desconcertó cuando descubrió que, después de las primeras miradas curiosas, ella no atrajo más atención que si hubiese sido un perro que acompañaba a Decatur en su recorrido. En este lugar, ¿nadie cuestionaba nunca las acciones del amo?

Ni siquiera intentó interrumpir el flujo de informaciones y, aun contra su deseo, comenzó a comprender por qué los hombres de Decatur tenían por su amo una devoción tan carente de crítica. Tal vez él fuese un delincuente, el jefe de una banda de ladrones, pero ejercía una autoridad temible, y la aldea era administrada con sobresaliente eficiencia militar. Ella recordó que Jack, cada vez que mencionaba a Rufus Decatur, daba a entender que era un enemigo digno de ser temido. A pesar de su desprecio por el bandolerismo, su padre había manifestado un renuente respeto por el hombre cuya venganza no era conveniente subestimar. Portia había percibido la misma nota en las opiniones de Cato, acechando detrás del interés que él había mostrado por el anterior encuentro de ella con Decatur, la necesidad que había expresado de conocer los menores detalles.

Se le ocurrió, de repente, que después de haber sido obligada a recorrer la aldea Decatur, ella tendría unos cuantos detalles interesantes para comunicar a Cato. Sintió renovarse ese escalofrío de temor. Decatur no iba a revelar tanto a alguien del campo enemigo si tenía la intención de liberarlo sano y salvo, ¿no?

-Ahora iremos al puesto del centinela - dijo él, en tono cortante, interrumpiendo, por fortuna, el hilo de sus pensamientos. Él señaló hacia lo alto de una colina, donde se elevaba, rizándose, el humo de la hoguera del vigía-A ti te han traído por la sección este del valle. Hay puestos en cada cuarta que da a las Cheviot, y a lo largo de todo el trayecto hasta la frontera. Del mismo modo, los hay a lo largo del río, dieciséis kilómetros hacia cada lado. Supongo que eso lo habrás descubierto anoche.

Portia no se dignó responder, y Rufus siguió, en el mismo tono:

-Mi primo Will está a cargo de todos los puestos de vigilancia y de dar los informes. Lo conociste anoche.

Mientras ascendían, Rufus notó que Portia había empezado a caminar de una manera diferente, balanceando las caderas y alargando el paso. Sin duda, se adaptaba a la libertad que le concedían los pantalones. Tal como era su ánimo en ese momento, le irritó haber notado semejante cosa.

Cuando llegaron donde estaba Will, él la observó con un interés más franco que el de sus camaradas de la aldea.

-Ese traje es una novedad - observó

-Era lo único que teníamos en el almacén - le informó Rufus-Después de lo de anoche, las ropas de ella no servían para nada.

Will asintió, comprendiendo perfectamente, y Portia, por su parte, mantuvo un silencio de piedra. Sin duda, Will, al igual que Josiah, lo sabía todo con respecto a su humillante y forzoso regreso. Quizá fuese la comidilla de la aldea.

Rufus tomó otra vez a Portia del codo y la llevó en dirección contraria al fuego.

-Mira alrededor. ¿Ves que en la cima de cada colina hay una hoguera y un centinela?

Portia cruzó los brazos en el pecho.

-Me lo has hecho notar; más de una vez.

-En ese caso, confío en que lo hayas entendido - dijo él con frialdad - Puedes regresar por tu cuenta a la aldea. Yo ya he perdido demasiado tiempo en ti esta mañana y tengo asuntos más importantes de qué ocuparme.

Giró sobre sus talones y comenzó a avanzar a zancadas hacia la aldea. Tan abrupta despedida dejó boquiabierta a Portia, y una oleada de furia disipó todos sus previos temores. ¿Cómo se atrevía él a rechazarla con tan insultante indiferencia? Echó a correr tras él, aumentando la velocidad en ese suelo resbaladizo, con toda la intención de devolver insulto por insulto.

Saltó sobre un pequeño montículo de piedras, pero su pie quedó atrapado en un resto de hielo, y cayó de trasero, resbalando por el sendero y dando gritos, para ir a chocar con las piernas de Rufus. Éste cayó y sus miembros se enredaron con los de Portia, mientras ambos resbalaban hacia abajo, sin poder detenerse.

Rufus rodó de lado, sujetándola a ella con fuerza contra sí y clavando sus tacones en el hielo. La cabeza de Portia estaba metida bajo el mentón de él, y los brazos de Rufus rodeaban el cuerpo de ella. Rufus sentía las costillas de Portia, notaba el rápido latido de su corazón contra su pecho, las largas piernas de la muchacha enredadas en las suyas. Ella lo empujó, tratando de apartarlo, mientras al mismo tiempo lo insultaba por ser un arrogante, un torpe canalla. Su cara, roja de indignación, estaba vuelta hacia él, tan cerca de sus ojos que él sólo podía ver un manchón pálido y la cólera que relucía en esos ojos brillantes.

La apretó con más fuerza, resistiendo los esfuerzos de ella por escapar.

-¿Lo has hecho adrede? - preguntó Rufus, sin poder creer que la andanada de furia siguiera derramándose sobre él.

-Y si lo he hecho, ¿qué? - replicó ella, agitada y bullendo de cólera. Se hizo un instante de silencio. Portia vio que los ojos de él se entrecerraban, algo brotó en ellos, algo peligroso que, sin embargo, le provocó una sacudida de excitación en la boca del estómago. El silencio creció hasta que ambos quedaron en suspenso, esperando...

Entonces, las manos de él aflojaron el abrazo que retenía el cuerpo de ella. Le sujetó la cabeza entre las dos manos, enroscando los dedos en los rizos anaranjados que tenía en torno de sus orejas. Cambió levemente la posición del cuerpo, y atenazó con sus piernas las de ella, de modo que la tuvo clavada al suelo, debajo de él. Ella podía percibir cada línea de su cuerpo poderoso apretado al de ella, dejándole su marca. Podía sentir su calor, la tibieza de su aliento.

-Existe algo que se llama compensación, señorita Worth - murmuró él, y poseyó la boca de ella con la suya.

Este beso no fue un beso leve, provocativo. Fue una afirmación dura y posesiva. Sin voluntad consciente, la boca de ella se abrió a la insistencia de su lengua, y sintió la presencia sinuosa del músculo que asolaba la cueva tibia y suave de su boca, saboreándola. Y sus lenguas danzaron, y entonces ella también lo saboreó, exploró los contornos de su boca pasando su lengua por los dientes, por los huecos de las mejillas. Los ojos de Portia estaban cerrados y veía sólo rojo, y su sangre, excitada, bullía. Sintió la protuberancia dura de su erección que se apretaba en el vientre; sus manos rodearon la espalda de él, masajearon sus

tensas nalgas. Los dedos de Rufus se enredaron más en el cabello de ella, sujetándola con más firmeza, aún, luego levantó lentamente la cabeza.

Rufus contempló ese rostro sonrojado, vio sus labios enrojecidos, la expresión embelesada de sus ojos. Siguió reteniéndola pegada a su cuerpo, con sus manos en el cabello de Portia y, por un instante, no se movió.

-Me pregunto qué me habrá impulsado a hacer esto - dijo. En la sonrisa que jugueteaba en su boca había tanta sorpresa como perplejidad-No era esto lo que yo pensaba hacer.

Portia se tocó con la lengua los labios hinchados.

-¿Qué pensaba hacer?

-Algo bastante menos agradable - respondió él, con la misma sonrisa-Y, por alguna razón, en mis tratos contigo, mi rebelde ansarina, siempre me sorprendo a mí mismo.

La soltó y se puso de pie. Se sacudió la capa y los pantalones.

-Levántate.

Se inclinó para tomarle las manos y ayudarla a ponerse de pie.

Con ambas manos, Portia se echó atrás el cabello, tratando de ordenar esa cabellera enredada, tratando de ordenar sus sentidos. El mundo había girado sobre su eje, y ella tenía dificultades en mantenerse de pie en la abrupta pendiente de la colina.

La expresión de Rufus seguía siendo un tanto perpleja mientras la observaba.

-De verdad, eres un ánsar - murmuró él - Eres todo patas y plumas alborotadas.

Echó una mirada hacia lo alto de la colina, preguntándose si alguien había sido testigo de ese momento de locura y, mientras lo hacía, desde la cima norte, se oyó el toque de una trompeta que resonó en todo el valle.

De pronto se desvaneció toda idea de juego, todo vestigio de perplejidad. El toque sólo podía significar una cosa: un centinela había divisado algo fuera de lo común. Rufus echó a andar a paso rápido, trepando de vuelta la ladera.

Portia permaneció en el camino un minuto, mientras seguía tratando de ordenar sus sentidos. Entonces, volvió a sonar la trompeta; sin pensarlo mucho, ella comenzó a ascender siguiendo a Rufus. Esa llamada tenía una nota tan apremiante, tan elemental, que no pudo resistirla.

Will, tenso de excitación, entregó un anteojo a Rufus apenas llegó junto a él.

-Tropa de soldados hacia el norte, a las cuatro en punto.

-¿Hombres de Granville?

Rufus limpió el cristal con el dedo enguantado y luego lo aplicó a un ojo. Ninguno de los dos tomó en cuenta la llegada veloz y silenciosa de Portia.

-No lo creo. No llevan el estandarte de Granville.

Rufus observó la tropa de jinetes que se desplazaban por ese paisaje desierto, a unos ocho kilómetros de allí.

-Parecería que se trata del estandarte de Leven - dijo- Caballería: son unos quince o veinte. ¿Adónde irán?

-Nosotros los detendremos, no importa adónde vayan, ¿no? - preguntó Will, sonriendo de oreja a oreja; la pregunta era meramente retórica.

Rufus bajó el anteojo.

-Bueno... - bromeó-No estoy seguro de eso.

La sonrisa de Will se agrandó.

-¿Cuántos hombres llevo?

-Treinta, con picas y mosquetes. Con petos y guanteletes, pero diles que mantengan la capa cerrada. Ocultaremos nuestra identidad hasta que estemos sobre ellos.

-Bien. ¿Hago sonar la llamada a las armas?

-Por favor - dijo Rufus, volviéndose y viendo a Portia por primera vez-No te pongas en el paso - le ordenó, áspero y autoritario, como si el suceso en el camino no hubiese existido.

A continuación, echó a andar cuesta abajo ya sin tanta prisa, mientras a sus espaldas la trompeta emitía dos notas agudas que provocaron otro escalofrío de excitación en la espalda de Portia.

Ella lo siguió, manteniéndose un poco atrás como para no llamar la atención y, si Rufus había notado que ella iba tras él, no dio señales de ello. Entró en la aldea; los hombres estaban en el prado, ajustándose los petos, cargando los mosquetes, dándose prisa para reunirse en la orilla del río.

Will apareció desde un lugar incierto, desplazándose entre los hombres, enviando a algunos de ellos de nuevo al trabajo, ordenando a los otros que formasen un grupo bajo un sauce pelado.

Cuando Rufus se acercó al grupo de treinta hombres, las excitadas conversaciones se interrumpieron. Lo miraron, expectantes. Portia, fascinada, se quedó mirando.

-¿Quién apoya un ataque contra los hombres de Leven? - preguntó Rufus, entusiasta, muy plantado con los pies separados y las manos apoyadas en las caderas.

Sus ojos parecían eléctricos; Portia percibió la energía que brotaba de él como en oleadas, una energía que atraía a sus hombres mientras vociferaban sus eufóricas afirmaciones.

-Les retorceremos un poco la cola - dijo Rufus-Tomaremos por la senda de Morebatcle y los rodearemos y les saldremos al encuentro de este lado de Yetholm. ¿Alguna pregunta?

-¿Tomaremos prisioneros, milord?

-Todos los prisioneros serán escoltados hasta los cuarteles del Rey, en Newcastle - dijo Rufus-¿Algo más?

Algunos respondieron agitando la cabeza.

-Bien, caballeros, en marcha.

Los hombres rompieron la formación encaminándose hacia el establo a la carrera, sin que armaduras y armas los obstaculizaran demasiado. Rufus se dio la vuelta y vio a Portia, que estaba semioculta tras otro sauce. La llamó con un ademán, y ya no había en él ni rastros del hombre que la había besado con tanta pasión hacía poco tiempo.

-Tú te quedarás aquí. Ya sabes dónde está el comedor; allí te darán de comer. Puedes quedarte en mi cabaña - dijo, tomándola del mentón con la mano enguantada y diciendo, en tono de inconfundible amenaza- Si creas alguna dificultad mientras yo esté ausente, te aseguro que lo lamentarás, señorita Worth. ¿He sido claro?

-Como el cristal- contestó Portia, sin bajar sus ojos.

Él siguió reteniéndole el mentón durante un minuto, luego la soltó y se encaminó hacia su casa. Portia se mantuvo a su lado.

En la cabaña, ella se apoyó en la puerta y observó a Rufus cuando levantaba la espada maciza, con su vaina de cuero, de un gancho que había en la pared más alejada. La sujetó a su grueso cinturón y ajustó las correas de un peto sobre su chaquetón de buey. Pasó un dedo enguantado por el filo de una daga curva, luego la envainó y, a continuación, se puso la capa sobre los hombros y la abrochó en el cuello.

-Recuerda lo que te he dicho.

Le dirigió un breve cabeceo y luego, la apartó y salió, llevándose una parte de la corriente de energía que dejó la cocina desierta y sin vida.

Portia se arrebujó en la capa y fijó la mirada en las ascuas de la chimenea. Con un súbito movimiento impensado, se cubrió la flamígera melena con la caperuza. Salió de la

cabaña sin saber, exactamente, qué haría, aunque colmada de una excitación y un valor que la empujaban por un sendero que ella misma había elegido.

## *10*

El patio del establo parecía un caos. Allí hervía de hombres y caballos, los mozos entraban y salían corriendo de la talabartería con equipos, otros se afanaban llenando alforjas con provisiones de boca. La cabeza y los hombros de Rufus sobresalían de la multitud, sujetando de la brida a Ajax y dándole órdenes a Will, que estaba a su lado.

Después de un minuto de observación, Portia tuvo claro que, tras ese aparente caos, se desarrollaba un proceso bien ordenado, con el que cada uno estaba bien familiarizado. Nadie tenía tiempo de notar su presencia y, aunque la hubiesen notado, sólo verían una figura en pantalones y capa de frisa completamente normal, que podría haber sido cualquiera de los jóvenes que corrían de un lado para otro.

Se escurrió al interior del establo sabiendo exactamente qué caballo estaba buscando: era una delicada yegua llamada Penny, que ya antes había atraído su mirada cuando había hecho el recorrido con Rufus. El animal aún estaba en su pesebre, en el extremo de la cuadra; la silla y los arreos colgaban de la barra horizontal, en el fondo del pesebre. Apenas le llevó unos minutos ensillarla en el cobertizo desierto.

Como al descuido, Portia condujo a la yegua fuera del establo y la sacó al patio, componiendo una actitud que, esperaba, fuese vista como de autoridad y familiaridad. Los hombres ya habían montado y los caballos coceaban y resoplaban, contagiados de la excitación.

Portia montó a Penny y la condujo sin ser advertida hacia el grupo de soldados. Rufus montó al magnífico Ajax, recorrió con la vista a su tropa y, a continuación, levantó la mano indicando que debían ponerse en marcha. Los jóvenes que habían quedado miraban con envidia a sus compañeros más afortunados,mientras el grupo de elegidos salía del patio y giraba hacia el río.

Toby y Luke llegaron, a tropezones, al prado en el momento en que se acercaba la tropa montada. Treparon una verja, y gritaron:

-¡Papá... papá...!

Rufus detuvo a su caballo y se inclinó para alzarlos y sentarlos sobre la silla delante de él. Aunque estaban acostumbrados a eso, de todos modos les encantaba. Sus gritos de euforia se interrumpieron de golpe. Miraron a su alrededor con los ojos dilatados, con una mezcla de terror y orgullo, mientras Ajax trepaba la colina a la cabeza de los jinetes.

En la cima, Rufus dejó a sus hijos en los brazos del vigía que los aguardaba.

-Envíalos de regreso después de que nos hayamos marchado.

-Sí, milord - dijo el hombre, sonriendo, con uno de los niños en cada cadera-Buena suerte, señor.

Pasaron ante el puesto del centinela y cruzaron la ladera al trote sin que ninguno de ellos descubriera aún que la pequeña tropa de lord Rothbury no era de treinta miembros jinetes sino de treinta y uno.

Portia sufrió una sacudida de sobresalto cuando cayó en la cuenta de que había logrado escapar de la aldea Decatur.

Había actuado sin motivos conscientes, sin estar convencida de que en realidad podría lograrlo. Y, sin embargo, allí estaba, en ese racimo de hombres, sin que su comandante hubiese notado su presencia; podía suponer que llegaría un momento en que podría quedar atrás, escabullirse entre unos árboles, perderse de vista. Entonces, estaría suelta, libre, a pesar de las jactanciosas lecciones de Rufus Decatur con respecto a la seguridad de su fortaleza.

No pudo contener una sonrisa, una sonrisa que se desvaneció cuando pensó cómo iría a recibirla Cato a su regreso. Lo más probable era que tuviese interés en recibir la información que ella pudiese llevarle. Por supuesto, Diana estaría celebrando alborozada la repentina desaparición de Portia, pero al menos Olivia se alegraría de volver a verla.

Los hombres que la rodeaban cabalgaban en silencio, sólo interrumpido por el tintineo de una brida, el entrechocar de una espuela, que competía con la llamada quejumbrosa de un chorlito o el canto jubiloso y emocionado de un mirlo. Era demasiado pronto aún para hacer su apuesta por la libertad puesto que el campo era demasiado abierto y todavía estaba muy cerca de los centinelas. Se las ingenió para seguir pasando inadvertida cambiando de posición como al acaso. No había un orden específico en la marcha, y los hombres iban solos, o en grupos de dos o tres; Portia iba guiando a Penny por entre los pequeños grupos de jinetes, sin quedarse nunca mucho tiempo en una misma posición, de modo de no atraer la atención. Por las dudas, permanecía bien lejos de la vanguardia del grupo, donde iban Rufus Decatur y Will.

Pronto abandonaron el campo abierto y entraron en una estrecha garganta rocosa que se abría paso entre dos pliegues de las colinas. Las laderas escabrosas se elevaban, altas, tocándose casi en algunos puntos. En ninguna parte se veía más que una tajada de cielo azul; el aire era frío y húmedo, y un constante goteo que bajaba por la superficie rocosa aumentaba los retorcidos carámbanos de hielo.

Ahora marchaban en fila india, en completo silencio. Era como si el ambiente que los rodeaba les hubiese infundido su melancólico espíritu; ya no quedaban rastros de la euforia del principio. Penny escogía con delicadeza su camino entre un capón gris, huesudo, y una hermosa yegua negra. Parecía hallarse a sus anchas, como si ya hubiese participado en muchas expediciones similares, aunque estando emparedada entre otros dos caballos, Portia no tenía posibilidad de escapar en ese estrecho paso. No tendría otro remedio que esperar a que acabara ese cuello de botella.

La cabalgata seguía marchando por la garganta cuando Rufus detuvo a su caballo y dio la señal de alto. Al principio, Portia no pudo ver qué había sucedido; luego vio que uno de los hombres trepaba por la superficie rocosa como si hubiera una escala. Ya arriba, se tendió boca abajo y se alejó reptando.

-A esta altura, deben de estar acercándose - murmuró a Portia el hombre que iba delante de ella, girando sobre su silla para dirigirse a ella, mientras sacaba un bulto de provisiones de su alforja-El jefe tiene mucha habilidad para estimar los tiempos.

Rufus lo debía haber calculado teniendo en cuenta la velocidad con que se movían los hombres de Leven. Pero ¿cómo era posible que lo supiera desde semejante distancia, sin más auxilio que el de ún anteojo?

A pesar de lo sombrío del paisaje que los rodeaba, los soldados desenvolvían sus provisiones, preparándose para la batalla que se avecinaba, perspectiva que no parecía haber afectado en absoluto su apetito. Portia estaba hambrienta, pero no podía hacer otra cosa que olfatear y fingir indiferencia.

El hombre bajó del promontorio y corrió hasta donde estaba Rufus comiendo tranquilamente pan con queso, a lomos de Ajax. Sostuvieron una conversación en tonos quedos, y luego una palabra recorrió la fila:

-Están acercándose a la boca. Poneos en posición. Guardaron las provisiones y sacaron los mosquetes.

Los soldados avanzaron hasta un punto donde la garganta se abría como la boca de un embudo, pero hacia un trecho de campo abierto rodeado de árboles sin hojas y de peñascos cubiertos de musgo tan grandes como pequeños oteros. Era como ún corral natural, sitio perfecto para una emboscada.

Los hombres de Decatur se ordenaron en hileras de cinco, una detrás de otra, y se mantuvieron a la sombra del paso oculto. Portia no creía posible que no la descubrieran, si se quedaba a la vista. En esas hileras de cinco hombres no había sitio para un soldado número treinta y uno. Por otra parte, ya no tenía posibilidad de escapar. Hizo retroceder a Penny por el desfiladero. Si nadie miraba hacia atrás, ella podría girar en una esquina y desandar el camino

hacia la parte abierta de la ladera; nadie se enteraría. Desde allí, podría encontrar un modo de regresar al castillo Granville.

Por milagro, nadie le echó una mirada; nadie dio muestras de advertir la presencia de ese jinete solitario que retrocedía. En cuanto llegó a una esquina, Portia hizo girar a Penny en ese reducido espacio. No oyó nada a sus espaldas, pero percibía la tensión que, como una banda apretada, le oprimía el pecho mientras la pequeña tropa de hombres de Decatur aguardaba la ocasión de arriesgar la vida y su destreza, luchando con el enemigo.

De repente, Portia supo que no podría alejarse de la acción inminente: tenía que ver lo que iba a suceder. Se dijo que, después, no tendría dificultades para marcharse. En medio del caos que seguía a la batalla, podría salir de allí y emprender camino sana y salva, sin temor a ser vista. Desmontó, amarró a Penny a una prominencia de roca, y trepó por el frente del promontorio. El soldado de Decatur lo había hecho de un modo que parecía fácil y, en las grietas, había puntos donde apoyar manos y pies pero, aun así, era arduo trepar; cuando ella llegó a lo más alto del promontorio, estaba jadeando.

Tendida boca abajo sobre el suelo frío, descubrió que tenía una vista perfecta sobre el punto en que se produciría la emboscada. Cuando la patrulla de lord Leven salió al trote de entre los árboles desnudos, el corazón de Portia dio un vuelco y saltó como un saltamontes.

Cuando se produjo el ataque, fue tan veloz y silencioso que los hombres de lord Leven quedaron rodeados antes de tener conciencia de ello. La tropa de Decatur salió del desfiladero y se abrió en abanico rodeando a la escuadra, de modo que quedó encerrada por completo. Para esa observadora que miraba desde arriba, era inevitable que llegara el momento en que los escoceses dejarían sus armas sin luchar, pero en medio de ese extraño silencio, se oyó un rugido estridente y los hombres de Leven se irguieron sobre sus estribos lanzando un grito de desafío.

Al principio, Portia no lo había visto pero ahora el gaitero dejó oír su música marcial, y los escoceses de Leven se precipitaron a la batalla. Dispararon los mosquetes, entrechocaron las espadas y, por encima de ese estrépito, se elevaba otro sonido más fuerte, más desafiante, más apremiante.

Portia tembló. Las gaitas siempre la hacían temblar. Amaba ese sonido, adoraba bailar con esa música. La llenaba de una loca euforia, en medio de la cual no tenía conciencia de nada que no fuese la vibración de la sangre en los oídos, corriendo por las venas. Era una sensación elemental y salvaje; ella reaccionaba como si tocara una parte honda y esencial de su persona.

A duras penas logró contenerse y no levantarse de un salto para unirse a la refriega. Sin embargo, ¿cómo era posible participar en la refriega si no sabía en qué bando estaba? Con todo, se sorprendió sacando su cuchillo de dentro de la bota. Ahora, su persona física actuaba sin intervención del pensamiento racional del cerebro. Avanzó, todavía echada boca abajo, hasta quedar sobre una roca plana que daba directamente sobre el campo de batalla.

Los hombres de Leven estaban superados en número y habían sido tomados por sorpresa. Y, a pesar de ello, peleaban como demonios. Pronto, la lucha fue cuerpo a cuerpo. En esas condiciones, una vez que habían sido disparados, los mosquetes eran inútiles. Un hombre acosado por todos lados no tenía tiempo para el fastidioso proceso de volver a cargarlo. Relucieron espadas y dagas; un caballo lanzó un quejido y dobló una rodilla, haciendo caer a su jinete.

Portia vio que era Will el que había caído. Él se puso de pie en un tris, espada en mano, mientras su caballo se tambaleaba, en su esfuerzo por incorporarse, sangrando por una herida en el cuello. Uno de los hombres de Leven se volvió y se aproximó al hombre desmontado. El caballo del enemigo se alzó sobre sus patas traseras, agitando en el aire sus cascos, y el soldado se inclinó blandiendo su espada en un gran arco hacia Will, que estaba en situación desventajosa.

Portia arrojó su cuchillo. Sólo en el momento en que la daga se clavó en el brazo del atacante de Will, ella tomó conciencia del bando que había elegido. Su puntería había sido instintiva y perfecta. Will tuvo tiempo de agacharse y sujetar a su caballo herido. Pudo trepar a la silla en el preciso momento en que Rufus, apareciendo quién sabía de dónde, golpeaba con su espada al enemigo desarmándolo con un prodigioso choque de acero contra acero que le hizo gritar, cuando su brazo, ya herido, sufría una cruei sacudida.

En ese instante, Rufus miró hacia arriba, buscando con la vista el origen del cuchillo que había salvado a Will: Portia todavía estaba tendida sobre la roca. Sabía que ahora estaba descubierta; sabía que, un minuto antes, podría haberse ocultado y salvarse de ser descubierta. El cuchillo habría seguido siendo un enigma hasta que hubiese terminado el encuentro. Entonces, sin duda Rufus habría reconocido el cuchillo, sabiendo que era de Portia, pero entonces sería demasiado tarde. Ella se habría ido bastante tiempo antes.

A pesar de todo, ella no se movió. Los ojos de Rufus la localizaron, su mirada brillante se encontró con la de ella, y luego él hizo girar a su caballo y regresó a la pelea. Había abundantes rocas y guijarros. Habría sido ideal tener una catapulta o una honda pero, como no contaba con ninguna de las dos cosas, tendría que ingeniárselas con sus propios medios humanos. Inició un constante bombardeo sobre las tropas de Leven.

Su puntería era, en su mayor parte, certera, y la lluvia de piedras y rocas empezó a cobrar su tributo en hombres que intentaban eludir los proyectiles, sin saber de dónde provenían y que les impedían la concentración, dejándolos indefensos para ataques más mortíferos por parte de los hombres de Decatur. Y, por encima de todo ello, las gaitas seguían sonando.

Todo terminó en unos quince minutos, si bien para Portia el tiempo parecía haberse detenido y la escena que se desarrollaba más abajo era una constante repetición de ruidos y violencia. Los hombres de Leven fueron desarmados y desmontados en un proceso de desgaste, hasta que sólo quedaron un coronel y dos soldados aún montados y con la espada todavía en la mano.

El coronel miró a su alrededor y luego, lentamente, levantó una mano haciéndole una señal al gaitero; éste, de inmediato, comenzó a tocar la retirada. El coronel presentó su espada, con la empuñadura hacia delante, y la ofreció a Rufus. Éste negó con la cabeza:

-No, hombre, si me da su palabra, puede conservarla. Ha peleado bien.

-Coronel Neath, del tercer batallón de lord Leven; le doy mi palabra y, con ella, la de mi compañía - dijo el hombre con formalidad, aunque con cierto tono de interrogación en la voz, mientras trataba de identificar la graduación de su vencedor.

-Decatur, lord Rothbury, a su servicio, señor - dijo Rufus, haciendo una reverencia desde su montura, con un brillo levemente malicioso en sus ojos azules.

-Conque Rothbury, ¿eh? - dijo Neath, con expresión de sorpresa-Su nombre es muy conocido al otro lado de la frontera, milord.

-Y detestado, diría yo - dijo Rufus con el mismo brillo malicioso.

-Se lo conoce como salteador y delincuente, sin duda - dijo el coronel en su suave acento escocés-Y también se dice que la mayoría de sus actividades fuera de la ley están relacionadas con el marqués de Granville y con su propiedad. Hay quienes dicen que tiene usted buenos motivos para perseguirlo.

Rufus esbozó una sonrisa irónica.

-Estoy agradecido por esa comprensión popular, coronel. Sin embargo, en mi actual posición, me cobijo bajo el estandarte del príncipe Rupert, en favor de su soberana majestad, el rey Charles. Después de que hayamos atendido a los heridos, los escoltaremos a usted y a sus hombres a Newcastle.

-¿Me concede permiso para hablar con mis hombres?

-No tengo objeciones.

Rufus indicó con un gesto el sitio donde sus hombres estaban desarmando a los soldados del coronel, y Neath, con un saludo formal, se volvió y fue hacia ellos.

Rufus levantó la vista hacia el lugar donde estaba Portia, aún tendida sobre el estómago, mirando desde arriba el campo de batalla. Cuando encontró su mirada, vio que tenía una expresión entre pesarosa y confundida. Él envainó lentamente su espada y luego guió su caballo hacia allí y lo hizo frenar cuando estuvo debajo de ella.

-¿De dónde has salido, ánade? - le preguntó con expresión complacida, las manos enguantadas apoyadas sobre el pomo de la silla.

Portia se sentó sobre la roca, dejando colgar las piernas sobre el promontorio.

-Estuve con ustedes todo el tiempo - respondió ella-Desde que salieron del patio del establo.

-Ya veo - dijo él, asintiendo - Y, después de todo ¿por qué no escapaste?

-No pude hacerlo hasta que comenzó la batalla, y entonces quise ver qué pasaría.

Él volvió a asentir.

-Eso me suena razonable. Lo que no me parece razonable es el motivo por el cual has revelado tu presencia de una manera tan dramática.

-Yo pensé que ibas a estar agradecido.

-Oh, créeme, patito, que lo estoy. Y estoy seguro de que Will te está más agradecido aun. Pero... eh... perdona mi confusión - dijo, arqueando una poblada ceja rojiza-¿Por qué razón te has inclinado por mi lado?

-En realidad, no lo sé - respondió Portia, con tal tono de disgusto y desazón que Rufus no pudo menos que estallar en carcajadas.

Le tendió una mano.

-Ahora, baja... con calma, así no asustas a Ajax.

Portia tomó la mano y se deslizó hacia abajo hasta quedar sentada en la silla, de cara a él. Rufus estaba tan cerca que ella sentía el olor de su piel, la acritud de su sudor, el cuero de su chaquetón de buey. Distinguió el trazado de las líneas de risa alrededor de sus ojos y de las comisuras de su boca, las líneas más claras del ceño en su frente, en contraste con la piel tostada.

-Supongo que debes de tener un caballo por alguna parte.

Los fuertes dientes blancos relampaguearon entre la barba rubio rojiza.

-Tomé prestada a Penny.

-¿Prestada? - preguntó él, levantando la vista otra vez-¿De verdad, sólo pensabas tomarla prestada?

-No - contestó ella, sin titubear-Pensaba robarla. El motivo porque no lo hice es tan enigmático para mí como para ti.

Rufus se quedó pensando y luego dijo:

-Bueno, me alegro de que no lo hayas hecho, puesto que no toleramos el robo, como intenté explicarte claramente la noche pasada, en relación con el trineo de Bertram. ¿Dónde está la yegua?

-En el desfiladero. Otra cosa, lord Rothbury: en mi opinión, un discurso acerca de los principios morales de una banda de delincuentes está fuera de lugar - repuso Portia, en un esfuerzo por alejar de su mente la abrumadora conciencia que tenía del cuerpo de él, tan grande, tan poderoso, y tan próximo.

Rufus no respondió. La alzó como si fuese un gatito y se inclinó para dejarla en el suelo.

-Ve a buscar a Penny.

Hizo girar a Ajax y lo condujo al lugar donde estaban revisando a los heridos.

Portia fue a buscar a la yegua y, montada en ella, salió del desfiladero. Se apeó de nuevo y corrió hacia Rufus, que estaba conversando amablemente con el coronel Neath, como si nunca se hubiesen enfrentado en una reñida batalla.

-En Yetholm hay una casa de reputación un tanto dudosa - decía Rufus-Pero su hospitalidad no deja nada que desear. Nos detendremos allí, atenderemos a los heridos, después seguiremos a Newcastle. Parecería que ese soldado suyo tiene una pierna quebrada; en Yetholm podremos encontrar a un componedor de huesos. Ah, Will, ¿cuáles son los daños?

Will miraba fijamente a Portia.

-¿Qué hace ella aquí?

-Ella ha sido notablemente útil- respondió Rufus con sequedad-A decir verdad, tienes una deuda de gratitud con ella. La señorita Worth es capaz de matar con su cuchillo.

La expresión atónita de Will se acentuó; Portia, sin poder contenerse, abrió los ojos lo más grande que pudo, imitándolo. Entonces, la expresión de Will se compuso de inmediato.

-¿Éste es su cuchillo?

-Sí; quisiera recuperarlo - dijo ella-¿El hombre pudo extraerlo de su brazo?

-Consideramos que era preferible dejarlo donde estaba hasta que lo viera un cirujano - contestó Will, desistiendo de descifrar el enigma de la rehén de Rufus. Tenía demasiadas cosas prácticas en que ocupar su mente - Si lo sacáramos de la herida, él podría desangrarse.

-Tal vez podríamos improvisar un torniquete. Yo iré a buscarlo - dijo ella.

Will miró a su primo con expresión interrogante, y éste se limitó a repetir, pacientemente, su pregunta previa:

-¿Cuál es el daño, Will?

-Ah... aparte del soldado del coronel con la pierna quebrada y del hombre con el cuchillo clavado en el brazo, nada grave. Ned perdió la yema de un dedo y ahora está buscándola. Está convencido de que puede coserIa en su sitio otra vez.

Rufus se acercó a Portia, que estaba vendando al hombre que había recibido su cuchillo en el brazo.

-¿Tienes práctica en cirugía de campaña?

-He tenido que remendar a Jack más de una vez, después de alguna riña; no podíamos pagar a un cirujano - repuso ella-Y he curado heridas peores que ésta.

Cuando arrancó el cuchillo, ella había empleado su propio pañuelo para hacer un torniquete; ahora estaba improvisando un cabestrillo con una servilleta de cuadros que había encontrado en las alforjas de Ajax.

-Como habías acabado tus provisiones, se me ocurrió que no te importaría prestármela.

-De ninguna manera. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar - dijo él con amabilidad-¿Es mi impresión o hay una nota de envidia en relación a la comida?

-Así es. A nadie se le había ocurrido separar provisiones para mí, también.

-Yo diría que eso se debe a que los cocineros no sabían que tú vendrías con nosotros - le hizo notar Rufus, y se alejó, riendo entre dientes.

Cuando llegaron a Yetholm ya estaba poniéndose el sol. Para entonces, estaba cayendo una helada y los caballos se estremecían y coceaban, y el hombre herido que iba temblando violentamente en una litera no podía controlar los gemidos que salían de entre sus dientes.

Portia, que cabalgaba en la retaguardia de la columna, sentía más frío del que había sentido jamás, a pesar de que su memoria racional le decía que no era cierto. El hambre la roía hasta la médula y no podía dejar de temblar. Estaba tan encerrada en su desdicha que, en un primer momento, no notó que Ajax había surgido de entre las sombras. La voz de Rufus, vibrando de preocupación, le hizo volver la cabeza sobresaltada.

-Ven aquí; saca los pies de los estribos.

Se estiró hacia ella, la alzó y la depositó sobre el lomo de Ajax. Se quitó la capa, la envolvió en ella y la acercó a él. Ella sintió el peto duro en su espalda y, a pesar de todo, pudo percibir el calor de su cuerpo.

-Will, toma las riendas de Penny.

Portia no había notado la presencia de Will, que había acompañado a Rufus. El joven tomó de inmediato las riendas de Penny y siguió tras de Rufus, que retornaba a la cabeza de la columna.

-¿Cómo supiste que yo tenía tanto frío? - dijo ella, mientras le sonaban sus dientes.

-Fue una suposición acertada - respondió él con hosquedad, sintiendo el viento frío que atravesaba su chaquetón de cuero, ahora que ya no contaba con la protección de la capa.

La aldea de Yetholm estaba como a horcajadas de la senda de carretas yen sus suburbios se levantaba un edificio de dos plantas con techo de paja. De sus ventanas sin batientes, cerradas con pergamino, brotaba la luz, y de sus dos chimeneas se elevaba un humo espeso. Roncas risas y gritos, en su mayoría joviales, salían hacia la noche por las hendiduras de las puertas y de los marcos de las ventanas.

-¡Gracias a Dios! - musitó Rufus al ver el refugio, espoleando aAjax para que apretara el paso.

-Sí, no creo que ese pobre diablo pudiera sobrevivir mucho más a esto - dijo el coronel Neath, que cabalgaba a su lado- Es un frío insoportable tanto para los hombres como para las bestias.

Echó una mirada curiosa a la persona acurrucada contra el pecho de lord Rothbury. Por lo común, los soldados no se abrazaban a sus jefes.

Si Rufus notó la mirada, no brindó ninguna explicación y se limitó a comentar:

-Con todo, hace demasiado frío para que nieve; por ello daremos las gracias mañana.

Detuvo su caballo delante de la puerta que se abría directamente sobre el sendero. Will se había apeado de un salto pero, antes de que alcanzara a llegar a la puerta, ésta se abrió en toda su amplitud.

-Bueno, bueno, ¿a quién tenemos aquí en una noche como ésta? - exclamó una voz alegre. Una mujer sostenía una linterna encima de la cabeza-Pero si es Rufus. Hace mucho que no honras mi casa, Decatur.

-Lo sé, Fanny. Tenemos a un herido. ¿Podrías mandar a buscar al componedor de huesos?

Rufus dejó a Portia en el suelo y luego se apeó. Se volvió hacia Will y le disparó una andanada de instrucciones en cuanto a la disposición de los hombres y de los prisioneros.

-Aunque no es más que un médico de caballos, yo diría que es mejor que nada - comentó Fanny, mientras su mirada perspicaz observaba al numeroso grupo y hacía cálculos- Rufus, ¿has estado en una trifulca o en una batalla al servicio del Rey?

-Lo segundo - respondió el aludido. Indicó a Neath, que había desmontado y permanecía silencioso junto a su caballo-Permíteme presentarte al coronel Neath. Él y sus hombres son prisioneros y van a Newcastle; todos necesitamos abrigo, comida y vino.

El coronel Neath hizo una reverencia.

-Dadas las circunstancias, le estaremos agradecidos por cualquier clase de hospitalidad que pueda ofrecemos, señora.

Fanny asintió.

-En mi casa no nos hacemos mucho problema con la política, señor y ésta es una noche aburrida. Nadie se aventurará a alejarse de su casa con este frío, de modo que son bienvenidos. Estaremos un poco apretados pero, por lo mismo, será más agradable.

-Entra, Portia. Alguien se ocupará de Penny.

Rufus la instó a ir hacia la puerta y Portia entró, sabiendo, con cierta culpa, que ella no se opondría a que alguien hiciera su trabajo pesado.

Al entrar, se encontró en un gran salón en el que había mesas y bancos largos y dos enormes hogares con el fuego encendido, uno en cada extremo. Varias mujeres y unos pocos hombres holgazaneaban en las mesas, entre jarras de cerveza y botellas de vino. Se veía una escalera que conducía a una galería que abarcaba todo el ancho del salón principal. De las vigas del techo colgaban lámparas y en las mesas había velas de sebo encendidas. El ambiente estaba cargado con el humo de la leña, el olor del sebo, de aceite derramado, de vino volcado, cerveza rancia y carne asada. Pero, por encima de todo, el sitio era cálido.

Portia se quitó la capa de Rufus y, después, la de frisa que tenía debajo. Su cabello brilló como una llama anaranjada a la luz de la lámpara.

-¡Señor de las alturas, es una muchacha con pantalones! - exclamó Fanny-¿Es una prisionera o una ramera, Rufus?

-Ni una cosa ni la otra - respondió Rufus, al tiempo que recuperaba su capa-Dale una copa de vino, Fanny, que está medio muerta de frío. - Giró hacia la puerta-Volveré dentro de un minuto. Neath, saquemos a ese herido suyo de la parihuela.

Los dos hombres volvieron a salir al exterior y Portia fue sometida a un calculador examen por parte de Fanny y de las otras mujeres que había en el vestíbulo.

-Bueno, acércate al fuego, chica. Estás blanca como un fantasma; nunca había visto algo semejante - dijo Fanny, dándole un empujón-Lucy, dale una copa de aquel borgoña: eso pondrá color en sus mejillas.

-Lo dudo - comentó Portia. Sin embargo, aceptó el vino con una sonrisa agradecida.

Por extraño que resultara, se sentía a gusto y, con el primer sorbo de vino, la inundó una oleada de nostalgia. Casi podía oír la voz de Jack, que la ebriedad tornaba más fuerte, y lo veía jugueteando con alguna prostituta de generoso busto y, cada tanto, acordarse de diluir un poco de vino con agua para su pequeña hija, que estaba sentada a su lado contemplando la escena con somñolienta indiferencia. Portia había pasado muchas noches en establecimientos como éste, acurrucada junto al fuego o hecha un ovillo bajo la mesa mientras Jack se divertía. Se había hecho amiga de más de una mujer que ejercía la misma profesión de la señora Fanny, y se había resistido a unos cuantos ofrecimientos que le habían presentado en los últimos años para que se uniera a las muchachas cuya situación, comparada con la de Portia, a menudo se podía considerar envidiable: estaban bien vestidas, bien alimentadas y cómodas.

-Eres bastante flaca, ¿eh? - comentó Fanny-¿No eres pariente de Decatur?

-No.

Portia bebió un poco de vino. Los dedos de los pies y de las manos empezaban a calentarse, obligándola a hacer una mueca cuando la circulación recuperada le provocaba dolor en las puntas de las extremidades ateridas.

Cualquier otra pregunta que hubiese podido surgir quedó sin formular cuando de repente se abrió la puerta y entraron Rufus y Neath, cargando la parihuela. Detrás de ellos, entraron en tropel sus hombres, algunos sosteniendo a los heridos que podían caminar, otros lanzando exclamaciones en coloridos términos, para señalar el contraste entre el frío gélido de fuera y la tibieza de dentro.

A Portia le impresionó lo bien que se entendían todos, en una camaradería que trascendía las diferencias políticas. Todos ellos provenían de la misma capa social, la guerra civil los había arrancado de sus granjas y talleres, de su vida cotidiana y ahora enfrentaban el duro invierno acampando juntos. Al día siguiente, volverían a ser prisioneros y custodios pero, de momento, no eran más que hombres agradecidos de hallarse al abrigo de un frío mortal. Bebieron vino y cerveza y sus ojos se iluminaron al ver a las mujeres, que se adelantaron, ansiosas.

-¡Eh, Doug, necesitabas esto para humedecer el garguero después de tanto soplar! - dijo uno de los hombres de Neath, poniendo un jarro espumante en la mano dispuesta del gaitero-Buena música la tuya, hombre.

-Sí - admitió el gaitero, complacido, después de haber trasegado su cerveza-Después de que haya comido unos bocados, habrá más música. Estoy famélico.

-Tú no eres el único - murmuró Portia.

-¡Muchachas, a la cocina! - dijo Fanny, chasqueando los dedos-Ellos no servirán para nada si no les ponen un poco de alimento en la barriga.

Las mujeres se encaminaron hacia la puerta que había en la parte de atrás del vestíbulo, riendo y conversando, al mismo tiempo que entraba el componedor de huesos, trayendo con él una ráfaga helada. Al hombre herido acostado en las parihuelas le dieron coñac hasta que dejaron de sonarle los dientes y sus gemidos se hicieron más débiles, mientras le acomodaban el hueso. El veterinario vendó una muñeca dislocada, examinó el torniquete hecho por Portia y juzgó que sería suficiente hasta que el hombre pudiera ser atendido por un cirujano en Newcastle, en tanto que la herida no le hiciera sufrir, luego se instaló junto al fuego con una taza de vino en la mano y se dispuso a disfrutar con la velada.

Portia atacó el ganso asado, las patatas, las manzanas horneadas. No comía nada tan sabroso desde que la habían llevado al castillo Granville. No se trataba de que la comida en la mesa de Cato fuese mala, sino que el ambiente que reinaba en la mesa era tan tenso, merced a la mirada dura y crítica de Diana, que era imposible disfrutar un solo bocado. La desdicha que se vivía en las comidas explicaba los frecuentes dolores de estómago que sufría la pobre Olivia; de eso, Portia estaba convencida.

Ahora, en cambio, ella comía con absoluta concentración y disfrute, sin alzar la vista del plato, salvo para beber largos tragos de vino. No notó que Rufus, sentado al otro extremo de la mesa, la observaba.

Rufus tampoco era consciente de que estaba observándola. Will, en cambio, sí lo notó; Fanny, a cuya aguda mirada y a su cerebro alerta no se le escapaba nada de lo que pasaba bajo su techo, sentía gran curiosidad. Ella no había visto antes esa expresión en la mirada del conde. Era de asombro, casi.

-Cualquiera diría que ése es un gusto adquirido - comentó él, levantando su jarro.

-Si es así, entonces lo he adquirido con el nacimiento - dijo ella, sacándose el cabello de la frente y secándose el sudor de la cara con el dorso de su brazo-En realidad, no hemos parado de bailar, ¿no?

-No lo creo - dijo él, estirando la mano para recoger, con la yema de un dedo, una gota de sudor que había en la nariz de ella, y comentando, tras una breve pausa- Oh, parece que es una peca.

Pero no movió su dedo. Los ojos rasgados de ella, fijos en su cara, eran como un fuego verde. Portia sintió que se le cortaba el aliento. No podía apartar su mirada de la de él. Podía seguir el curso de su sangre por las venas, con todos sus sentidos intensificados; sin embargo, sólo tenía conciencia del pequeño espacio que contenía a ambos. El mundo se había reducido a ese ceñido círculo, y la ruidosa compañía que los rodeaba era tan insustancial como las imágenes de un sueño. Estaba ocurriendo algo muy extraño y, una vez más, ella se desorientó, sintió que no tenía control sobre sus reacciones, que ese hombre cuya mirada sostenía la suya era quien provocaba esas reacciones, haciéndolas salir de lo más hondo de su ser.

Entonces, el instante mágico se hizo trizas cuando, de repente, platos y vajilla fueron barridos de una de las mesas con estrépito ensordecedor. Rúfus retiró el dedo de su nariz y, al fin, su mirada liberó a la de Portia.

Entre tres hombres, arrastraron la mesa hacia el centro del salón.

-Vamos, señoras. ¿Qué tal si hacemos un baile para que vosotras podáis elegir a vuestros clientes? - vociferó un hombre macizo, de pelo negro, asumiendo el papel de maestro

de ceremonias-Doug, tú toca desde la galería. Señoras, subid a la mesa. Caballeros, elegid a vuestra compañera y, si ella los supera en la danza, ella fijará el precio. Si duráis más que ella, la mujer será vuestra toda la noche, sin cargo. El que se caiga de la mesa, pierde. ¿Qué os parece?

La propuesta fue recibida con una oleada de risas. Las mujeres se subieron a la mesa e hicieron algunos pasos de reei, la danza escocesa, a modo de invitación. Los hombres se abalanzaron, señalando y gritando, para elegir compañera. A las órdenes del maestro de ceremonias, cada una de las mujeres se bajó de un salto, se puso junto al hombre que la había elegido y después, una pareja ocupó la mesa.

Doug atacó otra danza típica. Aunque el varón no bailaba con tanta destreza como la mujer, se esmeraba en sus saltos y giros, abriendo mucho los brazos mientras los espectadores palmeaban a ritmo y daban vivas. El hombre dio un paso atrás, su pie resbaló fuera del borde de la mesa, cayó hacia atrás y, a duras penas, pudo caer de pie sobre el suelo.

Los gritos subieron hasta rebotar contra las vigas cuando la mujer se lanzó hacia abajo, para caer en los brazos que la aguardaban, y susurró algo en el oído del hombre. Él hizo una mueca, pero asintió y, llevándola en brazos, subió con ella la escalera que conducía a la galería.

Una pareja tras otra, iban danzando al ritmo de la música, cada vez más rápido. Portia reía y palmoteaba como los demás; la sangre le palpitaba en las venas y la excitación la devoraba. Había brotado de aquel momento intenso y fantástico, estaba ligada a él, si bien lo único que ella sabía de cierrto era que quería bailar. Necesitaba bailar. Sentía la piel como fuego; no sabía si era por el vino, la excitación o por los alocados giros de la danza, aunque tampoco le importaba. Lanzó un repentino grito de júbilo y subió a la mesa al mismo tiempo que una pareja bajaba de ella. El gaitero arrancó con la melodía más rápida y enloquecida que sabía, y Portia mantuvo el ritmo junto con él, convertida en una especie de duende que remolineaba sobre la amplia mesa, con el cabello revoloteando, los ojos encendidos y el cuerpo hecho un borrón, compitiendo con el músico en una lucha de resistencia.

Portia se acercó cada vez más al borde de la mesa donde estaba Rufus, atrapado igual que los demás en la magia frenética de la danza de la muchacha. Sin vacilar, ella se inclinó con las manos extendidas hacia él, llamándolo. El grupo bramó y golpeó los pies en el suelo. Rufus saltó sobre la mesa. Portia echó atrás la cabeza, brazos en jarras, y siguió bailando, sonriéndole con tal desafío e incitación que ningún hombre hubiese podido resistirse a ella.

Él se unió a ella, y sus pies parecieron volar cuando la tomó y la arrojó al aire, haciéndola volar lejos, para volver a atraparla luego. Ella se reía con una extraña y salvaje intensidad, adaptándose a él, intentando adelantarse a sus movimientos.

El público, con sus pataleos y sus gritos, ahogaba la música del gaitero. De súbito, Rufus saltó hacia atrás, bajó de la mesa, estiró los brazos y aferró a Portia por la cintura. La sostuvo por encima de su cabeza como si fuese a arrojar un tronco, de acuerdo con el juego tradicional escocés y luego, acomodó sus manos y puso a Portia alrededor de su cuello, como si fuese una bufanda.

Recogió un candelabro con una mano y un frasco de vino con la otra, y se dirigió hacia la escalera. Portia, aún sumida en el frenesí de la danza que le caldeaba la sangre, casi no tuvo conciencia de que Rufus estaba llevándosela como a un trofeo, que subía los peldaños de madera hasta la galería, acompañados por los pataleos y los gritos de aprobación, y por el sonido ululante de la gaita, como nota final.

## *11*

Rufus sí sabía adónde iba. Siempre había ocupado la misma habitación en la casa de Fanny. Con la botella entre los dientes, abrió la puerta de un cuarto en el extremo de la galería, entró y cerró de un puntapié.

Apoyó el candelabro sobre la repisa, el frasco sobre una pequeña mesa redonda y, con un movimiento fluido, tomó su trofeo y depositó a Portia en el suelo, sobre sus pies.

-Yo gané - dijo Portia, sin aliento, apartándose el cabello de los ojos.

-Eso es discutible - repuso Rufus, sujetándole el mentón en la palma de su mano. La besó en la boca con labios duros pero flexibles, y ella sintió la sedosidad de su barba sobre la piel. Fue igual que aquella mañana, aunque se le había sumado otra dimensión: la sensación de algo inevitable, de algo fijado por el destino. Portia le devolvió el beso con un fervor que surgía del latido de su sangre. La música, los gritos, las exclamaciones eufóricas llegaban desde abajo con tanta fuerza que ella podía percibir el ritmo y la pasión en las plantas de los pies.

No era consciente de nada que no fuese el estremecimiento de su sangre, el olor de la piel de él, el contacto de su boca con la de él, el sabor del vino en su lengua y en la de él. Las manos de él descendieron por su cuerpo y ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos, entregándose a la caricia.

Rufus rió quedamente con su boca pegada a la de ella. Llevó una mano a la cabeza de ella, manteniéndola firme y, con la mano libre, sacó la camisa fuera de los pantalones, tironeó con impaciencia de los botones, la extrajo de la cintura y se la quitó sacudiendo los hombros. Todo, sin dejar de retener la boca de Portia con la suya, mientras las manos de ella pasaban por su espalda y apretaban sus hombros con ávida intensidad.

Él se apartó de ella para quitarse las botas sacudiendo los pies y ella lo siguió, riendo, persiguiéndolo con su boca. Él también rió, sin soltar la cabeza de ella, atrayendo la cara de Portia a la suya. Su lengua penetraba y arrasaba, asolando los rincones suaves y dulces de su boca, que ella abrió a él, recibiendo la lengua de Rufus en lo más profundo, sin soltarlo ni siquiera cuando él se bajaba los pantalones por las caderas y se veía obligado a hacer equilibrio sobre un pie, y después sobre el otro para poder quitárselos.

Entonces, los dedos de él se afanaron en los botones de la camisa de ella, sus manos se deslizaron dentro pasando sobre sus pechos, bajando por el torso, subiendo luego hasta los hombros, bajo la camisa, para, finalmente, retirar la prenda por completo. Los pechos de Portia quedaron apretados contra el pecho de él, y los pezones le dolieron y cosquillearon en una sensación que, para ella, era nueva y maravillosa. Ella se echó hacia atrás mientras él soltaba la hebilla del cinturón y se lo quitaba, dejándolo caer al suelo. Los pantalones y los calzones de Portia resbalaron por sus delgadas caderas en un solo movimiento, y su piel se erizó con la caricia de las manos de él.

Bastó un leve contacto para que ella cayese de espaldas sobre la cama, con los pantalones a la altura de las rodillas, retenidos por las botas. Rufus levantó en alto las piernas de ella mientras le quitaba las botas a tirones y las arrojaba por encima del hombro haciéndolas caer, con ruido sordo, contra los morillos de la chimenea. De la misma manera expeditiva y desenvuelta, Portia fue librada de calcetines, calzones y pantalones; sólo entonces Portia comprendió lo que estaba ocurriendo, con una parte remota y periférica de su conciencia.

Fue una comprensión fugaz, e incluía la clara noción de que, si ella quería que aquello se detuviera, le habría bastado con decirlo. Dentro de esa comprensión también estaba la conciencia de que ella había formulado la invitación y de que el hombre que estaba a punto de quitarle la virginidad no tenía por qué saber que eso era lo que iba a suceder.

Entonces, sucedió. Las palmas de Rufus fueron ascendiendo por las piernas de Portia, desde los tobillos hasta los muslos, los separaron con delicadeza, acariciando la sedosa piel de

la parte interna. Su centro, los sitios más secretos de su cuerpo palpitaban abiertos, vulnerables, tensos de un deseo que ella no sabía definir. Lo miró a los ojos, claros y brillantes como un cielo de verano y, en sus profundidades, vio el alma de él. Vio una pregunta que era, a la vez, tierna y exigente. Y, aunque ella lo ignorase todo sobre estas cuestiones, sabía que él quería ver la reacción de ella con el cuerpo de él, quería sentirla dentro de sí.

Guiada por el instinto, ella lo tocó, sintió cómo la carne del hombre saltaba en su palma, y luego él la apretaba contra la hendedura de su cuerpo, penetrando cada vez más a fondo. Portia vio el relámpago de sorpresa de él cuando. sintió la resistencia que ejercía el himen intacto de la muchacha, y luego vio cómo llegaba a él la comprensión, pero antes de que pudiese reaccionar, ella lo aferró por las nalgas y lo empujó hacia ella, apremiante. Él lanzó un breve suspiro y la penetró profundamente, y ella sólo tuvo conciencia de ese milagro de abrirse, de la plenitud, de la presión que la llenaba hasta lo más recóndito de su ser.

Entonces, justo cuando ella comenzaba a sentir el inicio de cierta gloriosa culminación de sensaciones, él se retiró de su cuerpo. Se dejó caer, pesadamente, sobre ella con la respiración entrecortada y áspera, la piel resbaladiza sobre la piel húmeda de Portia, y a ella le quedó una dolorosa sensación de vacío que debía ser llenado.

Rufus se incorporó sobre un codo, lentamente, y la miró. Ella estaba tendida sobre la manta, mirándolo con expresión interrogante, y en ella se adivinaba el dolor del vacío con tanta claridad como en un libro de estampas infantiles.

-¿Por qué no me lo habías dicho? - preguntó él, en voz baja y llana.

-Porque no importaba. Era irrelevante - dijo ella en voz baja, debatiéndose con la decepción que la llenaba hasta el centro mismo de su ser. El anticlímax le dio ganas de llorar; la abrumaba la idea de que siempre decepcionaría a otros en la misma medida en que ella siempre sería decepcionada.

-¿Estás enfadado? - preguntó, en voz fina, débil.

-Si lo estuviese, no tendrías necesidad de preguntarlo - respondió él, seco.

-No tenía importancia - repitió ella, notando que su voz dejaba escapar sus deseos de llorar.

-Créeme, Portia; por supuesto que importaba - replicó Rufus, tendiéndose de espaldas, con una mano apoyada sobre el vientre de ella, como si la hubiese dejado olvidada allí-No tengo la costumbre de desflorar vírgenes. Y, si la tuviera, debería... - Suspiró-¿Cómo iba a saberlo?

-No podías.

En vista de la franca invitación sexual que le había lanzado ella, era lógico que él hubiese supuesto que ella tenía experiencia. Él sabía cómo había vivido ella. Sabía quién era su padre.

Portia tragó el nudo de lágrimas que tenía en la garganta y giró la cabeza para enjugarse, con disimulo, una lágrima con la punta del cobertor.

Rufus se sentó de nuevo.

-De haberlo sabido - dijo él, remarcando las palabras- habría hecho las cosas de un modo muy diferente.

-¿Cómo? - preguntó ella, súbitamente intrigada a pesar de su desdicha-Yo creí que había un solo modo.

-Lo hay - repuso él, inclinándose sobre ella y recorriendo con un dedo el espacio que había entre las pequeñas y pálidas redondeces de sus pechos-Pero existen diversos refinamientos.

-Ah.

Portia tuvo conciencia de que se le aceleraba el pulso bajo la fija mirada de él. No pudo descifrar su expresión, no sabía de qué estaba hablando él; sin embargo, un estremecimiento de expectativa melló los bordes de su insatisfacción.

-Dime qué sentiste - dijo Rufus.

Él dejó apoyada la palma de la mano sobre un pecho, cubriéndolo por completo.

Portia crispó el ceño, tratando de hallar las palabras para hablar con absoluta sinceridad, aun cuando, bajo la palma de Rufus, su pecho comenzaba a cosquillear y sentía que su pezón empezaba a endurecerse.

-Que... que debería haber sucedido algo que no sucedió.

Él rió quedamente.

-Eso imaginé. Pobre patito.

Bajó la cabeza sobre el otro pecho y recorrió con sus labios esa suavidad. Igual que en la ocasión anterior, él tuvo la aguda percepción de la increíble tersura de su piel. Era como el tejido más delicado, de un blanco irreal bajo la luz de las velas. Dio con su lengua toques rápidos y leves en el pezón, y ella tembló.

Rufus levantó la cabeza y vio el embeleso en sus ojos. La locura de la danza se había disipado, el frenesí que había arrastrado a ambos hasta allí; ahora sólo veía ansiedad y un deseo que iba creciendo lentamente. Desplazó la mano hacia abajo.

Con esa mano sobre el vientre, que acariciaba y presionaba a la vez, la hizo jadear. Portia giró la cabeza sobre la almohada, sacudida por la corriente de sensaciones, el tormentoso tumulto de la sangre en sus venas. La mano de él se apoyó sobre los muslos cerrados, y éstos se abrieron para él; de su garganta se escapó un breve gemido de anticipación. El cuerpo de Portia pedía a gritos la invasión íntima de sus dedos sabios y, esta vez, las lágrimas que brotaron de sus ojos fueron de atónito placer.

Otra vez, él se apoderó de la boca de ella, al tiempo que la implacable invasión la acercaba cada vez más a ese instante de dichosa aniquilación que había adivinado antes. La piel de su vientre se onduló, los músculos se pusieron rígidos; sus muslos se tensaron apretando la mano de él, sus nalgas se oprimieron, al impulso del deseo imposible de postergar lo que ella sabía que estaba aproximándose y de la desesperada necesidad de entregarse a esa alegría inexorable.

Y cuando ya no pudo contenerse más, él retiró la mano. El cuerpo de Portia pedía satisfacción a gritos. El dolor de la pérdida le hizo gritar; fue entonces cuando él metió una mano bajo las nalgas de ella y sostuvo esa masa redonda, compacta de músculos y enfiló hacia el portal abierto y anhelante de su cuerpo. La carne húmeda y tierna se apretó a su alrededor, y él tocó la comisura de la boca de ella con su lengua murmurándole alguna palabra tranquilizadora que ella, en realidad, no necesitaba en absoluto.

Él le besó los párpados, la punta de la nariz, con una mano sosteniendo, aún, su trasero mientras, con la otra, le acariciaba el pecho. Sintió endurecerse los músculos de sus posaderas y el pezón erguirse en la palma de la otra mano. La piel de Portia estaba húmeda y caliente, sus labios se entreabrieron dejando escapar suaves gemidos femeninos de dichosa expectativa. Él la penetró más profundamente, prestando atención al cuerpo de ella, escuchándolo con el suyo. Y cuando los ojos y el cuerpo de Portia le dijeron que estaba lista, él incrementó su ritmo penetrándola hasta el fondo. Las manos de ella se aferraron a los destacados músculos de sus antebrazos, que lo sostenían encima de ella, y Portia se dejó ir lanzando un grito, hundiéndose en el torbellino.

Rufus la abrazó fuerte mientras la tormenta la arrasaba, la arrojaba hacia lo alto para luego dejarla caer más y más abajo, zambulléndola en las aguas quietas de la aniquilación. Él no tenía prisa por alcanzar su orgasmo, esperó hasta que los párpados de ella se alzaron, revelándole su mirada verde, sumida en el embeleso. Ella estiró una mano, le tocó la boca y sonrió. Y él se maravilló de la belleza de Portia en ese momento de completo abandono.

Sin prisa, él comenzó a moverse de nuevo y el cuerpo de ella se agitó en tomo a él con breves ondulaciones, como las alas de una golondrina. Ella le tocó la boca otra vez, y luego bajó la mano hasta el vientre de Rufus, sorprendiéndolo con lo sabio de su caricia. Los músculos del estómago se le tensaron con su contacto y, emitiendo un suave gemido de placer, él se retiró del cuerpo de ella un instante antes de perderse, él también, en el abismo del placer.

Ella aplastó la cabeza de él contra su pecho y la retuvo. El cuerpo de él se hundió pesadamente en el colchón y, poco a poco, su respiración se tranquilizó. Abajo, los ruidos seguían sin mengua, y se oían crujidos y gritos más despreocupados que antes.

Después de unos momentos, Rufus abrió los ojos y se incorporó sobre un codo. Delineó la curva del alto pómulo de Portia y le sonrió, lánguido.

-¿Mejor?

-Maravilloso - dijo ella, lanzando una breve risilla maliciosa.

Rufus se levantó de la cama y, con una carcajada, fue a la mesa a recoger la botella. Bebió un sorbo y luego la sostuvo junto a los labios de Portia. Ella bebió, sedienta, y después se dejó caer sobre las almohadas.

-Me pregunto si habré roto el pacto - dijo ella, aún riendo.

-¿Cuál pacto?

Para Rufus, esa risa gutural era tan deliciosa como contagiosa.

-Olivia, Phoebe y yo habíamos hecho un pacto - dijo, con burlona solemnidad-Incluso, mezclamos nuestra sangre y pronunciamos un juramento por el cual prometíamos no ser nunca vulgares. Recuerdo que eso implicaba no casarnos, pero no estoy segura si también se refería a no perder la virginidad.

Rufus arqueó una ceja, y unas arrugas crisparon su frente.

-¿Quién es Phoebe?

-La hermana menor de Diana. Las tres nos conocimos en la boda de Cato y Diana - respondió ella, y su sonrisa adquirió cierta acritud al recordar lo que las había reunido a las tres - Nosotras nos sentíamos fuera de lugar, no queridas. Y, durante unos pocos minutos de una tarde soleada, nos comunicamos. Eramos tres parias sociales creando un juego infantil de fantasía.

En las últimas horas, Rufus había olvidado la existencia de Cato Granville. Había olvidado por qué esta muchacha había entrado en su vida y el problema de qué haría con ella.

-¿Qué sucede? - preguntó ella, al ver que los ojos de Rufus se oscurecían y aparecía una súbita tensión en su mandíbula.

Él sacudió la cabeza, restándole importancia.

-Mañana nos espera un largo viaje. Tratemos de dormir, si logramos que no nos afecte el barullo.

Entre ellos había caído una sombra; el entusiasmo de Portia se extinguió, dejándole en el fondo del estómago un espacio frío y hueco. Dedujo que su descuidado comentario había recordado a Rufus que ella era una Granville. Y, en consecuencia, ella también lo había recordado. Ella era una Granville, y acababa de traicionar a su prosapia Granville, en la cama de Rufus Decatur. ¿Pensaría Jack que ella lo había traicionado? Quizá no. Él, por su parte, buscaba el placer sin pensar demasiado en los principios ni en las consecuencias.

Con todo, la sombra no se dejaba apartar. ¿Qué le sucedería a ella ahora? ¿Esto habría cambiado algo? ¿Qué quería ella que sucediera ahora?

-Yo no tengo sueño - dijo, saltando fuera de la cama y escondiendo el pesar de sus reflexiones bajo la manta de su anterior exuberancia-Y la gaita todavía está tocando. Vamos abajo.

Ella se agachó para recoger los pantalones y los calzones.

Rufus titubeó. Sin embargo, en medio del caos de ruidos y jarana, podría postergar la realidad un tiempo más. Por lo tanto, sólo dijo:

-Eres infatigable. - y comenzó a vestirse.

Ya faltaba poco para el amanecer cuando se hizo el silencio en la casa de dudosa reputación de Fanny. El salón parecía una zona de desastre: mesas y bancos volcados, bebida derramada, perros husmeando en busca de restos de comida, moviéndose con agilidad entre los cuerpos de los que dormían allí donde habían caído.

Rufus se contó entre los últimos en sucumbir, y encontró a Portia acurrucada en el nicho de la chimenea, derrotada, al fin, por el sueño. Él la alzó y la llevó a la planta alta, la metió bajo las mantas y, después, se derrumbó a su lado. Sólo se permitiría dos horas, las mismas que permitiría a sus hombres antes de reanudar el viaje.

Pero eran ellos hombres adultos y podrían asumir las consecuencias de sus excesos.

Cato Granville estaba leyendo varios despachos y, al oír una vacilante llamada a la puerta de su habitación de la torre, levantó la vista.

-Adelante.

Para su sorpresa, fue su hija quien se escurrió en la habitación. No recordaba la última vez que Olivia había acudido a él. Hizo un esfuerzo consciente para despejar su ceño.

Olivia lo saludó con una reverencia y se quedó de pie, en silencio, un minuto. Tenía puesto un vestido bastante deslucido, pensó Cato. Era un castaño amarillento que no destacaba su cabello oscuro. Le daba una apariencia insulsa. En ese momento se le ocurrió pensar que tampoco recordaba la última vez en que había visto a su hija con un vestido que la favoreciese. Tomó nota, para sus adentros, de pedir a Diana que orientase a su hija hacia una vestimenta más atractiva.

-Estaba pensando en Po... Portia, señor - dijo, al fin, Olivia-¿Cuándo volverá?

En sus ojos negros se veía una dolorosa intensidad, y sus manos estaban apretadas sobre su opaca falda.

-Es un asunto muy complicado, hija - dijo Cato-No sé qué sucederá.

-¡Pe... pero no es justo! - protestó Olivia, con la mirada concentrada en su paisaje interior mientras pronunciaba las palabras-Tendría que haber sido yo, no Po... Portia. Tienes el deber de traerla de vuelta.

Ante semejante desafío por parte de su hija, que solía ser retraída, Cato se quedó atónito.

-No es un asunto que te concierna, Olivia - dijo él con severidad-Por otra parte, no me agrada tu descortesía. Puedes marcharte.

Olivia se sonrojó. Saludó en silencio y salió del santuario de su padre. Se quedó apoyada, de espaldas, contra la puerta tratando de recomponerse. Esa entrevista le había exigido una buena dosis de coraje y sólo había logrado una demostración de enfado por parte de su padre.

El reloj de la torre dio las cuatro; ella recordó, con amargo disgusto, que debía de acudir a la sala de destilación de Diana. Faltaban algunos frascos de conserva y Diana había interrogado a las criadas de la destilería. Se esperaba que su hijastra aprendiese las artes y destrezas de la administración del hogar.

Se apartó de la puerta y echó a andar, sombría, por el corredor en dirección a la sección doméstica del edificio. Cuando giraba al final del pasillo, una voz le dijo:

-Bueno, pero si es mi pequeña Olivia. Mi pequeña hermana.

Olivia levantó la vista y se le revolvió el estómago. Brian Morse, el hijastro de su padre, le cerraba el paso. Después de todo, había venido. Y Portia no estaba. Ella le había prometido estar, y no estaba.

Brian Morse era un sujeto delgado, de rostro alargado, ojos castaños pequeños como guijarros, y un sorprendente mechón de cabellos blancos que le crecía sobre la frente estrecha.

«Portia no tendría miedo», pensó.

-Yo no soy tu hermana - logró decir Olivia, en una voz casi firme.

-Oh, qué bravos estamos, ¿no es cierto? - se burló él. Extendió una mano, tratando de asirla por el hombro.

Ella se apartó de un salto con el rostro pálido, sus ojos como dos hoyos negros de disgusto y de miedo.

-¡No me toques!

Él se rió, en la misma actitud burlona.

-Has cambiado la melodía, hermanita.

-¡No!

Con un movimiento repentino, ella se ladeó y pasó corriendo junto a él, sintiendo por primera vez en su vida desesperada necesidad de la compañía de Diana.

Brian Morse, con una sonrisa en sus finos labios, la vio alejarse. Estaba creciendo, convirtiéndose en una joven mujer. Era alta para su edad y su busto prometía. A juzgar por ese breve encuentro, ella debía seguir siendo esa patética criatura que ni siquiera valía el esfuerzo hecho para burlarse. Siempre le había gustado que su diversión representara cierto grado de desafío.

Y, sin embargo... Su sonrisa se ensanchó. Tal vez resultara interesante comprobar hasta dónde podía llegar, presionando a esa feminidad en ciernes, durante su visita. Hacía cuatro años, recordó, le había sido notablemente sencillo llevarla a la histeria. Era como arrebatar un dulce a un niño.

Siguió su camino rumbo al estudio de Cato y, tras golpear con vivacidad en la puerta y oír la invitación, entró.

Cato se irguió a medias en la silla al ver al visitante.

-Brian, no sabía si esperarte o no, teniendo en cuenta las circunstancias.

-Esta guerra ha separado a muchas familias, milord - dijo Brian, estrechando la mano que se le tendía-Respeto tu decisión, aun cuando no la acepte.

-Ahá.

Cato indicó un asiento y volvió a sentarse él mismo. Los sentimientos de Brian parecían los apropiados, pero sonaban poco sinceros.

-Oh, discúlpame... - dijo, recordando sus deberes de anfitrión, y volvió a levantarse-¿Vino? - ofreció, sirviendo de un botellón que había en el aparador en dos copas de peltre y entregando una a su huésped-Espero que estén atendiendo a tus asistentes.

-He venido solo.

-Ah, ¿sí? - se asombró, levantando una ceja-No es seguro viajar por el campo solo, en estos tiempos.

-Viajo en misión privada para el príncipe Rupert - repuso Brian, con una sonrisa petulante, mientras olía la fragancia del vino.

-En ese caso, es mejor que lo mantengas en reserva - replicó Cato, sin ambages-¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

Por un instante, Brian pareció incómodo.

-Si mi presencia no es bienvenida, confío en que me lo dirás, milord.

-Tu presencia aquí, en tu calidad de partidario de la causa del Rey, no es conveniente - dijo Cato, remarcando las palabras-Como familiar que eres, puedes quedarte tanto como lo desees, por supuesto.

-Mi visita es de índole puramente social. He venido a presentar mis respetos, largamente demorados, a lady Granville. He lamentado profundamente no haber podido asistir a vuestra boda.

Cato bebió un sorbo de vino y asintió de forma vaga. Era probable que Brian lo ignorase, pero él sabía que no había podido asistir a la boda porque había estado preso en París, por deudas.

-Acabo de toparme con Olivia - siguió diciendo Brian-Se ha convertido en una joven mujer. Ya casi no quedan rastros de la niña que yo recordaba desde mi última visita.

-No - admitió Cato con aire sombrío-Ya casi no quedan rastros - dijo, tirando del cordón de la campanilla-Sin duda, necesitarás descanso y alimento después del viaje. Ah, Bailey, acompañe al señor Morse a una de las habitaciones para huéspedes y designe a alguien para que lo atienda durante su estadía.

El criado hizo una reverencia y se apartó para dejar salir a Brian por la puerta.

-Yo te acompañaré a la presencia de lady Granville después de que hayas tomado un refrigerio - dijo Cato.

La puerta se cerró tras ese visitante no deseado, y él se dejó caer de nuevo en la silla de roble tallado, cruzando las piernas y jugueteando con la pluma sobre la mesa con sus largos dedos. ¿Qué estaría haciendo Brian allí? ¿Estaría como espía del príncipe Rupert? Bien podría calcular el tamaño de la milicia de Granville y de su grado de preparación para la guerra. Sin embargo, esos datos no eran secretos. No vendría mal que los realistas supieran lo que cualquiera, en la región, podría averiguar sin dificultades.

Pero no tenían que saber del tesoro que se estaba acumulando en los sótanos del castillo Granville. No tenían que saber cuánto había recolectado Cato para el Parlamento. Cuando llegara el momento de sacarlo de allí rumbo a su destino, Brian Morse no podría estar en el castillo.

Una leve sonrisa apareció en la boca de Cato; levantó la copa. No era una sonrisa demasiado agradable. El tesoro mataría dos pájaros de un tiro. Rufus Decatur estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de recuperar para el Rey las ganancias de su familia. ¿Qué no estaría dispuesto a hacer por apoderarse de la riqueza que Cato guardaba en el castillo? Sería una hermosa carnada para atraer a Rufus Decatur y hacerlo marchar directamente a un lazo que colgaría de las almenas del castillo Granville. Y si la hija de Jack se convertía en un inocente peón del juego que jugaba Decatur, la captura de su secuestrador significaría la libertad de ella.

## *12*

-Esta noche no llegaremos a Newcastle - dijo Will, alzando la vista hacia el cielo gris, turbio.

-No, tendremos que hacer vivac junto al camino - dijo Rufus, mirando la procesión de caballos. Los animales estaban más descansados que los jinetes que, en su mayoría, tenían los ojos enrojecidos y tenían resaca, se aferraban a las riendas y se balanceaban en la silla medio dormidos.

Portia cabalgaba junto a él. Tenía la mirada densa y lánguida. Hablaba muy poco, por deferencia a Will, según creía él. Esa mañana, cuando Rufus y su compañera de lecho habían salido al exterior, en ese amanecer grisáceo, el joven no había sabido dónde mirar. A Rufus, la incomodidad de Will le resultaba un tanto cómica, teniendo en cuenta que él había hallado su propio esparcimiento entre las jóvenes mujeres de Fanny pero debía considerar, por otra parte, que Will nunca había conocido antes a nadie como Portia Worth.

Si Rufus lo hubiese sabido, comprendería que el silencio de Portia tenía poco que ver con Will. A la luz fría de la mañana, había resurgido en ella, dura y fría como el cristal, la pregunta que se había afanado por ignorar en medio de los bulliciosos juegos de la noche anterior. ¿Qué sucedería ahora? ¿Ella pasaría a ser una alegre prisionera? ¿Alegre y resignada a su cautividad, en la cama de su secuestrador? No se sentía alegre ni resignada. Lanzaba disimuladas miradas a Rufus y su expresión no le permitía adivinar nada. No había tenido mucha oportunidad de hablar a solas con él desde que se levantaron. Rufus había estado demasiado ocupado tratando de que sus soldados, después de la ebriedad y la disipación, volviesen a la disciplina militar. No se había mostrado demasiado benévolo al respecto, notó ella. Sin embargo, ninguno parecía resentido con las soeces maldiciones que les había soltado su irritado comandante.

El coronel Neath se acercó desde la retaguardia.

-Ay, siento como si tuviera el martillo de Tor dentro de mi cabeza - dijo, echando una mirada desconfiada al cielo, tal como había hecho Will-Parecería que va a nevar.

-Sí - se limitó a decir Rufus-Tendrá que hallar un lugar protegido donde acampar. ¿Tenéis tiendas?

-Sí - respondió Neath-Tenemos todo lo necesario. Pero ¿usted no viene con nosotros, hombre?

Rufus negó con su cabeza.

-No, os dejaré a Will y a la mitad de mis hombres para que os acompañen a Newcastle. Los demás, volveremos a Rothbury.

Al oírlo, Portia lo miró. Era lo primero que había oído en relación con los planes de él, si bien no cambiaba mucho su situación a qué lugar fuesen.

Penny estaba tan habituada a mantener su lugar en medio de un grupo de caballos que casi no era necesario guiarla; Portia pronto se durmió cuando, de súbito, la cabalgata se detuvo. Se incorporó de golpe en la silla, sacudiéndose para despabilarse, y vio que habían llegado a un cruce de caminos.

-Aquí nos separamos, coronel - dijo Rufus, inclinándose para estrechar la mano de Neath-Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias.

-Sí, lo mismo digo - dijo Neath, aceptando la mano-Le deseo buen viaje, hombre, pero no buena suerte.

Rufus se echó a reír y levantó la mano a modo de saludo.

-Que Dios lo guarde, Neath. Y que viva para luchar otro día más... Will, esperaré tu regreso dentro de una semana. Si llegaras a demorarte en Newcastle, hazlo saber.

-¿Por qué habría de demorar? - preguntó Will con aire inocente.

-Porque en los cuarteles generales deben de presentarse muchas oportunidades - señaló Portia, con brusca franqueza.

Will se sonrojó y su caballo se movió inquieto sobre el sendero, percibiendo la incomodidad de su jinete.

-No fue mi intención molestarte - se apresuró a decir Portia.

La disculpa no hizo más que empeorar las cosas; Will enrojeció todavía más. Rufus se compadeció de él.

-Tendrás bastante que hacer, Will; no te quedará mucho tiempo para el retozo - afirmó, al tiempo que hacía girar su caballo hacia el sendero de la izquierda-Buen viaje.

-Buen viaje, Will- repitió Portia, mientras Penny seguía a Ajax por el estrecho sendero sin necesidad de que ella se lo indicara; lo mismo hicieron los quince hombres que regresaban con ellos.

Anduvieron un corto trecho, y Rufus se detuvo en la cima de una pequeña elevación para observar la procesión de prisioneros y escoltas que avanzaba por el estrecho sendero y se perdían de vista en un bosquecillo de árboles jóvenes. Luego, hizo girar a Ajax y emprendió de nuevo la marcha.

Portia ya estaba bien despejada y recordó lo que había dicho él antes:

-¿A este lugar se lo llama Rothbury? ¿Estamos pasando por las tierras de tu familia?

Durante unos instantes, Rufus no respondió y, cuando lo hizo, dijo en voz casi inaudible:

-Lo eran.

La amargura de su tono cortó toda posibilidad de nuevas preguntas. Siguieron cabalgando, y Portia percibió cómo iba instalándose la oscuridad sobre él, como un manto negro. A ella se le acabó todo deseo de hablar. Tras ellos, la conocida silueta robusta de George ocupaba un lugar en la cabeza de la cabalgata que avanzaba por el sendero. Nadie parecía tener ganas de hablar; lo único que se oía era el golpeteo rítmico de los cascos y el tintineo de los arneses.

Rufus reprimió esa espantosa compulsión. Él no desconocía el riesgo que significaba tomar ese camino, pero era el camino más corto de regreso a la aldea Decatur, y lo había elegido bajo el influjo de la euforia que siguió al éxito de su ataque contra la tropa de Neath. Él se había creído a salvo de la locura pero, a medida que se acercaban a ese sitio, sentía que los negros zarcillos de la obsesión se enroscaban a su alrededor.

Cuando llegaron al lugar y él detuvo su caballo, supo que era impotente con respecto a su obsesión y no podía sino rendirse a ella. En el nombre de su padre, en honor de la memoria de su padre... No debía olvidar y no olvidaría.

Se volvió en su silla y dijo a George, en tono neutro:

-Te dejaré aquí. Yo seguiré hacia Decatur y más tarde me reuniré contigo.

La mirada perspicaz de George fue, a la vez, compasiva y afligida. Él sabía dónde estaban.

-¿Está seguro, señor?

Rufus hizo un breve cabeceo de asentimiento.

-¿Adónde vamos? - quiso saber Portia.

-Tú te quedas con George - afirmó Rufus.

Y sin añadir palabra, hizo girar a Ajax y se dispuso a saltar una pequeña valla que daba a un campo de rastrojos.

-Sigamos andando, muchacha - dijo George, acercándose a Portia-Más tarde el amo se reunirá con nosotros.

Ceñuda, Portia guardó silencio y permitió que Penny trotase apaciblemente. Al cabo de unos minutos, dijo:

-Me retrasaré unos instantes.

George asintió. En el campo, se obedecía sin complicaciones la llamada de la naturaleza. Portia se hizo a un lado, dejó pasar a la tropa y luego hizo galopar a Penny de nuevo por el sendero que llegaba hasta la valla.

El campo de rastrojos tenía una cuesta ascendente y, cuando Penny llegó a lo más alto, Portia vio a Rufus a poca distancia, en el borde de la colina. Montado sobre su caballo, tendía la mirada hacia el valle que estaba debajo. Permanecía completamente inmóvil y su silueta, en la tarde que moría, tenía una actitud tan amenazadora que Portia empezó a desear haberse quedado con George.

Estaba a punto de volverse cuando, de pronto, él giró en redondo sobre su silla. Los ojos que la contemplaban a través del espacio que los separaba eran como agujeros vacíos. La tenebrosidad de una terrible ira lo envolvía.

«Yo no sé nada sobre él.» Eso mismo le había dicho él el día anterior... ¿Había sido tan poco tiempo atrás? Hasta este momento, ella no había tenido idea cabal de lo cierto que era. La frágil intimidad de la noche que habían compartido, se hizo trizas como si fuese de cristal.

-Ven aquí, pues, y mira lo que has venido a ver - dijo él alzando la voz, en tono amargo y burlón.

Portia no quería ir y, sin embargo, tuvo que hacerlo. Se vio atraída hacia él como si ejerciera un hechizo endemoniado. Condujo a Penny cuesta abajo hasta que la yegua quedó al Iado de Ajax. El caballo temblaba, y su pellejo se ondulaba en el cuello y los flancos.

-De modo que tenías interés en echar un vistazo a la labor de Granville - dijo Rufus-¡Bueno, mira, pues!

Señaló con el látigo. Portia miró hacia el valle y vio unas ruinas ennegrecidas. Lo que, en otro tiempo, habían sido ladrillos de suave tono rojizo, estaban chamuscados; se veían paredes derrumbadas, con sus bordes abruptos, que seguían dejando adivinar la forma de la mansión que antaño se elevara allí. Remates de chimenea volcados estaban esparcidos sobre el prado cubierto de hierbajos. Entre tejas de pizarra azul desparramadas, brillaban sobre la hierba fragmentos de los cristales de las ventanas. El parque, que en el pasado había estado cercado y cuidado, era ahora un matorral silvestre, una confusión de arbustos rotos y, lo que en otros tiempos fuera un pulcro camino de grava que iba hasta el grandioso frente isabelino, estaba tapado con malas hierbas.

Portia contempló tanta destrucción en atónito silencio.

-Yo nací en aquella casa - comenzó a decir Rufus en voz colérica, fijando su mirada despiadada en el semblante pálido de ella-Yo tenía ocho años cuando los Granville asesinaron a mi padre, de pie ante la puerta principal de su propia casa. Ocho años cuando incendiaron una casa cuyos cimientos habían sido excavados en esta tierra antes de la Conquista. Ocho años, cuando los Granville empujaron a los Decatur hacia las colinas, como si hubiesen sido animales salvajes.

-Jack me contó que tu padre se había suicidado - dijo Portia, sintiendo su garganta tan reseca que apenas podía hablar-George Granville no mató a tu padre: él mismo se mató.

-Sí, se mató para evitar el deshonor que significaba la muerte de un traidor - afirmó Rufus-Se mató para que su hijo no viese que su padre era conducido a Tower Hill por un crimen que él no había cometido. Yel hombre cuya mano había estrechado como amigo, más de veinte años antes, lo mató como si él mismo hubiese disparado la pistola.

Portia echó una mirada al rostro de él y después apartó la vista para contemplar la casa en ruinas. Era imposible mirar ese semblante sin quedar aterrada por su expresión. Rufus daba la impresión de no registrar la presencia de ella junto a él.

-En recompensa por su traición, George Granville recibió la administración de todas las rentas de las propiedades Rothbury - dijo, y siguió hablando como si se dirigiera al aire que

rodeaba a Portia-Yo tenía la intención de obligar a Granville a devolver esas ganancias, a cambio de su hija. Y, en cambio...

Se interrumpió, miró a Portia con expresión inescrutable y luego siguió diciendo, en un tono suave que contradecía la ferocidad de sus palabras:

-Juré tomar venganza en nombre de mi padre y, si Dios me ayuda, lo haré. Veré arrastrarse a esa rata de albañal, en pago por la traición de su padre.

Horrorizada, Portia comprendió que lo decía muy en serio. y, al mismo tiempo, con dolorosa simpatía, pudo comprender lo que él había perdido. Sin su padre desde los ocho años, despojado de sus derechos de nacimiento, obligado a crecer en el ríspido mundo donde no regía la ley, fuera de la sociedad. Un niño que había visto morir a su padre de una muerte espantosa.

-¿Y tu madre? - preguntó ella, insegura.

-Murió al dar a luz a mi hermana, cinco meses después de que nos echaran de aquí - respondió él en tono sombrío, remoto-Murió porque nadie acudió a asistir a una perseguida, a la viuda de un condenado por traición. La niña murió pocas horas después.

-Oh, Dios.

Portia trató de alejar las imágenes de ese niño que veía a su madre, escuchaba sus gritos de dolor del parto y observaba impotente sus sufrimientos, hasta la muerte de ella que lo había dejado como un huérfano sin hogar.

Aun así, estaba mal. Jamás acabaría si Rufus seguía preso del deseo de venganza. Eso rebajaba a todos por igual.

-Cato no ha matado a tu padre - dijo ella - Él era un niño, igual que tú. No puedes culparlo por las acciones de su padre.

-Así habla una Granville - dijo Rufus en voz queda - Es curioso que yo haya podido olvidar, un par de veces, que lo eras.

-No puedo evitarlo - dijo Portia - No puedo cambiar mi sangre, Rufus.

Él no respondió y siguió con la vista clavada abajo, en las ruinas de su hogar. Portia pronunció la única verdad posible:

-Yo no puedo evitarlo, y tú no puedes olvidarlo, Rufus. No hay lugar para mí en la aldea Decatur. No te sirvo como rehén, y no puedo ser cualquier otra cosa para ti. Yo siempre seré el enemigo.

Él volvió la mirada hacia ella, con expresión sombría.

-Estás a una hora de caballo, hacia el sur, del castillo Granville. Vuelve a tu casa, vuelve junto a la chimenea de Granville; ése es tu lugar.

Portia guió a Penny cuesta abajo, volvió al prado y tomó hacia el sur. No miró atrás; aun así, seguía viendo en su imaginación al jinete sobre su caballo, en lo alto de la loma, solo con su venganza.

Ella, en cambio, estaba sola, simplemente. Regresaba a un lugar donde la esperaba una incierta bienvenida, y donde la torturaría el recuerdo de esos momentos en los que, aunque fugazmente, había pertenecido a un lugar.

El trayecto desde Decatur pasó como en una niebla. Portia tuvo necesidad de preguntar el camino varias veces, pero muy rápido llegó a las tierras de Granville. No había pasado mucho más de una hora desde que había dejado a Rufus, cuando vio la masa grisácea del castillo Granville, sobre la colina que estaba al otro lado del valle. No supo cómo definir lo que sentía. Su infelicidad había ido incrementándose con cada kilómetro que se interponía entre ella y Rufus Decatur. Se sentía como si la hubiesen arrojado fuera, al frío, como un pájaro recién nacido al que hubiesen echado del nido. Y era inútil que se dijera que ella misma había aludido al tema... que ella se había marchado por propia decisión. Ninguna de las numerosas desgracias que había sufrido en su niñez la habían preparado para este sentimiento de desolación.

Llegó hasta la puerta de torniquete y el centinela le lanzó una mirada suspicaz. Ella se identificó y, al hacerlo, causó un efecto galvanizador. El portón se abrió y el centinela asió las riendas de Penny, gritando por encima del hombro:

-Que venga el sargento Crampton. La muchacha ha vuelto.

Portia desmontó, abatida, y se detuvo en la caseta de entrada, esperando que saliera Giles. Era un recibimiento muy poco ceremonioso para tratarse de una rehén que regresaba milagrosamente.

Apareció Giles. Encontrado en mitad de la cena aún llevaba una servilleta de cuadros. Se quedó mirándola, boquiabierto, y pasaron unos instantes hasta que logró preguntar:

-¿De dónde has salido?

-Me escapé - dijo ella-¿Por qué me retiene aquí, sargento?

Intentaba mostrar cierta altivez, y causó cierto efecto en el sargento.

-Lord Granville está cenando - dijo él, bufando-Pero, será mejor que entremos. Ven conmigo.

Portia iba a decirle que conocía perfectamente el camino hasta el salón comedor, pero se contuvo y se dejó escoltar como una prisionera que ha escapado.

En el comedor, Cato intentaba, sin mucho entusiasmo, entretener a Brian Morse. Desde el primer instante de la visita de éste, Diana se había transformado. Brian había llevado consigo el olor santificado de la corte. Su vestimenta era moderna, sus modales, complicados y corteses, con un fuerte atisbo de coqueteo que lo hacía más picante. Diana se sentía en su elemento, estaba radiante y resplandeciente. Cato, no.

-Brian, si quieres ir de cetrería, yo puedo... - decía Cato, y se interrumpió al oír voces al otro lado de la puerta.

Reconoció el tono vigoroso de Giles Crampton; cuando la puerta se abrió, se puso de pie con indisimulada ansiedad.

El sargento llenó el vano de la puerta.

-Le ruego me perdone por interrumpir su cena, milord, pero...

-No importa, Giles - cortó Cato, dejando caer la servilleta. Vio la silueta de Portia, cubierta con una capa, tras la corpulencia del sargento-Ven, vamos a mi habitación. Te ruego me excuses, querida.

Hizo un cabeceo apresurado en dirección a su esposa y fue hacia la puerta. Allí se detuvo, estupefacto.

-¡Portia! ¡Buen Dios, muchacha! ¿Cómo has llegado?

-Apareció, simplemente, milord - respondió Giles, antes de que la aludida pudiese hablar-Se presentó ante el portillo sin una palabra de advertencia.

-Quizá fuera difícil anunciar su llegada - señaló Cato remarcando las palabras, mientras intentaba absorber esta extraordinaria reaparición, y su posible significado-¿Estás bien, hija? ¿No te han hecho daño?

Portia negó con la cabeza pero dijo, con absoluta sinceridad:

-No, pero admito que estoy fatigada, señor. Es una larga historia.

-Sí, me imagino. Ven, hablaremos en privado.

-¿De qué se trata, milord? - se oyó la voz cargada de curiosidad de Diana desde la mesa, a espaldas de ellos.

-Portia ha regresado - respondió Cato-Esto es extraordinario... bueno, mientras ella no me haya relatado lo sucedido, no puedo decirte nada, querida mía.

Cerró con gesto firme la puerta a sus espaldas y, casi en el mismo movimiento, empujó a Portia delante de él; ambos avanzaron por el corredor hacia la torre, seguidos por Giles.

Dentro, con la puerta cerrada, Cato observó a Portia con el mismo aire de atónita perplejidad.

-¿Qué sucedió?

-Yo no era la persona que ellos querían - respondió ella-Pero supongo que eso ya lo sabe.

-Sí, deduje que ese canalla de Decatur quería a Olivia - dijo, entornando los ojos-¿Cómo te han tratado?

Portia negó con la cabeza.

-El secuestro, en sí mismo, fue violento, pero no tengo queja del trato recibido una vez que llegamos a la aldea Decatur.

Lo dijo mirándolo a los ojos.

-Ella dice que se ha escapado, milord - dijo Giles, mirándola con recelo.

Portia vaciló, y Cato entornó los ojos.

-Es verdad.

¿Cómo podía explicar la verdad?

-Vino en una yegua pura sangre, milord - señaló Giles. Él seguía mirando a Portia con evidente suspicacia.

-¿Un caballo de Decatur?

-Sí - respondió Portia.

-¿Lo robaste?

-Supongo que ésa es la palabra - dijo ella. Se tambaleó un poco y se aferró al respaldo de una silla. No estaba en condiciones de soportar un interrogatorio. Al menos, esa noche - Para mí, fue como tomarlo prestado.

-No es fácil escapar de la aldea Decatur - puntualizó Giles - Tal vez, ellos miraron para otro lado.

Portia lo miró, confundida. ¿Qué estaría insinuando?

-El caballo debe ser devuelto - afirmó Cato - No le daré a Decatur la oportunidad para que me acuse de robo.

-Podríamos llevarla buena parte del camino a Decatur y después dejar que haga el resto del trayecto sola, señor.

-Sí, con un mensaje para el amigo Decatur - dijo Cato, sombrío. Se volvió hacia Portia - ¿Qué pasó con tu ropa?

Portia bajó la vista y contempló su poco ortodoxo atuendo.

-Las mías quedaron arruinadas durante el secuestro - explicó-Estas son las únicas que encontraron en la aldea Decatur. Allí no hay mujeres - agregó.

Cato asintió.

-He oído hablar de eso - dijo, mirándola con atención-Mientras estuviste allí, ¿te enteraste de algo útil?

-No sé qué le parecería útil a usted, señor.

-¿Te dio la impresión de ser un campamento militar?

-Sí, señor, y muy organizado. Y están bajo la bandera del Rey.

Ceñudo, Cato se quedó mirando a Portia, con su indecente atavío, su cabello convertido en un embrollo enredado por el viento. ¿Estaría diciéndole la verdad en relación con su huida? Había en ella cierto revelador titubeo. ¿Era posible que este asombroso regreso formara parte de un plan más complejo de Decatur? ¿Cómo podía una muchacha tan menuda habérselas ingeniado para escapar de la fortificación Decatur? Y robar la yegua de Decatur. No podía

descifrar la conducta de esa muchacha. Era la hija de su hermano y le miraba, ahora, con los mismos ojos que su hermano. ¿Podría confiar en ella? No lo sabía.

Notó que los nudillos de las manos de Portia se habían puesto blancos apretando el respaldo de la silla, también notó sus grandes ojeras. Fuera cual fuese la razón de su vuelta, ella estaba realmente agotada.

-Más tarde hablaremos largo y tendido - dijo, indicándole la puerta con un ademán-Olivia se alegrará de verte. Está preocupada por ti; he sabido por lady Granville que está enferma y en cama. ¿Por qué no vas a verla ahora?

-Por supuesto, señor.

En pantalones, Portia no podía hacer una reverencia; sólo hizo un torpe cabeceo.

En cuanto abrió la puerta del cuarto de Olivia, se olvidó de su propia infelicidad.

Olivia, con los ojos cerrados, el rostro más blanco que las almohadas, estaba tapada con las mantas hasta el mentón. Estaba quieta como si estuviera en un ataúd; el corazón de Portia dio un vuelco al verla. Cato había dicho que estaba enferma, pero parecía estar al borde de la muerte.

-¿Olivia?

-¡Portia!

Olivia se incorporó de golpe en la cama, inmediatamente la ansiedad de Portia disminuyó: era obvio que la niña no estaba al borde de la muerte.

-¿Eres tú?¿De verdad, eres tú? - exclamó, abriendo mucho los ojos al ver el atuendo de Portia-¡Llevas pantalones!

-Sí, soy yo; en efecto, y llevo pantalones - contestó Portia, cerrando la puerta y acercándose a ella-¿Por qué estás en cama? Tu padre me ha dicho que estás enferma.

-Es verdad - confirmó Olivia, asiendo la mano de Portia y apretándola hasta causarle dolor.

-Ah, cuánto me a... alegro de verte. ¿Qué ha pasado? ¿Porqué llevas esa ropa?

Sus ojos negros se habían iluminado llenos de interés, y sus mejillas habían adquirido un tinte rosado. Portia se sentó en el extremo de la cama.

-Es una larga historia, patito.

-¡Cuéntamela! - exigió Olivia, apretándole las manos con más fuerza. Portia se quedó en silencio un minuto. De súbito, sintió una necesidad abrumadora de contar sus desgracias, de volcar su corazón. Entonces, Olivia repitió:

-Cuéntame.

Y Portia se puso a hablar. Intentó quitar dramatismo a su relato, pero Olivia percibió la tristeza que se escondía tras el irónico tono de burla de sí misma. Y comprendió que Portia, a quien había creído tan fuerte, tan divertida, tan independiente, había sido herida. La muchacha que había resultado ser una amiga tan firme para Olivia, ahora necesitaba a una amiga. Olivia sintió un impulso de calidez, de sentirse útil.

-¿Lo... lo a... amas? - preguntó, cuando Portia terminó de hablar. Portia rió sin alegría.

-¿Que si lo amo? No sé qué es el amor, Olivia. Supongo que amaba a Jack, pero tal vez, simplemente, dependía de él porque no contaba con ninguna otra persona. No, no creo que sea amor lo vivido en mi breve encuentro con Rufus Decatur.

-Entonces, ¿qué fue? - insistió Olivia, sin dejar de oprimir las manos de Portia.

La mirada de Portia se perdió en la lejanía mientras sentía la calidez y la fuerza del reconfortante apretón de Olivia. ¿Qué había sido? ¿Pasión, excitación, curiosidad? Todas esa cosas. Y si había habido algo más, si ella había sentido el comienzo de algo más profundo, la posibilidad de algo más profundo, era evidente que Rufus no lo había sentido. Ella siempre sería el enemigo. Siempre estaría manchada por su propia sangre.

-Por cierto, no fue amor, patito - dijo, encogiéndose de hombros-No creo que haya amor en mi vida.

-Yo te amo - dijo Olivia con vehemencia, echándose hacia delante para estrechar el cuerpo delgado de Portia en un abrazo-Yo te amo.

-¡Oh, Olivia! - exclamó Portia, enjugándose los ojos cuando las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas-¡Mira lo que has logrado!

-A ve... veces es bu... bueno llorar - dijo Olivia, llorando, también. Portia se entregó por un instante al abrazo de Olivia, luego se apartó.

-Es que estoy cansada y hambrienta - dijo, con débil sonrisa-No estoy llorando.

-Sí, Po... Portia - señaló Olivia, con una sonrisa igualmente débil.

-Vaya par que hacemos - dijo Portia, echándose a reír, recuperada un poco su habitual personalidad. Estudió el contenido de la bandeja que había quedado olvidada, en un costado de la mesa-¿Ésta es tu cena? ¿Cenamos juntas?

-Yo no tengo hambre - dijo Olivia, empujando la bandeja hacia Portia.

-¿Estás segura? - preguntó Portia, mientras arrancaba un trozo de pollo asado. Echó una mirada perspicaz a Olivia-Yo ya te he contado mis pesares; ahora, tú debes contarme por qué te ocultas aquí, haciendo creer que estás enferma.

-Bri... Brian - contestó Olivia, dejándose caer sobre las almohadas-Él está aquí.

-¿Qué problema tienes con él?

Portia arrancó la carne con los dientes y desechó el hueso; después eligió un ala, aguardando con paciencia a que Olivia perdiera la mirada en la distancia.

Olivia se debatió tratando de encontrar algo concreto que respondiera la pregunta de Portia, pero siempre sucedía lo mismo. Sólo detectaba el disgusto y el terror que le provocaba el simple hecho de pensar en él. Y, como siempre, cada vez que ella trataba de aclarar su confusión, se acobardaba. Era algo que no quería saber.

Sacudió la cabeza.

-No puedo decírtelo. No... no lo sé sé. Lo único que sé es que... que me gustaría matarlo.

Impotente, miró a Portia y vio que ella no parecía impresionada por sus sentimientos. Sentía que Portia era una persona muy sólida, que nada la sorprendía.

Olivia estiró la mano inconscientemente y tomó un pan de trigo candeal de la bandeja. Portia le ofreció la mantequilla y después pinchó un trozo de remolacha encurtida que había en un plato. Comieron en silencio unos minutos, hasta que Portia dijo:

-Yo no te haré el favor de matarlo, pero puedo enseñarte un par de tretas que conozco. Si tú quieres, puedes amargarle la vida.

A Olivia se le iluminaron los ojos.

-¿Qué tretas?

Portia sonrió con malicia. Todavía tenía los ojos un poco enrojecidos, pero el antiguo brillo había vuelto a ellos.

-Te lo diré. Pero antes, tienes que levantarte y ser un poco sociable. No podremos hacer gran cosa a Brian si estás escondida aquí.

Ahora, Olivia comía tarta de setas. ¿Portia sería rival digna de Brian Morse? Ella se sentía por entero impotente cuando lo veía, como un ratón herido ante un gato. Pero, quizá, con Portia a su lado, ella podría ser fuerte, de algún modo podría resguardarse de su vileza.

-Muy bien - dijo - Mañana por la mañana me levantaré.

-¡Bravo! - aplaudió Portia.

Hacía tiempo que Portia había aprendido una valiosa lección: el alivio de los pesares, sobre todo de los profundos pesares del espíritu, estaba en la acción. Ella no podía hacer nada

para modificar su situación, al menos por el momento, pero podía lanzarse a resolver los problemas de Olivia; si en esa distracción se podía incluir un poco de malicia, tanto mejor.

## *13*

Aun cuando Portia no hubiese sabido cuánto aborrecía Olivia a Brian Morse, de todos modos el sujeto le habría desagradado. Cuando, a la tarde siguiente, le fue presentado en la sala de recibo de Diana, a él le bastó echarle una ojeada para descartarla como insignificante para tenerla en cuenta. Una pariente pobre, sin apoyo ni presencia que hablasen en su favor.

-Mi esposo es un hombre muy generoso - dijo Diana en voz baja, aunque cuidando de ser oída por Portia-No conozco a muchos hombres capaces de ofrecer un techo a la bastarda de su medio hermano.

-Una muchacha tan poco favorecida - murmuró Brian, echando una mirada hacia Portia y Olivia que estaban junto a la ventana.

El anaranjado de su cabello atrapaba la última luz del atardecer que caía sobre el rostro anguloso de la joven, dando un duro relieve a su nariz e iluminando sus pecas.

-Olivia - llamó Diana en tono áspero-Ven aquí, a conversar con el señor Morse. No sé qué está pasando últimamente con tus modales. Es muy poco apropiado cuchichear con Portia en un rincón; ella debe de tener mucho que hacer, estoy segura de ello.

-Mi padre ha dicho que Po... Portia tenía que hacerme compañía - afirmó Olivia, precipitándose a defender a Portia, y sonrojándose, tanto por la cólera como por el esfuerzo para hablar.

-Querida, estoy segura de que tu padre espera que demuestres a tus invitados la atención que debe la hija de la casa - dijo Diana, y agregó con acritud- : El señor Morse desea visitar las halconeras. Te sugiero que lo acompañes. Portia es necesaria en la guardería.

Los ojos de Olivia, en desesperado ruego, se posaron en el rostro de Portia. Ésta dejó caer un párpado en un lento guiño y se dirigió, como al descuido, hacia la puerta de la sala.

-Esta mañana, lord Granville me ha pedido insistentemente que permaneciera junto a Olivia, señora. Según tengo entendido, él desea, en cierto sentido, que sea su acompañante, hasta que ella haya recuperado sus fuerzas. Si ella debe salir, yo iré de inmediato a buscar una capa. Aunque, a decir verdad, es una tarde muy cruda y no sé si es prudente aventurarse...

-Está bien. - Diana interrumpió irritada el dulce comentario-No había caído en la cuenta de lo tarde que es.

Era muy probable que Cato le hubiese dado esas instrucciones a la muchacha; Diana no podía oponerse a sus deseos sin hablar antes con él.

-Si hace demasiado frío para salir, quizá mi hermana menor quiera pasear conmigo por la galería - sugirió Brian-Estoy impaciente por reanudar nuestro vínculo, puesto que ha transcurrido tanto tiempo. Recuerdo que eras poco más que una recién nacida.

Disgustada, Portia pensó que ese sujeto tenía una sonrisa especialmente untuosa. Untuosa y muy poco inspiradora de confianza. Además, percibía que él provocaba a Olivia. Por el motivo que fuese, Olivia le temía, él lo sabía y disfrutaba jugueteando con ella.

-Qué buena idea - dijo Portia, dándose la vuelta y enlazando su brazo con el de Olivia-Ven; mostraremos la galería al señor Morse, Olivia.

Eso no era lo que Brian pretendía. Le parecía que quedaba por debajo de su dignidad estar en compañía de semejante espantapájaros, cuya categoría en la casa era poco mayor que la de una niñera a sueldo. Sin embargo, la tentación de divertirse con Olivia era demasiado fuerte; él confiaba en que podría aplastar las pretensiones de la bastarda de Jack Worth en cuanto quedara a solas con las dos muchachas. Después de todo, Olivia jamás le había causado ningún problema.

En el estrecho corredor, él tomó el brazo libre de Olivia y la acercó con firmeza hacia él de modo que Portia no tuviese más remedio que quedar atrás. Ella no vaciló en deslizarse de costado entre Olivia y la pared, y caminó de costado, como un cangrejo, con la espalda hacia la pared.

Brian no le hizo el menor caso.

-Bu... bueno, he... hermanita - dijo él, burlón- , yo te... tenía la es... esperanza de re... recibir una ac... acogida mu... mucho ma... más cálida.

Al sentir la consternación de Olivia, el enojo de Portia se acrecentó. Se precipitó a la batalla, desviando la atención de Brian de Olivia hacia su persona.

-¿Por qué no eliges a alguien de tu talla, enano odioso?

La expresión de Brian fue de tal estupefacción que Olivia olvidó su terror por un minuto y estuvo a punto de echarse a reír.

-Con esa ropa de terciopelo negro tienes el aspecto de un escarabajo estercolero - siguió diciendo Portia-Quizá sea porque estás muy acostumbrado a ocupar las alturas vertiginosas de un montón de estiércol y entonces elijes ese color para tu ropa porque así te sientes protegido. ¿Nadie te ha dicho que cuando uno tiene piernas demasiado flacas es un error vestirse con terciopelo negro? Exagera el...

Con el rostro rojo de asombro y de furia, el joven se abalanzó hacia ella y ella lo esquivó.

-Tienes que ser mucho más veloz para atraparme, señor Escarabajo Estercolero - lo desafió-Señor Desgraciado Baboso Malvado, que es demasiado cobarde para provocar una pelea con alguien que sea capaz de devolver los golpes.

Fue bailoteando hacia atrás por el pasillo haciéndole un gesto obsceno, mientras Brian farfullaba tratando de hallar las palabras adecuadas.

-¿Te comieron la lengua los ratones? Mira, Olivia, dentro de un minuto, este desecho de albañal va a tragarse la lengua.

Con perfecto sentido de la oportunidad, ella pasó la mano hacia atrás y abrió la puerta de su habitación. Asió hábilmente la muñeca de Olivia y la arrastró consigo, cerrando la puerta rápidamente y echando el cerrojo.

Olivia no podía dejar de reírse. Se derrumbó apoyada en la puerta, que se sacudía a impulsos del violento asalto al que la sometía el apoplético Brian Morse.

-¿Cómo pudiste hacerlo? - preguntó Olivia,enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos-¿Cómo pudiste decirle semejantes cosas?

-Ah; eso no es nada - desestimó Portia-Tengo un vocabulario mucho más rico que el que oíste. Escucha esto.

Fue hacia la puerta y susurró en el agujero de la cerradura. En un susurro penetrante, pronunció palabras que Olivia jamás había oído hasta entonces. No era preciso que nadie le dijese lo indecentes que eran y, al sentir que fuera se hacía silencio, se abrazó a sí misma. Fue un silencio incrédulo, atónito, y Portia lo aprovechó para seguir hablando con voz suave, con total fluidez, terminando con un floreo al comparar el desdichado miembro viril del señor Morse con el de un cerdo muy pequeño.

No hubo respuesta. Olivia había parado de reír y se limitaba a contemplar a Portia con expresión maravillada, viendo cómo se apoyaba contra la puerta con los brazos cruzados, sonriendo.

-Eso lo ha hecho callar - afirmó, un instante después-En adelante, él tendrá un poco más de cuidado cuando quiera burlarse de alguien.

-Nunca te lo perdonará - dijo Olivia.

-Eso espero - replicó Portia, alegre-Preferiría revolcarme en un montón de porquería antes que recibir el perdón de ese bruto. De cualquier modo, no he hecho más que empezar con el señor Morse. Cuando haya terminado con él, ya no sabrá dónde tiene el trasero y dónde el codo.

Retiró con mucha lentitud el pasador y entreabrió la puerta. El pasillo estaba vacío.

-¿Sabes cuál es la habitación de él?

-No po... podemos entrar allí.

En los ojos de Olivia había vuelto a aparecer el terror y le temblaba la voz.

-No te preocupes: él no nos sorprenderá. ¿Sabes cuál es?

Olivia negó con la cabeza.

-Bailey debe saberlo.

-Bueno, entonces, puedes preguntárselo. Vamos, ya. Tenemos que ir al excusado.

Recogió la capa y la pasó sobre sus hombros.

-¿Para qué? - preguntó Olivia, luego comprendió que era una pregunta idiota.

-No para lo habitual- respondió Portia, escabulléndose fuera de la habitación-Ven.

La llamó, la tomó de la mano y corrió junto con ella por el pasillo que conducía a la escalera de la cocina.

La cocina, como siempre, era una colmena de actividad y nadie prestó atención a las dos muchachas que pasaron y salieron al patio. El excusado estaba en el extremo opuesto de la huerta, donde sus productos podían ser aprovechados. Olivia, que no llevaba capa, temblaba mientras corrían por el sendero, en dirección al resplandor de la lámpara que pendía sobre la puerta y no hizo más preguntas; se limitó a esperar a que Portia le revelara su plan.

Portia sacó la lámpara del gancho que había sobre la puerta y entró en el ruidoso cobertizo, entonces entregó la lámpara a Olivia.

-Levántala bien alto.

-¿Qué estamos buscando?

-Arañas - respondió Portia-Suelen estar en los rincones de los excusados. En ocasiones, hay unas grandes con manchas rojas, que pican.

Aunque Olivia no conocía las intenciones de Portia, no podía contener unas risillas disimuladas, temblando cuando una ráfaga de viento cerró la puerta de un golpe e hizo parpadear la lámpara.

-Ah, aquí están. Ah, eres una belleza - murmuró Portia con cariño, arrodillándose sobre la tierra endurecida-Qué maravillosas manchas rojas tienes - canturreó, al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo-Ven aquí, métete dentro - dijo, plegando el pañuelo para atrapar su tesoro-Veamos si podemos encontrar otra.

Si bien a Olivia no le gustaban las arañas, estaba fascinada y se inclinó para observar el meticuloso examen que hacía Portia de los rincones más oscuros del excusado.

-Viene alguien - susurró, al oír unos pasos en el sendero.

-¿Y qué? Nadie va a preguntar qué estamos haciendo en el excusado.

Portia metió un segundo ejemplar, especialmente gordo, dentro del pañuelo.

-Yo siempre utilizo la silla con agujero que tengo en mi cuarto - dijo Olivia, dubitativa.

Portia se limitó a sacudir la cabeza y siguió buscando. Una vez que hubo reunido una media docena de insectos, de variados tamaños, se incorporó con cautela. Puso un dedo sobre los labios y abrió la puerta. En el sendero había una fregona de la cocina.

-Buenas tardes, señorita.

Los ojos de la muchacha se abrieron al ver que, después de Portia, salía Olivia llevando la lámpara.

-Buenas tardes, lady Olivia.

-Bu... buenas tardes, Mary - respondió ella, entregándole la lámpara con la esperanza de demostrar aplomo, y echó a andar por el sendero tras los pasos ágiles de Portia, hacia las luces de la cocina.

-Averigua cuál es la habitación de la víbora - le indicó Portia, teniendo buen cuidado de mantener la mano sobre la falda, bajo los pliegues de la capa-Y date prisa. Ellas éstán comenzando a inquietarse; no quisiera que me picasen.

Olivia asintió y fue hacia la mesa de los criados, donde Bailey estaba dando buena cuenta de un plato de solomillo y de un pichel de cerveza. Portia salió de la cocina y aguardó a Olivia junto a la escalera.

-¿Y bien?

-En la torre este. Pero Bailey no sabe si él está ahora en la habitación.

-Ahá - dijo Portia, ceñuda, mordiéndose el labio-Eso podría presentar un inconveniente - dijo, observando a Olivia con atención-Si él estuviese dentro, tendríamos que hacerlo salir. Bastará con un minuto. ¿Podrías hacer de señuelo?

-¿Quedarme a solas con él? - se horrorizó Olivia, negando con vehemencia con la cabeza.

-Sólo será un minuto - la animó Portia. Comprendió que, en cierto nivel, era preciso que Olivia enfrentase ese demonio encarnado en Brian Morse, cualquiera que fuese-Te juro que estaré cerca.

Olivia tragó saliva e irguió los hombros.

-¿Lo pro... prometes?

-Lo prometo. Vamos. Ellas ya no se tienen quietas.

Echó a andar por el corredor y Olivia, después de una vacilación, la siguió.

Se detuvieron ante la puerta de Brian Morse. Portia se aplastó contra la pared a un lado de la puerta e indicó a Olivia que llamara.

Olivia se limitó a permanecer con la vista clavada en la puerta, paralizada, incapaz de levantar la mano. El silencio se prolongó hasta que Portia estiró un brazo y golpeó con fuerza en la puerta. Pálida, Olivia dio un salto hacia atrás.

La puerta se abrió, y Brian Morse escudriñó a su visitante con sus ojillos como guijarros.

-Dime.

-Di... Diana.

El esfuerzo que hizo para pronunciarlo fue tal que salió en forma de chillido más que de cualquier sonido que se asemejara a la voz humana. Olivia señaló en dirección de la sala de Diana, mientras se sujetaba la falda, dispuesta a huir si él hacía un movimiento hacia ella.

Brian no se molestó en seguir la conversación sino que, simplemente, cerró la puerta de un golpe a sus espaldas y se alejó. Olivia retrocedió como para ocultar de la vista a Portia, por si acaso a él se le ocurriese mirar hacia atrás, pero no lo hizo y, en cuanto giró en la esquina, Portia salió de su escondite.

-¡Ten, ponlas en su cama! Hazlo rápido. Yo me quedaré aquí, vigilando. Si alguien viene, silbaré.

Extendió la mano donde tenía el pañuelo con sus inquietas ocupantes, al tiempo que abría la puerta de la habitación con la mano libre.

-¡Vamos, hazlo! - la animó, al ver que Olivia seguía allí, inmóvil. Olivia tragó saliva, aceptó el pañuelo y corrió dentro de la habitación.

Portia se quedó junto a la puerta y sus ojos recorrieron el corredor a un lado y a otro.

-Aparta las mantas en la parte de los pies - le indicó en voz baja.

El corazón de Olivia latía con tal violencia que casi le impedía respirar. Aun así, obedeció las instrucciones de Portia, abrió las sábanas en el lado de los pies, las levantó y sacudió allí el contenido del pañuelo.

-Ahora, mete las sábanas bajo el colchón, bien ceñidas - indicó Portia.

Olivia acomodó las sábanas con habilidad, dio un par de palmadas sobre la cama a modo de buen augurio, riéndose entre dientes con una mezcla de nerviosismo y excitación, y se reunió con Portia.

-Eso es; así está bien. Las arañas se sentirán a gusto en ese sitio cálido; cuando el sapo se meta en la cama, ellas buscarán el lugar más cálido y húmedo. Adivina cuál es - dijo Portia, sonriendo con malicia-Por la mañana, él se levantará cubierto de grandes picaduras rojas, en los puntos más inaccesibles.

-¿Son venenosas?

-No letales - repuso Portia, seria-Te había dicho que no lo mataría.

-Oh, cómo me gustaría verlo - dijo Olivia, abrazándose a sí misma.

-Ya verás mañana cuando se siente a desayunar - dijo Portia, sonriendo.

Brian se detuvo ante la puerta del recibidor de Diana y, con gesto automático, se estiró el jubón y arregló la caída del cuello de encaje sobre los hombros. Todavía no se había recuperado de la experiencia con la bastarda de Jack Worth. Hasta entonces, nadie lo había insultado de ese modo, ni siquiera durante sus expediciones por las más sórdidas tabernas, por eso no sabía qué hacer en esa situación. No se le ocurría informar sobre el incidente a Granville ni a Diana. ¿Cómo podría admitir que una basura ilegítima le hubiese hecho morder el polvo de ese modo? ¿Cómo haría para repetir lo que ella le había dicho? Y lo peor de todo era que Olivia había oído todo. Esa chiquilla patética había presenciado su derrota. De algún modo, él se vengaría de la bastarda, pero lo haría a su propio tiempo y a su modo. Él era hábil para vengarse. Tenía una memoria persistente; cuando llegara el momento de golpear, sería el momento más dulce.

Llamó a la puerta de la sala y abrió, doblándose en una profunda reverencia.

-Lady Granville, ¿en qué puedo serIe útil?

Ella, que estaba escribiendo una carta, levantó la vista y le sonrió, un tanto sorprendida.

-Caramba, qué deleite que venga a hacerme compañía, señor Morse. En estos últimos días, mi vida ha sido un tanto sombría. Tenemos muy pocas visitas. ¿Quién querría hacer visitas sociales en un campamento armado?

Hizo un mohín de descontento.

-Es claro que mi esposo debe hacer lo que considere mejor pero, en ocasiones, añoro mucho la civilización. Una conversación estimulante, la oportunidad de ocuparse de modas otra vez... Pero si no tengo idea de cuál es la última moda en la corte, ¿sabe usted? - se quejó, pasando las manos con ademán despectivo por la falda de su elegante vestido-Juraría que me ve usted como a una desaliñada total.

-Pero no, por cierto que no, mi querida lady Granville - dijo Brian, sentándose en el sofá, junto a ella-Usted es la verdadera imagen de la elegancia. En la corte, ninguna podría hacerle sombra.

Diana soltó una carcajada musical.

-Me halaga, sir. Le ruego que continúe - dijo, tocándole la mano-Cuénteme las novedades de la corte. ¿Cómo se las arregla nuestra querida Reina en esta adversidad? Cuánto desearía estar con ella para ofrecerle mi apoyo. A ella y a la pobre princesa Henrietta. Qué criatura frágil. Debe de sentirlo muy duramente.

-Estuve en Oxford hace dos meses - dijo Brian-El valor de Sus Majestades es una inspiración para todos los que los sirven.

No creyó necesario agregar que, si bien había estado en Oxford, no había asistido nunca a la corte en el exilio y la única vez en que había visto al Rey y a la Reina había sido en la calle, un domingo que ellos habían ido a la iglesia.

-Ojalá pudiese convencer a mi esposo de que... - Diana se interrumpió, se tocó levemente los ojos con la punta de un pañuelo perfumado-Perdóneme, señor Morse. No me corresponde criticar las decisiones de mi marido pero me siento tan... tan deshonrada. Mi

deber, mi lealtad es para con mi soberano; sin embargo, me encuentro en esta posición tan odiosa... perdóneme - repitió, hundiendo el rostro en el pañuelo.

Brian le dio unas palmadas en la rodilla y sus ojillos adquirieron una expresión perspicaz. Percibía allí una posibilidad de causar problemas.

-En ocasiones, mi querida señora, uno debe de seguir a su conciencia por más que el deber indique lo contrario.

Diana levantó la vista: en su rostro no aparecían rastros de inquietud que lo desfiguraran.

-¿Qué quiere decir, señor?

Brian tosió con delicadeza.

-Lealtades personales... cuestiones de conciencia individual... No me parece que su esposo pretenda que usted abandone el dictado de su conciencia sólo porque la suya lo lleva por un camino diferente. Mi querida lady Granville, usted y yo sabemos que lord Granville ha adoptado una decisión muy errada. Oponerse al Rey es como oponerse a Dios. El Rey posee el derecho divino de gobernar. Es el representante ungido de Dios.

Ese sentencioso discurso sonaba como música en los oídos de Diana.

-Estoy muy asustada por mi marido - murmuró ella-¿Qué le sucederá, a él y a todos aquellos que se han pasado al bando opuesto al Rey, cuando esta rebelión sea aplastada y ellos deban enfrentar la cólera real?

-Por cierto, es una perspectiva grave - admitió Brian-Lord Granville quizá no ha tenido en cuenta que su familia compartiría su destino.

-Incluso mi padre piensa declarar su apoyo al Parlamento. No habrá dónde buscar refugio - dijo Diana con un estremecimiento.

-Tal vez... pero no; no puedo... no puedo sugerir semejante cosa.

Se puso de pie y comenzó a pasearse, con apariencia de agitación, por la sala tibia iluminada por el fuego.

-Oh, sí; le ruego que me diga lo que está pensando - suplicó Diana.

-Me parece tan... tan ingrato, después de que lord Granville me ha recibido con tanta generosidad; sin embargo... sin embargo no puedo soportar el verla sufrir de ese modo, milady - dijo, regresando al sofá y tomando las manos de la dama-Si usted confía en mí...

-Oh, por supuesto que confío en usted - repuso ella, oprimiéndole las manos-¿Qué quiere decirme?

La ansiedad hacía brillar los ojos de Diana.

-Que quizás usted podría mitigar con sus propias acciones la ofensa que su esposo ha inferido al Rey.

-¿Se refiere a trabajar en contra de mi esposo?

-No exactamente. Sin embargo, tal vez podría usted encontrar un modo de ayudar a la causa del Rey sin que su marido lo supiera...

Él se pasó la lengua sobre los labios. Estaba pisando terreno peligroso, pero Diana lo miraba con tan evidente admiración que ya le parecía saborear el triunfo. Qué golpe: atraer a su causa a la esposa dentro de las murallas de una fortaleza rebelde.

Cato era un hombre poderoso. Un hombre honorable, cuyo apoyo al Parlamento representaba una enorme diferencia para la causa, puesto que la legitimaría a ojos de muchos vacilantes. Si se lo pudiese socavar en su propio territorio, dentro de sus propios muros, haría que él perdiera toda su credibilidad. Y Brian Morse, el instrumento de su caída, sería depositario de la infinita gratitud de un soberano que habría recuperado el legítimo derecho al trono.

-¿Cómo? - susurró Diana, que tenía tanta conciencia del peligro como Brian.

Pero, antes de que él pudiese responder, se abrió la puerta.

-Por Dios, hombre, ¿por qué está de rodillas? - preguntó Cato-Le aseguro que mi esposa ya está comprometida.

Con dificultad, Brian se puso de pie.

-Oh, milord, yo estaba... estaba...

-El señor Morse estaba ayudándome a buscar un color de hilo de seda para bordar - dijo Diana, con calma.

-Ya veo - dijo Cato, inclinándose sobre el cesto de bordado-Quizá yo pueda ayudar.

Diana se limitó a sonreírle.

-Vamos, milord, ya se sabe que no tienes interés alguno en otra cosa que no esté relacionada con esta espantosa guerra.

Cato se encogió de hombros.

-Es probable.

Fue a tirar del cordón de la campanilla.

-Milord, ¿hay algo que te perturba? - preguntó Diana poniéndose de pie.

Fue hacia él y le apoyó una mano en el brazo, en señal de preocupación.

-Es sólo esta maldita guerra - dijo él- Ah, Bailey; tráiganos vino.

-¿Hay algo en particular que le preocupe, milord? - preguntó Brian, al tiempo que se inclinaba para atizar el fuego.

«Tu presencia, infinitamente irritante, y un gran cúmulo de sospechas con respecto a Portia Worth», pensó Cato.

-¿Dónde están las niñas? - preguntó él, ignorando la pregunta-Ya es la hora de cenar, ¿no es así?

-No sé - dijo Diana-¿Envío a alguien a buscarlas... o a buscar a Olivia? - preguntó, sonriendo a su esposo, y prosiguió diciendo con dulce preocupación- : Milord, he estado pensando que tal vez nos hemos apresurado demasiado al integrar a Portia en la familia. No me parece que debamos alentar la influencia de Portia sobre Olivia, en especial después de esta última escapada... qué cosa terrible. Yo sé que no quieres rechazar a la hija de tu hermano, pero... pero pienso que ella sería más feliz si ocupara un sitio entre los sirvientes.

Cato trató de controlar su irritación. No tenía intenciones de convertir a Diana en su confidente.

-No estoy de acuerdo, señora. A mi parecer, Portia ha convencido a Olivia de que se levantara, al menos. Y eso no es malo. Yo tengo mis propios motivos para desear que ella permanezca dentro del círculo familiar... por lo menos de momento.

Diana se mostró desconcertada.

-¿Puedo conocer los motivos, sir?

Cato negó con la cabeza.

-No es preciso que te preocupes por ellos, querida mía. Todo va bien. Ah, Bailey... - se volvió al ver que el mayordomo regresaba con el vino-Di a lady Olivia y a la señorita Worth que cenaremos en diez minutos.

-Sí, milord - dijo Bailey, haciendo una reverencia antes de salir. Diana apretó los labios pero no dijo nada; cuando unos minutos después, entraron Olivia y Portia, sonrió con calidez a Olivia y le dio un beso.

-Me siento muy feliz viendo que te sientes mejor, mi querida niña.

Olivia le sonrió sin convicción y se limpió, con disimulo, la mejilla al tiempo que se volvía. Durante la cena, Cato parecía distraído y dejaba la conversación en manos de Diana y de Brian. Pero estaba observando a Portia. Ella se comportaba con perfecto decoro, hablaba muy poco y respondía con cortesía cuando se le hablaba. Nada en su actitud sugería que él tenía a una espía de Decatur bajo su techo, más había percibido que ella no le había contado

toda la verdad con respecto a su viaje a la aldea Decatur. Quizá Giles tuviese razón: el sargento estaba convencido de que había algo extraño en el trato de la muchacha con Decatur.

Él no tenía conciencia de la atención con que estaba observándola hasta que, de súbito, Portia levantó la mirada del plato y enfrentó con audacia la de él. Allí estaba, otra vez, el desafío. Tal vez ella no podía evitarlo, como no había podido evitarlo su hermano. Y quizás ella estuviese burlándose de él del mismo modo que solía hacerlo Jack, creyendo que lo engañaba.

Decidió volver a hablar con ella, sondearla un poco más a fondo. Después de la cena, Cato llamó a Portia a su cuarto privado del bastión. Recatada, ella estaba sentada ante él, al otro lado de la gran mesa y trataba de disimular su inquietud.. Ella no se engañaba con respecto a Cato. Él era agudo como un estilete. Y no debía, no podía saber toda la verdad con respecto a su encuentro con Rufus Decatur.

-¿Cuántas conversaciones has tenido con Decatur?

Portia lo pensó.

-En realidad, una sola. Al principio, cuando llegué y él cayó en la cuenta de que yo no era Olivia.

-¿Eso lo enfureció?

-Al comienzo, pero luego comprendió que sus hombres habían cometido un comprensible error. Yo llevaba la capa de Olivia, y ellos sabían que debían llevarse a la muchacha de azul.

Olivia había informado a Cato sobre el cambio de capas. Hasta ese punto, las versiones coincidían.

-¿Cómo te han tratado, exactamente?

«¿Con humor, con lujuria, con pasión? ¿O, en realidad, sólo fui provocada y manipulada por el más acérrimo enemigo de los Granville?», se preguntó ella.

-Me tenían en un desván, la mayor parte del tiempo. Intenté escapar robando un trineo y huyendo por el río, pero los centinelas me sorprendieron - respondió a Cato.

Lo miró a los ojos. Cato se puso ceñudo.

-¿Y, al final, cómo escapaste?

-Algunos hombres salieron de expedición y yo me las ingenié para mezclarme con ellos. Y cuando estuvieron bien lejos de la aldea Decatur, me escabullí.

Como ella sabía que ésa había sido su intención y que podría haber dado resultado, sus palabras fueron convincentes.

Portia comprendió que no había adoptado, en forma consciente, la decisión de ayudar a Cato en su guerra contra Rufus Decatur, pero no había decisión alguna que tomar. No pensaba aportarle ningún dato útil.

Cato se frotó la barbilla y comenzó a sentir un chispazo de alivio y optimismo: de momento, no podía acusarla. Su vista se posó sobre un despacho que había llegado esa mañana.

-Mientras estuviste allí, ¿oíste algo relacionado con un ataque a una partida de hombres de lord Leven, en las afueras de Yetholm?

-Lord Rothbury y algunos hombres estaban ausentes de la aldea cuando yo escapé - respondió ella, prudente-Mientras estuve en el altillo no oí nada con respecto a sus planes - lo cual era innegablemente verdadero-¿Ha habido un ataque así, milord?

-Al parecer, sí - dijo Cato, haciendo, al mismo tiempo, un gesto que le restaba importancia. Se puso de pie y comenzó a pasearse por el pequeño espacio-¿Has averiguado el monto del rescate que Decatur hubiese pedido por devolver sana y salva a Olivia?

-No - contestó Portia, mintiendo sin remilgos por primera vez. Ella vio en su imaginación el semblante de Rufus, su rictus de dolor y de furia mientras miraba la casa

donde había nacido. Portia oyó su voz áspera y salvaje, describiendo lo que los Granville habían hecho con su padre y con su hogar, contándole lo que había esperado lograr al secuestrar a Olivia. ¿Cómo hubiese podido hablar a Cato de semejante horror, si ella ni siquiera soportaba recordarlo?

Cato la miró con agudeza y supo al instante que ella estaba mintiendo. Lo veía en sus ojos, en la tensión de su boca. ¿Por qué mentiría si no tenía nada que ocultar?

Él se detuvo ante el fuego y apoyó un pie en la rejilla, un brazo en la repisa y observó con atención a la muchacha:

-Decatur sabía el color de la capa de Olivia. Eso da cuenta de un gran conocimiento de nuestra vida que es dificil de creer. Y me pregunto cómo sabía él que tenía que buscarla en el foso. ¿Cómo sabía él que vosotras teníais la costumbre de patinar juntas?

-No sé - respondió Portia.

-Pienso si tal vez no habrá un espía entre nosotros - dijo él, con la vista fija en el rostro de ella.

Portia tuvo la sensación de estar caminando sobre piedras, cruzando un rápido torrente. En lo único que podía pensar era en Rufus comiendo la carne ofrecida por Cato en el patio exterior, escuchando con disimulo las conversaciones del enemigo, viendo cómo ella y Olivia patinaban en el foso congelado.

Arriesgó el pellejo en un juego mortífero que para él sólo era diversión. Durante todo el tiempo, en sus ojos había risa... y ésa fue la primera vez que él la había besado.

Ella bajó la vista y la fijó en sus manos, entrelazadas sobre el regazo.

-Supongo que es posible, milord.

De pronto, Cato sonrió y dijo:

-Bueno, no es necesario que tú te preocupes más. Me alegra de que estés de vuelta, sana y salva. Y sé que Olivia está encantada, pues ella necesita una compañera. Ya puedes volver con ella.

Una vez que ella hubo saludado con una reverencia y salido, Cato volvió a pasearse. En el preciso instante en que la puerta se cerró tras Portia, la sonrisa se había desvanecido. Él estaba seguro de que Portia ocultaba algo: ella no había podido mirarlo a los ojos. Aunque, si ella era espía en su campamento, existía la posibilidad de aprovecharla para su propio beneficio. En tanto ella no sospechara de sus sospechas, podría darle información. O sea, darle desinformación que atraería a Rufus Decatur a la trampa que precipitaría su caída.

Además, ¿qué estaría cocinando Brian esa tarde con Diana, por todos los diablos? Lo cierto era que no habían estado eligiendo sedas de bordar. Cuanto antes se librase de Brian Morse, más fácil serían las cosas para él.

Cato no sabía que estaban operando fuerzas inesperadas para librar al castillo Granville de Brian Morse. Gracias al excelente coñac de Cato, Brian se fue a acostar temprano y pronto estaba roncando. Las arañas de manchas rojas reaccionaron con cruel indignación ante esa mole de carne desnuda que perturbaba su paz. Los insectos corrieron aprisa a meterse en los huecos y hendeduras donde la carne era más húmeda y suculenta. Brian se revolvió y se agitó, levantó las rodillas sintiendo, en medio de su sueño de ebrio, el ataque de las incómodas picaduras.

Despertó cuando el criado asignado a él abrió las persianas y corrió las cortinas de la cama.

-Aquí tiene agua para afeitarse, señor. Y el muchacho encargado de las botas ha lustrado las suyas.

Brian se incorporó, y la intensa luz lo hizo parpadear. Le latía la cabeza. Metió una mano bajo las mantas para rascarse el muslo, y luego la ingle; algo rozó sus dedos impulsándolo a apartar la ropa de cama. Las inquietas criaturas de manchas rojas, expuestas a

la luz, parecían una pesadilla provocada por el delírium trémens. De los labios del joven escapó un involuntario chillido.

El criado las miró, atónito:

-¿De dónde habrán salido? Las arañas, digo. Las arañas.

-¡Ya lo sé, pedazo de tonto! - gritó Brian, saltando al suelo-Mátalas.

Se miró las piernas y allí se destacaban grandes ronchas rojas sobre la piel. Giró el muslo hacia fuera y vio la fila de insectos que trepaba en dirección a su mata de vello púbico. Se estremeció de asco y el sirviente comenzó a azotar a las arañas con el atizador.

-No me imagino de dónde habrán salido, señor- dijo el criado, persiguiendo a un ejemplar especialmente robusto que se escurría entre las arrugadas sábanas, en procura de seguridad-Quizá las trajera usted mismo.

-¡Tonto! Claro que no.

Brian comenzó a rascarse y, a medida que se rascaba, las ronchas se hacían más grandes y se extendían.

-¡Tráeme un baño... que sea de agua caliente... de agua hirviendo! - bramó, y el sirviente salió corriendo.

En el corredor, el criado se tropezó con lady Olivia y con la señorita Worth que paseaban por allí tomadas del brazo.

-Buenos días, Peter. ¿El señor Morse tiene algún problema? - preguntó Olivia.

-Oh, por el amor del Señor, lady Olivia, él está enloquecido - respondió Peter, sonriendo-Yo sé que está mal que me ría, pero era divertido. Aparecieron arañas en su cama, y lo han picado por todas partes. Ahora, quiere agua hirviendo. Está rascándose de un modo terrible.

Y Peter se alejó, riendo entre dientes.

-¡Oh, Portia, qué inteligente eres!

Portia le dedicó una sonrisa petulante.

-Es una bonita treta, ¿no es cierto?

-Y yo tengo otra - dijo Olivia, con sus ojos oscuros iluminados por la excitación.

-Ah, ¿sí? - dijo Portia, deteniéndose en mitad del corredor, intrigada-¡Tú piensas jugar tu propia treta al sapo! ¡Bien hecho!

-Sí, lo haré - dijo Olivia, agitando un pequeño rollo de papel, con el rostro enrojecido por su propia audacia y su inventiva-Esta mañana, pasé por la destilería y se me ocurrió dejarle una pequeña sorpresa en su cerveza de la mañana.

-¿Qué?

-Espera y lo verás.

Portia rió entre dientes, encantada al ver que Olivia tomaba la iniciativa. Ése era el mejor modo de disipar miedos fantasmales.

Olivia casi no podía contener su excitación. Cuando Brian apareció en el comedor, ella se esforzó por no mirarlo demasiado francamente, pero le costaba contener la risa y el delicioso estremecimiento de expectativa.

Brian respondió al saludo de Diana, se disculpó por haberse presentado tan tarde a la mesa del desayuno y casi no miró a Olivia cuando ella le dio los buenos días, tartamudeando. Él disparó a Portia una mirada que era puro veneno, y ella le respondió con una recatada y medida reverencia.

Olivia lo observó con atención y, cada vez que él se retorcía, cada vez que llevaba una mano debajo de la mesa, sabiendo que él estaba rascándose entre los muslos, tenía que ahogar la risa. El dolor que reflejaba la expresión de Brian era cada vez mayor a medida que se disipaban los efectos calmantes del baño y la picazón regresaba con toda su furia.

En un momento dado, él se levantó de la mesa de un salto, como si lo hubiesen pinchado y, cuando Diana lo miró sorprendida, se sonrojó hasta las raíces del pelo prematuramente raleado y fue hasta el aparador levantando las tapas de las fuentes como si estuviese inspeccionando su contenido mientras, todo el tiempo, se frotaba los muslos con desesperación, pasando el peso del cuerpo de un pie al otro.

Olivia echó una mirada a Portia, con sus ojos resplandecientes de risa y, luego, como al descuido, se inclinó sobre el jarro de cerveza de Brian como para tomar el salero. Al mismo tiempo, abrió la mano sobre la tapa del jarro, después volvió a apoyarse en su silla y se puso a untar de mantequilla un trozo de pan.

¡Oh, qué muchacha pícara!, pensó Portia, reprimiendo a duras penas la risa. No tenía idea de qué habría echado en la cerveza de Brian, pero suponía que sería una sustancia elegida con cuidado.

Brian regresó a la mesa y, mientras se sentaba, hizo a Diana un comentario casual sobre el clima.

-¿Está todo bien, señor Morse? - le preguntó Diana, auténticamente preocupada.

-Desde luego, lady Granville - respondió él, riendo con una risa hueca y poco convincente-Ningún hombre tendría la menor preocupación en el mundo estando en tan deliciosa compañía.

Alzó el jarro y vació su contenido sin respirar. Portia percibió la inmovilidad con que Olivia aguardaba mientras Brian bebía. Esperó a que él dejara sobre la mesa el jarro vacío para reanudar su propio desayuno.

Unos minutos después, Cato entró en el comedor. Saludó a su familia y se sirvió tajadas de ternera del aparador. Hacía horas que estaba levantado y traía en la piel el frío de la mañana y en su actitud la distracción del comandante de cualquier ejército. Aun así, se quedó perplejo cuando vio que Brian se levantaba de un salto y salía corriendo del cuarto.

-Por Dios, ¿qué le pasa a este hombre?

-Yo cre... creo que el se... señor Morse no está muy bi... bien, señor - dijo Olivia, con aparente preocupación-Da la impresión de estar su... sufriendo.

Portia se ahogó con una costra de pan.

-Ayer parecía estar perfectamente bien - observó Cato.

-Quizá debería ir a verlo - dijo Diana, poniéndose de pie.

-Ah, yo diría que no lo haga - musitó Olivia en una voz que sólo oyó Portia.

-¿Cómo dices, Olivia? - preguntó Cato.

-Na... nada Importante, sir.

Diana llegó a la puerta en el preciso momento en que se abría de nuevo y Brian aparecía con el semblante muy pálido.

-Perdonadme - murmuró, volviendo a sentarse.

-¿Está usted bien, sir? - preguntó Portia, en un tono capaz de rivalizar con la música de las esferas.

Brian abrió la boca para responder pero luego empujó su silla hacia atrás con tal violencia que la volcó en el suelo. Salió corriendo del salón, mientras un gemido brotaba de sus labios.

Cato empezaba a alarmarse.

-Tal vez debas enviarle al médico, Diana.

-Sí. Sí, lo haré de inmediato - dijo ella y salió deprisa. Portia dijo:

-Si me disculpa, lord Granville, creo que debo ir a la guardería a ayudar a Jane con las pequeñas.

Olivia se levantó de un salto, se excusó y salió, pegada a los talones de Portia, dejando a su padre solo en la mesa del desayuno.

-¿Qué has puesto en la cerveza? - preguntó Portia en un risueño murmullo, empujando a Olivia hacia una ventana que había en el corredor.

-Una generosa dosis de sen - respondió Olivia, lanzando una carcajada-Él se pa... pasará to... todo el día en la silla del excusado, pu... purgándose.

-Oh, qué muchacha astuta - dijo Portia, en tono de aprobación-Has estado brillante.

Olivia resplandeció de gusto.

-Yo supongo que él se marchará muy pronto - dijo Portia-Es raro que una persona se quede mucho tiempo en los lugares donde ha hecho el ridículo... o donde le han hecho hacer el ridículo - agregó, con aire pensativo-Será conveniente que vaya y me porte bien con Janet.

Se alejó saludando con la mano, y Olivia llevó la suya al medallón que colgaba de su cuello. Lo abrió y sacó el anillo de cabello trenzado de tres colores. La amistad era la fuerza más poderosa. Era capaz de ahuyentar a los demonios, incluso.

## *14*

¿Qué estarían llevando al interior del castillo? Portia se arrastró hacia delante para poder tener una vista mejor del foso a través del sumidero del excusado. Estaba presenciando la misma escena que había visto antes: hombres que descargaban mulas y desaparecían con su carga bajo el puente levadizo, pasando por la entrada escondida a los sótanos. Igual que la vez anterior, la operación se desarrolló en absoluto silencio, bajo la supervisión de Giles Crampton.

Portia reptó hacia atrás y se incorporó en ese estrecho espacio. Lo que había visto le fascinaba e intrigaba, al mismo tiempo. Sin duda, estaría relacionado con la guerra. Cato estaba reuniendo algo para contribuir al esfuerzo bélico. Pero ¿qué era?

Las expediciones que Portia hacía cada noche la tenían absorbida desde que había regresado al castillo Granville y la ignominiosa huida de Brian Morse. Ella era consciente de que siempre estaba buscando alguna señal de Rufus o de sus hombres. Una silueta familiar que se escurriese en las sombras, una voz conocida que susurrara en la oscuridad. Un hombre viejo, de espalda encorvada, que anduviese por allí arrastrando los pies, vestido con ropa de campesino, de tela casera. Si Rufus era capaz de espiar en el corazón mismo de los dominios de Cato no era imposible imaginar que él o alguno de sus hombres estuviese por allí observando, bajo alguna forma o figura. Portia no sabía qué haría si llegaba a divisar a alguno de ellos... o al propio Rufus. ¿Los enfrentaría? ¿Se ofrecería a ayudarlos en su espionaje? Ridículo: ella era el enemigo. Rufus no aceptaría su ayuda.

Con amargura, se dijo esto mismo muchas veces; aun así, sus acciones no cambiaron. En ocasiones, su rapto le parecía un sueño, y la necesidad de recordarse que aquello había sucedido en realidad - que de verdad había pasado todo lo que había desencadenado aquel rapto- era como una comezón que debía rascarse.

Por eso, se deslizaba por el castillo imaginando que estaba reuniendo información para Rufus Decatur, aun sabiendo que jamás podría transmitirle esa información. Con todo, eso le daba un propósito, le proporcionaba cierto sentido, aunque torcido, en medio de su confusión y dolor.

Ella se arrebujó en su capa, salió deprisa del agujero y echó a andar junto a las almenas. Bajó a la carrera un tramo de escalera de piedra cortada en el muro de cortina, para salir al patio exterior. El viento de la noche movía la llama de las antorchas que proyectaban sombras fantasmales sobre los adoquines.

Portia se deslizó pegada a las paredes, buscando los charcos de sombra, hasta que llegó al portillo. Estaba abierto y así ella pudo oír los sonidos que provenían del foso más abajo. El centinela, junto con los hombres de Giles, estaba descargando las mulas.

Ella se escabulló por la puerta. Entre los muros y el foso sólo había una franja cubierta de hierba, de unos quince centímetros de ancho, apenas. Portia se aplastó contra la pared y avanzó de costado, de puntillas hasta que llegó al punto donde estaba a salvo de la luz de las antorchas que iluminaban el puente levadizo. Allí permaneció inmóvil, pegada a la pared, y escuchó. Desde el grupo que estaba abajo, trabajando, le llegaban las voces quedas pero nítidas.

-Ésta es la última mula, sargento.

-Está bien. Cierre la puerta al salir.

-Sí, señor.

Se oyó un chirrido de goznes que pedían aceite, luego un golpe sordo y la luz de la antorcha se apagó. Desde la oscuridad llegó un tintineo de arneses y Portia dedujo que se estaban llevando las mulas ya descargadas. Oyó pasos sobre el puente levadizo, luego se cerró el portillo y ella quedó sola, fuera del castillo.

¿Y ahora, qué haría? Se sentó y resbaló sobre su trasero por la orilla, hasta el foso cubierto de hielo. La oscuridad era absoluta y el bulto enorme del puente levadizo se cernía sobre su cabeza. Encontró el camino a tientas por la pared, sintiendo el frío y la humedad de las gruesas piedras, hasta que quedó directamente debajo del puente. En algún punto del muro estaba la puerta secreta. Sin luz, la fina línea no se distinguía, pero ella ya la había visto y sabía que no estaba a más de un metro sobre la superficie del foso. Se quitó los guantes para tantear la pared y los dedos se le enfriaron de inmediato.

Ah; ahí estaba. Una línea casi imperceptible entre las piedras. Era demasiado recta para que fuese una rajadura casual. La recorrió hasta su borde horizontal y luego bajó por los costados, palpando en busca de un picaporte, una palanca, algo que permitiese abrirla desde fuera.

Nada. Las piedras no eran más que duros e inflexibles bloques de hielo. ¡Y ella había quedado fuera del castillo a las dos de la madrugada!

Mientras se mordía el labio inferior, Portia extendió su búsqueda pasando las palmas sobre las piedras a lo largo de la línea. Todavía, nada. Tenía las manos tan frías que no podía percibir nada. Se puso otra vez los guantes, temblando violentamente y se apoyó en la pared tratando de pensar qué haría a continuación.

La pared se abrió a su espalda. Fue tan repentino que cayó hacia atrás. No había dintel y ella se tambaleó hacia atrás, en un vacío negro, agitando las manos para aferrarse a algo. A duras penas logró mantenerse en pie aferrándose a la losa de piedra que giraba pesadamente hacia dentro.

Estaba dentro del castillo, mirando hacia fuera, hacia el foso. A sus espaldas, todo era negrura absoluta; delante, la oscuridad menos intensa de la noche. En cuanto cerrara la puerta, quedaría a ciegas.

Permaneció inmóvil, aguzando el oído en la oscuridad que había atrás de ella. Pudo oír la sangre rugiendo en los oídos, el corazón golpeando en las costillas. ¿Haría suficiente tiempo que los hombres se habían marchado? ¿Corría peligro de toparse con ellos? Miró hacia atrás y sólo pudo ver un túnel bajo y estrecho que desaparecía en la oscuridad.

Todo estaba en silencio. Un silencio tan completo que era aterrador. Portia tuvo que emplear más valor que el que ella creía poseer para cerrar la puerta, pero lo logró. El mismo chirrido, el mismo golpe sordo, y ya estaba de pie, en medio de la más absoluta oscuridad y el más completo silencio. Se volvió, apoyó las manos a ambos lados en las paredes y echó a andar, bajando la cabeza y los hombros. Poco a poco, el cielo raso subía y pronto pudo erguirse. La oscuridad se hizo menos densa a medida que sus ojos se habituaban a ella y, al escudriñar ante sí, le pareció detectar un matiz gris en medio de la negrura.

Entonces, vio un parpadeo de luz: una antorcha. Se paralizó, apretándose contra la pared al mismo tiempo que su corazón se aligeraba al ver signos de aproximarse a lugares habitados. No se oía ningún sonido y la luz seguía en el mismo sitio, parpadeando como a influjos de una brisa. Avanzó deslizándose, otra vez, manteniéndose junto a la pared. El túnel comenzó a abrirse y ella vio la entrada a poca distancia, delante de ella. Entonces, oyó voces: la de Cato y la de Giles Crampton.

-Pienso que por ahora tenemos bastante, Giles - decía Cato en un tono que vibraba de satisfacción.

-Sí, milord. Es un buen botín - dijo Crampton riendo entre dientes - Me parece que no debe de quedar un solo cáliz de plata aquí ni en York. ¿Cuándo lo enviaremos?

-El viernes que viene, por la ruta de Durham, ya que mi hijastro no se interpone más en el camino...

-Me dio la impresión de que se fue con cierta prisa - comentó Giles-Parecía bastante demacrado, como si no pudiera tenerse sobre el caballo.

-Ahá - admitió Cato secamente. La abrupta partida de Brian no había sido muy amistosa. Peor aun, Cato tenía la inquietante sensación de que su hijastro albergaba un

evidente resentimiento contra el castillo de Granville. Había visto algo muy desagradable en sus inexpresivos ojos castaños, algo amenazador, casi, para alguien dado a las fantasías. Pero Cato no lo era. Tenía cosas mucho más interesantes de qué ocuparse que de las menudas maldades de Brian.

-El viernes, cuando el tesoro salga de aquí, tendremos que cerciorarnos de que Rufus Decatur sepa exactamente cuándo sale y qué camino toma - dijo Cato en tono frío, aunque aún se percibía en él la misma satisfacción de antes.

-No sé si lo entiendo, señor - dijo Giles, inseguro-Es lógico que él lo robará para el Rey en cuanto le ponga los ojos encima.

-De eso se trata. Porque, cuando lo haga, caerá en una trampa - afirmó Cato, con esa misma, helada certeza-Atacará el cargamento y nosotros estaremos esperándolo. Veré a Rufus Decatur colgando de las almenas de mi castillo antes de que acabe el mes, puedes estar seguro de ello, Giles.

-Es un buen plan pero ¿cómo lo atraeremos?

Giles era hombre de imaginación limitada y su perplejidad era evidente para la persona que escuchaba en el túnel.

-Haremos circular un rumor sobre el cargamento - dijo Cato, paciente-El campo hierve de espías de Decatur. Él recibirá la información y...

Hizo una pausa. Portia se acercó, sigilosa, olvidando el peligro en su ansiedad por no perder una palabra.

-Además, yo creo que tenemos un espía aquí mismo. Si no me equivoco, la señorita Worth trasmitirá la información por cualquier canal que le hayan indicado que usara.

Giles silbó.

-Entonces, ¿usted cree que ella se está volviendo mala?

-No sé si mala o, más bien, ingenua - dijo Cato-Si estoy en lo cierto, ella trasmitirá la información en cuanto la oiga; de todos modos nos encargaremos de que ella la escuche.

Portia se sintió descompuesta. Tuvo la sensación de que se le erizaba el cabello y se le contraía el cuero cabelludo.

Percibió que las voces se alejaban, luego se apagó la luz, y aun así ella permaneció apretada contra la pared del túnel hasta que el silencio fue completo otra vez. Cuando estuvo segura de que estaba sola de nuevo, salió del túnel y se encontró en una gran sala. Sentía el olor del aceite de la lámpara que acababan de apagar. Aunque estaba muy oscuro, pudo distinguir los contornos de los cofres apilados contra las paredes. Abrió uno y se quedó mirando, boquiabierta, el intenso resplandor de la plata, el brillo más tenue del oro, el chisporrotear de las gemas que parecían emitir luz en la oscuridad.

Tocó los objetos: candelabros, cálices, fuentes de plata. También había joyas. Sortijas y broches. Todo un tesoro constituido por retablos, muebles domésticos y alhajas personales. Y todo ello hecho en metales y piedras preciosos. Ese tesoro estaba destinado a enriquecer las arcas del Parlamento. En tiempos de guerra, mantener un ejército era muy costoso. El Rey estaba tan urgido económicamente como los rebeldes. En primavera, cuando comenzara la lucha, esta hucha podría dar la ventaja a cualquiera de los dos bandos.

Rufus Decatur daría cualquier cosa por poner sus manos sobre ese botín, y Cato lo sabía.

Portia dejó caer la tapa del cofre. El golpe sordo resonó en la vasta cámara como un tambor, y el corazón de la muchacha se aceleró. Pero volvió a reinar el silencio. Pudo divisar la sombra de una abertura en la pared opuesta y fue hacia ella. Hacia delante se extendía otro túnel, pero era más ancho y alto que el que partía desde el foso. Echó a andar por él, mientras su cerebro trabajaba furiosamente.

Tenía que advertir a Rufus sobre la trampa. Cato tenía razón. Su enemigo debía de tener ojos y oídos alertas diseminados por todo el campo. A Rufus Decatur no se le escapaba nada

de lo que intentaba hacer Cato Granville. Él intentaría apoderarse del tesoro de Cato y sería capturado. El túnel terminaba al pie de un tramo de empinada escalera de piedra.

En la cima había una puerta de roble. Cuando posó su mano sobre el tirador, Portia sintió un escalofrío de ansiedad. ¿Y si estaba cerrada por el otro lado? Sin embargo, se abrió con facilidad, y ella pasó para encontrarse en uno de los fregaderos contiguos a la cocina.

No se oía otro sonido que el fuerte tictac del alto reloj de pie de la cocina y el siseo de un leño encendido en el inmenso hogar. Portia se dirigió hacia su propia, helada habitación, a través de la escalera del fondo y, una vez allí, se sentó sobre la cama después de haber cerrado la puerta, con las manos apretadas sobre el regazo, pensando con desesperación.

De modo que Cato creía que ella era una espía. Una ingenua crédula que no sabía lo que estaba haciendo. Al pensar en el modo en que él pensaba utilizarla, la inundó una oleada de indignación. ¡Ella sería el cebo de su trampa! De acuerdo; pero, a pesar de cualquier lazo de sangre, ella iba a hacer lo contrario.

Pero ¿cómo? Por desgracia, ella no contaba con los canales de comunicación con la aldea Decatur que lord Granville suponía que tenía. Tampoco se podría decir que había mensajeros amistosos, dispuestos a llevar un mensaje tan peligroso por el ventoso paraje de las Cheviot Hills, en medio de una guerra. Ella no tenía manera de descubrir a uno de los espías de Rufus y no podía vagabundear por la comarca dejando caer indicios, con la esperanza de que llegasen a los oídos propicios.

La respuesta era simple, por supuesto: tendría que ir ella misma. En su mente surgió, claro, este pensamiento: una vez que hubiese dejado la casa de Cato en cumplimiento de semejante cometido, no podría volver nunca más. Quedaría por completo a la deriva.

Aun así, sabía que no tenía alternativa. No podía hacerse a un lado y ver cómo Rufus marchaba hacia su muerte.

Se metió bajo las mantas y dormitó, inquieta, temblando. A la dura luz grisácea del amanecer se levantó y comenzó a moverse por la habitación, reuniendo sus escasas pertenencias. Tendría que ir andando. Y aunque fuese una perspectiva que atemorizaba, sabía que no podría apoderarse de uno de los caballos de Cato y que a Penny la habían enviado de vuelta a su dueño inmediatamente después de haberla almohazado y hecho descansar. Cato no había informado a Portia sobre el contenido del mensaje que había enviado junto con la yegua, y Portia prefería no conocerlo.

A caballo, había cuatro horas hasta la aldea Decatur, de modo que andando demoraría unas doce horas. y, cuando ella hubiese llegado a los sombríos parajes de las Cheviot Hills, no tendría hitos que la ayudaran a situarse, sólo los indicios que pudiese brindarle su propia memoria. Aunque podría buscar las hogueras de los centinelas. Ese anillo de fuego que se veía en las cimas de las colinas le serviría de guía desde una considerable distancia.

Necesitaría vino y alimento. A lo largo del camino podría encontrar agua. Aún le quedaba algo de dinero del que Giles le había dado en Edimburgo, pero la conciencia le prohibía que lo usara con ese propósito. A desgana, dejó los dos chelines de plata sobre el lavabo. Y luego fue a la cocina a rebuscar entre las sobras. Como aún era muy temprano, sólo había allí un somnoliento mozo de cocina, atizando el fuego y bostezando hasta descoyuntarse las mandíbulas, que no registró la presencia de Portia.

Parecía ser muy breve el tiempo que había entre el momento de la decisión y aquel en que estuviese lista para partir, sin embargo, para tan importante cometido, sus preparativos fueron mínimos. Envolvió un botellón de vino y un poco de pan, queso y carne fría dentro de un paño. Debajo de su falda de montar tenía pantalones. Dos pares de calcetines. Una gruesa capa de lana y guantes. Sus escasos recuerdos estaban distribuidos en los bolsillos.

Ahora, sólo le faltaba despedirse de Olivia e ingeniárselas para salir del castillo sin llamar la atención. Mientras se encaminaba hacia la habitación de Olivia, Portia sabía que su segunda tarea sería más fácil.

Olivia aún estaba dormida pero se despertó en cuanto Portia le sacudió el hombro suavemente.

-¿Qué haces levantada tan temprano? - preguntó, sentándose en la cama y mirando a Portia con aire perplejo-¿Por qué estás vestida como para salir?

Portia se sentó en un costado de la cama.

-Tengo que volver a la aldea Decatur - le respondió-Tu padre ha tendido una trampa a Rufus y yo no puedo permitir que él caiga en ella.

-No, cIa... claro que no - confirmó Olivia, posando su mirada interrogante sobre el rostro de Portia-Pero ¿qué trampa?

Portia se lo explicó y Olivia escuchó con las cejas unidas sobre sus ojos hundidos.

-¿ Volverás? - preguntó. Pero el tono valiente de su voz y el dolor que leía en sus ojos le dijeron a Portia que la muchacha ya conocía la respuesta.

-Tú sabes que no podré regresar. Tu padre jamás me recibirá de nuevo - dijo Portia, inclinándose sobre Olivia y dándole un beso en la mejilla-Sin embargo, esto no es un adiós. No sé por qué, pero estoy segura de que no lo es. No sé adónde iré después de haber advertido a Rufus, pero intentaré hacerte llegar un mensaje para que sepas qué ha sucedido.

Pensativa, frunció el entrecejo hasta que una idea la asaltó:

-Te diré qué haremos: te dejaré mensajes en la isla del foso, bajo ese peñasco donde se refugian los patos cuando llueve. Busca allí cada vez que puedas. ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo - respondió Olivia, forzando una sonrisa-¡Vete!

Portia le dio otro rápido beso y se levantó, tragando para Oliviar el nudo que sentía en la garganta.

-Una sola cosa más - dijo, con voz apremiante y mirada intensa-Olivia, tienes que fingir que no sabes nada sobre mí ni sobre el motivo por el que me marché ni adónde fui. ¿Puedes hacerlo?

-Desde luego - replicó la otra, indignada de que Ponia pudiese haberlo dudado-Y ahora, vete, a.. antes de que emp... empiece a llorar.

Portia titubeó un segundo y después se marchó, para no darse tiempo de soltar las lágrimas que se apretaban en sus ojos.

Salió del castillo por el portillo de la torre norte, diciéndole al guardia que iba a dar de comer a los patos. Era algo tan corriente que el hombre no hizo más que asentir, intercambiaron un par de frases con respecto al tiempo y la dejó salir.

Ya era pleno día. El cielo estaba despejado y había muy poco viento. Resultaba un tiempo auspicioso para la caminata que ella tenía por delante. El camino bajaba abruptamente hacia el valle, luego serpenteaba a lo largo de varios kilómetros, atravesando el suelo del valle para luego trepar las primeras estribaciones de las colinas que llegaban hasta las Cheviot.

Portia caminaba con agilidad, balanceando los brazos, canturreando para mantener elevado el ánimo. Cuando podía, andaba en línea paralela al camino, oculta por los setos. Una mujer solitaria sería fácil presa de cualquiera que tuviese intenciones hostiles, por no hablar de los grupos de soldados que veía a intervalos regulares. Por fortuna, el golpeteo de pies, el son de gaitas y el sonar rítmico del tambor anunciaban el acercamiento de aquéllos con tiempo suficiente para que ella se escondiera.

Al mediodía, Portia comió una parte de su magra provisión de alimentos y descansó un rato, aunque hacía demasiado frío para quedarse sentada mucho tiempo sobre el duro suelo, a pesar de que a sus espaldas un cerco la protegía del viento. Pasó cerca de algunas aldehuelas y de varias chozas abandonadas; poco a poco, comenzó a darse cuenta de que las sombras se alargaban a medida que la luz se escurría lentamente del cielo. Había estado caminando desde las ocho de esa mañana y cada paso iba convirtiéndose en un esfuerzo. No tenía noción de la distancia que le faltaba recorrer y, cuando oscureciera, no sólo le sería imposible encontrar su

camino sino que, por añadidura, la temperatura, ya bastante baja, descendería aún más. Tenía que encontrar cobijo. Estaba segura de que algún aldeano la recibiría.

Hasta ese momento, eran escasas las señales de guerra que se veían en el campo, pero eso se modificó poco después de que Portia llegara a la concIusión de que necesitaba un refugio. Iba caminando por un estrecho sendero flanqueado de por altos cercos. En el aire perduraba un lejano olor a humo y ella lo atribuyó a la hoguera de algún granjero o a los últimos tocones que se quemaban hasta que, de repente, el cerco cedió su lugar a unos campos abiertos a ambos lados.

Los campos habían sido arrasados por el fuego hasta dejar la tierra desnuda; los árboles que, con tanto trabajo, habían sido plantados como protección contra los crueles vientos que soplaban desde las colinas y los pantanos que había más allá estaban convertidos en negros esqueletos, recortados contra el cielo oscurecido. De las ramas colgaban trapos que, cuando Portia se acercó, resultaron ser cadáveres que colgaban de lazos y se retorcían a impulsos del viento frío. Habían estado allí, colgados, durante varios días y llevaban las insignias de las tropas realistas de Newcastle.

Portia se volvió de lado, haciendo arcadas por la repugnancia que le provocaba el hedor de la putrefacción, las cuencas de los ojos vacías, y las grandes bandadas de cuervos negros que volaban en círculo, graznando, alrededor de su festín de carroña.

Desde una zanja que corría a lo largo del campo donde estaban las horcas llegó un patético gemido, mientras Portia se alejaba, dando tumbos, de esa escena atroz. Trató de ignorar ese ruido pero éste siguió, patético e insistente al mismo tiempo, con una especie de desesperación definitiva hasta que, por fin, ella se volvió, evitando mirar las horcas y tratando de encontrar el origen del sonido.

El gemido provenía de un cachorro de no más de cinco o seis semanas, a juicio de Portia. Ciertamente, no estaba lo bastante crecido para ser separado de su madre. Estaba en la zanja y, con sus líquidos ojos castaños, la miraba desde abajo de un flequillo rizado. Su pelaje, de un poco corriente color mostaza, era un embrollo de espinos y rizos enredados.

-Oh, qué pequeño poco simpático eres - murmuró Portia, sintiendo un instantáneo lazo con ese mestizo abandonado.

Se agachó para recogerlo, y lo sintió temblar contra ella, puro pellejo, hueso y pelo mojado. Un harapo de tela flameaba alrededor de su cuello flaco: era un trozo de bandera realista.

Sin querer, Portia echó una mirada al campo de batalla. ¿Este cachorro habría sido una mascota de las tropas? Era probable. Una mascota abandonada, que moriría de hambre después de la atroz carnicería.

-Ven, cachorro. No sé por qué, pero tengo la impresión de que tú y yo pertenecemos a la misma categoría.

Metió al animalillo bajo la capa, sobre el corazón, y sintió el veloz latido del perro y los temblores involuntarios, que fueron desvaneciéndose a medida que el animal entró en calor.

Ahora, tendría que encontrar refugio para los dos. Ya había oscurecido por completo y el escaso calor que había reinado durante el día había sido disipado por el viento, cada vez más fuerte. Portia siguió andando con dificultad por el campo, cada vez más afligida. Era probable que los bárbaros soldados de la tropa parlamentaria que habían cometido semejante atrocidad estuvieran aún por las cercanías y, aun cuando ya se hubiesen ido hacía tiempo, los habitantes de la región tendrían miedo y sospecharían más que de costumbre de una desconocida.

Después de andar unos tres kilómetros, llegó a una aldea junto al camino. Las chozas estaban cerradas y sólo las finas guedejas de humo que brotaban de las chimeneas daban cuenta de que estaban habitadas. Eligió la choza que estaba más cerca de la pequeña iglesia y, con una audacia que no sentía, llamó a la puerta.

No hubo respuesta. Volvió a llamar y esperó. Ningún sonido, ninguna sensación de vida. Sin embargo, ella sabía que debía de haber alguien sentado ante el fuego, pues el humo se rizaba elevándose sobre el techo. Golpeó de nuevo y llamó en voz baja, tranquilizadora. Era probable que, si oían una voz de mujer, abrieran.

Nada. Volvió al callejón e inspeccionó la casa, que se acurrucaba en un pequeño terreno desnudo. Las persianas de las ventanas estaban cerradas y no se veía ni una mota de luz.

Portia se estremeció. Nunca, hasta entonces, se había sentido tan sola y estaba muy asustada. Le daba miedo el frío, la imposibilidad de pasar una cruel noche de invierno sin abrigo, y también la posibilidad de un ataque humano. El cachorro gimió. Debía de tener hambre. ¿Sería lo bastante grande para comer pan, carne y queso?

Pero antes tendrían que salir de la intemperie. El cielo estaba cubierto de nubes, no tenía ni un poco de luz, y el viento arreciaba. La iglesia les daría cobijo. Sería frío y duro pero no tendrían que soportar el viento y estarían a salvo de intromisiones humanas.

Portia abrió la entrada con techado y avanzó por el sendero, hasta la puerta de la iglesia. Era una pequeña iglesia normanda, un amontonamiento de piedra gris, con una ventana en roseta sobre la puerta con arcada. Portia levantó el pasador y empujó, rogando que no estuviese cerrada con llave. La puerta chirrió con ruido y se abrió a un vestíbulo oscuro, húmedo y frío.

Permaneció quieta, acostumbrando sus ojos a la oscuridad y, poco a poco, fueron cobrando forma la pila, las largas hileras de bancos, el resplandor del altar. Quizás hubiese ropa del sacerdote en la sacristía, algo con lo que ella pudiese envolverse, al menos. Estaba el paño del altar, pero eso le pareció un tanto sacrílego.

Se acercó al altar y se sentó sobre el último escalón, junto a la barandilla de la comunión, desenvolvió la capa y levantó al cachorro.

-¿Y de qué sexo serás tú?

Estaba demasiado oscuro para verlo; tanteando con los dedos, pronto encontróla respuesta: era una hembra. La pequeña criatura le lamióla mano y volvió a gemir.

Portia la dejó en el suelo y abrió el paño donde había envuelto la comida. La perrilla se abalanzó, frenética, al oler la carne. Portia sacó el cuchillo de la bota y cortó la carne en trozos, lo más pequeños que pudo, y los puso sobre un peldaño del altar. La perra pareció olfatear, y la carne desapareció.

-Tengo la impresión de que tu necesidad es mayor que la mía - murmuró Portia, mientras cortaba un poco más.

Dio toda la carne al cachorro y ella bebió el vino, sintiendo que, al menos la entibiaba por dentro. Pensó en encender las velas del altar pero dedujo que no sería muy prudente tener luz allí. Ella no sabía qué clase de recibimiento le darían los habitantes de la aldehuela y, a juzgar por lo que había visto en las cerradas chozas, era lógico suponer que no sería amistoso.

El cachorro, con la barriga llena, se alejó al trote hacia la oscuridad. Portia adivinó lo que se proponía y se precipitó tras ella.

-Espera, no puedes aliviarte en una iglesia. La levantó y la llevó fuera. En el patio de la iglesia, bajo el abrigo de un árbol de tejo, ambas satisficieron sus necesidades naturales y luego volvieron a la iglesia.

En la sacristía, Portia encontró una deshilachada sotana y se envolvió con ella. Se sentó, apoyó la espalda contra el altar y cerró los ojos. La perrilla trepó a su regazo y se sumergió bajo la capa y la sotana, buscando calor.

-Para algunos, está muy bien - dijo Ponia temblando. En la expedición al exterior había perdido todo el beneficio del vino; ahora sólo le quedaba un trago.

Ya no le pareció sacrílego usar el paño del altar. No creyó que Dios fuese a ofenderse si salvaba a una de sus criaturas de morir congelada.

Aun abrigada por el paño del altar, tenía demasiado frío para poder dormir. Sentía la fatiga hasta en la médula de los huesos; todos sus músculos estaban tensos por el profundo dolor que le causaba el frío.

-¿Sabes una cosa, Juno? Si ese sinvergüenza malhumorado de Decatur se muestra ingrato después de mis desvelos, le clavaré el cuchillo en la garganta - musitó, con la boca pegada al cuello del cachorro, y halló cierto consuelo en hablar en voz alta, por más que lo hiciera con un animal que no podía responderle.

¿Por qué había decidido llamar «Juno» a esa bestezuela poco agraciada? La pregunta sobrevoló su cerebro sin detenerse para ser respondida. Su mente empezó a hacerle jugarretas. Creyó estar de vuelta en su cama, en el castillo de Cato. Luego, se vio otra vez en la calle St. Stephen, de Edimburgo, oyendo a Jack que la maldecía profusamente porque ella no le había llevado suficiente coñac para que él pudiese mantener a raya a sus demonios. Luego, ella se veía en un prado soleado, junto a la orilla del Loire. Sentía el calor del sol en la espalda, entibiándole los huesos, y Jack estaba sentado a cierta distancia de ella, jugando a los dados con un par de vendedores ambulantes que, en ese momento, empezaban a caer en la cuenta de que el hombre a quien habían creído una presa fácil, iba a despojarlos de todas sus posesiones, hasta las botas con que se calzaban.

Portia espantó a una mosca que zumbaba sobre su mejilla, perturbando el disfrute del glorioso letargo que le producía el calor del sol, la encantadora negrura salpicada de manchas rojas que veía tras los párpados cerrados. El zumbido continuó. Irritada, lanzó una palmada y algo le mordisqueó el dedo con suficiente fuerza como para hacerla volver, bruscamente, a la torva realidad.

Confundida, se quedó mirando a Juno, que le devolvía la mirada con sus líquidos ojos castaños colmados de ansiedad. La perrita había estado lamiéndole la mejilla al sentir que ella iba deslizándose hacia una comarca de la que, tal vez, no pudiera regresar.

Tras un violento escalofrío, Portia se levantó de un salto y se arrebujó apretadamente en la tela del altar mientras comenzaba a pasearse por la nave de un extremo a otro, hasta que estuvo bien despierta y con la sangre circulando, un poco demorada, en las venas. Todavía seguía sintiendo más frío que el que jamás recordaba haber sentido, pero estaba despierta y viva.

Fue hasta la puerta y espió fuera. La oscuridad iba disipándose un poco, pero el cielo seguía estando muy cubierto.

-Me parece que es mejor que nos pongamos en movimiento, Juno. Preferiría enfrentarme con una banda de ladrones que morir congelada aquí.

Volvió a poner el paño en el altar y la sotana donde la había encontrado, comió los últimos mendrugos de pan, dio el queso a Juno y luego expuso su cara al viento, con el cachorro acurrucado bajo el brazo.

Cuando amaneció del todo, había comenzado a nevar y ahora Portia debía atravesar los páramos de las Cheviot, teniendo como únicos testigos de su paso a unas pocas, desdichadas ovejas acurrucadas bajo la magra protección de unos árboles sin hojas. Como tenía sed, ella hizo un hoyo en el hielo que cubría un pequeño arroyo. Juno bebió con avidez, pero el agua estaba tan helada que le provocó a Portia un fuerte dolor de cabeza. De sus ojos brotaron involuntarias e inesperadas lágrimas de desdicha y desesperación, lágrimas que se congelaron en sus mejillas. Echó a temblar de manera convulsiva, sintiendo que sus ropas no la protegían del frío más que si estuviese desnuda. Lo único que la animaba a seguir adelante era la perrita, que mantenía un pequeño punto de calor junto a su pecho.

La nieve se hizo más densa y ella casi no podía ver a un paso más adelante; ya no sabía si iba en la dirección correcta o si estaba dando vueltas en círculos. Ya no le importaba nada que no fuese poner un pie delante del otro, en medio de la nieve empujada por el viento.

Portia vio el primer resplandor difuso de luz a través del velo blanco que la ahogaba, y no le prestó atención casi. Había olvidado qué era lo que buscaba... había olvidado quién era. Sólo existía una fuerza elemental que hacía poner un pie delante del otro.

Sus pies la llevaron hacia el resplandor, sin que su cerebro les diese una orden consciente. Tropezó con una cueva de conejos y cayó pesadamente, torciéndose un tobillo. Quedó allí, tendida, sollozando de dolor, de frío, de terror, sabiendo que iba a morir envuelta en una mortaja de nieve.

## *15*

A través de la blancura, brillaban las antorchas de brea. Desde muy arriba, llegaban las voces hasta ella. Unas manos alzaron a Portia, y ella apretó a Juno contra su pecho, con toda la fuerza que aún le quedaba.

Alguien la obligaba a abrir los labios, la obligaba a beber. Ella tosió, la sorpresa le hizo ahogarse y un fuerte licor le quemó la garganta. El fuerte olor del amoníaco irrumpió en la oscuridad envolviendo sus sentidos y ella se estremeció y abrió los ojos.

-Que el Señor nos proteja: pero si es la muchacha de Granville - dijo la voz atónita de George. Apretó de nuevo el frasco a los labios de Portia-Bebe, muchacha. Has estado a punto de perecer.

Él volvió a pasar la botella con amoníaco bajo la nariz de la muchacha mientras ella estaba tratando de beber, con lo cual se ahogó de nuevo, escupiendo el tosco licor sobre la capa.

En la pequeña choza del vigilante ardía un brasero, hacía calor y estaba mal ventilado, y en el ambiente se mezclaban olores de sudor, de cebollas fritas y de cerveza. Juno salió retorciéndose de abajo de su capa y saltó al suelo, yendo de inmediato hacia el brasero, donde se acurrucó, sacudiéndose.

-¡Por Lucifer y sus ángeles! ¿Qué es eso? - exclamó George. Portia no podía hablar. Tenía los labios ateridos, sentía la lengua congelada, pegada al paladar, la mandíbula apretada. Impotente, miró a George y a su acompañante, mucho más joven, y vio que los dos la miraban boquiabiertos, como si ella hubiese salido del mundo de los espíritus.

George se rascó la cabeza.

-Jamie, corre a buscar al amo. Dile que está la chica de Granville, que ha vuelto por alguna razón.

Jamie se envolvió en su capa, tomó una antorcha del soporte que había en la pared, y salió corriendo, agazapado, por el sendero que iba a la aldea. Corrió por el estrecho camino y se detuvo, jadeando, ante la casa de Rufus. Aporreó la puerta y llamó, a gritos:

-¡Eh, milord! ¡Venga rápido! Lo necesitan con urgencia arriba.

Rufus abrió la puerta de par en par.

-¿Qué hay? ¿Soldados? ¿Atacantes?

Mientras preguntaba, tomó el cinturón con la espada, que colgaba de un gancho, junto al hogar.

-No, no, no son soldados, señor - dijo Jamie, negando enfáticamente con la cabeza-Tampoco atacantes.

Rufus se sujetó el cinturón con movimientos menos apremiantes.

-Entonces, ¿de qué se trata, Jamie?

El muchacho era un poco lento; si él lo apresuraba, lo único que lograba era incomodarlo.

-El señor George me ha enviado a decírselo, sir.

-¿A decirme qué, Jamie? - preguntó Rufus, poniéndose la capa sobre los hombros.

-Que está aquí esa chica de Granville - anunció Jamie, orgulloso-Ha regresado, y el señor George no sabe por qué. Ella está medio muerta. La encontraron tirada sobre la nieve y creyeron que estaba muerta...

No pudo concluir porque Rufus lo había empujado para pasar y ya corría por el callejón. Trepó a la colina casi sin aminorar el paso y entró a zancadas en la choza, cerrando la puerta tras él con un golpe.

-¡Santo Cristo!

En dos zancadas estuvo junto a Portia, que se hallaba acurrucada sobre un taburete de tres patas, al Iado del brasero. Ella tenía sus labios morados y él vio que se le habían congelado las lágrimas sobre las mejillas mortalmente pálidas. Todavía pendía nieve de sus pestañas y su flequillo estaba rígido de hielo sobre su frente.

-¿Qué has hecho? - susurró él-¿Qué te has hecho?

Se dejó caer sobre las rodillas y quitó con los dedos el hielo del flequillo. En su desesperación por ver que la vida volviera a esos oblicuos ojos verdes, por ver en ellos el reconocimiento, apretó las mejillas de la muchacha entre sus manos. Ella lo miraba fijamente, sin reconocerlo.

Rufus se había esforzado mucho por no echarla de menos. Había intentado no preocuparse por ella. Había querido convencerse de que un breve encuentro amoroso era todo lo que cualquiera de los dos podía haber esperado. Ella era una Granville y nunca podría ser ninguna otra cosa. Ella había defendido a los Granville cuando él se abrió a ella, mostrándole toda su agonía. Ella se había marchado, dejándolo en su dolor. Ella debería haber comprendido la rabia desesperada que lo había empujado a decir lo que había dicho, pero le había fallado. No había podido hacer a un lado su lealtad hacia los Granville.

Rufus había alimentado su ira con llama voraz pero ahora, mientras intentaba transmitirle la tibieza de sus manos, de su propio aliento, era como si esa ira nunca hubiese existido. Y ella había regresado. ¿Por qué? En el estado en que ella se encontraba, él no iba a recibir ninguna respuesta. Las preocupaciones prácticas barrieron la oleada de emociones. Se inclinó y ayudó a Portia a ponerse de pie y la envolvió en su capa.

-Yo la llevaré abajo.

Esas palabras perforaron el trance de aturdimiento de Portia.

-¡Juno! - logró decir, pese al violento castañeteo de sus dientes.

-Ah! debe de ser el perro, sir - dijo George, inclinándose para levantar a la cachorra-Ella la tenía apretada como si hubiese sido un salvavidas.

Rufus, con Portia abrazada contra su cuerpo para que no se tambaleara, observó con asombro a la poco agraciada perra mestiza. Llena de esperanzas, Juno movía la cola y jadeaba, con la lengua colgando.

-Ella me ha salvado la vida - dijo Portia, coherente pero con un hilo de voz, que sonaba extraño a sus propios oídos-Tiene que quedarse conmigo.

Rufus no le hallaba sentido a sus palabras pero su alivio al oírla hablar fue demasiado grande y, por eso, no le importó. La levantó, la apoyó sobre un hombro y la sujetó con un brazo por la cintura. Luego, George le dio la perrita, que él metió bajo su brazo libre y emprendió el regreso colina abajo, a paso firme. Portia no estaba en condiciones de notar tan indigno medio de transporte. Sólo era consciente de que estaba a salvo, de que pronto acabarían los hondos temblores de frío que llegaban hasta la médula de su ser y que, entonces, ella podría descansar. Más allá de eso no podía pensar.

Rufus abrió la puerta de la cabaña y entró su carga. Dejó a la perra en el suelo y, tras bajar a Portia, la instaló sobre un taburete junto al fuego. Aún parecía apenas viva, y hasta el flamígero cabello anaranjado parecía haberse opacado.

Surgió en su mente la insólita idea de que ella debía de haber llegado caminando desde el castillo Granville. Y él se sintió como le había ocurrido una vez, cuando Toby, completamente vestido, corriendo tras una pelota, había caído al río debajo de la rueda del molino, en el canal del molino. Cuando el niño estuvo a salvo, el terror de Rufus se había convertido en una ira que ni él ni Toby habían olvidado.

Los temblores sacudían el cuerpo de Portia y sus dientes castañeteaban sin piedad.

-El tobillo - dijo ella, palpando un tobillo sobre la bota-Me duele mucho.

Rufus se arrodillo para quitarle la bota y lanzó una maldición: el tobillo se había hinchado de tal modo que la bota no podía salir.

-¿Qué diablos pretendías hacer? - exclamó, sacando el cuchillo del cinturón y cortando un costado de la bota con movimientos rápidos-¡Quisiera saber qué bicho te habrá picado para que intentaras hacer semejante cosa, a menos que te hayas vuelto totalmente loca!

-Sí, debo estar loca - aseguró Portia, sintiendo que la invadían oleadas de dolor y de desdicha mientras él retiraba la bota del tobillo - Loca, porque pensé que a mí debía importarme si colgabas o no de una de las almenas de Cato.

Rufus se quedó con la bota en la mano y miró el rostro blanco y crispado de la muchacha con expresión perpleja.

-¿Se puede saber de qué estás hablando?

Pero la mirada horrorizada de Portia estaba fija en su tobillo: parecía que le hubiesen atado un zapato. Un zapato blanco, manchado de rojo. Se quedó mirando, aturdida, ese espectáculo repugnante.

-Al parecer, no - murmuró Rufus, respondiendo a su propia pregunta. De cualquier modo, en ese momento tenía mayores preocupaciones. Se concentró de nuevo en el pie herido y dijo, pensando en voz alta- Por lo común, el único modo de bajar la hinchazón sería aplicar hielo al tobillo, pero...

-¡No! - gritó Portia; tan horroroso proyecto le arrancó lágrimas de los ojos - No podría soportarlo.

-Si me hubieses dejado terminar, te habría dicho que, como tus músculos ya están congelados, no serviría de nada. - Apoyó con delicadeza el pie y se incorporó-Lo vendaré bien ceñido y luego veremos. En este preciso momento, necesitas quitarte esas ropas.

Fue a la planta alta y en cada paso que daba vibraba la impaciencia. Portia trató de reprimir sus lágrimas. El enfado de él le parecía ilógico después de lo que ella había pasado por ayudarlo. Además, sentía una fatiga desesperada. Juno trepó por su falda empapada y gimió, expresándole su simpatía.

-Éstas deben de ser abrigadas - dijo Rufus, reapareciendo con una de sus propias camisas de gruesa lana y una bata forrada de piel-Tendrás que hacer la prueba de tenerte en un solo pie... ¿Qué está haciendo este cuzco extraño?

-Ella tiene frío, está cansada y tiene hambre - dijo Portia.

-También está muy sucia - replicó Rufus, sosteniendo a Portia con una mano bajo el codo mientras, con la otra, comenzaba a sacarle la ropa mojada.

Ella se tambaleó, pero más de fatiga que de falta de equilibrio. Rufus sabía que lo más urgente era hacerla entrar en calor, hacer que la sangre circulase bajo la delicada piel blanca. Tenía miedo del congelamiento, en especial en el tobillo hinchado. Mientras desabotonaba, desenganchaba y le quitaba toda la ropa, hasta la última hilacha, disimulaba su preocupación con actitudes bruscas.

Cuando le quitó los pantalones, descubrió que la humedad había traspasado el cuero. Le pasó las manos por el vientre, bajó por los muslos, por las nalgas: la piel de Portia estaba mortalmente fría al tacto. Rufus contuvo el aliento.

-¡Por las espinas de Cristo, muchacha! ¡Estás calada hasta los huesos! ¡Pero qué cosa infantil y demente has hecho! ¿Acaso has perdido el juicio por completo? ¿Qué creíste que estabas haciendo... dando un paseo dominical por las colinas?

Portia bajó la vista y contempló su cuerpo delgado, tembloroso. Su piel tenía un horrible tono blanco, como de muerte, y ella se estremeció de disgusto.

Tembló al pensar que él estaba viéndola desnuda y tuviese que manipular su cuerpo como si ella fuese un pescado sobre un mármol. No podía soportar su desnudez delante de él. Sus piernas parecían varillas y sus pechos estaban encogidos y con carne de gallina, los pezones arrugados.

Tras lanzar una exclamación inarticulada, ella lo apartó de un empujón y tomó la bata que él había colgado ante el fuego para que se entibiara. La arrebató de un tirón.

-Yo puedo arreglármelas... déjame sola.

En su prisa, apoyó sin querer el pie lastimado en el suelo y lo levantó, lanzando un grito de dolor. Rufus la sostuvo, apoyándola contra su cuerpo.

-¡Quédate quieta! - tronó.

Juno, asustada, ladró y se encogió, refugiándose tras la pata de la mesa. Portia se rindió. Había llegado al límite de sus energías y de su voluntad de soportar.

Rufus frotó enérgicamente el cuerpo de la muchacha con una toalla tratando de que la sangre retornara a la superficie y ese blanco mortal se convirtiese, otra vez, en un saludable rosado. La hizo volverse, le levantó los brazos, le separó los muslos abrasando su suave piel interior, sin dejar rincón sin repasar, por íntimo que fuese. Él tenía la mandíbula apretada en gesto de torva decisión y si, en algún sentido, tenía conciencia de que ese cuerpo había sido suyo, que había jugado con él, que lo había conducido a la cima del placer, no dio señales de tenerla. Durante todo el proceso, Portia rechinaba sus dientes y se esforzaba por no pensar en nada. Empezó a sentir su piel tan áspera como una patata pelada, pero no soltó sonido alguno.

-Y ahora, ponte esto - dijo, pasándole la camisa por la cabeza. La prenda se la tragó, pues llegaba más abajo de las rodillas. Él metió los brazos de Portia por las anchas mangas de la bata forrada de piel tal como hubiese hecho con los brazos de sus hijos para ponerles los chaquetones-Siéntate.

La hizo sentarse otra vez en el taburete y, ya vestida, con su vulnerabilidad escondida bajo la lana y la piel, Portia pudo darse el lujo de inspeccionar el ambiente.

-¿Cuándo fue la última vez que comiste? - preguntó él, mientras le vendaba el tobillo con anchas tiras de tela.

-Esta mañana, comí un bocado de pan. Tuve que darle la carne y el queso a Juno, que estaba muerta de hambre - respondió Portia, en voz apagada.

Sin embargo, ya sentía cierto calor. Un maravilloso calor que penetraba hasta la médula de sus huesos y que, en gran medida, compensaba las palpitaciones que sentía en el tobillo, ahora apretadamente vendado.

Juno movía su cola plumosa y tocó la pierna de Rufus con su pequeña pata.

-Ella también tiene hambre - explicó Portia, como si fuera necesario decirlo - Por favor, ¿podrías darle algo para comer?

Rufus contempló a Portia que, sentada sobre el taburete, quedaba completamente sumergida en esas prendas. Lo único que se veía de ella, en realidad, era la cabeza con su embrollado halo naranja que asomaba por el cuello de piel oscura de la bata. Ella lo miraba, ahora, con ese amargo valor, mezclado con resignación, que siempre le había inspirado respeto y admiración, aun a su pesar.

Esos sesgados ojos verdes que lo habían perseguido en sus sueños desde el momento en que ella lo dejó. Esa nariz respingona. Esos pómulos altos. La increíble suavidad de su piel estaba incrustada en la memoria de sus manos. Él la había combatido, la había negado. Se decía a sí mismo que, si el encuentro entre los dos hubiese llegado a su fin de manera natural, él no habría sentido ninguno de estos extraños anhelos ni esta sensación de algo inacabado. Ahora, en cambio, mientras la miraba, reconoció que jamás había sentido por ninguna mujer lo que sentía por Portia Worth. Con todo, no sabía bien qué era lo que sentía aunque estaba seguro de que iba más allá de la simple lujuria de un breve y cómodo encuentro sexual.

La perra volvió a llamarle la atención, rascándole la bota. Él la miró y vio lo lamentablemente pequeña y joven que era.

Se echó a reír. Y Portia, ante un cambio de talante tan repentino, pensó por un instante que se había vuelto loco. Pero entonces recordó que Rufus solía tener esos súbitos cambios de humor. El calor y la fuerza comenzaron a agitarse una vez más. Ella sonrió, dudosa, y se quitó el pelo de los ojos.

-¿Estás contento de verme?

-¡Sí, maldita sea! - respondió él un tanto exasperado - No me preguntes por qué. Apareciste en medio de una tormenta de nieve, medio muerta después de haber estado a la intemperie y me has dado un susto terrible...

Otra vez, bajó la vista hacia la perra y estalló en nuevas carcajadas.

-¡Bonito par hacéis vosotras! Esta patética criatura podría ser tu socia - dijo, levantando a Juno en el aire para examinarla más de cerca- Creo que ni siquiera debe de estar destetada. ¿De dónde ha salido?

Portia le contó cómo había encontrado a la perrita y a Rufus se le acabaron las ganas de reír.

-Canallas - dijo-Durante semanas, han estado circulando rumores de semejantes brutalidades, pero es la primera vez que hablo con un testigo ocular. .

-¿Sólo los rebeldes están comportándose de manera tan salvaje?

-No - respondió Rufus, sin rodeos-Ojalá pudiera decir que es así, pero en los dos bandos son igualmente malos y las represalias son cada vez más bárbaras.

Mientras hablaba, vertía leche en un plato, que depositó en el suelo junto a Juno, quien se abalanzó sobre ella lanzando un ladrido entusiasta.

Él sirvió whisky en dos tazas y dio una a Portia, con la recomendación de que bebiese lentamente, luego se sentó en una esquina de la mesa y se dedicó a examinar atentamente a la muchacha.

-Y bien, ¿qué es todo eso de que vaya colgar de una almena del castillo Granville?

-He venido a avisarte que Cato está preparando una trampa para ti. No pude enviarte un mensaje, puesto que no sabía cómo hallar a tus espías. Puesto que me consideras una enemiga, no debería sorprenderme que no me hayas hecho confidencias.

Portia se sorprendió de tener energías para desafiarlo.

-No te has quedado el tiempo suficiente para ganarte mi confianza - dijo él en voz baja.

-No sé cómo hubiese podido quedarme, después de lo que dijiste. Sigo creyendo que estás equivocado al dejarte llevar por la venganza. Pero yo no formo parte de eso, Rufus.

Se alzó a medias en el banco y luego recordó su tobillo. Escudriñó el semblante de él con la mirada.

Rufus se frotó la barbilla, entornó los ojos y clavó su mirada en el fuego. Luego, la levantó y su mirada se posó sobre el rostro pálido de Portia.

-Y si piensas que estoy tan equivocado, dime por qué arriesgaste tu vida y abandonaste el único hogar que tenías para ayudarme. Yo hubiese creído que estarías encantada de verme colgado de las almenas de Granville.

-Cualquiera lo creería - replicó ella, irónica-Créeme que luché contra ese impulso y, por algún motivo que desconozco, perdí.

Rufus sonrió. Sintió que un puro deleite burbujeaba en sus venas. Y al deleite se sumaba un inconmensurable alivio al comprobar que ella estaba indemne.

-¡Oh, patito! ¡No hay nada que embote esa lengua de avispa! Bueno, háblame de esa trampa.

-He oído a Cato hablar con su sargento, Giles Crampton. Yo acostumbraba a merodear por el castillo durante las noches.

Portia hizo un pequeño encogimiento de hombros mientras ofrecía esa incompleta explicación. Él no tenía por qué conocer la existencia de aquellos antiguos excusados en voladizo. Le contó lo que había oído y él la escuchó en silencio, bebiendo whisky con expresión impasible.

-Yo había averiguado que Cato y sus pares estaban haciendo una colecta por la región - comentó él cuando ella hubo terminado - A estas alturas debe de haber un considerable tesoro - dijo, con sonrisa amarga-Aumentará bastante el tesoro del Rey.

Entonces, su expresión cambió. Se puso de pie y se acercó a ella. Le levantó el mentón sosteniéndolo sobre su palma. Con expresión grave, sus ojos buscaron los de ella.

-Me alegra mucho que hayas vuelto. No sé qué puedo ofrecerte pero, puesto que has sido lo bastante audaz para abandonar el hogar de Cato, me temo que tendrás que aceptar el mío.

Pasó la yema del pulgar por la boca de ella.

-Yo no necesito de tu caridad - replicó Portia, volviendo la cabeza para apartarla de él.

No sabía a ciencia cierta qué le estaba diciendo él. Si le había hecho una invitación, le faltaba algo. Si le estaba ofreciendo un hogar por el solo hecho de que ella no tenía otro sitio adonde ir o como compensación por su información, ella no lo aceptaría.

-No he venido aquí con esa expectativa.

Rufus retiró la mano de la cara de ella y la miró.

-¡Por caridad! - exclamó él.

-Yo puedo arreglármelas sola - insistió Ponia-Siempre me las he arreglado sola.

-¡Dios querido! ¡Si no estuvieras en un estado tan patético...! - dijo, y le dio la espalda para dar una rápida vuelta por la habitación. Luego, volvió y se detuvo, bien plantado, delante de ella-¿Quieres quedarte aquí?

-Si siempre vas a pensar en que soy en una Granville, no - respondió Portia.

De pronto, sintió que había demasiado en juego, más de lo que ella pudiese comprender, todavía.

-Lo eres - replicó él-No sé cómo podría olvidarlo.

-Pero ¿hasta qué punto es importante?

Rufus suspiró.

-Te he echado de menos, Portia. No a la Granville sino a ti.

Portia esbozó una lenta sonrisa y sintió que el calor se esparcía por sus venas.

-Entonces, está bien - dijo.

Rufus tuvo la extraña sensación de haber sido derrotado en una lucha que ni siquiera sabía que estaba librando. Entonces, Portia dijo con suavidad:

-Yo también te he echado de menos. Una y otra vez, miraba a mi alrededor buscando a un viejo con una giba en la espalda, que estuviese acechando en algún rincón de los patios.

Rufus le acarició suavemente el rostro con la mano, sintiendo que su incomodidad se disipaba. Una vez más, notó la palidez de ella, su debilidad, su propia necesidad de cuidarla.

-Voy a buscar algo de comida al comedor. No tardaré mucho.

-Trae algo para Juno también.

Cuando quedó sola, Portia permaneció sentada ante el fuego, adormilada, amortiguado el dolor en el tobillo gracias al alcohol. Por primera vez en su vida, sintió que había llegado al hogar.

Rufus regresó al cabo de diez minutos, sacudiéndose la nieve de la capa y golpeando las botas en la entrada. Detrás de él entró un muchacho que llevaba una bandeja cargada. El muchacho dirigió a Portia una mirada curiosa mientras depositaba la bandeja sobre la mesa y dio la impresión de querer demorarse.

-Gracias, Adam - dijo Rufus con intención, mientras ponía una jarra con tapa sobre el hogar.

-Bien, señor.

El muchacho echó otra mirada a la persona que estaba sentada junto al fuego y, con evidente renuencia, volvió a salir a la nieve.

Hambrienta, Portia olfateó:

-¿Qué es?

-Sopa, lengua de buey estofada, y ponche de vino blanco.

Rufus llenó un tazón con sopa de verduras, con movimientos veloces y eficaces. Se lo dio y se quedó mirándola mientras ella comía; parecían una gallina madre y su polluelo herido, pensó Portia conteniendo una sonrisa. Esa cuidadosa y preocupada atención tenía mucho de reconfortante. A ella le decía, en cierto modo, que volvía a pertenecer a ese ámbito. Y tanto era así que Rufus se preocupaba hasta de los aspectos más triviales de su bienestar.

Ella bebió la sopa con avidez, y le pareció maná del cielo. Rufus le acercó un plato con lengua de buey y dejó en el suelo un platillo con menudos de pollo para Juno, que los atacó tras lanzar algo muy similar a un gruñido. Rufus se sirvió más whisky y permaneció de pie ante la chimenea en su pose habitual: un brazo apoyado sobre la repisa, un pie sobre la rejilla. Divertido por su propia satisfacción posesiva, observó a sus pacientes que comían con firme concentración. El color volvía a las mejillas de Portia y notó que también algo de vivacidad a su cabello.

Al fin, Juno dio por terminada su comida y se acercó al fuego. Se tendió a los pies de Portia y rodó de espaldas mostrando su vientre hinchado, expuesta al calor, sus patas moviendose en el aire.

Rufus retiró el plato vacío de Portia y levantó la jarra tapada que estaba en la chimenea.

-Bebe esto; después, te meteré en la cama.

Llenó un jarro con leche caliente y especiada a la que se había agregado vino, y Portia lo rodeó con sus manos hundiendo la nariz en el fragante vapor.

-¿Dónde están los niños? - preguntó, pues la forma en que Rufus había hablado le trajo a la memoria a ese par de revoltosos. Con un pequeño sobresalto, echó un vistazo hacia el rincón cubierto por la cortina - Supongo que no estarán fuera, en la nieve, ¿no?

-No, claro que no. No los dejo salir en medio de una tormenta de nieve - respondió Rufus, indignado ante una insinuación de ese calibre. Estaba llenando un calentador con brasas-Esta noche, dormirán con Will.

-¿Lo hacen a menudo? - Rufus se encogió de hombros y dejó los atizadores. - Bastante a menudo, si están con él cuando les da sueño.

Recogió el calentador y fue a la planta alta.

Portia bebió el ponche. Si bien le parecía un modo bastante azaroso de criar niños, sabía que no le correspondía comentarIo. Precisamente ella, que jamás había vivido una rutina durante su crianza. No se podía presentar a Jack como un modelo de padre.

Cuando Rufus bajó de nuevo y la levantó para llevarla a la planta alta, ella sintió una gloriosa relajación, una cálida y sensual languidez. Tendida en sus brazos, levantó una mano perezosa para tocar el rostro del hombre.

-No alimentes ninguna idea - dijo él, sosteniéndola con la rodilla levantada mientras apartaba las mantas de su cama - La necrofilia nunca ha sido una de mis aficiones.

-No estoy tan cansada - dijo Portia, esperanzada.

-Créeme que lo estás - afirmó él, sacándole hábilmente la bata forrada de piel y metiéndola en la cama.

Él había pasado el calentador por las sábanas; la cama estaba muy acogedora.

Llegó el gemido de Juno desde el pie de la escalera. En relación con la capacidad de trepar con sus cortas patas, el tramo de peldaños debía de parecerle una montaña.

-La perra puede dormir abajo, junto al fuego - dijo Rufus con firmeza, al ver que Portia estaba a punto de abogar por el animal.

La miró, pensando en lo frágil que parecía su cuerpo bajo las mantas. Sin embargo, él sabía lo fuerte que era, en realidad, al menos cuando no había estado avanzando en medio de remolinos de nieve durante doce horas, para salvarle el pellejo.

-Tengo que hablar con George para decirle que refuerce la guardia. ¿Podrás quedarte sola por un rato?

-Ahá - dijo Portia, bostezando, mientras oleadas de sueño se derramaban sobre ella, inexorables-Pero ¿podría dormir Juno aquí?

-No. Está sucia y tal vez esté llena de pulgas - declaró Rufus - Junto al fuego estará bastante abrigada. Y ahora, duérmete y no discutas.

Se inclinó para besarla y sus labios se demoraron unos instantes sobre los de ella. Había olvidado lo deliciosamente suave que era su boca. Tan suave, dulce y que respondía de un modo tan maravilloso.

-Quiero más - pidió ella, cuando él levantó la cabeza a desgana.

-Después. Entonces, podrás recibir todos los besos que desees - le prometió, con una ligera carcajada.

Entonces, se marchó antes de que ella tuviese tiempo de seguir su canto de sirena, bajó la escalera y salió silenciosamente de la casa.

Juno gemía y rascaba la escalera. Al ver que Portia no bajaba a buscarla, comenzó a ladrar con ladridos increíblemente molestos que impedían dormir a Portia, a pesar de su agotamiento.

-Juno, cállate.

Fue inútil. Los ladridos se hicieron más agudos, hasta que fue imposible ignorarlos. Portia lanzó un quejido, se incorporó y salió de esa acogedora calidez. Se paró sobre una pierna y fue saltando hacia la escalera.

-¿Cómo crees que iré a buscarte si no puedo apoyar el pie en el suelo?

La perra tomó carrera, dio un salto hacia el primer escalón y se cayó hacia atrás. Ladró de nuevo, echando hacia arriba una mirada expectante.

-Y estás sucia - dijo Portia. Juno gimió.

-¡Oh, Señor!

Portia se sentó en el último escalón y se arrastró sobre el trasero. Aunque los peldaños eran empinados, le resultó asombrosamente fácil descender utilizando un solo pie, mientras mantenía el pie herido rígido, ante ella.

Al pie de la escalera, levantó a la arrobada perrita y la puso sobre su regazo, tratando de izarse hacia arriba. El problema se le reveló de inmediato: era imposible subir del mismo modo, utilizando las dos manos. Y, además, tenía a Juno sobre el regazo.

Portia se quejó de nuevo. Se volvió hasta quedar de cara a la escalera y levantó a la perra dejándola tres peldaños más arriba.

-Quédate ahí.

Después, dolorida, se levantó hasta llegar donde estaba Juno.

La puerta de delante se abrió con tal sigilo que ella no la oyó, concentrada como estaba en su fatigoso ascenso. No oyó a Rufus hasta que éste exclamó, desde el pie de la escalera:

-¡No puedo creerlo! Dime que estoy imaginándolo, Portia. . .

-Es por Juno - dijo ella, entre lágrimas y risas-Ya sé que habías dicho que ella no podía subir, pero estaba ladrando y gimiendo tanto que no me dejaba dormir. ¡Por eso estaba tratando de llevarla arriba, para poder dormir! Estoy muy cansada, Rufus.

Las últimas palabras fueron un lamento. A Rufus le pareció irresistible esa obstinada persistencia con que se enfrentaba a todas las contrariedades. Cualquier otra persona en semejante estado de fatiga habría ignorado los quejidos de la perra. Pero la señorita Worth, no.

Rufus realizó un fluido movimiento y levantó a Juno del peldaño, sosteniéndola por el pellejo del cuello.

-Ch, por favor, no la lleves fuera - suplicó Portia.

-Voy a bañarla - dijo él, sosteniendo al animal con el brazo estirado - No es lo que suelo hacer a las once de la noche. Sin embargo, la necesidad manda cuando el diablo empuja y tú, Portia Worth, tienes en la mano una de las horquillas del diablo.

Depositó a la perra en el suelo y se adelantó para alzar a Portia. La llevó arriba una vez más y la depositó con gesto firme sobre la cama.

-Esta vez, por favor, ¿puedes quedarte aquí?

-¿No vas a volver a salir? - preguntó ella, y ya se le bajaban los párpados.

-No - respondió él, arropándola tan apretadamente con las sábanas como si fuesen fajas-Y ahora, por el amor de Dios, duerme.

Portia se quedó escuchando, durante un minuto, los reconfortantes ruidos que producían los movimientos de él en la planta de abajo. Oía su voz, suave y un tanto exasperada, hablando con la perra. Mientras intentaba descifrar qué decía él, ella cayó en el profundo hoyo negro del olvido, donde no podían penetrar los gemidos y los ladridos de Juno.

Ésta protestó ruidosamente por el agua caliente y el jabón pero Rufus fue implacable. Al animalejo no le llevó mucho tiempo reconocer la mano del amo y, por fin, cesó en sus luchas y adoptó un aire desdichado, más semejante al de una rata ahogada que al de un perro.

Rufus la frotó enérgicamente con la toalla.

-Sé muy bien que querrás meterte en la cama - dijo- Y que esa dueña tuya me va a mirar con esos ojos verdes rasgados, y yo no podré hacer nada para impedirlo. - Juno movió la cola y esparció una lluvia de gotas por todo el lugar-¡Eres un incordio! - afirmó Rufus en voz bien alta-Y te lo digo directamente: no pienso dormir con un perro mojado y maloliente de modo que quédate quieta.

Por fin, la depositó en el suelo, ante el fuego, se sirvió una generosa ración de whisky y se sentó junto a ella, estirando las piernas hacia el fuego. Juno apoyó su cabeza en el pie de él y soltó un breve suspiro de contento. Rufus la miró, ceñudo, pero la perra no hizo más que sonreírle.

Rufus fijó la vista en la bebida y sus pensamientos volvieron a la información que le había llevado Portia. Su activo cerebro consideró y descartó varios planes, mientras él sentía que se le agitaba la sangre con la perspectiva. Se le ocurrió la posibilidad de anticiparse a Granville y, al mismo tiempo, apoderarse del tesoro con poco o ningún daño para sus propios hombres.

Y el tesoro sería una prenda perfecta para negociar.

Apretó los labios, y su boca, que ya era fina, se hizo casi invisible. Si el Rey quería contar con la asistencia de Decatur, tendría que pagar por ella.

## *16*

Portia fue ascendiendo desde las profundidades del sueño, mientras aún se adherían a ella restos de cálidos sueños que la hundían de nuevo en la blanda almohada. Permaneció hundida en esa tibieza, sintiendo el cuerpo tan pesado que no podía moverlo, con la mente embotada por el sueño. Durante largo rato, estuvo desorientada y por la pantalla de su mente pasaban imágenes de hielo, de puertas cerradas, de cadáveres fríos. Después, poco a poco, la memoria fue volviendo a ella. Seguía sin poder mover un músculo, pero su cerebro se despejó y ella supo que estaba acostada en la cama de Rufus Decatur, apretada junto a él, pues el peso de su cuerpo la había hecho rodar sobre el colchón. Percibió que llenaba el ambiente una luz pálida, y una parte de su cerebro la identificó como el reflejo de la nieve. Entonces, recordó la tormenta. Recordó a Juno y, en medio del fantasmagórico silencio que creaba la capa de nieve que estaba al otro lado de la ventana, oyó el resoplido de la respiración de la perra en el extremo de la cama.

Entonces, sintió que algo empujaba contra su muslo desnudo. Ella tenía la camisa enroscada en la cintura, y algo la rozaba, hociqueando sobre su piel. Con movimientos indolentes, bajó una mano y sus dedos se cerraron sobre el duro mástil de carne que crecía, con vida propia, latiendo en su palma.

Portia sonrió. Rufus aún dormía, pero su cuerpo retozaba, obedeciendo a sus propios instintos. Ella jugueteó con él rozándolo suavemente con las yemas de sus dedos, masajeando, haciendo deslizarse hacia atrás el suave capuchón, para poder palpar la punta húmeda. La carne corcoveó en su mano como un animal encabritado. Su sonrisa se ensanchó y su vagina se llenó de una deliciosa y cálida languidez; su mano libre buscó la vulva.

-Déjame, yo lo haré - dijo Rufus con una voz cargada de sueño en la que se adivinaba una sonrisa, acariciándola mientras movía la mano sobre el vientre de ella y la deslizaba entre los muslos. Encontró con sus dedos el pequeño capullo de su sexo, la tierna y húmeda abertura de su cuerpo.

Permanecieron tendidos, uno junto al otro, bajo el nido tibio de las mantas, jugueteando, hasta que un deseo apremiante barrió los últimos vestigios de languidez. Rufus la hizo volverse con suavidad, de modo que la espalda de ella quedara hacia él, y se apretó a ella curvando el cuerpo alrededor de su trasero.

-No quiero hacerte daño en el tobillo - susurró él, haciéndole sentir su barba sedosa en el hombro y arrancándole una risilla sorprendida-Levanta las rodillas.

Así, el cuerpo de ella se abrió para él, y él se deslizó dentro de ella con una mano en la cintura y la otra en la nuca de Portia, tibia y firme. Portia no podía hacer otra cosa que permanecer quieta sintiendo cómo las olas de deleite la inundaban, despertando sus dormidas terminaciones nerviosas, su piel adormecida por el sueño. Y, cuando él la apretó con fuerza y sopló su respiración rápida y fuerte en el cuello, con su vientre apretado contra el trasero de ella y su carne penetrando profundamente en ella, volcando su simiente en la matriz de Portia, ella se sintió como si se alejara flotando, se sintió sin formas ni articulaciones, como en una burbuja de exquisitas sensaciones.

Tras una suave exhalación, Rufus se dejó caer de espaldas, aflojando las manos sobre el cuerpo de ella.

-Que tengas un buen día, patito.

Portia lanzó una risa perezosa.

-Ése fue un saludo delicioso. ¡Oh,Juno! - exclamó, al sentir que una lengua húmeda pasaba por su mejilla-Caramba, qué bien hueles - murmuró, en tono aprobador, palmeando la cabeza de la perra.

Juno lanzó un pequeño ladrido de placer y saltó de la cama, corriendo hacia la escalera y, luego, de vuelta a la cama.

-Será mejor que salga.

Rufus apartó las mantas y se levantó. Se estiró, y los músculos de su espalda y su trasero se tensaron. Se inclinó para atizar el fuego y hacerlo revivir, arrojando astillas y agregando, luego, un tronco cuando lo hubo encendido.

Portia se regaló la vista con el cuerpo desnudo de él, notando el modo en que la luz pálida que entraba por la ventana se reflejaba en el fino vello rubio rojizo que se agrupaba en sus omóplatos, en la parte baja de su cintura, a lo largo de sus muslos delgados y poderosos. Somñolienta, pensó que él era muy bello y lamentó el momento en que él recogió su bata, la misma que le había prestado la noche anterior. Juno ladró otra vez, y Portia se incorporó, olvidándose de su ensueño sensual.

-¡Oh, no,Juno!

-¡Por el amor de Dios! - exclamó Rufus, volviéndose hacia la cachorra, que estaba acuclillada junto a la escalera, al ver que un charco se extendía debajo de ella-¡Esta maldita criatura aún no sabe dónde debe hacer sus necesidades!

-No puede evitarlo - dijo Portia-Es muy pequeña y ha estado en la cama toda la noche. Lo más probable es que estuviese por explotar.

-Yo estaba a punto de sacarla - dijo Rufus, fastidiado. Tomó a Juno por el pellejo del cuello y la llevó abajo, con el brazo estirado.

Portia escuchó su voz que, si bien era serena, tenía un indiscutible tono de regaño con la perra, mientras la dejaba fuera. Volvió con un paño y un cubo, y limpió el charco. Portia pensó, con cierta sensación de culpa, que él no tenía una expresión muy satisfecha.

-¿Lo hago yo?

-No - dijo él.

-Todavía no podemos pretender que sepa esas cosas - señaló Portia, esforzándose por no escuchar los gemidos de la perrita que llegaban desde la nieve, al otro lado de la puerta de la cocina-Habrá que enseñarle a hacerlo fuera.

-Yo no imaginé que debía enseñar a una perrita a hacer sus necesidades fuera - refunfuñó Rufus, mientras retorcía el paño en el cubo.

-Tú no tienes por qué hacerlo. Yo lo haré.

Rufus se incorporó sobre sus rodillas.

-Yo te mantendré ocupada... supongo.

Portia se incorporó, apoyándose en las almohadas.

-¿Ocupada? ¿Qué quieres decir?

Rufus recogió sus ropas que estaban en el baúl, al pie de la cama.

-He estado revolviendo mi cerebro, pensando qué puedo hacer contigo - dijo, quitándose la bata.

-¿Qué puedes hacer conmigo?

El tono de él provocó cierta indignación en Portia. La tibia languidez posterior al acto amoroso iba desvaneciéndose con bastante rapidez. Rufus se puso los calzones y los pantalones y se volvió hacia la cama.

-Éste es un campamento militar, muchacha. No hay mujeres, ni amigas, ni confidentes para ti. Cada uno tiene sus propias tareas, incluyéndome a mí - dijo, poniéndose la camisa mientras hablaba-Yo no puedo estar todo el tiempo entreteniéndote o...

-¡Yo no necesito que me entretengas! - eiclamó Portia-Hablas como si yo fuese una frívola chismosa que fuera a convertirme en una carga para ti.

-¡No, no, no quise decir eso! - aseguró Rufus, al tiempo que metía la camisa en los pantalones-El hecho es que éste no es lugar ni situación para una mujer. Y no sé qué voy a hacer contigo, de qué podrás ocuparte.

-Oh, supongo que te coseré los botones, te limpiaré la casa y te prepararé la comida - dijo Portia, en acento ominoso- De ese modo, no me cruzaría en tu camino.

-A Josiah no le agradaría eso - dijo Rufus, serio-Se sentiría desplazado.

Portia lo miró con expresión incrédula: ¡él estaba convencido de que ella había hablado en serio!

-Si esto representa un problema para ti, no entiendo por qué me pediste que me quedara - dijo ella.

Por los ojos de él pasaron, como un relámpago, el enfado y la impaciencia. Entonces, se le vio hacer un esfuerzo para reprimirlos. Se acercó a la cama y se inclinó sobre ella. Su boca se cernió sobre ella, provocativa, sus ojos burlones.

-A decir verdad, yo sé exactamente qué es lo que voy a hacer contigo. Voy a mantenerte en mi cama. La idea de tenerte ahí, acostada, sin nada que hacer salvo esperar mi regreso me resulta deliciosa.

Por un instante, Portia no pudo resistir la promesa sensual que vibraba en su voz y respondió con una sonrisa.

-Gratos sueños, milord - dijo, levantando la rodilla y apretándola con énfasis contra los genitales de él.

Los ojos de Rufus se oscurecieron. Sus manos aferraron, leves, el cuello de ella pero, antes de que él pudiese posar su boca en la de ella, Portia se hizo a un lado.

-Hablemos en serio...

-Oh, yo hablo en serio - dijo él-Quédate quieta.

-¡No! - insistió Portia-Esto es importante, Rufus.

Él la soltó y se irguió, con expresión de sombrío enfado.

-No tengo tiempo para discutir un tema tan insignificante. Tengo muchísimas cosas que hacer esta mañana.

Él se sentó sobre el arcón para calzarse las botas.

-¿Insignificante? ¡En absoluto!

Portia no se explicaba cómo era posible que él no lo entendiese.

-Hay una guerra ahí fuera, Portia - afirmó él, como si hablara con una niña muy estúpida-Tengo que preparar una expedición. En comparación con eso, lo que tú quieres es insignificante.

-¿Vas a ir por el tesoro?

-Por supuesto.

Se abrochó el cinturón de la espada y, cuando se volvió hacia ella, fue evidente que su mente estaba en cualquier otro lugar... otra vez, en ese sitio sombrío adonde Portia no quería acompañarlo.

-Y si tengo un poco de suerte - siguió diciendo, como para sí mismo- Cato Granville y yo nos encontraremos en esta emboscada frustrada - dijo, con esa sonrisa fría, lúgubre que Portia detestaba-Sería un bonito vuelco del tablero que yo clavara la cabeza de Cato en mi espada, ¿no te parece?

-Tú sabes lo que pienso yo - repuso ella, mordiéndose el labio. Rufus la miró un momento con esa misma expresión intimidatoria, y ella le devolvió la mirada sin vacilar.

Se oyó una serie de crujidos de la puerta del frente: era Juno que, desesperada por entrar, embestía con su pequeño cuerpo contra la puerta de roble.

-Maldita perra - dijo Rufus, y su expresión se despejó-Mandaré que alguien traiga el desayuno para ti. ¿Quieres que te lleve abajo?

-Sí, por favor - dijo ella, percibiendo lo desalentada que sonaba su voz. Ella dejó colgar las piernas por el extremo de la cama y se examinó el tobillo: todavía estaba hinchado y le dolía. Rufus le alcanzó la bata.

-No discutamos, patito - dijo, con evidente esfuerzo-No es necesario. Ya encontraremos algo que tú puedas hacer.

-Yo quiero ser un soldado - dijo Portia, mientras metía los brazos en las mangas de la bata-Siempre he querido serIo. Si tú vas a pelear en esta guerra; yo también quiero pelear.

Para indignación de Portia, Rufus estalló en carca,jadas, disipada ya su tensión gracias a la suprema ridiculez de esa idea.

-¡El campo de batalla no es lugar para una muchacha! - exclamó.

-No lo he hecho tan mal con el coronel Neath - dijo ella, enfurruñada, ciñéndose la bata.

-En efecto, fue una respetable imitación de David y Goliat - dijo Rufus, todavía riendo - No niego que eres muy habilidosa con el cuchillo. Pero las mujeres no son buenos guerreros.

-Algunas sí - dijo Portia, inflexible-Juana de Arco, por ejemplo. Boadicea, por ejemplo. Las amazonas.

-¡Basta! - dijo él, levantando las manos en burlona rendición-Tú tienes pájaros en la cabeza, muchacha.

Portia no agregó nada más, y Rufus interpretó que su silencio significaba que ella estaba de acuerdo en desechar tan ridículo tema. La levantó y la llevó a la planta baja, la depositó sobre un banco junto a la mesa, besó su cabello revuelto con distraído afecto y salió, haciendo entrar a Juno antes de marcharse.

La perra se acercó saltando a Portia, extasiada, y trepó a su regazo. Distraída, Portia le acarició la cabeza y luego, aferrándose a un costado de la mesa, se puso de pie pensando si podría andar por la nieve para llegar al excusado. Tal vez debió haber usado la taza de noche en el cuarto de arriba, pero no le agradaba la idea de no poder vaciarla ella misma.

Fue saltando hasta el fregadero y, junto a la puerta de atrás, encontró un par de zuecos de madera y una robusta vara de endrino. Metió el pie sano en uno de los zuecos y, con la ayuda de la vara, salió saltando al patio trasero. Al parecer, la nevada había dejado unos treinta centímetros de nieve. El reflejo del sol sobre la nieve era enceguecedor y el aire parecía capaz de cortar un cristal. Durante la hora pasada, alguien había quitado la nieve y dejado un sendero hasta el excusado. Pensó que habría sido alguien designado para ocuparse de las comodidades del jefe. No cabía duda de que el rango tenía sus ventajas.

El olor del tocino la recibió cuando volvió a la cocina soplándose las manos para calentarlas y sacudiéndose la nieve del dobladillo de la bata.

-Le he traído el desayuno.

Will, que estaba acomodando las fuentes sobre la mesa, se volvió. Al verla tan poco vestida, se ruborizó. La bata de Rufus le quedaba inmensa y, aun así, tenía algo de sensual e íntimo. Juno saltaba alrededor de las piernas de Portia saludándola, como si no la hubiese visto durante meses; Will, con evidente alivio, pasó su mirada al animal.

-Qué demonio. ¡Qué bicho más feo! ¿De dónde ha salido?

- Ha venido conmigo. Se llama Juno - dijo Portia, saltando hasta la mesa y sentándose, mientras olfateaba, hambrienta - ¿Podría hacerme compañía unos minutos, Will? Quisiera hacerle algunas preguntas.

-¿Rufus no puede respondérselas?

Will tenía una expresIón como si hubiese preferido meterse en un aquelarre. Portia bebió un sorbo de cerveza y arrancó un trozo de pan.

-¿Qué hay que hacer para ser un soldado en la milicia de Decatur?

Cuando se dio cuenta de que ella preguntaba sobre un tema familiar, Will se sintió más a sus anchas.

-Primero, tiene que poder disparar un largo arco de fresno y acertar a un blanco a unos veinticinco metros - dijo mientras contaba con los dedos- Luego, tiene que ser capaz de manejar una pesada espada de caballería. Tercero, tiene que poder disparar y recargar un mosquete en dos minutos... y acertar a un blanco a veinte pasos. Cuarto, tiene que poder manejar una pica.

Era una lista de exigencias que impresionaba, por no decir que amilanaba. Portia pinchó un trozo de tocino con el tenedor.

-¿Tendría importancia si alguien usara una espada más ligera que la de caballería y un arco que pese menos? Siempre que los usara correctamente, claro.

Will lo pensó.

-No se me ocurre que pueda tener importancia - dijo, después de un momento -En tanto los compañeros puedan confiar en uno... - Se interrumpió y la miró con curiosidad-¿Por qué lo pregunta?

-Porque tengo intenciones de unirme a vuestra milicia - respondió ella con sencillez-Y quiero que usted me enseñe todo lo necesario.

Will se quedó boquiabierto.

-No puedo...

-Por supuesto que puede, si está dispuesto - interrumpió Portia-Ya soy buena en la esgrima. Soy experta en el uso del cuchillo. Y soy una arquera pasable. Claro que nunca he usado las armas en batalla... salvo en el caso del cuchillo, pero estoy dispuesta a hacerlo.

-¿Lo sabe Rufus? - preguntó Will, todavía incrédulo.

-Bueno, lo sabe y no lo sabe - dijo Portia, cautelosa-Pero sería un secreto. Quiero darle una sorpresa - agregó, mirando a Will con astucia-En una ocasión, yo le salvé la vida. Y se podría decir que estoy pidiendo una compensación.

Antes de que Will pudiese responder, unos chillidos excitados fueron seguidos por unos enérgicos golpes contra la puerta.

-Son los niños - dijo Will , distraído-Venían detrás de mí.

Se levantó de la mesa y fue a abrir la puerta. Dos pequeñas figuras arropadas entraron dando tumbos, perdiendo el equilibrio como si hubiesen estado saltando para llegar al cerrojo.

-Viene papá - chilló Luke, enderezándose.

-Quiere hablar con Will - explicó Toby, con bastante más seriedad-Te has hecho daño en un pie - afirmó, señalando a Portia.

-¿Cómo fue? - quiso saber Luke, acercándose de rodillas a Portia, y observando con atención su tobillo vendado.

-Me caí en una cueva de conejos - informó ella, plácida.

Ninguno de los niños mostraba inclinación por cuestionar la presencia de ella en la casa de su padre.

-Oh, ¿qué es eso? - preguntó Toby al advertir la presencia de Juno, que había retrocedido ocultándose tras el cesto de los leños y observaba a los extraños seres con cieno nerviosismo-¡Es un cachorro! - exclamó, levantándose de un salto y precipitándose hacia delante-¡Mira, Luke, un cachorro!

Juno gruñó, con el pelo erizado y retrocedió hasta quedar casi en el fuego, al ver que los dos niños iban hacia ella con sus ansiosas manitas llenas de hoyuelos, con sus voces agudizadas por la excitación.

-No la asustéis - dijo Portia-Es muy pequeña y vosotros muy grandes para ella.

Los niños asintieron y bajaron la voz hasta convertirla en un susurro, al tiempo que intentaban hacer salir a Juno de su refugio.

-¿Por qué no viene? - preguntó Luke.

-Porque la habéis asustado - dijo Will-Alejaos de ella, si no le hacéis caso durante unos minutos, tal vez se anime a salir.

Los niños retrocedieron, a gatas, y se sentaron sobre los tobillos a corta distancia de Juno, clavándole la mirada de sus intensos ojos azules.

-Hemos venido a buscar las espadas - dijo Toby, sin sacar los ojos del cachorro.

-Están colgadas del gancho, junto a la de papá - observó Luke. Portia posó su mirada en el gancho donde Rufus colgaba el cinturón de la espada y, por primera vez, notó las dos pequeñas espadas de madera enfundadas en felpa, que colgaban junto al arma del padre, más grande y curva. Era un espectáculo tan absurdo que le hizo sonreír.

-¡Por la gracia de Dios! ¡Sois un par de vástagos de Satanás! ¡Tenéis alas en los pies! - dijo Rufus, apareciendo en el vano de la puerta, que todavía estaba abierta.

Tenía el rostro enrojecido a causa del frío y palmoteaba vigorosamente con las manos enguantadas. Dedicó una sonrisa fugaz a Portia pero era evidente que estaba distraído.

-Ah, Will, me alegra que estés aquí. El viernes, Granville despachará su tesoro. Irán por el camino de Durham.

Se inclinó sobre el fuego frotándose las manos.

-Y nosotros los interceptaremos - afirmó Will sonriendo.

-Algunos de nosotros - repuso Rufus enderezándose, en voz tensa- Yo conduciré la expedición. Tú te quedarás aquí al mando; George será tu segundo.

Will no pudo disimular su desilusión pero no trató de discutir: órdenes eran órdenes.

-Magnífico - murmuró Portia, de modo que sólo la oyese Will.

Él le lanzó una rápida mirada, y ella le hizo un guiño. Él se sonrojó y se volvió hacia Rufus, que no paraba de disparar órdenes mientras se paseaba por la cocina.

-Bien, pon eso en marcha, Will, y llama a reunión general para dentro de quince minutos - concluyó-Ah, y llévate a los niños contigo.

-¡Queremos las espadas! - anunció Toby, saltando hacia el gancho.

-Tened - dijo Rufus, bajándolas-Y ahora, marchaos con Will.

Los tres salieron, y Rufus se volvió hacia Portia. Se acercó a ella y le tomó el mentón en la palma de la mano.

-Al parecer, la jornada se ha escapado de control- murmuró-Perdóname si parezco un poco brusco, patito. Ya sé que es un defecto mío.

-Oh, yo lo entiendo - respondió ella con discreta sonrisa-Eres un comandante muy atareado. Muchas vidas dependen de ti... hasta el trono de un Rey y...

La boca de él interrumpió el dulce discurso. Y, en esta ocasión, Portia se rindió a la ola de placer abriendo los labios, tocando con la lengua la boca de él, hundiéndola en las comisuras de su boca en insistentes y leves toques, como una mariposa sobre una flor. Ella ya tenía un plan; con él, iba a destruir las rígidas ideas de Rufus con respecto a lo que una mujer podía o no podía hacer en el mundo. Hasta que estuviese preparada para darle la sorpresa, podía darse el lujo de fingir sumisión.

Rufus le sostuvo el mentón en la palma de la mano mientras la besaba, desplazando su boca de la de ella para tocarle la punta de la nariz, los párpados, los altos pómulos angulosos, recorriendo con la punta de su lengua las facciones de ella y la superficie flexible de sus labios.

Un toque de trompeta convocando a asamblea general le hizo erguirse, a desgana.

-Te llevaré de nuevo a la cama, patito. Todavía pareces agotada.

Portia no puso objeciones y, unos minutos después, estaba de vuelta en la cama con Juno acurrucada en la parte baja de su espalda, después de otra visita fuera.

-Eso es - dijo Rufus con un guiño pícaro- Bien arropada y esperándome. Así me gusta.

El ruido de las botas en la escalera se había desvanecido antes de que a Portia se le ocurriese una respuesta lo bastante ácida.

La sensación que la había despertado era tan delicada, tan tentadora que, por un momento, ella creyó que la había soñado. Entonces, percibió el aire en la piel.

Su bata estaba abierta, su cuerpo estaba al desnudo. Y algo se movía sobre su cuerpo, un objeto exquisitamente incorpóreo que le provocaba pequeños estremecimientos de placer a su paso.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada intensa de Rufus Decatur. Él estaba desnudo, tendido junto a ella, apoyado en un codo, y le sonreía con malicioso deleite.

-No hables - dijo él en voz baja y, como para reforzar la orden, le tocó los labios con la pluma suave que usaba para escribir.

Entonces, ella comprendió qué era lo que le había provocado tan extraña y maravillosa sensación. Permaneció inmóvil, mirándolo maravillada y sorprendida. La pluma susurró en su oído recorriendo esa curva con forma de concha, hundiéndose dentro y haciéndola retorcerse con una sensación tan exquisita que resultaba casi dolorosa; hubiese hablado de no haber sido que él le había puesto un dedo sobre los labios. La pluma trazó la curva de los pómulos y recorrió la línea del hombro.

Portia se estremeció, sintiendo que una rara tensión crecía en su vientre. Sus pezones pedían a gritos la suave caricia, antes de que ésta llegara. Pero, él pasó por el breve monte de su pecho y luego, con delicadeza, con suma delicadeza, revoloteó sobre el pezón hasta que se endureció y la espiral de tensión se apretó más aún en su vientre. El leve toque se desplazó y cosquilleó en su ombligo y luego, con suavidad, él le separó los muslos.

El aire, fresco pero no frío, batió su centro caliente haciéndole sentirse bien abierta, con una exquisita sensación de vulnerabilidad y, sin embargo, sin temor sino, más bien, llena de un hondo e indefinido anhelo. La pluma rozó la cara interna de sus muslos, y la abertura de su cuerpo latió; entonces la sensación cambió. La punta, más aguda que las plumas y, sin embargo, asombrosamente suave, pinchó su piel mientras él iba subiéndola por el muslo en una línea continua, cada vez más cerca de la vulva. La mirada del hombre sostenía la suya. Portia sentía que se ahogaba en esos estanques intensamente azules, tan atentos y, al mismo tiempo, tan desbordantes de malicia. Quiso hablar, incitarlo, gritar expresando la anticipación que llenaba su mente tan por entero que ya no ejercía control sobre su cuerpo. Su vagina palpitaba, llena de un insoportable anhelo... y aun así, tenía que soportarlo.

Rogó con su mirada el alivio aunque, en ese mundo de profunda confusión, también suplicó que jamás acabara. El abrió los labios húmedos e hinchados que custodiaban los secretos del placer. Su contacto era tan delicado y, sin embargo, la dejaba tan expuesta, a merced del placer que sólo él podría brindarle. Durante una eternidad, nada pasó. Ella permaneció suspendida en el borde mismo de la bienaventuranza; luego, él blandió el delicado instrumento de deleite. El cuerpo de Portia saltó cuando una increíble corriente de alegría la sacudió una y otra vez. Quedó perdida para el mundo. Sin conciencia. Sin otra noción que las grandes oleadas de color escarlata que rompían sobre ella.

Y, antes de que llegara a la orilla, Rufus sonrió y tomó su boca con la suya al tiempo que la estrechaba contra sí. Penetró en su tierno cuerpo abierto y, ahora, su propia carne latía de deseo. Con los ojos muy abiertos, ella lo miraba, atrapada aún en los ondulantes picos de un orgasmo que había cambiado de forma, que había comenzado a aguzarse, a renovarse. Rufus se arrodilló entre los muslos de ella y apoyó las piernas de Portia sobre sus hombros. La penetró profundamente, hasta el límite mismo de la matriz y se sostuvo allí, deslizando sus manos por los muslos de ella para ahuecarlas bajo las nalgas alzadas de la muchacha. Ella arqueó la espalda, emitió un breve gemido y trató de atraerlo más hacia su interior, al tiempo que sus músculos internos se apretaban en torno a él. Con una leve y malévola sonrisa, él se retiró lentamente, milímetro a milímetro, hasta que sólo la punta de su carne rozó la entrada

del cuerpo de Portia. Entonces, con un solo movimiento veloz, hundió su miembro en ella otra vez.

Portia gritó repetidamente. Era insoportable, era increíble, era inimaginable. Arañó con sus uñas la espalda de Rufus y se aferró a él con desesperación, ciñéndolo con sus brazos, sujetándose como si fuese un leño en un mar embravecido.

Pero, finalmente, sus manos laxas se apartaron de la espalda de él.

-Dulce Jesús, ¿qué ha pasado?

Ella casi no podía hablar, con su boca apretada contra el hombro de él, saboreando la sal de su piel. Rufus rodó hasta quedar de costado y permaneció quieto, con su pecho henchido, su vientre brillante de sudor. Una mano pesada se apoyó sobre el pubis de ella, y sus dedos se enredaron en los rizos húmedos, en ademán posesivo.

-La petite mort- murmuró él-Para los afortunados que la experimentan.

-La pequeña muerte - dijo Portia, volviéndose para mirarlo, con el éxtasis aún perdurando en su mirada-Podría hacerme adicta a semejante muerte.

Él rió sin fuerzas.

-No siempre sucede, muchacha. En este asunto del amor, siempre hay decepciones.

Portia le acarició los pezones con la punta de su dedo índice.

-¿Es una advertencia? - preguntó.

Él le atrapó una mano y le dio un beso en la palma.

-No esperes llegar a los cielos todas las veces, amor.

-Está bien, no lo esperaré - dijo, sonriéndole-Hasta valdría la pena algo menos semejante a un cataclismo.

Rufus rió y se estiró para cerrar los costados de la bata de Portia.

-Te enfriarás.

-Aquí hace bastante calor.

-¡Es un horno! - corrigió él con cierta vehemencia-Antes de atreverme a exponer ese cuerpo frágil y pequeño al aire, avivé el fuego hasta que casi incendié la chimenea.

Portia se incorporó.

-¿De modo que tú planeaste esto?

-En realidad, no - dijo, bajando de la cama-Se me ocurrió en un rapto de inspiración - agregó, poniendo los brazos en jarra y mirándola-No sé si recuerdas que tenemos un asunto pendiente.

-Oh, sí - dijo ella, lánguida-Lo recuerdo. - y su mirada se enfocó-¿Cuándo te marchas?

-Mañana por la mañana. Tenemos que preparar nuestro recibimiento a los hombres de Granville, y la disposición del tesoro. No se puede dejar en cualquier sitio.

-No - admitió ella, logrando un tono melancólico-¿Cuánto tiempo estarás ausente?

-Es difícil saberlo. Pero por lo menos una semana.

-Ah - dijo ella, dando a su boca una expresión pesarosa.

-¿Quién quería ser un guerrero? - se burló él, apartando un rizo de la frente de ella con su dedo.

Portia bajó los párpados para ocultar el chisporroteo de sus ojos.

-Me he resignado a ser una mujer a quien dejan en casa, preocupándose - murmuró.

-No tienes por qué preocuparte - dijo Rufus, serio-Te prometo que volveré sin un rasguño de esta pequeña expedición, muchacha.

¿Y cuántos no volverán así?, se preguntó Portia.

Ella había traicionado a Cato y a sus hombres para facilitar la venganza de Decatur. ¿O habría protegido a Rufus de la venganza de Cato? Quizá fuese la misma cosa.

## *17*

El tercer día de lecciones Will se sentía tan incómodo como se había sentido el primero. Estaba en la orilla del río, observando a Portia con ojo crítico, viendo cómo tensaba el ligero arco y apuntaba al blanco puesto en el grueso tronco de un roble sin hojas.

Es por los pantalones, pensó él. Eso era lo que le daba ese aire tan extravagante, tan diferente de cualquier mujer que él hubiese visto nunca. Sin embargo, eso no era todo aunque sí una parte. Todo formaba parte del total de su rareza. Y Will, por su parte, era una persona convencional; sólo se sentía a sus anchas con lo habitual y la gente que conocía. Desde luego, le gustaba la excitación de su vida de bandolero porque estaba acostumbrado a eso. Sabía qué podía esperar de esa vida y de sus camaradas. Esta señorita Worth, en cambio, era tan inesperada y fuera de lo común como si hubiese bajado de la luna.

Al principio, Will no sabía si Portia iba en serio cuando hablaba de unirse a la milicia de Rufus pero, una vez que su comandante se hubo marchado con sus hombres, ella dejó bien en claro que hablaba muy en serio. Y Will había descubierto que era incapaz de resistirse a ella, si bien no sabía por qué. Claro que ella le había salvado la vida y que ella se lo había recordado, pero él podría aducir que su comandante no lo había autorizado y que él no podía actuar sin órdenes. Aun así, sin poder explicarse el motivo, no había podido decirlo.

Había consultado con George, que era el amigo más antiguo de Rufus, el hombre que, a la muerte de los tíos de aquél, por ser el mayor, había asumido el papel de gobernante de ese clan que se hallaba fuera de la ley. Y George, en lugar de confirmar que la idea de Portia era ridícula, sólo había hecho un guiño con un ojo a Will, sin cambiar su plácida actitud de costumbre, y dijo:

-¿Por qué no? No veo nada de malo en darle algunas lecciones a la muchacha. Después de todo, el conflicto será entre ella y el amo.

Y se había ofrecido a enseñarle a Portia las artes más salvajes de la pica y el mosquete, dejando para Will las delicadezas de la arquería y la esgrima. George no tuvo inconvenientes con su tarea pues, a su edad, su nueva alumna no le causaba perturbaciones a diferencia de Will quien, en presencia de Portia, se quedaba mudo, reñía sin querer hacerlo y tropezaba a cada rato.

Will se esforzó por concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Una vez que había accedido a encargarse de ella, el orgullo no le permititía fallar. No sería su culpa si Portia no lograba aprobar.

Mientras la observaba con atención, vio que probaba su tobillo, en proceso de curación, antes de disparar el arco y, después de tres días de observación, él supo reconocer en ella todos los signos de nerviosismo que precedían el momento del lanzar la flecha. El ángulo de los hombros, los pequeños reacomodamientos de los pies. Aguardó a que ella levantara la vista hacia el cielo, como hacía siempre en el instante previo a soltar la cuerda del arco.

Y, como siempre, él fue consciente de la renuente admiración que le provocaba la decisión de la muchacha. Si hubiese bastado con esa decisión, ella habría logrado el éxito.

En el preciso momento en que ella soltaba la cuerda, un grito excitado llegó desde el callejón que llevaba al río. La flecha erró el blanco y cayó en el río, resbalando sobre el hielo.

-¡Lo lograremos... lo lograremos! - siguieron gritando Toby y Luke, que aparecieron por el callejón-¡Te vimos, te vimos! - canturrearon, mientras corrían y seguían de largo, resbalando para recuperar la flecha.

Hubo una breve refriega en la que los dos lucharon por la posesión de la flecha hasta que Toby, triunfante, resbaló sobre su trasero de vuelta hacia la orilla, moviendo su botín sobre su cabeza. Luke se quedó en medio del hielo, berreando.

Will fue a buscarlo y lo llevó a la orilla.

-No puedes estar aquí mientras estamos practicando - le dijo.

-Nos quedaremos atrás - protestó Toby-Bien, bien atrás. Muy lejos - insistió, retrocediendo unos metros a modo de demostración.

-Eso no basta - dijo Will con firmeza.

-Me habéis hecho fallar - dijo Portia, sacando otra flecha del carcaj-Si volvéis a hacerlo, podría errar el tiro y heriros. Y entonces, ¿cómo estaríamos?

-¿Muertos? - aventuró Toby, pensativo.

-Al menos, heridos - repuso Portia-Regresad a la aldea; cuando Wtll y yo hayamos terminado, yo iré a buscaros y llevaremos a Juno a dar un paseo.

-¿Lo prometes?

-Lo prometo.

Se fueron a desgana, mirando por encima del hombro mientras se alejaban.

-Yo pienso - empezó a decir Will con timidez- que usted no se planta bien. Es preciso que separe más las piernas.

Desde su cuello trepó un intenso sonrojo.

-¿Así? - dijo Portia, colocándose en una postura de pies bien separados, mientras acomodaba la flecha en el arco.

-Sí, pero los hombros... - dijo Will, con las manos en los hombros de la muchacha y el rostro en llamas, mientras en su fuero interno enviaba a su primo al infierno. Retrocedió - Pruebe, ahora.

Esta vez, la flecha dio cerca del blanco. Willla recuperó.

-Ya estuvo mejor.

-Debo mejorar mucho - afirmó Portia sin rodeos-Que me condenen si hoy me voy de este sitio sin haber hecho una diana, Will- dijo, tomando de nuevo la flecha y ajustándola en el arco-Dígame qué otra cosa no hago bien. Usted debe saberlo.

-En mi opinión, se trata del modo en que sus dedos controlan la flecha - dijo él, todavía tímido- - La sujeta con demasiada fuerza.

Se puso detrás de ella y la rodeó con el brazo para hacerle una demostración. Al hacerlo, el brazo rozó un pecho de ella y él saltó hacia atrás como si lo hubiesen quemado.

Portia se volvió hacia él.

-Mire, Will, ¿no podría olvidar que soy una mujer?

-No es muy fácil- dijo él-Por añadidura, es la compañera de cama de Rufus.

-Ah - exclamó ella, rascándose la cabeza mientras pensaba-¿No podría verme como cualquiera de las otras mujeres que vienen a la aldea?

Will se limitó a mirarla, boquiabierto, como si se hubiese vuelto loca. Ella suspiró.

-Supongo que no puede. Bueno, veámoslo de este modo. En lo que a mí respecta, como usted es el primo de Rufus, para mí es como un hermano. ¿No podría verme como a una hermana?

-Tal vez pueda intentarlo - dijo Will, con cierta pesadumbre-Pero no es fácil. Nunca he tenido una hermana y, si la hubiese tenido, no creo que hubiera sido como usted.

Portia se dio por vencida. A la larga, Will se acostumbraría. Con George, sus lecciones eran mucho más fáciles. El viejo soldado sólo se ocupaba de su tarea y, tras haber llegado a la conclusión de que su alumna era seria, él se dedicó a enseñarle con la misma prosaica eficacia que empleaba con cualquier nuevo recluta. A Portia le llevó cierto tiempo habituarse a atacar un saco relleno de paja con la pica, imaginando que la aguda punta estaba atravesando carne y articulaciones humanas. La sed de sangre no formaba parte de su naturaleza y las lecciones de anatomía de George, al tiempo que le señalaban los puntos más sensibles, eran en extremo gráficas.

Ella se convenció de que sólo se trataba de un ejercicio. Tenía que demostrar a Rufus y a sus hombres que ella era capaz de hacerlo. Que podrían confiar en ella en cualquier situación. No era obligatorio que ella tuviese que ensartar, realmente, las tripas de alguien.

Con el mosquete fue mejor. Para disparar una bala tenía que haber cierta distancia, si bien ella no se engañaba con respecto al daño que podría causar. Sus dedos largos y delgados eran hábiles y rápidos; tuvo escasas dificultades en dominar el arte de recargar el arma en el tiempo permitido. El arma le pesaba sobre el hombro, y el retroceso le empujaba con fuerza el hombro. En el transcurso de unas horas, se le formó un enorme hematoma y tuvo que recurrir a toda su capacidad de resistencia para que George no descubriese cuánto le dolía.

Lo mejor fue el trabajo con el estoque. Jack le había enseñado esgrima cuando ella tenía doce años. Era un deporte en el cual él se había destacado hasta que el coñac le arruinó la vista y los temblores le impidieron sostener nada que fuese más pesado que un botellón de bebida. Will se mostraba mucho más suelto cuando esgrimían en el cobertizo de Tod. Gracias a la destreza de Portia, no tuvo mucho trabajo en enseñarle y, pronto, ambos comenzaron a disfrutar con los asaltos.

A medida que pasaban los días y no había noticias, Portia tenía que reprimir su ansiedad. Trató de convencerse de que, cuanto más tiempo Rufus estuviese ausente, tanto mejor sería. Quería tener una absoluta eficiencia cuando él regresara. Quería que George y Will pudieran decir, sin ningún escrúpulo, que ella era lo bastante diestra como para estar entre ellos en cualquier batalla. Sus lecciones atrajeron a los curiosos. Al principio, se divertían y se mostraban escépticos. Pero luego comenzaron a manifestar ligeros cambios en su actitud. Sus comentarios se tornaron animosos en lugar de burlones, y pronto también empezó a recibir consejos de ellos. Con cada día que pasaba, Portia empezó a sentir que, en cierto modo, gracias a su esfuerzo y sin la ayuda de Rufus, se estaba haciendo un sitio entre esos hombres.

Nunca se sintió amenazada por su situación como única mujer en medio de aquellos bandidos. La experiencia le había enseñado que debía esperar lo peor de los hombres, sobre todo cuando estaban en grupo; al principio, supuso que ellos se contenían porque ella era la mujer del jefe y que ninguno se habría atrevido a invadir el territorio de su comandante. Pero eso no habría impedido las miradas lascivas, las insinuaciones sexuales ofensivas, los comentarios oblicuos y las bromas humillantes. Sin embargo, tampoco hubo nada de eso. Aquello fue una grata sorpresa que hizo mella en sus prejuicios sobre el sexo masculino en general.

Cuando Rufus regresó, ella estaba librando un feroz combate de esgrima con Will, en el cobertizo de Tod. Él se había adelantado un poco a sus hombres y llegó a la aldea sin anunciarse con la intención de sorprender a Portia. Fue para él una decepción encontrar la cabaña vacía; entonces, fue a buscarla al comedor.

-Oh, por lo general, a esta hora del día la muchacha está con Will en el cobertizo de Tod - le informó Josiah, despreocupado, en medio de sus cacerolas.

Rufus sintió curiosidad. ¿Qué asunto cotidiano podría reunir a Will y a Portia en el cobertizo? Se encaminó hacia allí y se detuvo al oír el inconfundible sonido del cruce de aceros. Ceñudo, se escurrió por la puerta entreabierta del cobertizo y se quedó en la penumbra, observando a las dos pequeñas figuras.

Comprobó, de inmediato, que Portia era buena. Era más veloz que Will y, tal vez, un poco más precisa en sus acometidas gracias a su velocidad, pero paraba los ataques con impecable precisión y era rara la ocasión en que su oponente podía sorprenderla con la guardia baja.

¡Dios, cuánto la había echado de menos! Hasta en los momentos de mayor concentración en su plan, al calor del peligro y en medio de la excitación de la victoria, había pensado constantemente en ella. No podía esperar para reencontrarse con ella... no podía esperar a oírle decir que ella lo había echado tanto de menos como él a ella.

Pero, en su ausencia, ella no se había quedado sentada lamentándose, pensó él con amargura. Sin ser visto, la observó unos instantes disfrutando un momento viendo su habilidad. Su gracia y el entusiasmo que demostraba en la pista le hicieron recordar el modo desinhibido con que bailaba y la manera sinuosa y flexible en que ella movía el cuerpo cuando hacían el amor. Ella reía, eufórica, por haber parado la hoja de Will en tercera y Will, por su parte, con aire sombrío, bajaba el arma.

-Bravo, patito - dfijo. Rufus saliendo de las sombras y aplaudiendo con las manos enguantadas.

-¡Rufus!

Portia arrojó su estoque sobre un fardo de paja y, corriendo por el cobertizo, se arrojó directamente en sus brazos rodeándole la cintura con sus piernas, enlazándole el cuello con sus brazos y besándolo con desvergonzada pasión.

-Estás sano y salvo - declaró, con su boca pegada a la de él-Estuve muy afligida, aunque me esforcé por no estarlo.

-Por supuesto que estoy sano y salvo - dijo él, desdeñoso, sujetándole las nalgas con las manos.

-¿Y pudiste hacerte con el tesoro?

-Ahora viaja hacia Newcastle.

-¿Algún incidente? - preguntó Will, tratando de disimular el embarazo que sentía.

No sabía dónde mirar. Las manos de su primo parecían enormes en el pequeño trasero de Portia.

-Algunos - respondió Rufus-Aunque no tuvimos muertos.

Se hizo un momento de silencio. Portia no podía soportar la incertidumbre. Aun cuando estropease ese momento de recogimiento, ella necesitaba saber. Su traición, ¿había significado la muerte de Cato?

-¿Y Cato?

La breve pregunta pareció estallar en medio del silencio.

Rufus la depositó sobre sus pies.

-Granville no estaba en la emboscada - afirmó él-Sólo sus subalternos... por fortuna para él- añadió, con una áspera carcajada-Los derrotamos de manera tan absoluta que, si él hubiese estado allí, habríamos tenido nuestro arreglo de cuentas. - Luego, con visible esfuerzo, cambió la expresión sombría de sus ojos y dijo con vivacidad- : ¿Y cómo es que estás esgrimiendo con Will?

Will miró a Portia quien, a su vez, miró a Will. Entonces, Portia hizo una profunda inspiración y dijo:

-Will y George han estado enseñándome todas las destrezas necesarias para combatir con la milicia.

-¿Qué? - preguntó Rufus.

-Yo te había dicho que quería formar parte de tus hombres - dijo Portia, con calma-Ahora puedo demostrarte que soy absolutamente capaz de hacerlo. Soy bastante buena, ¿no es así, Will?

Le clavó una mirada penetrante, instándolo a hablar.

Will sintió que le faltaba el suelo bajo los pies. Rufus tenía la expresión de quien no da crédito a sus oídos. Pero Will no era ningún cobarde. Dijo:

-Maneja la espada mejor que yo, y con el arco lo hace decentemente.

-Gracias, Will- dijo Portia en voz queda.

Él le echó una breve mirada y luego se encogió de hombros.

-Es la verdad. Una vez, me salvó la vida, y yo no volveré a temer mientras ella esté a mi lado.

¡Elevado elogio, por cierto! Portia se ruborizó de placer. Sintió el impulso de besarlo, pero los soldados no acostumbran abrazar a sus compañeros de armas.

-¿Quieres decirme que has arrastrado a George a este ridículo asunto? - quíso saber Rufus.

-Sí, milord. Yo le he enseñado a manejar la pica y el mosquete - dijo el aludido desde atrás de él. Había sabido del regreso del jefe y había acudido de inmediato para enterarse de las nuevas de la expedición. A juzgar por la expresión fulminante del amo, el plan de Portia parecía a punto de desplomarse - La muchacha se desempeñará muy bien, sir. Los hombres han estado observando sus prácticas y todos opinan lo mismo.

Portia no había oído decir eso, y su rubor se intensificó. Antes de que Rufus pudiese reaccionar, dijo, con vertiginosa decisión:

-Yo te lo demostraré, Rufus. En este mismo momento, me has visto esgrimir, pero puedo luchar contigo. - Se abalanzó a recoger su estoque, y trazó con él un veloz saludo en el aire-Y luego, haré tres dianas con seis flechas, después te mostraré que sé disparar y recargar el mosquete en poco más de un minuto... y después te mostraré cómo se destripa un fardo de heno - dijo, con los ojos brillando a raíz de su abrumadora necesidad de convencerlo; las palabras salían a borbotones de su boca en exuberante cascada-Si tú me lo permites...

Rufus levantó una mano.

-No necesito verte hacer esas cosas - repuso él, en tono cortante-Si Will y George dicen que sabes, a mí me basta con eso. Pero eso no cambia nada, muchacha. ¿En verdad crees que voy a permitir que te expongas a los peligros del campo de batalla?

Portia irguió los hombros y lo enfrentó, su mentón alzado, su boca apretada.

-Si yo deseo exponerme a esos peligros, es asunto mío, no tuyo, Rufus. Soy lo bastante hábil para luchar bajo tu estandarte; me ofende que digas que no vas a permitirlo, sólo porque soy mujer. Si tus mismos hombres están dispuestos a que me una a ellos, ¿por qué tienes que impedirlo tú?

Al acabar ese apasionado discurso, el silencio que reinaba en el cobertizo era tan denso que habría ahogado una conflagración. Nadie había notado que George se había retirado en silencio.

La expresión de Rufus se mantuvo inescrutable, hasta que dijo con brusquedad:

-Will, dentro de una hora daré un informe sobre la expedición. Reunión general en el salón de entrenamiento.

Will hizo un saludo y salió del cobertizo, manifestando su alivio en cada paso. Rufus se volvió hacia Portia, que seguía mirándolo en actitud de vehemente desafío.

-¿Tienes que mirarme con ese ceño? - preguntó él, con sonrisa interrogante-Una piedra me habría dado una bienvenida más cálida.

Portia titubeó. En ese momento, notó qué fatigado estaba él. Su rostro estaba grisáceo de cansancio, sus ojos, con profundas ojeras, su boca fina se perdía entre la barba. Entonces, sintió un ramalazo de culpa por haber lanzado su ataque antes de que él hubiese tenido tiempo de recuperarse del viaje. No era un asunto tan vital que no pudiese esperar hasta que se hubiesen saludado como era debido.

-Lo siento - dijo ella, con instantáneo remordimiento-Pareces muy cansado, amor.

-Eso es poco decir - dijo él, pasándose una mano por el mentón-Necesito con urgencia un baño y cambiarme la ropa; tampoco me vendría mal una taza de hidromiel.

-Yo puedo ofrecerte todo eso - dijo Portia con una sonrisa, tomándolo de la mano y guiándolo hacia el callejón.

Mientras caminaban hacia la cabaña en un silencio que era, ahora, de contento y de anticipación, ella balanceaba la mano de Rufus.

Él abrió la puerta de la casa.

-Sí... sí, yo también estoy encantado de verte, Juno... creo - dijo a la perra, que saltaba sobre las patas traseras y lanzaba agudos ladridos, en el éxtasis del recibimiento.

Portia alzó una mano y tocó suavemente el rostro de Rufus, pasando la yema del índice por su boca.

-Te daré aguamiel - dijo, llenando un jarro que había en la alacena-¿Quieres que te prepare el baño?

-Sí, por favor - respondió él, gimiendo mientras se sentaba a la mesa y estiraba sus largas piernas-Dios; estoy agotado. Hemos estado cabalgando doce horas sin parar.

Portia arrastró la bañera hasta delante del fuego, sacó la olla de cobre del gancho, tambaleándose un poco bajo su peso, pero negó con la cabeza cuando Rufus hizo ademán de ayudarla.

-Si puedo tensar un arco y destripar una bolsa de paja con una pica, Rufus, no cabe duda de que puedo cargar con una olla de agua caliente.

Rufus arqueó una ceja pero no dijo nada. Dejó que ella sola echara el agua hirviendo en la bañera mientras él comenzaba a quitarse el chaquetón de cuero. Se quitó las botas y los calcetines, luego se puso de pie para desabrochar el cinturón de la espada y quitarse pantalones y calzones.

Tal vez fuese egoísta de su parte, pero Portia echó al viento cualquier atisbo de contención y preguntó, sin el menor escrúpulo:

-¿Estás tan cansado porque no has dormido en Newcastle? - preguntó, con inocencia, mientras él se metía en la bañera y se sumergía en ella, dejando colgar sus largas piernas por encima del borde-¿O es que estabas tan entretenido con las diversiones de la ciudad para hacer algo tan aburrido como dormir?

Rufus la miró con ojos entrecerrados.

-Por casualidad, ¿no estarás intentando provocar una riña?

-Ésta es una alternativa a hacer el amor - dijo ella, arrodillándose junto a la bañera-Siento la necesidad de cierta excitación.

Se inclinó sobre él para besarlo, pasándole los dedos entre la barba, la lengua sinuosa e insistente, exigiendo entrar en su boca. Su mano descendió por la fuerte columna de su cuello, por su pecho, se demoró en sus tetillas y levantó entre sus dedos la roja pelambre que surgía en vigorosos riros en la parte superior de su cuerpo.

Rufus apoyó su cabeza en el respaldo de la bañera y cerró los ojos, entregándose a las maliciosas caricias, a los provocativos ataques de los dedos de Portia, mientras la misma mano se zambullía bajo el agua, tocando una melodía sobre la piel tensa de su vientre musculoso. Luego, descendió más, entre sus muslos, alzando su órgano blando, acunándolo en su mano, oprimiéndolo con suavidad, retrayendo la pequeña caperuza de carne en busca de la punta sensible.

El miembro volvió a la vida de un salto en la palma de ella, que rió suavemente, mordisqueándole la comisura de su boca, hundiendo la lengua en el hoyuelo de su barbilla.

-¡Por la gracia de Dios, tú eres capaz de levantar a alguien de su tumba! - murmuró Rufus-¿Qué has estado tramando durante mi ausencia?

Portia se inclinó sobre él y lo rozó con las pestañas, agitando esos dorados abanicos sobre sus labios.

-A ver, arquería, esgrima, asesinato de sacos de paja, carga de mosquetes... ah, y soñar. He tenido tiempo de sobra para soñar, sola en esa gran cama. Y creo que mis sueños han dado

buenos frutos - agregó, acompañando con una breve carcajada triunfal, y sentándose sobre los talones-¿Qué opina de eso, lord Rothbury?

-Opino que es hora de que te dé algo para que puedas soñar - declaró-Quítate la ropa.

La excitación se encendió en los ojos de la muchacha.

-¿Aquí...ahora?

-Sí. Date prisa.

Portia se irguió para quitarse la ropa; entonces, ya desnuda, lo miró sin saber qué debía hacer a continuación.

-Ven aquí - dijo él, estirando las manos y atrayéndola hacia sí-Ponte a horcajadas sobre mí... Eso es. Y ahora, guíame hacia dentro.

Portia siguió sus instrucciones, con la lengua entre los dientes y el ceño entre las cejas como señal de concentración. Se levantó un poco para recibirlo dentro de su cuerpo y luego descendió con cuidado, de manera de quedar a horcajadas sobre las caderas del hombre.

-Y ahora, tú tocarás la melodía - dijo Rufus, aferrándola con sus manos de la cintura-Muévete como quieras. Lo que sientas que es bueno. Tú tienes el control.

Los ojos de Portia se agrandaron; no le llevó mucho tiempo comprobar que él decía la verdad. Y no sólo controlaba su propio placer sino, también, el de su amante. Se echó a reír, encantada, adivinando sus reacciones en la mirada brillante que tenía debajo de la suya, sintiendo cada ondulación del cuerpo de él como si fuera suyo. Quiso que los dos quedaran suspendidos en ese glorioso reino sensual y sufrió un ramalazo de decepción cuando comprendió que, a la larga, ella no podía hacer nada para retener la marea de pasión que barría con los diques del control. Pero fue sólo un instante que se perdió para siempre en la maravillosa cascada del placer.

Una prolongada nota de trompeta, sostenida en una vibración de sonido, con una sacudida, sacó a Rufus de su trance posterior al amor.

-¡Por todos los diablos del infierno! ¿Ya ha pasado una hora? - dio unas palmadas en la cadera de Portia-Arriba, amor. Tengo que irme.

Sin ganas, Ponia se puso de pie y Rufus se levantó, lanzando una lluvia de gotas.

-¡Madre de Dios! - exclamó-¿Qué diablos te ha pasado en el hombro?

Tocó la contusión, ya amarillenta, que se extendía desde el cuello hasta el hombro de Ponia.

-Es el retroceso del mosquete - explicó Portia-Ahora, en cambio, uso una almohadilla hecha con un paño arrollado para apoyarlo, y me duele mucho menos.

Rufus permaneció ceñudo, como si estuviese a punto de decir algo, pero luego meneó la cabeza desechando con brusquedad sus pensamientos y salió de la bañera. Ella tenía que aguantar las consecuencias de su propia decisión; si tenía que aprenderlo por las malas, por las malas sería. Ella había dejado bien claro que no quería ser consentida, que no quería ninguna concesión.

-Vístete - dijo él, frotándose vigorosamente con la toalla-Hay asamblea general; eso vale para ti también.

Ponia no estaba segura de haber entendido bien y lo miró con cierta prevención:

-¿Tú vas a... yo voy a... puedo...?

-Sí, yo voy... sí, tú vas... sí, puedes unirte ala milicia- respondió Rufus; en un tono que no daba muestras de gran entusiasmo en relación con su capitulación-Va en contra de mis opiniones; sin embargo, no esperes ninguna concesión. Ni de mí ni de ningún otro, ¿está claro?

La miró con expresión severa, pero Portia se limitó a sonreírle, encantada. En la presente circunstancia, le parecía perfectamente bien que el comandante reemplazara al amante.

-Yo no aceptaría que fuese de otro modo, milord - dijo, tomando la toalla de la mano laxa de él y secándose antes de volver a ponerse la ropa-¿Has estimado el valor del tesoro de Cato?

Rufus se abrochó la hebilla del cinturón. Estaba vuelto, a medias, de espaldas a ella y Portia no podía verle la expresión.

-Vale bastante - dijo.

Lo suficiente para obtener el perdón de un Rey. Para la restitución de la casa de Rothbury. Suficiente para arrancar a Cato Granville el control de su título de nacimiento.

## *18*

Portia avanzó, arrastrándose sobre el estómago en lo alto de una colina hasta que tuvo una visión clara del castillo Granville. El puente estaba bajado y, mientras ella observaba, salía del castillo un destacamento de soldados con los estandartes de Granville y del Parlamento flameando en el viento, sobre sus cabezas.

Vio la pequeña isla de los patos en medio del foso. Necesitaría quince minutos para bajar, cinco para dejar su mensaje para Olivia y otros veinte para volver a trepar la cuesta. ¿Cómo podría explicarle ese tiempo de ausencia a su compañero de misión, Paul?

Retrocedió y se puso de pie. Paul estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una roca, y comía tranquilamente una manzana. Los caballos de ambos estaban atados a un arbolillo joven, y se afanaban en consumir el contenido de sus morrales.

-¿Cuánto tiempo calculas que les llevará a los otros llegar aquí? - preguntó Portia, como al acaso.

-Will dijo que llegarían antes del anochecer - respondió Paul - No creo que él sepa que nosotros llegaríamos tan rápido - dijo, sonriendo, al tiempo que arrojaba el corazón de la manzana-No lo habríamos logrado si tú no hubieses descubierto sus huellas.

Portia abrió su alforja y sacó un paquete envuelto en tela.

-¿Te has comido todo el pollo, Paul?

-Pensé que habías dicho que no te gustaba.

-Nunca dije tal cosa - protestó ella-Oh, bueno, supongo que podré arreglármelas con el queso.

Se encaramó a la roca, con su magro almuerzo de pan y queso.

-Sí, estoy seguro de que si no hubieses encontrado sus huellas, lo más probable es que los habríamos perdido - dijo Paul, mondándose los dientes con una hoja de hierba.

Portia dibujó una sonrisa petulante.

-Ciertamente se sorprendieron cuando aparecimos de golpe delante de ellos.

A ella y a Paul les habían asignado la tarea de seguir a dos hombres que viajaban como prósperos granjeros; Will había descubierto, merced a sus espías que en realidad eran correos rebeldes que llevaban información del general Fairfax, en Hull, a lord Leven, que estaba acampado en las afueras de Durham.

Paul rió entre dientes.

-Sí, el jefe estará contento con lo que hemos extraído de ellos.

Habían seguido a los dos hombres hasta una aldehuela a unos ocho kilómetros del sitio donde estaban en ese momento haciendo su comida campestre y habían logrado darles una desagradable sorpresa. El resultado era que los dos correos estaban alojados en un gallinero, atados y amordazados, aguardando un incierto rescate y que, los papeles que llevaban, estaban guardados en un bolsillo interno de la alforja de Portia. Seguramente, eran documentos interesantes que revelaban información con respecto a movimiento de tropas que serían de vital importancia para los ejércitos del Rey.

Will había mandado a Portia y a Paul a cumplir esa misión mientras el resto de la patrulla había ido tras una pequeña tropa perteneciente a la milicia de Granville, con la esperanza de tener una escaramuza con ellos.

Durante esos meses de invierno, en las tierras fronterizas del Norte se había desarrollado una guerra esporádica, de breves escaramuzas, de espías, sitios y acoso provocador. No se habían dado batallas decisivas desde que Leven había cruzado la frontera con sus escoceses. Las fuerzas realistas aún retenían el Norte, con la excepción de Hull, pero la primavera estaba en el aire, pronto los ejércitos podrían desplazarse con más libertad y las fuerzas del Rey al

mando de lord Newcastle serían superadas en número. Si las dos alas de los ejércitos rebeldes se unían, la causa del Rey quedaría derrotada en el Norte.

Sin duda, Rufus estaría muy interesado en la información que Portia guardaba en su alforja.

-Voy a dar un pequeño paseo, Paul- dijo, bajando de la roca. Paul respondió con un gruñido y cerrando los ojos, con los brazos cruzados sobre el pecho, bajo la capa, se dispuso a hacer una siesta.

Portia sabía que él supondría que ella sólo había ido a responder la llamada de la naturaleza y lo dejó con su suposición. Si tenía un poco de buena suerte, él dormiría la mayor parte de la tarde; incluso, ella podría estar de regreso antes de que él despertara.

Se movió con la velocidad y astucia que había aprendido en las últimas semanas, y atravesó el pequeño grupo de árboles que cubrían la ladera, bajando hacia el castillo, corriendo de un árbol a otro, aprovechando arbustos y rocas para ocultarse. Sus pantalones y su chaquetón eran de lana oscura se confundían con el paisaje, y su llamativo cabello estaba escondido bajo una gorra que le cubría toda la cabeza. Llevaba un estoque y un cuchillo en el cinturón y, si se veía obligada a usarlos, ya no sería la primera vez. Había aprendido muchas cosas en las últimas semanas y no era la de menor importancia haber hecho a un lado sus anteriores escrúpulos relacionados con el derramamiento de sangre, que se desvanecían en el aire cuando era la propia sangre la que corría peligro de ser derramada.

Ella siguió su camino alrededor del foso hasta que llegó frente a la pequeña isla. Ya, el sol primaveral era tibio; se había suavizado la mordedura cruel del viento invernal. Una semana después, el hielo que cubría el foso sería demasiado delgado para que Olivia pudiese aventurarse sobre él con sus patines. Ésta era la última oportunidad que tenía Portia de dejar bajo el peñasco el mensaje prometido.

Ella había estado torturándose tratando de hallar el modo de hacer llegar el mensaje a Olivia pero, hasta ese día, no había tenido la oportunidad. Aun cuando hubiese podido salir de la aldea Decatur sin ser vista, había estado demasiado atareada para realizar semejante expedición.

El amo de Decatur había sido fiel a su palabra y la nueva recluta había sido absorbida en las filas, sin diferencia alguna por su sexo o su relación con el jefe. Su rango era bajo y se le asignaban, con regularidad, las aburridas y tediosas tareas que se necesitaban para mantener en impecables condiciones los elementos de una armería en gran escala. Desempeñaba su turno de centinela de acuerdo con el orden del día y, si eso implicaba que ella estuviese ausente del lecho de Rufus, el comandante lo aceptaba sin chistar. Y cuando Rufus salía de expedición, no siempre la incluía en el grupo de los que lo acompañaban. En una ocasión, ella había discutido por haber sido excluida y recibió como respuesta que él había consultado la nómina y había visto que ella estaba asignada al adiestramiento con culebrina. y Portia había llegado a la ingrata conclusión de que Rufus, en realidad, no había pensado en la posibilidad de cambiar su asignación para resolver tales conflictos.

La pequeña excursión de ese día había comenzado como una rutina. Will estaba recorriendo la red de espías que tenía por la región y había llevado consigo un destacamento de diez jinetes, entre ellos Portia y Paul. De ordinario, Will se habría conformado con perseguir a los correos rebeldes pero la noticia de que se acercaba desde York una pequeña tropa de Granville le había agitado la sangre. Él quería entrar en acción sin la presencia de Rufus ni de George. Sería la primera vez, y era una buena oportunidad de demostrar su destreza como jefe en el campo de batalla.

A Will le había parecido la solución perfecta enviar a Portia y a Paul tras la huella de los correos, puesto que no era una misión demasiado peligrosa teniendo en cuenta que estaban mejor armados que su presa y contaban con la ventaja de la sorpresa. Ellos habían acordado encontrarse para regresar juntos a la aldea Decatur, a la puesta del sol. De ese modo, Portia contaba con dos horas para hacer lo suyo en el foso. Tenía tiempo de sobra.

Dirigió la vista hacia el castillo y vio los estandartes que flameaban en almenas y bastiones. Sobre el hielo, oculta por la isla, quedaría fuera de la vista para un observador que estuviese en el puente levadizo o en las torres de vigilancia y, cuando ya estuviera en la isla, estaría a salvo de ser descubierta. De cualquier modo, fue preciso que pusiera en juego una buena dosis de coraje para obligarse a salir del refugio de los arbustos y pisar el hielo que ahora tenía un aspecto verdoso y transparente; vio una ominosa resquebrajadura mientras avanzaba.

-¡Diablos del infierno! - exclamó y, agazapándose, corrió por la superficie helada.

No tenía noción de cuál sería la profundidad de la fosa pero, aun cuando fuese poco profunda, se vería en un gran aprieto si se rompiera el hielo. Se escurrió hacia la isla en medio de un revoloteo de patos y se zambulló en la cortina de arbustos.

El peñasco estaba donde ella recordaba. Sacó la carta del bolsillo de su chaquetón, la deslizó bajo la piedra y luego se preparó para la carrera de regreso por el hielo.

Un instante antes de salir de su escondrijo, oyó voces. Estaban muy cerca; ella demoró un minuto para reconocer la voz de Olivia. Pero ¿quién demonios era la otra persona? Una cosa era que Olivia la viese allí, pero sería muy distinto que otra persona la sorprendiese.

No tenía adónde ir. La isla era un poco más grande que una roca grande, y ella estaba utilizando el único lugar para esconderse. Tal vez, Olivia estaría patinando por el foso y pasara ante la isla. Las voces se aproximaron. Eran altas, intensas, de mujer las dos. Portia frunció el entrecejo y rebuscó en su memoria. La segunda de las voces le resultaba familiar... ah, eso era. Se trataba de Phoebe, la hermana menor de Diana. No resultaba peligrosa, a menos que hubiese cambiado de manera notable. Trepó al peñasco y esperó.

Las niñas llegaron a la isla.

-El peñasco está detrás de los arbustos - dijo Olivia, en voz un tanto agitada-Ella pro... prometió dejar un mensaje y aún no lo ha dejado. Estoy preocupada pensando que quizá no haya llegado a Decatur.

-Llegué perfectamente, patito - dijo Portia, disfrutando con la sorpresa.

Olivia lanzó un chillido de sorpresa y de deleite. Alzó las manos.

-¡ah, Portia!

Portia la abrazó.

-Te dejé una nota pero, ahora, es un poco superflua.

Dirigió una sonrisa a la compañera de Olivia: Phoebe no había cambiado en absoluto. Su rostro redondo estaba sonrosado a causa de la sorpresa, sus cándidos ojos grises expresaban su buen talante.

-Por todos los cielos, cómo nos sorprendiste - declaró lo que era evidente - Olivia estaba convencida de que estabas muerta. Qué ropa extraordinaria llevas.

-Resulta práctica para la clase de vida que tengo últimamente - repuso Portia con una sonrisa.

-Olivia pensó que te convertirías en la querida de lord Rothbury. ¿A él le gusta verte en pantalones? - preguntó, por pura curiosidad.

-En la cama, no - respondió Portia, maliciosa.

-¡Tienes una espada! - exclamó Olivia-¿Por qué?

-Porque soy un soldado - respondió Portia, paciente - Yo siempre lo había querido.

-Sí, eso habías dicho en Londres - comentó Phoebe - Yo lo recuerdo. Fue en aquella ocasión, cuando juramos ser fieles a nuestras ambiciones y no ser comunes.

-Bueno, creo que yo no he roto el pacto - dijo Portia-No hay nada de común en ser soldado.

-Yo no he llegado muy lejos con mi ambición - dijo Phoebe, con cierto pesar-Estoy intentando escribir poesía, pero no estoy muy satisfecha con mis esfuerzos. Me da la

impresión de que siempre falta algo a mis poemas. No puedo hacer buenos trabajos en tanto no podamos salir del castillo por culpa de la guerra.

Olivia no prestaba atención a la conversación.

-¿Sa... sabes usar la espada? - preguntó a Portia, con mirada incrédula.

-Por supuesto.

-Haznos una demostración.

Portia comprendió hasta qué punto se había alejado de la vida de Olivia.

-No es un juguete - dijo con voz tranquila y cambió de tema-Y bien, Phoebe, ¿a qué has venido al norte?

-¡Oh, es por mi padre! Él se ha decidido por el Parlamento; en consecuencia, ha traído aquí su propia milicia para unirla a la del general Fairfax, y le pareció que yo estaría más segura en el castillo Granville, con Diana - dijo Phoebe, disgustada.

-Sí, Portia. Di... Diana la odia a ella aún más que a mí.

-Por Dios, debe de ser duro para ti - dijo Portia.

-Es horrible - afirmó Phoebe - Mi hermana es una persona espantosa. Yo creía que, al casarse y tener hijos, se volvería más bondadosa, pero no ha sido así. Oh, mira, ¿cómo me he manchado aquí?

Acongojada, se sacudió unas manchas de su capa.

-Y el volante de tu enagua está roto - informó Olivia.

-¡Oh, Dios! - gimió Phoebe-¿Cómo ha sido?

-Fue cuando te caíste en el hielo.

-Yo no sé patinar bien - dijo Phoebe, con un suspiro contrariado-Al caminar, ya me enredo en mis propios pies; ¿cómo, entonces, puedo pretender mantenerme en pie con estas cosas en las botas?

Para explicarlo, levantó un pie donde llevaba sujeta la hoja de hueso.

-De cualquier modo, no podrías seguir patinando mucho tiempo. El hielo se está poniendo muy fino - dijo Portia, con la intención de consolarla.

-Sí y, con mi mala suerte, me caería por un agujero - dijo Phoebe - Estoy muy gorda. Diana dice que parezco un elefante.

Portia examinó a Phoebe con mirada crítica.

-No estás gorda. Eres redondeada.

-Yo no podría usar pantalones - aseguró Phoebe-¿Te imaginas qué aspecto tendría?

Olivia emitió una breve risa ahogada y Portia dijo:

-¿Para qué querrías usarlos?

-No quiero - dijo Phoebe-Por fortuna.

A continuación, estalló en una ola de alegres carcajadas que cambiaron su semblante y disiparon una expresión que manifestaba su desprecio por sí misma.

-Bien, me alegra saber que haces compañía a Olivia - dijo Portia- Estaba preocupada por ella.

-He contado a Phoebe lo que tú hiciste a Bradford - le confesó alivia, ahogándose de risa otra vez.

Portia sonrió.

-Fuimos las dos, patito - dijo, y se puso seria-¿Qué dijo tu padre... cuando yo desaparecí?

Olivia sacudió la cabeza.

-Estaba muy enfadado. Y yo le dije que no sabía adónde habías ido ni por qué. Al parecer, me ha creído. Luego, sucedió algo malo, aunque yo no sé de qué se trata. Pero sé que él te culpa a ti por ello.

Portia asintió: era lo que ella esperaba.

-Tengo que irme - dijo, de repente-Me alegra que tengas a Phoebe contigo, Olivia. Adiós.

Se alejó sigilosamente antes de que ellas pudiesen comprender del todo que se marchaba tan repentinamente. Les dirigió un breve saludo con la mano, corrió hacia el hielo y cruzó rápidamente el foso para desaparecer entre los arbustos del otro lado.

Portia trepó la colina. Un instante antes de dejar el grupo de árboles y salir hacia la cuesta donde Paul había quedado durmiendo, oyó un tintineo de las bridas y un murmullo quedo de voces. Aminoró el paso y siguió trepando, con el corazón martilleándole contra sus costillas. Habría estado ausente por lo menos una hora. ¿Paul habría sido víctima de una emboscada?

Sin embargo, lo que vio le hizo maldecir para sus adentros. Will y su grupo habían llegado antes de lo esperado. Todavía estaban montados, menos Will, que estaba concentrado en su conversación con Paul y, a juzgar por el modo en que ambos movían los brazos, no era una conversación apacible. Portia se preparó para ser interrogada y salió de entre los árboles.

-Falta una hora para el atardecer - comentó-Lo han hecho rápido. ¿Han tenido buena suerte?

Will giró en redondo.

-¿Dónde has estado? Paul dice que has estado ausente durante horas.

-Paul estaba dormido - dijo Portia, asumiendo un riesgo calculado - Me he ido y he vuelto varias veces.

Una fugaz mirada a Paul la tranquilizó: su expresión era insegura.

-¿Adónde has ido?' - insistió Will, ceñudo.

-Creo que he comido algo que no me ha sentado bien - dijo Portia - Espero que no quieras que entre en detalles.

Un par de semanas atrás, Will se habría ruborizado hasta las orejas, pero ya no. Ahora, se sentía tan cómodo con Portia como con cualquiera de sus camaradas, y no tenía el menor inconveniente en ignorar la relación entre ella y Rufus. Su rango dentro de la milicia le daba autoridad sobre ella y, desde el momento en que la propia Portia no cuestionaba esa autoridad y, además, Rufus la respaldaba, el trato entre ellos se había tornado fluido y amistoso. Él replicó, sencillamente:

-Bueno, espero que por tu causa no tengamos que detenemos en el camino de regreso. El campo hierve de «cabezas redondas».

Portia montó a Penny y guió a la yegua hasta quedar junto al caballo de Will. Veía que a Will le inquietaba algo, además de su ausencia.

-¿Has encontrado algo más de lo que esperabas con los hombres de Granville?

Will guardó silencio durante un minuto, y entonces dijo, sin ganas:

-Nosotros los habíamos puesto en fuga, pero llegó un batallón de canallas rebeldes por la loma. Nos superaba en número; no tuvimos más remedio que abandonar la persecución.

-Oh, lo siento - dijo Portia, inclinándose sobre él y tocando su mano enguantada en un breve gesto de simpatía. Ella había adivinado lo mucho que significaba esta excursión para él - Con todo, en primera instancia tú llevabas las de ganar.

La expresión de Will se aligeró.

-¡Oh, tendrías que haberlos visto correr, Portia! Volvieron grupas como si fuesen conejos huyendo del desollador. Podríamos haberlos hecho prisioneros a todos.

-Ya habrá otra oportunidad - lo consoló Portia-Y un buen comandante sabe cuándo retirarse de una batalla. Rufus lo repite siempre.

-Sí, lo dice, ¿no es cierto? - confirmó Will, con expresión mucho más feliz-Paul me ha dicho que os habéis apoderado de despachos que llevaban esos correos.

-¿Te dijo lo que dice en esos documentos?

-No; estábamos demasiado ocupados preguntándonos qué te habría sucedido a ti.

-Como te decía... - Portia arqueó una ceja y luego se inclinó de lado para aflojar su alforja. Rebuscó dentro durante un instante y extrajo el pergamino enrollado -Juzga por ti mismo.

Willleyó, ansioso, el pergamino y exhaló un silbido bajo.

-Movimiento de tropas. Esto tiene que ser enviado de inmediato a York.

-Eso mismo pensé yo - dijo Portia.

Al notar el brillo de excitación en los ojos de Will, Portia dedujo que había olvidado su anterior decepción ante la perspectiva de llevar un documento tan vital a su comandante.

Ya había oscurecido por completo cuando pasaron ante las hogueras de los centinelas y se detuvieron, fatigados, en el patio del establo. Will desmontó y Portia, tras entregar a Penny a uno de los moros de cuadra, dijo:

-¿ Vendrás a la cabaña, Will? Supongo que Rufus estará allí.

Will vaciló. Portia había sido la que había tenido el mérito de conseguir esa inapreciable información pero él, como jefe de la expedición, tenía el derecho de quedarse con el crédito.

-Llévala tú, si quieres.

Metió la mano dentro de su jubón.

-No, ve tú. Yo iré a buscar a los niños; espero que Juno esté con ellos. Ya ha pasado la hora de la cena y estoy segura de que todavía no están en casa.

Era una suposición discreta. Luke y Toby sólo se hallaban en casa cuando estaban durmiendo y, por añadidura, no siempre. Rufus no creía necesario inculcarles una rutina, y Portia estaba convencida de que eso no era asunto suyo.

Will la vio alejarse y, en comparación con la actitud considerada de la muchacha, se sintió egoísta e infantil. Él sabía lo impaciente que estaba ella por saludar a Rufus. Siempre se ponía inquieta cuando se acercaban a la aldea después de un tiempo de ausencia, y él percibía con qué ansiedad galopaba adelantándose a todos, en lugar de trotar decorosamente, como parte de la tropa que era. Y ahora, por el bien de él, postergaba el momento que había estado aguardando la pasada hora.

Sin embargo, su entusiasmo pronto dominó a su conciencia y se sorprendió corriendo hacia la cabaña de Rufus. Él estaba en la entrada, mirando hacia la calle, cuando Will se acercó.

-¿Dónde está Portia?

Will captó el tono áspero y comprendió que Rufus también había estado esperando con ansias el regreso de ella, tanto como la propia Portia. Se ruborizó y dijo:

-Ha ido a buscar a los niños y a Juno. Dijo que vendrá en unos minutos.

Rufus frunció el entrecejo y entró en la cabaña iluminada.

-¿Has tenido una jornada provechosa?

-Hemos interceptado a unos correos - dijo Will, entregándole el pergamino y tratando de disimular su excitación-¡Detalle de movimientos de tropas!

Rufus recorrió el mensaje con la vista.

-¿Cómo conseguiste esto?

La vacilación de Will fue casi imperceptible, cuando dijo:

-Portia y Paul lo consiguieron.

Le relató, con meticuloso detalle y con absoluta honestidad, los hechos de la jornada y las decisiones que había adoptado.

Rufus escuchó con seriedad. En una o dos ocasiones, una crispación fugaz de su frente alteró la serena mirada azul pero, al final, sonrió y dijo:

-Una expedición realizada con completo éxito, Will.

Te felicito. Will resplandeció de gusto.

-Y bien, ¿enviaremos la información a York?

-Sí; tiene que ser esta misma noche - respondió Rufus, volviéndose hacia la mesa y sirviendo cerveza para los dos.

-Yo la llevaré.

Rufus negó con la cabeza.

-No, muchacho, tú has estado cabalgando todo el día. George puede llevarla.

La expresión de Will fue de desilusión pero resignada. Bebió su cerveza y dejó el jarro sobre la mesa.

-Entonces, me marcho.

Rufus asintió.

-Antes de que vayas a descansar, lleva este despacho a George y dale instrucciones.

Will dio muestras de sentirse gratificado. Había creído que Rufus se encargaría de un asunto de tan vital importancia.

-¿Debe partir de inmediato?

-De inmediato - confirmó Rufus. Se inclinó hacia el otro y le dio unas palmadas en el hombro- -Lo has hecho bien, Will.

-Sí, lo ha hecho bien, ¿no es así? - canturreó la voz de Portia desde la entrada mientras contemplaba a los dos hombres con leve sonrisa, que no hacía nada por disimular el resplandor sensual con que sus ojos se posaban sobre Rufus - Los niños han ido río abajo con Silas, a visitar a un amigo de él, al parecer. Y se han llevado a Juno con ellos. No se puede saber cuándo van a regresar. No puedo menos que sentir que es demasiado tarde para que estén fuera.

-Oh, Silas los cuidará - dijo Will, despreocupado. Salió, saludando a Portia al pasar.

Ella siguió de pie en la entrada, inmóvil, con la vista todavía clavada en Rufus.

-¿No te parece que es demasiado tarde para que estén fuera? - dijo. - Me parece que la ausencia de perro y niños es muy afortunada.

Se acercó a ella con lentitud, llenando cada paso de su avance de silenciosas promesas. Portia tembló por adelantado, y se maravilló de que él pudiese hacerle semejante cosa. Cómo, por el solo hecho de estar en la misma habitación con él pudiera hacer que sus entrañas se derritiesen, le provocara tal debilidad entre las piernas, tan intensa corriente de lascivia en el vientre.

Rufus se detuvo ante ella sin tocarla. Pasó un brazo por alrededor, cerró la puerta y el pestillo retumbó como una afirmación en medio de ese silencio, de ese ambiente entibiado por el fuego e iluminado por las velas. Estaba tan cerca de ella que casi podía sentir el latido de su corazón, el perfume de su piel le llenaba las narices, y era una rica fragancia terrenal en la que se mezclaban el sudor, el olor del caballo y el aire fresco, unidos a su propio perfume personal, un perfume que él nunca podría cansarse de sentir, estaba seguro. Era juvenil, delicado y, al mismo tiempo, daba impresión de salud y armonizaba con la exquisita suavidad de su piel y con la salvaje e indómita energía de su pelo y con la luz de vida que emanaba de sus ojos.

Él levantó una mano y le quitó la gorra. La brillante masa de rizos anaranjados se esparció con vida propia y el rostro pálido quedó rodeado de ese halo flamígero. Ella tenía una mancha de tierra en la mejilla.

Como al descuido, él trazó el contorno de su mejilla con el dedo índice, presionó con suavidad la punta saliente de su mentón, pasó la yema del pulgar sobre la boca de Portia. Durante todo ese tiempo, ella permaneció inmóvil, sin apartar jamás la vista del rostro de él, sus labios un poco entreabiertos como si estuviese a punto de hablar y algo impidiese que las palabras fuesen pronunciadas.

Él desabrochó su capa y la arrojó a un lado, después le quitó, primero un guante, luego el otro. Fueron a dar junto a la capa. Desenganchó la hebilla de su cinturón, colgó el estoque alIado de su propia espada de caballería. Luego, la alzó, la sentó sobre el borde de la mesa y procedió a quitarle las botas y los calcetines.

Portia cayó hacia atrás, sobre la superficie dura y plana de la mesa. Levantó las caderas para que él pudiera quitarle los pantalones y los calzones y llevó sus manos detrás de la cabeza para sujetarse del otro borde de la mesa. Rufus, sin apartar sus ojos de ella, se desabotonó los pantalones,

Portia adivinó lo que quería de ella y enlazó sus piernas en la cintura de él. La enhiesta pica de carne se deslizó dentro del cuerpo de ella, tan fácil como la tentación. Ella asió con más fuerza aun el borde de la mesa y alzó sus caderas, moviéndose contra él que estaba de pie, sujetando los tobillos de ella a su espalda, contemplándola con aquella honda sonrisa reflejada en sus ojos. Portia rió de pura euforia y ese sonido fue como una sacudida, quebrando la potente intensidad del silencio de ambos.

Rufus rió entre dientes, sujetó los tobillos de Portia con una sola mano y pasó la otra hacia delante. En una larga caricia abrasiva, le pasó el pulgar por el clítoris y un ardiente fuego de placer la hizo gritar. Sus caderas se arquearon sobre la dura superficie que la sustentaba, sus ojos se cerraron para gozar mejor de la ola de placer que se abatía sobre ella y su aliento se hizo rápido e irregular.

Rufus la sujetaba sobre el borde, sintiendo las pequeñas ondulaciones de sus músculos en su propia carne, hundida tan profundamente en ella. Él contempló su rostro, y adoró la maravillosa transparencia que mostraba su piel a medida que se aproximaba el orgasmo. Ella abrió de golpe los ojos, se encontró con la mirada intensa de él, y ésa fue su perdición. Se impulsó hacia arriba acercándolo a él más hacia sí, sintiendo el palpitante latir de su carne contra su matriz. Con sus dedos tironeó, apremiante, del vello rojizo que tenía en su espalda, oyendo los suaves gemidos de deleite que quedaban amortiguados porque la boca de él estaba pegada a su hombro.

-Bienvenida al hogar, patito - murmuró Rufus, mientras se erguía lentamente-Te doy las buenas noches.

-Igual para usted, lord Rothbury - contestó ella con pícara sonrisa, al tiempo que se sentaba sobre la mesa-Debo decir que no esperaba tan vigorosa bienvenida.

-Es una señal de inteligencia aprender de la experiencia - comentó él, volviendo a abotonarse los pantalones.

-Ah, sin embargo, cuando estoy contigo me olvido de todo lo que he aprendido alguna vez - dijo ella, dejándose resbalar hasta el suelo- Estoy segura de que no debo verme muy bonita en este momento. Debo apestar a caballo y a sudor.

Cubierta sólo con la camisa, fue a la despensa a buscar la palangana. La llenó con agua caliente de la olla y, tras quitarse la camisa, se dedicó a lavarse con práctica eficiencia.

Rufus se apoyó en la repisa de la chimenea y la observó. Ella estaba delgada como siempre, pese a gozar de una dieta más regular y generosa, pero él amaba las angulosidades de su cuerpo, los afilados huesos de sus caderas, la estrechez de su tórax donde las costillas se delineaban con claridad, el hueco de su garganta sobre el collar de su clavícula, la forma de sus omóplatos que se desplazaban bajo la piel blanca.

-Por lo que sé, hoy has vivido toda una aventura - comentó él.

Portia interrumpió sus abluciones, y el paño de lavar quedó en suspenso sobre un brazo levantado.

-¿Qué te contó Will?

-Que tú y Paul habíais salido solos en pos de los correos y que habían logrado apoderarse de sus documentos. Documentos que son vitales, como imagino que sabías.

-Claro que lo sabía - respondió ella, reanudando su lavado-Paul y yo les tendimos una bonita emboscada. Paul fingió que su caballo había perdido una herradura en mitad del camino y lo atravesó de tal modo que ellos tuvieron que detenerse...

Ella le entregó el paño de lavar y le dio la espalda. Rufus la complació, mientras ella continuaba relatando:

-Y él los enganchó en la discusión más inútil que puedas imaginarte, en el acento más cerrado de Yorkshire que se te ocurra, por lo cual ellos no entendieron una sola palabra y, mientras estaban distraídos, ¡yo me lancé sobre ellos!

-Separa las piernas.

Ella lo obedeció y él pasó el paño por el surco entre sus nalgas y por los pliegues internos de sus muslos. La voz de Portia vaciló.

-¿Qué estabas diciendo? - preguntó Rufus, mientras ponía el paño de lavar sobre el hombro de ella y retornaba su indolente posición, apoyado en la repisa.

-Disparé mi mosquete y eso asustó a los caballos de los correos. Cuando los animales retrocedieron, Paul dio un salto y asió las bridas de los dos. Todavía estaban tratando de sacar la espada cuando yo me acerqué con mi caballo y apunté a uno con mi estoque y al otro con mi cuchillo.

-¿Y los mataste?

-No; eso habría sido matar a sangre fría. No podíamos hacer eso - dijo ella con sencillez. Se puso otra vez la camisa y la abotonó rápidamente-Los desarmamos, los atamos y los dejamos en un gallinero que habíamos visto antes, después soltamos a sus caballos.

-Parece un trabajo muy pulcro - dijo Rufus, inclinándose para recoger los calzones y los pantalones de ella y arrojándoselos a través de la distancia - ¿Y ésa fue tu única aventura?

Como estaba poniéndose los pantalones, Portia tenía la cabeza baja.

-Sí, claro - respondió-Paul y yo esperamos a Will y a los demás, y volvimos todos juntos.

Se abotonó la cintura, percatándose de que sus dedos se habían vuelto torpes, de repente.

-Estoy muerta de hambre. Paul se comió todo el pollo y a mí sólo me quedó el pan y el queso.

-Ahora mismo iremos al comedor. Will me contó que tú no estabas en el punto de encuentro cuando él llegó.

La observaba con mucha atención, percibiendo la torpe manipulación de sus dedos, aunque su voz seguía siendo despreocupada y seguía apoyado en la repisa, un brazo extendido sobre ella, sus dedos asiendo flojamente el asa de su jarra.

-¿Y también te dijo que tenía el estómago revuelto y que, mientras Paul dormía como un lirón, yo pasé buena parte de la tarde tras un arbusto? - preguntó ella, mientras se alisaba el pelo pasando los dedos por él, con el rostro un poco ladeado.

-No, no ha mencionado eso - contestó él, bebiendo un sorbo de cerveza, sin que sus ojos apartaran su mirada del rostro de ella. Un rubor tiñó la palidez de sus altos pómulos y su boca estaba desusadamente tensa - El punto de encuentro estaba muy cerca del castillo Granville - siguió diciendo él con calma-¿Pudiste ver algo interesante mientras esperabas?

Portia negó con la cabeza, manteniendo el rostro apartado.

-Nada fuera de lo ordinario. El puente levadizo estaba bajado y había grupos de soldados que iban y venían. Todo muy atareado, como de costumbre.

Rufus supo, con absoluta certeza, que ella no estaba diciéndole la verdad. Se había quedado perplejo cuando Will le contó la inexplicable ausencia de Portia, tan cerca del castillo Granville. Él había tenido la intención de presionarla un poco para que le diese una explicación, pero su perplejidad cedió lugar, rápidamente, a la inquietud. En sus respuestas había algo falso. Y él no tenía interés en revelarlo con delicadeza.

-Estás mintiendo - afirmó, sin rodeos. E! rubor inundó las mejillas de ella.

-No sé por qué dices eso.

-A mí no me mientas, Portia - dijo él, en tono cortante, mientras la preocupación dejaba su lugar a la ira, que acechaba bajo la superficie de aparente calma - ¿Qué hiciste cuando dejaste solo a Paul?

Entonces, Portia lo miró de frente y vio que tenía los puños apretados y lanzaba rayos por los ojos. Tuvo la sensación de que ese hombre que la había amado con tanta pasión hacía sólo unos momentos, estaba a punto de ser presa, otra vez, de sus demonios, y el temor le provocó un escalofrío en la espalda. Y ella no podría soportarlo nuevamente.

Tragó con dificultad y luego, haciendo acopio de todo el coraje que pudo, dijo:

-Yo quería dejar un mensaje para Olivia. Yo le había prometido hacerle saber que estaba a salvo; hasta ese momento, no había tenido la ocasión.

-¿Tú estás en contacto con Granville?

La voz de Rufus fue muy suave, pero su expresión fue tan terrible como siempre.

-Con Olivia - respondió ella, percibiendo la desesperación que sonaba en su voz - Sólo con Olivia. Ella es mi amiga, Rufus. Estaba preocupada por mí y yo había prometido dejarle una nota. Fui a hacer eso y, casualmente, ella y Phoebe se acercaron mientras yo estaba allí; entonces, conversamos. Eso es todo.

-¿Phoebe?

-La cuñada de Cato. Ella también es amiga mía.

Portia alzó la barbilla y sus propias palabras renovaron su coraje y su fuerza. Nadie, ni siquiera Rufus Decatur iba a indicarle quiénes serían sus amigos.

-Mujeres Granville - dijo él.

-Oh, que el diablo te lleve, Rufus - explotó Portia - A Olivia le importa un comino todo este conflicto que tú tienes con su padre, y tampoco le importa a Phoebe. ¡Yo estuve cinco minutos con ellas y no hablamos de ese asunto ni una sola vez! Tal vez eso te sorprenda, pero...

-¡Calla y ven aquí! - la interrumpió él apartándose súbitamente de la repisa, sus ojos relucientes.

Hizo un gesto imperativo con una mano. Portia, por su parte, retrocedió.

-Antes, preferiría meterme entre un cerdo encabritado y una marrana en celo - aseguró, cuidando de que la mesa se interpusiera entre ella y Rufus.

-i Ven aquí!

Portia negó con la cabeza y, cuando él avanzó hacia ella, a paso mesurado, sus ojos desbordantes de decisión, ella pasó la mano hacia atrás y aferró el asa de la jarra de cobre con cerveza.

-¡No me toques, Rufus!

Él no dio muestras de haberla oído. Siguió adelante, apartando la mesa de su camino con alarmante facilidad. Portia le arrojó el contenido de la jarra, la cerveza voló en forma de chorro espumoso y cayó en cascada sobre la cabeza del hombre, derramándose por sus hombros. Pero dio resultado pues lo hizo detenerse en el acto.

Su expresión era de tal incredulidad, tenía un aspecto tan atónito además de la cerveza chorreando hasta dentro de las botas, que Portia sintió una urgente necesidad de reír.

Entonces, él se abalanzó hacia ella emitiendo un sonido muy similar a un rugido. Portia saltó a un costado y comprendió, tarde, que así se había alejado de la puerta, su única vía de salida. En la cabaña no había ningún otro lugar adonde ir. Corrió hacia la escalera pero él se lanzó a un costado y llegó en el mismo instante que ella. Extendió un brazo impidiéndole el paso hacia arriba. Guiada por el instinto, ella se agachó debajo del brazo y saltó hacia el primer peldaño, aun sabiendo que era inútil. Arriba no tendría dónde refugiarse.

Unos dedos se cerraron en su tobillo. Un decidido tirón la tumbó hacia atrás, y quedó atrapada junto a él, con el cuerpo duro como el hierro y sintiendo su humedad en la espalda. El olor de la cerveza era abrumador.

-¡Maldita sea, Rufus! ¿Qué piensas hacer? No te atrevas a tocarme.

Ella luchó con desesperación, pero él no hizo otra cosa que sujetarla más fuerte levantándola en vilo de modo que quedó forcejeando y dando de patadas como una mosca atrapada en la tela de una araña, mientras la cazadora, interesada y hambrienta, observaba sus estertores de muerte.

Entonces, él la llevó a cuestas a la planta alta, mientras ella seguía debatiéndose. La dejó caer, boca abajo, sobre la cama y ella reptó hacia el borde, pero él le apoyó una rodilla en la parte baja de la espalda, clavándola allí como a una mariposa en una vitrina.

-¡Suéltame, pedazo de bruto!

En lugar de hacerle caso, él trepó a la cama y se puso a horcajadas de ella, sentándose con firmeza sobre su trasero. Le atrapó las muñecas, las sujetó en la parte baja de su espalda y las sostuvo con una sola mano. Ella hizo fuerza para sacárselo de encima sacudiendo las piernas, aun sabiendo que estaba tan indefensa como una recién nacida.

Rufus aguardó, paciente, hasta que ella agotó sus fuerzas y luego cambió de posición y la hizo rodar hasta tenerla boca arriba.

-Dios querido - dijo él-Si hubiese sabido que te gustaba jugar al hombre de las cavernas, te habría dado el gusto hacía rato.

Portia se sintió sacudida al caer en la cuenta de que él no sólo ya no estaba enfadado sino que, además, estaba riéndose de ella.

-¡Hijo de perra! - exclamó ella-Eres un canalla sin excusas... un escarabajo estercolero... un comemierda... un... un... - Se le acabó la inventiva-¡Y apestas como una destilería de cerveza!

-Entonces, bebe más - dijo él, inclinándose sobre ella, levantando la cabeza sobre sus manos unidas y acercando su boca a la de ella.

Ella no se sentía a gusto y el beso no fue tierno... ni siquiera especialmente amoroso. Pero tenía relación con el juego brusco de los últimos minutos, en el límite de la irritación que los había arrastrado a los dos.

Cuando él la soltó y dejó que su cabeza cayera hacia atrás, sobre la cama, Portia sentía los labios hinchados como si los hubiese picado un enjambre de abejas. Su corazón golpeaba con fuerza y casi no podía recuperar el aliento. Tenía la sensación de haber corrido un maratón o de haber perdido una pelea. Y así era, en realidad.

-Eso era lo que yo tenía intenciones de hacer desde el principio - declaró Rufus-Y lo habrías descubierto si hubieses venido a mí cuando yo te lo pedí en lugar de comportarte como si hubieses estado en una guarida de leones.

Rodó saliendo de encima de ella y empezó a despojarse de su ropa pes tilente.

-¿Todo el tiempo quisiste besarme? - preguntó ella, sin poder disimular su incredulidad.

-Quería besarte para borrar esa expresión de indignación de tu cara - respondió él-Fue un maravilloso y valiente intento de ponerme en mi lugar - añadió, sacudiendo la cabeza y esbozando una sonrisa irónica-¿Qué creíste tú que iba a hacerte?

-No sé - contestó ella con sencillez-Después de la última vez.

Rufus volvió a la cama y su semblante estaba sombrío otra vez.

-Quizá merezca eso. Me esforzaré mucho por no volver a merecerlo.

-¿Y no te importa que Olivia sea mi amiga?

Era como tocar una herida todavía abierta, pero Portia estaba convencida de que no se podía hacer a un lado esa cuestión sin haberla aclarado. Él sabía que su sangre Granville aún era un conflicto para él, a pesar de que ella le hubiese entregado su lealtad incondicional. Hasta que él no la aceptara tal como era, ella siempre se encontraría desgarrada entre la amistad, el parentesco y el amor.

Rufus guardó silencio un instante, con la camisa mojada de cerveza colgando de su mano, olvidada. Y luego dijo:

-Sí, me importa. Pero, al mismo tiempo, comprendo que yo no puedo hacerte de nuevo. Por mucho que lo desee, no puedo reescribir tu historia y, aunque puedo contar con tu lealtad, sé que también la reclaman otras personas.

Su voz sonaba tan triste, tan dolorida y vulnerable como desolada. Portia comprendió que, por mucho amor que pudiera darle, por maravilloso que fuera el deseo que compartían, la vida de Rufus seguiría siendo desesperadamente solitaria. ¿Cómo podía ser de otro modo cuando su vida, desde sus recuerdos más tempranos, era movida sólo por la venganza? Una vida en la que no había cabida para otras emociones, para las zonas grises de una amistad que pudiera desarrollarse fuera de la fortaleza Decatur.

Ella le tomó la mano y se la llevó a su mejilla.

-Tú tienes mi lealtad, Rufus.

Él no dijo nada, se limitó a acariciarle la mejilla con el dorso de la mano.

## *19*

-Hay severas sanciones para quien se duerme estando de guardia.

Portia abrió los ojos, bostezó y dirigió una sonrisa adormilada a la gran silueta que estaba de pie junto a ella.

-No estoy de guardia.

Rufus asintió, solemne.

-Hasta hace diez minutos, lo estabas.

-¡Oh, eso no puede ser! - protestó Portia, sentándose sobre la hierba musgosa-No es posible que haya dormido tanto tiempo.

Se puso de pie con dificultad, apoyándose en el tronco de un árbol sobre cuyas retorcidas raíces había estado durmiendo tan apaciblemente.

Juno avanzaba a saltos desde la orilla del río hacia ellos, ladrando, encantada. Dejó caer un palo a los pies de Rufus y se sentó con la lengua colgando, mientras lo miraba con clara intención. Él se inclinó para recoger la vara y la arrojó lejos. El cachorro se lanzó a la carrera.

-No sé por qué me he quedado dormida, si sólo me senté unos minutos - musitó Portia, sacudiendo su chaquetón y quitando pequeñas ramas y troros de musgo de sus pantalones. Le sucedía a menudo. La asaltaba una invencible oleada de sueño y, de pronto, se encontraba cabeceando allí donde se hubiese sentado - Y ahora George me gruñirá y me lo reprochará.

-No, no lo hará. De hecho, hay otra persona que está haciendo tu guardia.

Rufus se sentó sobre la hierba, apoyó la espalda contra el árbol e indicó, con una palmada, el musgo a su lado.

-Tengo para ti una tarea más importante que la de centinela.

Alzó la vista hacia ella protegiéndose los ojos del cálido sol de primavera. Portia miró alrededor. Sus ojos brillaron de lascivia y se pasó la lengua por los labios.

-¿Aquí? ¿No es un sitio demasiado público?

-Ah, moza insaciable: por una vez, no era eso lo que tenía en mente - declaró él, riéndose de ella - Ven, siéntate que tengo algo que decirte.

Portia lo miró con expresión especulativa. Percibía cierta corriente de excitación en el aire. En apariencia, el semblante de él parecía tan sereno como siempre pero sus ojos habían adquirido ese matiz eléctrico de los relámpagos estivales y se notaba una tensión a duras penas contenida en su cuerpo poderoso, apoyado con aparente despreocupación en el árbol a sus espaldas.

-¿Qué ha sucedido?

Ella se sentó alIado de él.

-Ha llegado un mensajero de Oxford.

Él cerró los ojos, elevó la cara al sol y una leve sonrisa jugueteó en su boca.

-¿Del Rey? No, Juno, llévatelo de aquí. Está todo lleno de inmundicia.

Portia levantó la vara que la perra había depositado en su regazo y, haciendo una mueca de disgusto, la arrojó sobre la hierba.

-Del Rey - confirmó él con la misma sonrisa, sin abrir los ojos, todavía.

-¿Y yo tendría que adivinar? Ten, Juno, ve a buscar esto, más bien - dijo, lanzando una piña de pino que el animal corrió a buscar.

-No, cuando hayas dejado de jugar con ese animal y puedas prestarme toda tu atención, yo te lo diré.

-Oh, lo siento - dijo, inclinándose hacia él y dándole un beso de petición de disculpas en la comisura de su boca-Soy toda atención.

-El Rey, en su infinita sabiduría, reconoce los servicios de su leal súbdito y ofrece su total perdón a la casa de Rothbury, además de la restitución total de sus propiedades y rentas.

Él abrió los ojos, y Portia vio en ellos un profundo júbilo, una indecible satisfacción y alguna otra cosa, que le provocó un escalofrío de desasosiego. Triunfo, ese triunfo que llega después de haber humillado profundamente a un enemigo, después de haber puesto un pie en el cuello del enemigo caído.

Juno regresó sacudiendo la piña y gruñendo. Sin embargo, algo que flotaba en el ambiente hizo que la perra se hiciera a un lado y se echase sobre la hierba a jugar con el nuevo juguete, clavando en Portia una mirada de adoración.

-Hay algo más - afirmó la muchacha-¿De qué se trata?

-He recibido órdenes de sitiar el castillo de Granville - continuó Rufus-Después de nuestra derrota, en abril, el ejército rebelde superó en número al ejército del Rey en el Norte. Si lográsemos retirar a Granville de la ecuación, de impedir en forma permanente que él lleve a su milicia a la batalla durante las campañas de verano, en cierto modo mejoraríamos nuestra situación.

Sin saberlo, su mano fue hacia el cinturón de la espada, sus dedos juguetearon sobre el plano de la empuñadura de la gran espada curva.

-¿Quién mejor para confiarle la tarea de capturar al marqués y su castillo que su vecino y enemigo jurado, el conde de Rothbury, el súbdito más leal del Rey?

El escalofrío de desasosiego se convirtió en un tornado. Sus palabras triunfales estaban teñidas de acritud; Portia comenzaba a comprender que la lealtad de Rufus Decatur a su monarca no era una cuestión de principios. Él estaba implicado en ese conflicto en beneficio de sus propios fines. Y ella sabía que no sucedía lo mismo con Cato. Cato se había puesto del lado del Parlamento debido a una profunda convicción moral. ¿Eso hacía que Cato fuese un hombre mejor, más honorable?

Era una pregunta que ella no deseaba responder. Ella sabía que, en ese momento, después de la derrota de Selby, en abril, los ejércitos del Rey estaban soportando una fuerte presión. Era lógico que hicieran un movimiento para desarmar a Cato y a sus fuerzas.

-Saldremos al caer la noche - dijo él, poniéndose de pie en un solo movimiento flexible, y tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse-Tengo intenciones de estar mañana por la mañana en la posición, ante las puertas del castillo, cuando Cato abra los ojos. Ve a la cabaña y recoge tus cosas.

-¿Yo voy?

Los ojos de él se entornaron y el azul se oscureció hasta parecer un cielo a medianoche.

-Tú formas parte de esta milicia. Todo soldado de Decatur físicamente apto participará en este sitio. En su mayor parte, será largo y tedioso pero yo me propongo obtener el sometimiento de Cato antes de que acabe el verano... no me importa lo que tenga que hacer - dijo, escudriñando con su mirada el rostro de ella. En voz muy suave, dijo - ¿Tienes alguna objeción, Portia?

Aunque la demora duró menos de un segundo, Portia supo que él la había detectado. Negó con la cabeza.

-No.

Él siguió escudriñando el rostro de ella con tanta intensidad como si quisiera leerle el pensamiento, y al fin dijo:

-Supongo que Granville debe de estar preparado para un sitio. ¿Es una suposición correcta?

-Sí - respondió ella en voz baja - Tiene provisión de grano, y sus bodegas están llenas. Yo vi los preparativos cuando estaba allí.

El rostro de Rufus carecía de expresión.

-Pero hay una cosa de la que no tiene abundante provisión. Una cosa sin la cual ni él ni su gente podrían vivir. ¿Sabes qué es, Portia?

Ella frunció el entrecejo y se puso a pensar. El castillo de Granville le había dejado la impresión de ser una fortaleza inexpugnable. Además, estaba administrada con suprema eficiencia, no se dejaba nada librado al azar. Negó con la cabeza.

-No, no lo sé.

Él sonrió, aunque su sonrisa no tenía el humor ni la apacible cualidad de una sonrisa.

-Muy pronto lo descubrirás. Hizo una especie de cabeceo afirmativo y se alejó.

En el hueco dejado por su partida. Portia tomó conciencia del movimiento y de la excitación. Los hombres corrían, gritaban, los tambores tocaban a llamada y las trompetas soplaban desde cada torre de observación, reuniendo a todos los que pudiesen estar ausentes de la aldea. Había acabado el tiempo de las escaramuzas. Los hombres de Decatur iban a tener su primer encuentro genuino con la guerra.

¿Y qué pasará con los inocentes pobladores del castillo? ¿Qué hay con Olivia y con Phoebe? ¿Y las pequeñas? Diana, incluso. ¿Qué han hecho ellas para convertirlas en combatientes contra su voluntad? Para tener que enfrentar el hambre y las privaciones. Para ver al enemigo a sus puertas. Para soportar ataques de arietes y cañones. Y los permanentes disparos contra las murallas. Para tener que soportar todas las miserias de un sitio, se preguntó Portia.

Portia no pudo contagiarse con la excitación; al contrario, sintió que la tragaba la depresión. Si era leal a Rufus, tendría que tomar parte en ese sitio, aunque no quería tener nada que ver con él. ¿Cuál sería ese secreto que haría caer las murallas del castillo Granville ante los sitiadores?

Volvió a la cabaña y su andar no tenía la elasticidad de costumbre. Juno, por su parte, compensó cualquier falta de entusiasmo haciendo cabriolas y corriendo delante de ella, investigando los olores, metiéndose de cabeza en las cuevas de los conejos, mientras su cola empenachada se movía con frenética excitación.

En la cabaña reinaba el silencio, el fuego estaba amortiguado en el hogar pues, en esos tibios días primaverales, sólo se utilizaba para calentar agua. Portia fue a la planta alta a recoger sus cosas. Eran escasas; cuando las puso sobre la cama, el pequeño montón tenía un aspecto patético. Una muda de ropa interior, calcetines, su jubón de cuero de buey y dos camisas de lino. Distraída, comenzó a plegar las compresas de lino que usaba en sus hemorragias menstruales y las apoyó sobre la pila. En ese instante, sus manos se inmovilizaron y se quedó mirando la cama.

No cabía duda de que ese mes tenía un retraso. ¿Cuánto retraso? Trató de pensar, de hacer memoria. Pero nunca le había prestado demasiada atención a esa periódica molestia. Cuando llegaba, llegaba y siempre era un fastidio. Ella sabía muy poco sobre el funcionamiento de su cuerpo pues había tenido escasas confidentes femeninas mientras crecía y ninguna había ocupado el lugar de su madre. Cuando tuvo su primera pérdida, corrió llorando en busca de Jack, convencida de que tenía una herida espantosa en el cuerpo.

Como de costumbre, él estaba ebrio pero se recompuso lo suficiente para contarle que era, simplemente, una de esas cosas que sucedían a las mujeres y que tendría que soportarlo. Al día siguiente, él la había llevado a visitar a la madam de su burdel favorito, en Glasgow. Esa mujer había dado a la atribulada niña una brutal lección sobre los hechos de la vida; desde ese momento, Portia se había ocupado de sus propios asuntos sin prestarles más que una mínima atención.

Ahora veía que la falta de atención tenía sus inconvenientes. Se pasó las manos por el cuerpo: parecía igual que siempre. Si ella hubiese concebido, ¿cuándo empezaría a notar la diferencia? Ella se sentía perfectamente normal. No cabía duda de que, si algo tan fundamental como la concepción, hubiese tenido lugar, ella habría notado alguna diferencia.

Abajo, la puerta del frente se abrió de par en par y se cerró de golpe.

-¡Portia...Portia... Portia!.

Los gritos entusiastas de los niños apartaron momentáneamente su mente de ese inquietante problema.

-¿Qué sucede? - preguntó, al tiempo que bajaba la escalera.

-Tenemos que recoger nuestras cosas porque...

-Sí; yo quiero llevar mis soldados - chilló Luke, interrumpiendo el discurso de su hermano, más mesurado que el suyo- . Pero no los encuentro... pensé que los había dejado en la casa de Silas, pero él no los tiene.

El niño comenzó a arrojar cubrecamas al suelo, zambulléndose y girando como una gaviota enloquecida.

Juno, que había entrado junto con los niños, se unió a la búsqueda, acompañándola con excitados ladridos. Toby, que saltaba con la punta de los pies para llegar hasta el anaquel que había sobre su cáma, donde estaba su trompeta de madera, se aferró del extremo del estante y lo hizo caer en medio de una lluvia de juguetes y de piezas de madera de rompecabezas.

-¿Qué diablos pasa aquí? - preguntó la voz de Rufus, en un tono muy cercano al bramido, irrumpiendo en medio del caos- . Esto parece un manicomio.

-Creo que ellos están convencidos de que vendrán con nosotros - dijo Portia- . No vendrán, ¿no es cierto?

-No puedo dejarlos aquí. No habría nadie para cuidarlos - señaló Rufus, alzando la voz por encima del barullo- . ¡Callaos!

El grito creó un momento de silencio. Los niños, imperturbables, se detuvieron y miraron a su padre con expresión interrogante.

-No puedes llevar a los niños a un sitio - dijo Portia- . Sería peligroso.

Distraído, Rufus se mesó los cabellos.

-Todo hombre apto físicamente vendrá con nosotros. No estarás proponiendo que deje a estos dos al cuidado de los enfermos, ¿verdad?

Esa idea ni siquiera merecía ser considerada.

-No, desde luego que no. Pero no me cabe duda de que debe de haber alguna otra persona. ¿Qué te parecería dejarlos con las mujeres, en la casa de la señora Beldam?

-No voy a dejar a mis hijos en un burdel.

-No veo por qué sería menos adecuado que un campamento militar - dijo Portia.

-¿Qué es un burdel? - preguntó Toby.

-Un lugar donde viven mujeres - respondió Portia.

-Nosotros no queremos vivir allí - protestó Luke, disgustado.

-No... allí no - coincidió Toby, frunciendo su nariz- . ¡Tengo que encontrar los soldados!

Reanudó la búsqueda con renovado entusiasmo. El nivel de ruido volvió a aumentar y Rufus se puso ceñudo.

-Ellos tienen que venir - dijo, al fin- . Ten en cuenta que no será una batalla campal.

-La decisión es tuya - repuso Portia, al tiempo que se volvía hacia la escalera- . Tú eres su padre.

-Pero a mí me importa tu opinión - dijo Rufus, siguiéndola y dejando atrás el barullo.

-Si es así, respóndeme a esto: tú eres el conde de Rothbury. Ya no eres más un delincuente, ni un bandolero. Tienes tus propiedades que te respaldan. Vas a reconstruir tu casa. Ocuparás tu lugar en el mundo ordenado por la ley. ¿Cómo van a encajar los niños en esa sociedad?

Rufus comprendió que, pese a sus planes inflexibles, cuidadosamente trazados y, ahora, en medio del triunfo, no había pensado ni una vez en tales cuestiones. No había pensado, tampoco, cómo encajaría él mismo en tal sociedad. Lo habían sacado de ella a los ocho años. No tenía práctica en sus reglas ni en sus costumbres.

-No lo sé - dijo en voz baja- . Nunca había pensado en eso- .Y agregó, en un arranque de impaciencia, a la defensiva- : Por el amor de Dios, Portia, he recibido las noticias esta mañana. Además, estamos en medio de una guerra. Tengo otras cosas en qué pensar.

-Sí, claro que sí - dijo Portia, volviéndose otra vez hacia la ropa que había sobre la cama- . Me ocuparé de preparar las cosas de los niños y las nuestras. Estoy segura de que te necesitan en otro sitio.

Confundido por el tenor de la conversación, Rufus vaciló. Tenía la sensación de que algo se le escapaba, de que Portia estaba presentándole un argumento que trataba de hacerle entender y, sin embargo, no lo lograba.

-En verdad, no se me ocurre otra alternativa que llevar a los niños con nosotros - dijo, regresando al punto en que había comenzado la conversación.

-No, supongo que no - dijo Portia- . No lo había pensado con claridad. En realidad, no sé qué diferencia habrá para ellos.

-Que vivirán en una tienda, nada más.

-Bueno, seguramente eso les agradará - bromeó, dirigiéndole una sonrisa por encima del hombro mientras seguía plegando y replegando la misma camisa- . Será mejor que regreses a tu trabajo.

-Sí...

Él siguió titubeando y, después, se encogió de hombros sin mucha convicción y salió deprisa, oyendo las voces de sus hijos que lo seguían, flotando tras él.

Portia se sentó sobre la cama con la camisa olvidada entre sus manos. Llegó a la conclusión de que había estado hablando de sí misma. O, al menos, que ella se había incluido entre los niños. ¿Qué lugar habría para ella en la rehabilitada casa del conde de Rothbury? Su lugar estaba en el campamento militar, en la vida del delincuente, tal como sucedía con Luke y con Toby. ¿Y qué pasaría si ella estaba embarazada? Otro retoño bastardo de Rufus Decatur...

-¡Portia... Portia, te necesitamos! - La cabeza de Luke asomó por la escalera, mostrando los mismos ojos azules que su padre, encendidos- . No puedo encontrar la camisa verde. Y es mi preferida.

La camisa también estaba hecha un harapo, como consecuencia de numerosos encontronazos con los espinos. En una de las poco frecuentes ocasiones en que Rufus había prestado atención a la vestimenta de sus hijos, la había descartado, con la esperanza de que, al estar fuera de la vista, la olvidaría. Durante una semana, había dado resultado pero, al parecer, ya no.

Portia se levantó, diciéndose que dejarse abatir por imponderables era una fatiga inútil. Había suficientes problemas prácticos de qué ocuparse.

-Veré si puedo encontrarIa, Luke.

Estaba oscuro cuando el cuerpo principal de la caballería pasó entre las hogueras de los centinelas de la aldea Decatur. Portia cabalgaba junto a Rufus, a la cabeza, con Juno sobre la silla, erguida y alerta bajo su capa. Luke y Toby, que iban en el carro donde también viajaba Bill, con los cacharros de cocina, se habían adelantado. Iban acompañados por una reata de mulas cargadas.

Aun ahora, después de haber pasado cinco meses en el fuerte Decatur, Portia se maravilló ante la velocidad y eficiencia con que se había puesto en marcha una operación tan impresionante. Y más aún por el absoluto secreto con que se había realizado. Se habían despachado río abajo barcas cargadas con armas y municiones. En las horas previas al amanecer, las habían recibido y descargado en el punto en que el río pasaba, serpenteando entre las colinas y se vertía en el valle, al pie del castillo Granville. Los carros de granjeros avanzaban traqueteando por la campiña con su carga de culebrinas ocultas bajo fardos de heno, que usarían para alimentar al ganado.

En la aldea había quedado una guardia mínima. No había allí nada que robar ni tropas armadas que pudieran ser destruidas. El razonamiento de Rufus había sido que los merodeadores rebeldes no perderían tiempo en una aldea casi desierta, habitada por los viejos y los enfermos.

No se oían conversaciones en las filas de jinetes. Todos llevaban ropas oscuras y se fundían, en esa noche sin luna, mientras cabalgaban en apretadas hileras a través de ese paisaje desolado. Sin embargo, había una vibración en el aire, un temblor de excitación y anticipación al que sólo Portia parecía inmune. Sentía la presencia de Rufus a su lado. Él no cabalgaba con su habitual postura relajada, y su cuerpo estaba tenso sobre la silla, su vista se disparaba de un lado a otro sin perderse nada. Ni el leve movimiento de una hoja de hierba al pasar una liebre, ni el débil crujido de las matas que producía algún animal nocturno. Un búho ululó, un animal lanzó un grito de dolor y esos ruidos agitaron la noche silenciosa. Juno tembló y se apretó a Portia.

En la mayor parte del trayecto, Rufus eligió un camino que los mantenía lejos de los lugares habitados pero, en una ocasión, atravesaron una aldea en la que todas las casas tenían los postigos cerrados, haciendo avanzar a los caballos por la franja de hierba que corría paralela al sendero de grava.

A Portia le pareció fantasmal pasar entre esas casas donde las personas dormían, amortiguado el sonido de los cascos por la hierba, el brillo cruel de espadas, dagas y pistolas oculto bajo las capas oscuras. Esas gentes despertarían por la mañana sin tener ni la más remota idea de que había pasado un ejército en medio de ellos.

A las dos de la madrugada llegaron a la ladera boscosa que había frente al castillo Granville. Ocultos entre los árboles, los hombres desmontaron, ataron los caballos y comieron las provisiones que llevaban en las alforjas. Frascos de vino pasaban de mano en mano pero no se oía un solo ruido, nada que pudiera ser oído al otro lado del valle, por los vigías que había en los bastiones del castillo Granville.

Portia caminó hasta el linde de la arboleda, mordisqueando una rodaja de pan ázimo cubierta de mantequilla y se detuvo a contemplar la mole del castillo que, en la oscuridad, parecía de un blanco grisáceo. Rufus pensaba moverse en el preciso momento en que rompiera el alba, llevando a sus hombres al asalto y rodeando los muros del castillo antes de que los centinelas terminasen de comprender qué estaba sucediendo. Una vez que los sitiadores estuviesen en sus puestos, el castillo quedaría tan sellado como un tambor.

Ella se volvió sintiendo, más que oyendo, unos pasos a su espalda, sobre el suelo musgoso. Rufus se puso a su lado. Le pasó una mano sobre el hombro y le acercó un frasco de vino a los labios.

Ella bebió con gusto el áspero vino, y negó con la cabeza cuando él la invitó a que bebiese de nuevo.

-¿Qué harás si Cato envía a sus hombres a la lucha?

En el desolado silencio que los rodeaba, su voz era un susurro.

-No lo hará - repuso Rufus con una chispa de satisfacción en los ojos. Bebió abundantemente del frasco- . Si lo hiciera, sufriría pérdidas inaceptables. Tendría que bajar el puente levadizo, y nosotros lo bloquearíamos desde nuestras posiciones.

-Sí, claro. ¿Y tú tienes suficientes hombres?

-Hacia el mediodía, se unirá a nosotros la infantería del príncipe Rupert. Y con la infantería vienen ingenieros especializados en obras de sitio. No hay modo de que Granville y sus hombres puedan salir.

Desde cualquier parte, apareció en la cabeza de Portia la imagen de la puerta oculta debajo del puente levadizo. Sintió las líneas de la piedra en sus manos, pudo ver el túnel bajo y estrecho que corría hasta los sótanos, subir la escalera de piedra y salir al fregadero.

Ella no había hablado de la puerta cuando había contado a Rufus la conversación entre Cato y Giles que había oído por casualidad. Sólo había pensado en advertir a Rufus que se le tendería una trampa. En medio de la niebla de su agotamiento, los detalles ajenos a eso se le habían pasado.

¿Debía decírselo, ahora? Sin embargo, por esa puerta no podía salir una tropa entera. Saldrían a la altura del foso, en medio del campamento de los sitiadores y, si bien un hombre solo podría evadir el ojo atento de los vigías de Decatur, todo un grupo no podría lograrlo.

No era necesario que ella hablase a Rufus sobre la existencia de la puerta. Si Cato no podía usarla para eludir el sitio realista, Rufus no tenía por qué saberlo. Portia podría olvidar su existencia.

Pero si Rufus supiera que existe, podría aprovecharla para entrar en el castillo, pensó ella.

Sintió un vuelco en la boca del estómago. Su piel se erizó como si hubiese pasado a través de un lecho de ortigas. Si, en verdad, era leal a Rufus, tendría que decirle algo que le daría una ventaja. ¿Lo haría?

-Rufus - se oyó la voz de Will, que llegaba desde la oscuridad, y el aludido giró, quedando de espaldas a Portia.

Ella respiró hondo. La ocasión había pasado... de momento.

-¿Ya está, Will? - preguntó él, con un acento urgente, ansioso en su voz.

-Sí - respondió el otro, acercándose a ellos.

Él no había llegado con la caballería, y Portia vio que tenía el rostro ennegrecido de tierra y que sus dientes blancos brillaron cuando sonrió. Percibió su excitación, sintió cómo emanaba de él en oleadas.

-Está hecho. Ellos estarán sin agua en el término de una semana.

-¡Bien hecho! - lo felicitó Rufus, palmeándole el hombro- . Has apostado una guardia en la presa.

-Sí - confirmó Will, sonriendo.

-¿A qué te refieres? - preguntó Portia, apoyando una mano sobre el brazo de Rufus- . ¿Qué presa?

-Ah, bien, yo te había dicho que tenía una pequeña sorpresa para Cato - respondió, con esa sonrisa que Portia odiaba ver- . La única debilidad del castillo Granville es la provisión de agua. Recogen agua del arroyo que baja desde las colinas, detrás de nosotros. Si embalsas el arroyo, cortas el suministro - explicó, abriendo las manos con las palmas hacia arriba, para demostrar lo simple de la táctica- . Cuando Cato se encuentre con que le queda poca agua, entonces lo veremos saltar.

Portia sabía que no podía discutir la lógica de esa táctica si no discutía la del propio sitio. Sería beneficioso para todos que terminase lo antes posible. Sin embargo, odiaba el triunfo de Rufus, su jactanciosa satisfacción. No se había jactado de esa forma cuando derrotó al coronel Neath y a sus hombres. A ellos los había tratado con respeto y con honor, hasta con amistad. Pero el coronel Neath era un enemigo normal. Cato, en cambio, no.

Entonces, ella se convenció de que no hablaría a nadie de la entrada secreta al castillo.

Las siluetas surgieron de la oscuridad y treparon la colina. Llegaron con el disparo de los mosquetes, con el redoble del tambor, la música aguda de las gaitas, las llamas anaranjadas y brillantes de las antorchas. El terror y la sorpresa paralizaron, por un instante, a los vigías que estaban en las almenas del castillo Granville. Los centinelas se habían paseado por los baluartes, los guardias en las torres de vigilancia habían jugado a los naipes y a los dados. Los únicos sonidos que habían quebrado la paz habían sido los habituales ruidos nocturnos. Y ahora, como si salieran de la noche, en los minutos previos al alba, una horda vociferante avanzaba sobre ellos.

En el estrecho borde que estaba al otro lado del foso empezó a arder el fuego, en la base misma del castillo; subió el humo en asfixiantes rizos grasientos. Sin que supieran cómo, en algún momento de la noche, alguien había preparado esas hogueras bajo los propios ojos de los vigías. De algún modo, los atacantes habían transportado las astillas a través del foso y las habían apilado contra la base de las murallas. Y ahora, las antorchas trazaban arcos en la oscuridad y caían en medio de la leña seca. Los desagradables hedores del alquitrán y del sebo trepaban por los muros del castillo y el clamor de la fuerza de asalto se tornaba cada vez más feroz, más salvaje. Era una provocación destinada a intimidar, a humillar.

Cato despertó del primer sueño profundo que había tenido en varias semanas. Diana se incorporó de golpe en la cama.

-¿Qué es? ¿Qué es ese ruido?

Cato no respondió. Se puso torpemente los pantalones y salió de la habitación corriendo, descalzo y sin camisa. Por el corredor venía Giles Crampton, corriendo hacia él.

-Es un sitio, milord. Han rodeado las murallas, han pasado el foso. No los hemos visto. No hemos oído nada. Por Cristo y sus ángeles, sir, le juro que deben de haber llegado como fantasmas.

Se retorció las manos, a la defensiva, pero Cato casi no lo escuchaba y no le respondió.

Salió disparado hacia la muralla, sin hacer caso de las afiladas piedras que pisaban sus pies descalzos y corrió hacia la torre de observación que estaba sobre el puente.

-¡Madre de Dios!

Tendió la vista a lo lejos, más allá del humo y las llamas, hasta las filas de soldados que se agolpaban del otro lado del foso. El humo turbio y aceitoso le llenó los pulmones haciéndolo toser. El fuego no podía dañar al castillo en sí mismo. Sería preciso algo más que un poco de leña seca y alquitrán ardiendo para derribar los muros de piedra, pero hacía casi imposible la observación. Sin embargo, también significaba que los sitiadores tendrían dificultades para disparar contra ellos.

Hizo señas a sus hombres, indicándoles que retrocedieran, que dejaran las almenas y se trasladasen al patio exterior, donde podrían abastecerse. Diana apareció en los peldaños de la torre de honor. Llevaba una capa sobre el camisón y tenía expresión de terror.

-Milord, ¿qué sucede? ¿Nos están atacando?

Cato reprimió el deseo de echarla. Era lógico que estuviese asustada y merecía saber qué estaba ocurriendo.

-Más bien, diría que estamos siendo sitiados, señora - dijo él, tratando de dar a su voz un tono ligero, al tiempo que se acercaba a ella- . Pero no hay nada de qué preocuparse. Estamos bien preparados para soportar meses de bloqueo. Las bodegas y los graneros están repletos. Y FairFax acudirá en nuestra ayuda. En un abrir y cerrar de ojos, él levantará el sitio.

Le pasó un brazo por los delgados hombros y la obligó a volver a entrar delante de él.

-Debo vestirme. Quedará en tus manos calmar a los habitantes de la casa, y a las niñas, por supuesto. Procura que comprendan que no hay motivos para alarmarse.

Apartó a Diana y se alejó. Ella estaba boquiabierta, se sentía perdida por primera vez en su vida adulta. Los gritos y los disparos de mosquete continuaban sin cesar. Ella se tapó los oídos con las manos tratando de no oírlos.

-Diana, ¿qué pasa? - preguntó Phoebe, que llegaba corriendo hasta su hermana, con Olivia pisándole los talones- . ¿Qué ocurre? ¿ Una batalla?

Diana negó con la cabeza, sin quitar las manos de los oídos. Tenía el rostro más blanco que la leche, y no les respondió. Pasó junto a ellas,tambaleándose, y las dejó mirándola, boquiabiertas.

-Señor, jamás había visto a Diana con ese aspecto enfermizo - comentó Phoebe, maravillada- . Tampoco esperaba verla nunca - agregó.

-¡Ven! - dijo Olivia impaciente, tirándole de la manga hacia la puerta y echando a correr.

Llegaron a la guardia externa al tiempo que el cielo comenzaba a aclarar y manchas rosadas y anaranjadas aparecían en el horizonte. Los hombres salían corriendo de las barracas y se arremolinaban en el patio, alzando mosquetes, blandiendo espadas. Olivia se mantuvo en el borde del patio y Phoebe la imitó hasta que llegaron a un estrecho tramo de escalera recortado en el muro. Olivia subió corriendo a las almenas y, entonces, se ahogó, doblándose sobre sí misma.

-¡Qué asco! - jadeó Phoebe, yendo a tumbos hacia el parapeto para observar por encima- . Mira, cuántos hombres, Olivia. Son miles.

Era una gran exageración, aunque a la luz fantasmagórica del amanecer, enturbiada por el humo, la aparición que estaba allí abajo parecía más numerosa.

-Están atacando el castillo - dijo Olivia con cierto estremecimiento de excitación que superaba, con mucho, al miedo- . Es tal como Portia había dicho que sucedería.

-¿Qué sabía Portia al respecto?

La curiosidad de Phoebe se despertó de inmediato.

-Portia lo sabe todo - respondió Olivia con sencillez.

-Eso lo dudo - dijo Phoebe, más realista- . Aun cuando se hubiese unido a ellos, no podría saberlo todo.

-Bueno, pero sabe mucho - afirmó Olivia, y Phoebe no siguió insistiendo.

-¿De quién es el estandarte que han izado? - preguntó Phoebe, inclinándose sobre las almenas y parpadeando con fuerza en su esfuerzo por despejar sus ojos lacrimosos- . ¿Es el del Rey? Sí, creo que sí, pero hay otro... con un águila. Azur sobre fondo de oro.

-¡Decatur!

Las niñas giraron en redondo. Cato estaba detrás de ellas, con su semblante convertido en una máscara de rabia, ya desaparecido todo rastro de su anterior tranquilidad. Su enemigo estaba frente a él. Y el enemigo no era el rey Charles.

Sonó la fanfarria de un heraldo a través del humo que flotaba. La luz aumentaba, el fuego se extinguía. Rufus Decatur, montando su potro zaino, se adelantó al borde del foso y señaló el punto donde podrían tener acceso al castillo si el puente estuviese bajado.

Estaba erguido en su caballo, con el estandarte de la casa de Rothbury hincado en el hoyo de su silla. Le hizo una seña al heraldo de que tocara de nuevo.

El heraldo de Cato respondió inmediatamente y el marqués de Granville subió un peldaño hasta un reborde adosado al parapeto. Las reglas de la guerra y del parlamento le garantizaban su seguridad.

Rufus se irguió sobre sus estribos y su voz resonó en el silencio del amanecer.

-Milord de Granville, he venido en el nombre de nuestro soberano, Su Majestad, rey Charles, a exigir que depongáis las armas que habéis alzado en rebelión y rindáis vuestra persona y vuestro castillo a la merced de Su Majestad.

Cato respondió, en voz tan mesurada como la de su adversario, con las palabras de rigor:

-En nombre del Parlamento, yo apoyaré la causa del pueblo. El castillo Granville no se rendirá.

Se apartó del parapeto. El silencio fue absoluto. Phoebe tuvo la impresión de que nadie sabía qué hacer a continuación, hasta que Cato dijo con aspereza:

-Vosotras no debéis estar fuera. Entrad y quedaos dentro.

Ellas obedecieron sin titubear un instante.

En las últimas filas de la fuerza de Decatur, en medio del silencio que siguió a la declaración de batalla, Portia sufrió un ataque de náuseas. Lo reprimió, pero fue invencible. Se apeó de Penny con dificultad y corrió tras un arbusto, arrojando fuera sus entrañas y sintiéndose en extremo desdichada.

## *20*

-¿Has comido algo malo, Portia? - preguntó Luke, con su débil vocecilIa preocupada, apoyando una mano llena de hoyuelos en la espalda de Portia, que estaba acurrucada en medio de los arbustos.

-Es probable - respondió ella, sentándose sobre los talones y limpiándose la boca con un pañuelo.

-Será por las grosellas silvestres - dijo muy conocedor Toby, acuclillado delante de ella y observándola con la cabeza ladeada.

Su más reciente descompostura había sido consecuencia de una prolongada visita a un arbusto de grosellas.

Portia sonrió sin fuerzas, aunque con la esperanza de tranquilizarlos. Hasta el momento, había logrado mantener en secreto este desagradable incidente de cada mañana; no quería que los niños fueran corriendo a contar a Rufus sus apuros.

-Ya ha pasado, ya estoy mucho mejor - dijo- . ¿Habéis desayunado?

De sólo pensar en comida le sobrevino otra oleada de náuseas que sintió agitarse en su estómago.

-Bill nos ha preparado unos huevos escalfados - dijo Luke- . ¿En serio, estás mejor?

-Sí, en serio - respondió ella, poniéndose de pie, algo tambaleante, y recogiendo al mismo tiempo su sombrero de paja, que había caído. Si bien no era muy apto para la vestimenta de un soldado, protegía del sol su delicada piel pálida- . ¿Dónde está Juno?

-En una cueva de conejo.

Qué pregunta tan tonta, se dijo ella.

-Volvamos al campamento.

Los tomó de las manos y fueron los tres, caminando, hasta el campamento instalado al pie del castillo Granville pero, antes de que llegaran a la primera hilera de tiendas, atrapó la atención de los niños un soldado que se hallaba reparando el eje roto de un carro de carga, y corrieron hacia allí a ofrecerle su ayuda, dejando a Portia que continuase sola su camino.

En las dos semanas transcurridas desde el comienzo del sitio, los ingenieros especializados habían construido puentes que cruzaban el foso y eran lo bastante sólidos para sostener las culebrinas; el tronar incesante del cañón era una especie de rito cotidiano, al alba y al atardecer. Hasta entonces, los muros del castillo habían soportado el bombardeo sin mayores daños aunque ya estaban exhibiendo señales de desgaste y resquebrajaduras.

Los arqueros disparaban sus flechas por encima de las murallas en un acoso inflexible y los hombres de Granville devolvían el fuego, aunque de un modo azaroso, sin causar demasiados daños. Implicaba un gran riesgo para ellos permanecer sobre el borde del parapeto el tiempo suficiente para tomar puntería. Los fuegos oleosos eran encendidos por las noches y tornaban la atmósfera asfixiante y pestilente, no sólo para los sitiados sino, también, para los sitiadores. Sin embargo, estos últimos tenían la posibilidad de retroceder, pensó Portia. Para los moradores del castillo, en cambio, esa sofocación de cada noche sería una tortura. No tenían ningún sitio adonde escapar; además, el clima no ayudaba. Se había vuelto caluroso y tronaba, aunque no llegaba el alivio de una tormenta.

En esas primeras horas de la mañana de verano el cielo era de un color gris acero, con masas de cúmulos, y ese clima pesado aumentaba los malestares de Portia. Le causaba dolor de cabeza y le hacía más difícil soportar las náuseas constantes y, además, ocultarlas. En esos días, sus tareas no eran arduas. Ayudaba en la construcción de los puentes con las ligeras escalas de cuerda que usarían si se presentaba la ocasión de escalar la muralla. Participaba en los piquetes que patrullaban el perímetro del campamento y el foso, atentos a cualquier movimiento extraño en el castillo.

Cada vez que pasaba por ese punto, apartaba la vista de la puerta oculta del foso.

El batallón del príncipe Rupert había llegado, según lo prometido; cuando Portia cruzó la pisoteada hierba yendo a la tienda que hacía las veces de cuartel general, oyó la voz del príncipe que se dirigía a sus comandantes y que vibraba de confianza y de buen humor. Hacía poco, el príncipe había logrado levantar el bloqueo impuesto a York por los rebeldes y estaba eufórico por el triunfo y convencido del éxito.

Empujados por el calor, los hombres habían salido de la tienda y estaban reunidos a la sombra de un haya, en torno de una mesa larga sobre la cual habían extendido un mapa. El

príncipe, magnífico con su casaca de color azul brillante con sus tajos forrados de escarlata, su cabello cayendo en una cascada de resplandecientes rizos hasta el cuello de encaje valenciano que se extendía sobre los hombros, señalaba un lugar en el mapa.

-Caballeros, debemos provocar una batalla decisiva, y lo haremos. El Rey lo exige - dijo, alzando al sol su rostro reluciente, y haciendo un floreo con su puntero- . Ése es el deseo del Rey, milores.

Rufus estaba examinando el mapa y su expresión no traslucía nada de la entusiasta convicción del príncipe. Más bien, visto desde cierta distancia, parecía a punto de expresar ruidosamente su desacuerdo, pensó Portia. Ella lo adivinó por la tensión de sus hombros, por la línea de su boca. Sin embargo, para su sorpresa, él se mantuvo en silencio y siguió observando el mapa, con unas arrugas crispándole la frente.

De súbito, él levantó la vista y ella supo que había sentido su presencia. Rufus se excusó y, apartándose del grupo, se acercó a ella.

-¿Cómo estás, patito? - preguntó, sonriéndole aunque la tensión seguía reflejada en su semblante- . ¿Estás desocupada esta mañana?

-Hasta el mediodía - respondió ella- . ¿Se avecinan problemas?

-No lo sé. El príncipe está convencido de que los hombres están preparados para entrar en acción. Yo no estoy seguro.

-¿Eso quiere decir que abandonarás el sitio?

Rufus dirigió la mirada hacia el castillo Granville. Los pendones seguían flameando en las almenas, en valeroso desafío al ejército que se encontraba a sus puertas.

-Hace ya varios días que están sin agua fresca. Aun cuando hubiesen almacenado barriles de reserva en las bodegas, con una población de quinientas personas y no sé cuántos caballos, no pueden aguantar mucho más tiempo.

Bajó la mirada hacia Portia, y sus ojos azules escudriñaron el rostro de la muchacha.

-Ese sombrero no es muy útil si lo llevas en la mano - dijo, tomando el sombrero, poniéndoselo en la cabeza y acomodando el ala en un ángulo atrevido- . Estás un poco demacrada. ¿No te sientes bien?

-No. Es el calor, nada más - dijo ella, restándole importancia- . ¿Qué les sucederá a Olivia, a Phoebe, a Diana y a las pequeñas?

-Tendrán un salvoconducto para ir adonde lo deseen. ¿Es eso lo que te preocupa?

-Me preocupa cómo deben de estar sufriendo ahora - dijo ella francamente.

-La responsabilidad de Cato es poner fin a ese sufrimiento - repuso Rufus, cortante- . Será suficiente con que arríe sus estandartes y baje el puente levadizo.

-Y, entonces, tú lo colgarás - afirmó ella.

-No. Será prisionero del Rey, no mío. A mí sólo me interesa su sometimiento - repuso él, frío y decidido.

Portia no dijo nada, aunque su rostro pecoso estaba tenso y sus facciones angulosas se destacaban en el blanco de su piel, a la sombra del ala del sombrero. Ella no le creía. Rufus utilizaba la guerra como pretexto para satisfacer sus propios deseos. Había logrado la restitución de sus títulos y la libertad; aun así, seguía queriendo la vida de Cato en compensación por la de su padre.

Rufus descubrió que estaba esperando una respuesta de ella aun cuando sabía que ella no le daría la que él quería. Él quería que ella le dijese que entendía, que se regocijaba junto con él ante la perspectiva de su victoria. Pero él sabía que ella no le daría más que una silenciosa aceptación de su obsesión y la lealtad, también silenciosa, que le había prometido. Y sabía que ambas cosas, la aceptación y la lealtad eran dolorosas para ella.

El silencio se alargó y, con un gesto brusco, él volvió hacia donde estaban los hombres, bajo el árbol, dándole la espalda al dolor de Portia y al hecho de que él era responsable de ese dolor. Él no podía hacer nada para detener lo inexorable, aunque lo hubiese deseado.

Portia, con paso pesado, volvió hacia la tienda que oficiaba de comedor. Aún no había desayunado y se sentía tan hambrienta como asqueada. Todo su cuerpo reaccionaba como si no supiera lo que estaba sucediendo o cómo debía responder. Sus pechos estaban hinchados, su humor oscilaba entre una loca euforia y las honduras de la depresión, y estaba tan pronta a replicar con dureza como a sonreír sin motivo, en ninguno de los dos casos. Su conclusión fue que el asunto de la reproducción estaba sobrevaluado.

Y todavía no se lo había dicho a Rufus. Quería decírselo pero aún no estaba preparada. No había examinado sus propios sentimientos al respecto y, además, estaba asustada. Él ya

tenía hijos y, por lo tanto, para él no sería algo tan fundamental. Ella sabía que él no rechazaría al niño por nacer pero, lo más probable, era que se encogiese de hombros al saberlo, que prometiese mantener al niño y eso fuera todo. El hijo sería su bastardo. La madre de su hijo era su amante. No había compromisos entre ellos, salvo los relacionados con el amor y el honor. Él satisfaría el segundo de ellos, pero Portia no estaba segura en lo que se refería al primero.

Y ella necesitaba más, mucho más que una respuesta correcta. No podía soportar la idea de que su hijo creciera como había crecido ella, sabiendo que no la querían, que era una molestia, una carga sin un lugar en el mundo. Por otra parte, sabía con sombría certidumbre que un hijo bastardo, nieto de bastardo sufría una doble maldición.

Quiso contárselo a alguien. Necesitaba tener a alguien en quien confiar, con quien hablar de eso y llegar a entender sus propios sentimientos. Pero, aparte de Rufus, ella no tenía a nadie que la escuchara hablar de un tema semejante.

-Eh, muchacha, no has venido a desayunar - saludó Bill al verla aparecer en la entrada de la tienda comedor- . Hay un bonito trozo de tocino gordo y un pan ázimo bien fresco.

-Sólo tomaré el pan, Bill, gracias - se apresuró a decir Ponia, al tiempo que apartaba la vista de la preciada grasa, gruesa y blanca, que rodeaba la tajada de tocino que Bill iba a cortar.

-Como quieras, muchacha, pero es algo bueno que escasea.

-Esta mañana no, gracias. ¿Hay leche?

-Sí, en la jarra que está fuera, en el fondo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la parte posterior de la tienda, donde se conservaban jarras de piedra en cuencos de agua fría.

Portia bebió con ansias, directamente de la jarra. La leche estaba fresca, cremosa, recién ordeñada esa mañana a una de las vacas del pequeño rebaño que pastaba en el valle. El ganado de Granville pastoreaba fuera del castillo. No habría leche para los que se hallaban encerrados tras esos muros. Volvió a dejar la jarra en su lugar y hundió un dedo en el cuenco de agua fría. ¿Cómo sería no tener agua? ¿Racionarla y ver cómo iba descendiendo el nivel, sabiendo que no habría más?

Aun cuando Cato lograra mandar hombres que, sin ser vistos, pudieran salir por la puena secreta, jamás podrían cargar suficiente agua para toda la población del castillo. Sin duda, estaría viendo pasar los días con desesperación cada vez mayor, esperando a que llegaran en su auxilio las fuerzas que rompieran el sitio. Pero Fairfax y Leven estaban demasiado atareados, después de su derrota en York como para distraer tiempo y soldados para auxiliar al castillo Granville.

Ella salió de la tienda comedor y fue hacia el foso. El nivel del agua era bajo. Habían pasado seis semanas, casi, desde la última lluvia y hasta la nieve derretida se había agotado. El lodo y las malezas en el fondo del foso se veían con claridad a través del agua espesa. Cuando estuviese en el agua, estaría tan debajo del nivel de la orilla que sólo podría verla un hombre que mirase dentro del foso. Y los piquetes no lo hacían. Recorrían caminando el perímetro del campamento y la orilla del foso, alrededor del castillo y, cuando no miraban frente a ellos, miraban hacia arriba, hacia las almenas o, directamente, más allá de los muros del castillo. Y el humo de las fogatas le proporcionaba más cobertura aún.

Sería demasiado peligroso bajar al foso enfrente del puente levadizo pues la guardia Decatur era más densa allí. Al contrario, del otro lado, dando la vuelta al islote de los patos... Allí estaba más oscuro pues no llegaban con tanta intensidad las luces del campamento. Una vez dentro del agua, si nadaba cerca de la orilla, era poco probable que la viesen. Por otra parte, el soporte del puente sobresalía sobre el foso aunque el puente estuviese alzado. Ahí habría sombra, y podría emplear el tiempo necesario para encontrar el dispositivo para abrir la puerta.

Sin demasiada sorpresa, Portia cayó en la cuenta de que había trazado su plan sin haber llegado, en forma consciente, a una decisión. Le pareció inevitable entrar en el castillo para hablar con Olivia y con Phoebe. Necesitaba averiguar cómo estaban y, también, contarles lo relacionado con su estado. Sus amigas no tenían nada que ver con esta maldita guerra, y menos aún con Rufus y con Cato. Ella no estaría traicionando a Rufus si conversaba con ellas, nada más. En una ocasión, él lo había comprendido, por fin había aceptado que ella tuviese necesidad de hacer eso. Y esta situación no era diferente de la de la vez pasada.

Hizo los preparativos con la misma actitud desapegada y eficiente con que había dado forma al plan. Cambió de turno de piquete con Paul, que no puso objeciones en dejarle el de

las cuatro y tomar el de la medianoche. Rufus no sospechó al ver que ella iba a hacer guardia a medianoche, ni tampoco que se iba a acostar inmediatamente después de la cena, mientras él seguía atendiendo al príncipe Rupert y a sus oficiales.

Cuando él fue a acostarse, a las once, Portia fingió dormir aun cuando estaba demasiado tensa para hacerlo. Él no encendió la lámpara y le bastó con el tenue reflejo de la antorcha que quedaba encendida durante toda la noche, en un soporte que estaba junto a la entrada de la tienda. Ella sabía que él no la molestaría durante la media hora que le quedaba antes de levantarse, y permaneció quieta en su estrecho catre, percibiendo que él estaba quitándose las botas, que posaba su mirada en el rostro de ella y escuchaba su respiración. Luego, se apartó de ella y ella pudo relajarse y escuchar cómo se movía en ese pequeño espacio que olía a hierbas.

Lo veía con la misma claridad que si tuviese los ojos abiertos: veía cada gesto con la claridad del amor y del deseo, sabiendo en qué momento él desabrochaba la cintura de los pantalones, se desabotonaba la camisa, lo veía sacar la camisa de dentro de la cintura del pantalón con ambas manos, en un movimiento rudo y precipitado que jamás variaba. Tras sus ojos cerrados, vio ahora su ancho pecho, los pequeños pezones duros, la línea de vello dorado rojizo que descendía hasta el ombligo, el vientre cóncavo... Ahora estaba quitándose los pantalones, dando puntapiés para liberar sus pies, agachándose para quitarse los calcetines.

Las cuerdas del catre crujieron bajo su peso y ella supo, con la misma certeza con que lo hubiese sabido si él se hubiera acostado a su lado, que él estaba durmiendo con los calzones puestos. Si hubiese estado acostado a su lado, no los tendría puestos. Sus labios se distendieron en una sonrisa.

Le produjo un profundo placer la idea de que él durmiera vestido, como un célibe, cuando ella no estaba disponible.

De súbito, sintió que le pesaban los ojos, que su respiración adoptaba el ritmo regular del profundo sueño de Rufus. El sueño vino a reclamarla, suave y acariciador como un plumón de cisne.

Algo la despertó a sacudidas. La mano de Rufus, en su hombro, la movía con suavidad y, a través de la puerta de la tienda, oyó al centinela que habían enviado a despertarla, y que pronunciaba su nombre en un ronco susurro.

-Estabas completamente dormida - dijo Rufus con suavidad. Él estaba estirado a través del pequeño espacio que separaba a ambos catres.

Portia gimió, sin poder evitarlo. La impresión de despertarse del primer sueño profundo era demasiado fuerte y, de inmediato, una oleada de náusea se agitó en su vientre.

-Duérmete otra vez - le dijo Rufus- . Yo tomaré tu turno.

-No... no - protestó ella, incorporándose, apartando de sí las pegajosas telarañas del sueño- . No. Es mi guardia; yo la haré.

Apartó la manta y se incorporó, manteniendo la cabeza baja en la esperanza de controlar las arcadas antes de levantarse del todo.

-Portia, ¿estás enferma? - preguntó él, en voz aguzada por la preocupación.

-No, no - dijo, sacudiendo la cabeza- . Lo que sucede es que no me gusta despertarme a medianoche.

Estiró la mano para tomar los pantalones que estaban en el extremo del catre. Se había acostado con toda la ropa puesta menos los pantalones; ahora no tenía más que meter los pies, ya enfundados en los calcetines, dentro de las perneras, subírselos y luego calzarse las botas y estaría lista para salir.

Se puso de pie con cuidado. El mundo giró a su alrededor y su estómago giró junto con él. Se mordió la cara interna de la mejilla hasta que el dolor le hizo brotar lágrimas de los ojos, en tanto se ajustaba la cintura y abrochaba el cinturón. El estoque y el cuchillo estaban listos para ser envainados. Mientras se calzaba las botas, se sostuvo del poste de la tienda.

Rufus estaba apoyado sobre un codo, observándola a la luz débil, con sus ojos entornados. Algo raro sucedía. ¿Se trataría tan sólo de la desorientación que sufría cualquier persona al ser despertada bruscamente? Todos sus instintos le decían que insistiera en que ella se acostara de nuevo. Pero, si lo hacía, estaría negándole el respeto que ella exigía y que se había ganado entre los hombres de Decatur. Ella no pedía concesiones y, en el par de ocasiones en que se las ofrecieron, las rechazó con vehemente indignación.

Portia metió el estoque dentro de la vaina y el cuchillo en la bota. Ya estaba en control de sí misma y logró sonreír mientras le soplaba un beso a él antes de agacharse para salir por la pequeña abertura de la tienda.

Rufus se tendió de nuevo y permaneció acostado, con las manos unidas bajo la cabeza, completamente despierto, perturbado por una honda inquietud cuya causa no acertaba a determinar.

Portia saludó con la cabeza al hombre que la había despertado y se encaminó, a través del campamento, en dirección contraria al castillo hacia el perímetro externo, donde el soldado a quien tenía que relevar estaba caminando en la ronda del piquete. Ésta era una patrulla solitaria, que se ajustaba a la perfección a sus propósitos. La actividad principal estaba concentrada en el castillo, pero había que patrullar todo el campamento en su perímetro exterior, y esta franja de terreno desolada cubría la zona boscosa que estaba detrás del campamento. Nadie pasaba por allí. No se cruzaba con otra patrulla. Nadie sabría si la persona de guardia se había escabullido de su puesto durante una o dos horas. En el peor de los casos, Portia había decidido que era un riesgo que valía la pena correr.

Adam la saludó con una sonrisa de alivio.

-Por los dientes del diablo, cuánto me alegro de verte. Aunque pensé que era Paul quien me relevaría.

-Yo he cambiado con él. Quería disponer de tiempo mañana por la tarde.

-Ah, claro - dijo Adam, aceptando sin dificultad el argumento- . Bueno, esto ha estado tan excitante como el lecho de una solterona. Te deseo que lo disfrutes.

Alzó una mano a modo de saludo y se alejó con paso elástico rumbo a un jarro de cerveza en el comedor.

Portia percibió que ya no se sentía descompuesta. Quizás, el remedio fuese el terror. Patrulló su recorrido tres veces. Nadie se acercó a ella. No se oían más ruidos que los habituales crujidos de los animales pequeños y el grito de un chotacabras. La luna estaba en cuarto menguante y se veía como una tajada en el cielo oscuro, en las ocasiones en que las espesas nubes de tormenta se desplazaban. La estrella vespertina se veía de vez en cuando pero, en general, la noche estaba tan oscura como se podía esperar de una noche de verano.

Portia se escutrió entre los árboles y encontró el roble que había escogido aquella tarde. Palpó entre las gruesas raíces cubiertas de musgo y tiró para sacar la gorra oscura con la que se cubriría el cabello. Se quitó las botas, los calcetines y la camisa blanca, y los ocultó debajo del musgo. Sin camisa, la lana oscura del jubón le producía calor y picazón sobre la piel desnuda, aunque le permitiría fundirse con la oscuridad. Unió el estoque a las prendas que había ocultado bajo el musgo. Ató el cuchillo a la pierna, encima de los pantalones, con una banda de lino y, para más seguridad, envolvió la afilada hoja en varias vueltas de tela.

Sacó la fruta que también había escondido en los bolsillos: manzanas y peras. Era lo único que había podido tomar pues el agua del foso habría estropeado cualquier otra cosa más sólida. Su razonamiento fue que, cuando uno tenía sed, la pulpa húmeda y el zumo dulce de la fruta serían bienvenidos. Su último preparativo consistió en atarse un pañuelo que le cubría la boca y la nariz. A continuación, descalza, avanzó agazapada entre los árboles, dando la vuelta al castillo hasta encontrarse frente a la isla de los patos.

Resbaló, boca abajo, por la cuesta. El piquete seguía recorriendo su línea: era una franja de terreno de poco menos de doscientos metros, entre los puestos. Cuando el centinela hubo cubierto las tres cuartas partes de su recorrido de vuelta, de espaldas a ella, Portia corrió los últimos metros y se dejó caer por el borde del foso. Permaneció allí, buscando un apoyo para su pie de modo que pudiese mantenerse en la superficie del agua, aferrándose a una raíz retorcida que sobresalía del lodo, encima de su cabeza.

Las hogueras ardían junto a los muros, pero el pañuelo la protegía, en gran medida, del humo y también le serviría para amortiguar una tos sorpresiva. Esperó hasta que oyó el regreso del centinela. Cuando él volvió y pasó junto a ella, Portia se adelantó aferrándose a la orilla como un molusco, tratando de mantenerse lo más seca posible, y todo el tiempo que le fuera posible. Había tres patrullas entre la isla de los patos y el puente levadizo y, para ella, el mayor peligro sería cuando siguiera la curva del foso hasta la franja que iba directamente hasta el frente del campamento.

La suerte la acompañó. En la orilla del foso encontró un reborde de tierra del ancho suficiente para dar sustento a sus pies, y pudo arrastrarse como un cangrejo bajo ese saledizo hasta que la sombra de los soportes del puente estuvo sobre su cabeza. Pudo oír, arriba, las voces en sordina de los centinelas que, de vez en cuando, intercambiaban comentarios, aunque el resto del campamento dormía. Lo mismo ocurriría en el castillo... eso esperaba.

De cara a la pared que había debajo del puente levadizo, Portia inhaló una profunda bocanada. Si se detenía a pensarlo, no lo haría. Se deslizó bajo la superficie del agua tanteando las hierbas que se retorcían y se enroscaban en sus tobillos mientras ella nadaba

bajo el agua cubriendo la corta distancia que llegaba hasta el punto seguro y oscuro de la pared de enfrente.

Sacó la cabeza del agua y aspiró una bocanada de aire. El aire tenía un olor acre a causa del humo pero era mejor que nada. Se sumergió y esperó, con los pulmones a punto de explotar, por si alguien que pudiera estar en la orilla hubiese notado el movimiento en el agua provocado por su paso. Una vez que se hubiera aquietado el agua, seguirían caminando y lo olvidarían.

Cuando ya no pudo seguir conteniendo el aliento, levantó de nuevo la cabeza, lentamente. El enorme bulto del soporte del puente estaba encima de ella. La muralla del castillo, donde había descendido el nivel del agua, estaba cubierta de verdín. En cambio, por arriba del verdín, el muro estaba tan limpio como ella lo recordaba cuando podía tenerse sobre el hielo. Se acercó más a la pared tanteando con los pies en busca de una hendedura o rajadura donde pudiera pararse y elevarse fuera del agua, hasta el nivel de la puerta. Sus pies exploradores encontraron lo que buscaban. Bastaba sólo para apoyar los pies, pero fue suficiente para que ella pudiera alzarse y encontrar el contorno de la puerta.

Ahora bien, ¿dónde estaba la palanca que la abría? La vez anterior, la había descubierto por casualidad. En esta ocasión, en cambio, no podía mantenerse en pie con la espalda apoyada en ella y encontrar el punto donde debía presionar y tener la misma suerte. Por lo menos, sabía que estaba dentro de la misma puerta y no en el borde. Tocó la parte superior de la puerta y desplazó sus manos sobre la piedra, presionando firmemente con los dedos. Luego, bajó unos centímetros y cubrió esa parte.

Pese a la calidez de la noche, pronto comenzó a sentir frío, a sentir que sus ropas estaban frías y pegajosas. Le temblaban las manos, le sonaban tan fuerte los dientes que estaba segura de que alguien la oiría. Ya no supo si sería a causa del frío o del nerviosismo, pero continuó, empecinada, su minuciosa exploración de la piedra.

Entonces, ocurrió: se oyó un breve chasquido y sintió que la piedra se movía. El corazón le dio un vuelco. La losa giró hacia dentro, tal como ella recordaba que había hecho. Se elevó y traspuso el borde, introduciéndose en el negro túnel. Le pareció más oscuro aún de lo que ella recordaba, y ya sentía un frío intenso.

Titubeó, con la puerta abierta tras ella. Todavía no era tarde para volver, para olvidar toda esta locura. Le sonaron los dientes, y comenzó a temblar de frío. Si regresaba ahora...

Aun mientras Portia pensaba en esto, pensaba en la camisa seca que la aguardaba entre las raíces del roble, estaba empujando suavemente la puerta para cerrarla tras ella y avanzaba por el túnel tanteando las paredes como había hecho la vez anterior. La nave del sótano se abrió sobre su cabeza. Ahora, estaba vacía. Portia fue hacia la abertura que se hallaba en la pared más alejada, que la llevaría hacia la escalera. Se movía rápida y silenciosa, sin pensar.

Con un tenue susurro, la puerta se abrió con tanta facilidad como en la ocasión anterior, y Portia se encontró en el conocido fregadero. Reinaba un silencio profundo. No había fuego en el hornillo, y hasta el reloj estaba en silencio. Atravesó el fregadero a la carrera, en dirección a la escalera trasera. Cuando cruzaba la cocina, oyó un ruido, un paso arrastrado, un murmullo. Se paralizó contra la pared, rogando que su ropa oscura la disimulara en la cocina en sombras. Volvió a oír el sonido y entonces se aflojó: alguien estaba roncando. Era de suponer que alguno de los ayudantes de cocina se había dormido sobre un banco, cerca del horno vacío.

Se escurrió hacia la escalera con la agilidad de cualquier espía en campamento enemigo, y subió corriendo. La escalera daba a un corredor poco frecuentado que se cruzaba con el pasillo principal, donde se encontraban los dormitorios familiares.

Portia había olvidado, casi, que tenía frío y que estaba mojada. La excitación y el terror le habían dado calor y la impulsaron a seguir moviéndose hacia la puerta del cuarto de Olivia. Levantó el pestillo, se escabulló al interior y, cuando cerró la puerta tras ella, notó que su corazón latía con tal violencia que parecía querer escapársele del pecho.

## *21*

-¿Qué pasa? ¿Quién está ahí? - irrumpió en medio de la oscuridad la voz asustada de Phoebe.

-Tranquila: soy yo - susurró Portia, respondiéndole.

-¡Portia! ¿Eres tú?

Olivia se incorporó de golpe en la cama, y su camisón era un resplandor blanco en medio de las sombras que proyectaban las cortinas de la cama.

-Sí. No habléis.

Portia fue corriendo hasta la cama, donde las dos niñas estaban sentadas, una al Iado de la otra, mirándola atónitas.

-Está muy bien decir: «Soy yo» - dijo Phoebe, con cierta indignación- . ¿Cómo se te ocurre que podíamos esperar verte?

-Claro que no podíais - admitió Portia- . Pero, por favor, habla bajo.

-¿Estás toda mojada? - preguntó Phoebe- . Estás mojando el suelo.

-Tuve que cruzar el foso a nado - respondió Portia temblando, rodeándose el pecho con los brazos- . Y, al parecer, no recibo una bienvenida acorde con mis esfuerzos.

-¡Oh, Portia, cIa... claro que sí! - dijo Olivia, saltando de la cama y rodeando a la otra con los brazos en un abrazo impulsivo- . ¡Oh, estás helada! ¡Estás calada hasta los huesos!

-Ya lo sé - dijo Portia, sombría- . Os he traído un poco de fruta.

Sacó el obsequio de los bolsillos y lo dejó sobre la cama.

-Quítate la ropa - dijo Olivia, mientras comenzaba a tirar del jubón de Portia- . Así podremos tratar de secarla.

Phoebe se había bajado de la cama y estaba rebuscando en el armario de la ropa blanca.

-Aquí tienes una bata de lana que puedes ponerte.

-¡Oh, gracias! - exclamó Portia, quitándose deprisa el jubón mojado y frío y los pantalones- . La ropa mojada es lo más asqueroso que hay.

-Aquí tienes una to... toalla.

Portia se frotó hasta quedar seca y, de súbito, tuvo el vívido recuerdo del momento en que Rufus le había hecho friegas para devolverle el calor y la vida a su cuerpo exangüe, después de que ella había estado perdida en la tormenta de nieve. Si lograba entrar en calor lo suficiente, sería capaz de encontrar la ironía de la actual situación.

Metió las manos en las mangas de la bata que Phoebe sostenía y envolvió ceñidamente su cuerpo en ella. Al fin, sus dientes dejaron de castañetear.

-Os he traído un poco de fruta - dijo, de nuevo, señalando hacia la cama- . Sé que no es mucho, pero no he podido traer más.

-Yo no entiendo nada - dijo Phoebe, dándole un entusiasta mordisco a la pera- . Está muy buena... ¿Cómo diantres has podido llegar hasta aquí? Si nadie puede salir, ¿cómo es que tú has podido entrar?

-Hay un modo de entrar - dijo Portia, al tiempo que se sentaba en el poyo de la ventana- . Pero no puedo deciros cuál es. Yo sentí la necesidad de saber cómo estabais. Estaba preocupada.

-Es horrible - dijo Olivia, retrepándose a la cama- . No podemos cocinar nada porque no hay agua.

-Y sólo tenemos cerveza para beber - intervino Phoebe- . Y lord Granville está furioso todo el tiempo, y Diana le echa la culpa a él por todo pero, como no lo dice, por supuesto, se descarga con nosotras. Es de lo más molesto.

Terminada su queja, Phoebe arrojó el corazón de la pera al hogar vacío y eligió una manzana con esmero.

-Y hace mucho calor - dijo Olivia- . Por culpa del humo, no po... podemos abrir las ventanas. Y mi padre no nos deja salir por miedo a las flechas.

-¿Tú piensas que terminará pronto? - preguntó Phoebe, mirando a Portia con perspicacia.

-No sé - respondió Portia- . Y no puedo hablar sobre esto.

Arrugó su frente un profundo ceño: mantener su lealtad a Rufus y proporcionar consuelo a sus amigas resultaba más difícil de lo que ella había imaginado. No había pensado que iban a formularle esa clase de preguntas; supo que debería haberlo pensado.

-No puedes hablar al respecto porque tú eres el enemigo - comentó Phoebe, con su habitual estilo directo.

-¡Portia no es el enemigo! - exclamó Olivia en tono indignado- . ¿Cómo pu... puedes decir algo semejante?

-Si hablamos en términos estrictos, Phoebe tiene razón - dijo Portia- . Pero yo no he venido aquí a hablar de la guerra. Al menos, no directamente. He venido porque quería saber cómo estabais. Y... y... bueno, quería conversar con vosotras.

-¿Te sientes sola estando en el ejército? - preguntó Phoebe.

Portia se encogió de hombros. La llaneza de Phoebe lindaba con la falta de tacto pero, al mismo tiempo, tenía un modo asombroso de identificar la verdad.

-No pensé que iba a sentirme así pero, sí, un poco.

En ese momento comprendió que siempre había estado sola, siempre dependiendo únicamente de sí misma, incluso cuando Jack vivía. Y, como se había convencido de que no necesitaba compañía, no la había echado de menos. Pero Olivia y Phoebe le habían proporcionado una vislumbre de lo que podría brindarle la amistad de las muchachas; era algo que ninguna pasión, ningún amor entre hombre y mujer, por grande que fuese, podría reemplazar.

-¿Y qué sucede con lord Rothbury? - insistió Phoebe en la misma forma directa- . ¿Ya no eres su amante?

-Voy a tener un hijo de él.

A Portia se le escapó la novedad.

-¡Oh! - exclamó Olivia, con los ojos redondos como platillos- . Pe... pero tú no estás casada.

-No es preciso que lo estés, patito - replicó Portia con amargura- . Y yo soy la prueba palmaria de ello.

-Pero ¿no vas a casarte? - preguntó Phoebe- . ¿No lo harán antes de que nazca el niño?

-No lo creo - respondió Portia, mirándose las manos que retorcía sobre el regazo- . Todavía no se lo he dicho a Rufus, pero... - Levantó la vista, forzando una breve risa apesadumbrada- . Yo no pertenezco a la clase de mujer adecuada para ser una condesa. ¿Pueden imaginarme como lady Rothbury?

-Pero el conde es un bandolero.

-Ya no lo es. El Rey ha perdonado a la casa de Rothbury y ha ordenado la restitución de sus tierras.

Portia tuvo en cuenta que no sería traición divulgar esa noticia. No era un secreto pues, si Cato aún no lo sabía, muy pronto se enteraría.

-Yo pienso que harías una condesa maravillosa - afirmó Olivia, resuelta.

-¿Y querrás serIo? - volvió a preguntar Phoebe con su acostumbrada agudeza- . Tú siempre habías dicho que no eras convencional, que querías ser soldado, que hubieses preferido no ser una chica.

-Sí, bueno, es evidente que la naturaleza no está de acuerdo conmigo - respondió Portia con cierta acritud- . De lo contrario, yo no tendría este problema tan femenino.

El pequeño reloj dorado que había sobre la repisa de la chimenea dio las tres y Portia se sobresaltó como si la hubiesen pinchado.

-¡Tengo que irme! No me había dado cuenta de cuánto tiempo me ha llevado llegar hasta aquí.

Se quitó la bata y volvió a ponerse las ropas mojadas, temblando.

-¿Nadie sabe que estás aquí?

-Sólo vosotras dos. ¡Y no debéis decir nada!

-¡Claro que no diremos nada! - exclamó Phoebe.

-¿Vendrás otra ve... vez?

-Si puedo, sí - respondió Portia, mientras se abotonaba el chaquetón- . Pero no sé que pasará ahora - aclaró, mirándolas con aire de impotencia- . Ojalá pudiera hacer algo por vosotras.

-La fruta estaba maravillosa - dijo Phoebe para consolarla, y agregó, con franca curiosidad- : ¿Te sientes descompuesta? He oído decir que el embarazo provoca náuseas.

-Casi todo el tiempo - respondió Portia, haciendo una mueca- . Desde que me levanto hasta que me voy a dormir.

-Oh, qué horrible. Me alegro pensar que no voy a casarme - dijo Olivia, acercándose a besar a Portia.

-Pero Portia no va a casarse - señaló Phoebe- . La causa de estos problemas es la pasión, no el matrimonio.

Portia rió entre dientes y su depresión empezó a aliviarse.

-Cuánta razón tienes, Phoebe. Permanece virgen y no tendrás nada que lamentar. - Sopló un beso a ambas desde la puerta- . Esta guerra no será eterna. - Entonces comprendió que le faltaba preguntar lo que había venido a pedir- : ¿Seréis las madrinas del pequeño?

-Por supuesto - dijo Olivia.

-Cuando llegue el momento, envíanos tu sortija y nosotras nos reuniremos contigo... de algún modo - afirmó Phoebe.

Por primera vez, a Portia no le pareció que la idea fuese antojadiza y poco realista. Había elegido dos madrinas para su hijo, y sabía que sus amigas encontrarían la forma de cumplir con ese compromiso. Hasta el hijo bastardo de una bastarda podía contar con amigos en posiciones elevadas. Y Olivia y Phoebe, se casaran o no, jamás carecerían de las comodidades mundanas.

Dentro de su pecho sintió un sitio cálido que la protegió del frío y del miedo, mientras ella se escurría sigilosamente por el corredor, atravesaba el fregadero y se metía en el negro túnel. Tuvo la impresión de que le llevaba mucho menos tiempo que cuando había llegado; en pocos minutos, estaba en la puerta que daba al foso.

Por el lado de dentro, la palanca no estaba disimulada puesto que no era necesario ocultarla a aquellos que la usarían. Portia la levantó con suavidad y empujó. La puerta se abrió. Todavía era de noche pero, más allá de la negrura total del túnel, se veía una oscuridad menos densa. Pudo distinguir las tiendas de los sitiadores al otro lado del foso y las antorchas parpadeantes de los vigías. Las hogueras junto a la muralla estaban extinguidas y el humo era menos espeso y acre.

Se zambulló en el foso y el agua le pareció tibia, casi, a través del frío pegajoso de la ropa mojada. Se estiró para volver a cerrar la puerta y, en ese momento, su cuerpo quedó recortado contra el gris de la pared pues una antorcha arrojaba su luz sobre las aguas quietas y oscuras del foso.

Portia sintió la luz en la espalda y se sintió expuesta como si fuese una mancha negra sobre un papel blanco. Su corazón martilleó dentro del pecho. No se atrevió a moverse. Entonces, oyó el grito y supo que estaba perdida, que estaban dando la alarma. Se oyeron gritos excitados, pies que corrían, la luz intensa de más antorchas. Portia se deslizó dentro del agua pues no se le ocurrió qué otra cosa podía hacer. Cuando la piedra se cerró sobre su cabeza, restalló un mosquete y la bala se estrelló contra la pared, detrás de ella. Desesperada, nadó bajo el agua tratando de orientarse. ¿Estaba yendo hacia la orilla? Las balas de mosquete silbaron sobre el agua y comprendió que estaban esperando el momento en que su cabeza emergiese del agua y les ofreciera un blanco propicio. Sus pulmones estaban a punto de reventar.

Cuando sintió que ya no podía más, que tendría que aspirar aire o agua, levantó la cabeza. Alguien gritó desde la orilla, el arma disparó otra vez y la bala dio al Iado de su cabeza, salpicándola. Se hundió de nuevo después de haber aspirado una bocanada de aire. Ese segundo le había permitido recuperar el sentido de dirección y, además, le había dado la ocasión de ver que había tres hombres en la orilla, con los mosquetes amartillados. Si ella lograba que disparasen los tres al mismo tiempo, tendría tiempo de darse a conocer mientras ellos recargaban las armas.

Portia había abandonado toda esperanza de escapar. Ahora, sólo quería conservar la vida. Levantó la mano fuera del agua. Disparó un mosquete. Levantó la otra mano y obtuvo como respuesta otro disparo. Entonces, levantó la cabeza y se zambulló de inmediato bajo el agua. El tercer tiro dio en el agua, tan cerca de su cabeza que pudo sentir el olor de la pólvora.

Levantó la cabeza y gritó la contraseña de ese día. Después, gritó:

-¡No disparéis! - Mientras, se acercaba chapoteando a la orilla, haciendo todo el ruido que podía, como demostrando que se entregaba.

Los tres centinelas se agacharon y la sacaron a la orilla. Ella quedó tendida boca abajo, jadeando, ahogándose con el agua que había tragado en los últimos instantes de desesperación. Ellos permanecieron junto a ella. Portia veía sus botas. Hasta que uno de ellos la empujó con el pie, dándole la vuelta. Ella levantó la vista y vio rostros desconocidos: no eran hombres de Decatur sino miembros del batallón del príncipe Rupert, y no la conocían.

-Pertenezco a la milicia de Decatur - dijo.

-¿Y qué hace un soldado de Decatur saliendo del castillo? - quiso saber uno de los hombres, volviendo a empujarla con el pie.

-Estoy seguro de que muy pronto responderá todas las preguntas - dijo uno de sus compañeros- . Llevémoslo con el capitán.

Dos de ellos se inclinaron, la tomaron de abajo de los brazos y la hicieron ponerse de pie.

-Yo sé caminar - protestó ella, pero no le hicieron caso y siguieron arrastrándola a través del campamento dormido, hasta la tienda donde se alojaba el capitán de la guardia.

El capitán de guardia del batallón del príncipe estaba sentado sobre un barril de cerveza y jugaba a los dados con su inmediato inferior. Él levantó la vista, interesado, cuando los centinelas entraron con su prisionero.

-¿Qué tenemos aquí? - dijo, empujando hacia atrás el taburete de lona, poniéndose de pie y acercándose a Portia, a quien habían arrojado al suelo, de rodillas.

-Lo sorprendimos saliendo del castillo, señor. De la muralla, saliendo de alguna puerta secreta. Estaba cruzando el foso a nado.

-Muchacho flaco - observó el capitán. Asió con una mano el cuello de la ropa de Portia y la obligó a levantarse- . Bueno, oigamos tu historia, muchacho.

Portia negó con la cabeza y la mano del capitán se estrelló contra su boca, cortándole el labio con su pesada sortija de sello y aturdiéndola.

-Vamos, vamos - dijo él, persuasivo y malicioso- . Pronto cantarás. ¿Quién eres?

Portia se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano.

-Estoy con la milicia de Decatur.

El capitán volvió a golpearla en la mejilla y ella se mareó y cayó de rodillas.

-Mande buscar a lord Rothbury - boqueó, entre lágrimas de dolor que le oprimían la garganta. Nunca la habían tratado de ese modo y, junto con el terror, le sobrevino una oleada de rabia al ver que alguien tenía la audacia de emplear con ella una violencia tan innecesaria- . Él responderá por mí.

Se hizo un momento de silencio, hasta que el capitán dijo:

-¿Qué sabes tú de lord Rothbury, muchacho?

-Ya se lo he dicho, estoy en su milicia - repitió Portia, obstinada. Se tambaleó.

El hombre vaciló, sin saber cómo proceder ante la aparente seguridad de su prisionero.

-Está bien - dijo, al fin- . Pero, si resulta ser una estratagema, lo pagarás, muchacho - amenazó, volviéndose hacia uno de los centinelas- . Ve a despertar a lord Rothbury. Los demás, podéis volver a vuestros puestos.

La llamada urgente del centinela despertó a Rufus de su sueño. En un solo movimiento, se había sentado y levantado del catre, y había recogido sus pantalones.

-¿Qué pasa?

-El capitán de la guardia me ha enviado, milord. Hemos apresado a alguien que salió del castillo, señor, y cruzó el foso a nado. El capitán quiere interrogarlo, pero el prisionero dice que usted lo conoce.

-Parece interesante - comentó Rufus, mientras se vestía rápidamente.

Una persona escapada del castillo Granville era un acontecimiento interesante, por cierto.

Siguió al centinela a través del campamento y se agachó para entrar en la tienda de la guardia saludando, alegre:

-¿Y bien, qué tenemos aquí, capitán?

Ahí estaba Portia, un tanto tambaleante, de pie justo en el centro de la tienda.

Rufus observó su ropa empapada, su boca hinchada y sangrante, el hematoma que se hinchaba en su pómulo.

-En el nombre de Dios, qué... - empezó a decir, volviéndose colérico hacia el capitán de la guardia- . ¿Qué demonios es esto?

El capitán se encogió al ver la expresión furibunda del conde de Rothbury.

-Lo sorprendimos tratando de cruzar a nado el foso del castillo, milord. Los centinelas lo vieron salir del castillo por una puerta disimulada. - Y, al ver que la expresión del conde cambiaba siguió, más seguro- : Él dice que usted lo conoce, milord.

Rufus hizo caso omiso del capitán. Se volvió hacia Portia, con su rostro duro, como de granito, y sus ojos vacíos de expresión.

-¿Qué estabas haciendo en el castillo?

Portia se tocó otra vez el labio con la punta de un dedo y lo retiró pegajoso de sangre.

-Fui a ver a Olivia y a Phoebe.

A esta altura, sería más sencillo decir la pura verdad, sin protestas ni defensas. Sin embargo, vio, con el corazón pesado, que Rufus ya se había alejado de ella.

-¿Cómo entraste?

Ni su voz ni su semblante tenían expresión. Era como si no tuviese el menor interés en la persona a quien estaba interrogando sino sólo en la información.

-Hay una puerta oculta - dijo ella, desdichada- . Yo la descubrí mientras estuve en el castillo.

Ahora sí, aquella inquietud profunda y sin motivo aparente quedó explicada. Ahora Rufus veía que todo encajaba en su lugar. Ella sabía de la puerta y no había dicho una palabra. El sitio podría haber terminado mucho antes si los sitiadores hubiesen podido entrar en el castillo por sorpresa. Ella tenía la información y no la había dado a conocer. Y sólo podía haber una razón para su silencio.

Él se convenció de que ella había estado engañándolo desde el principio. Ella había acudido a él ofreciéndole una información que lo convenciera de su sinceridad, pero Granville le había ofrecido el tesoro sólo como una manera de introducir un espía en su campamento. Era muy simple y, sin embargo, él había caído en la trampa. Una sola vez había bajado la guardia ante una Granville y se habían burlado de él.

Desapareció el frío desapego y vibraron en su voz los temibles demonios de la ira, tan terribles que creyó que iban a desgarrarlo.

-Tú has empleado esa puerta para entrar en el castillo desde que comenzamos el sitio. Has estado visitando a tu familia, llevándoles información, brindándoles consuelo. ¿Qué tiene que decir Cato con respecto a...?

-No - gritó ella- . No, no es verdad. Ésta es la primera vez. Yo no te he traicionado, Rufus. Lo que quería era ver a mis amigas. Nada más.

-Usted perdone, milord, pero estoy confundido - intervino el capitán, inseguro- . ¿Éste es uno de sus hombres?

Rufus se estiró hacia delante y arrancó la gorra de la cabeza de Portia.

-No - dijo, distante- . Ella no es uno de mis hombres pero viaja con nosotros.

-Ah, sí - dijo el capitán, asintiendo para indicar que comprendía.

Era bastante común que algunas mujeres siguieran al campamento, pero no lo era ver a una vestida de ese modo. Lo que sucedía era que ésta pretendía algo mucho más siniestro que seguir al tambor- . ¿Y usted dice que ha estado espiando?

-Eso parece - repuso él, con la misma actitud remota- . Y no por primera vez.

-¡No, no es así! - se defendió Portia, percibiendo la desesperación en su propia voz. No podía creer que Rufus la hubiese negado ante el capitán, la hubiese rebajado al nivel de una prostituta- . Tú sabes que no lo he hecho.

Él no hizo caso de su defensa.

-¿No niegas que has entrado en el castillo por la puerta secreta?

-No.

-¿No niegas que sabías que, haciendo eso, estabas complotando con el enemigo?

-Olivia y Phoebe no son el enemigo - dijo ella en voz apagada, al comprender que no lograría convencerlo de la inocencia de sus intenciones.

Esta vez, no.

-Tú estuviste en ese castillo. Estuviste con el enemigo - replicó él, haciendo un gesto despectivo con la mano- . Tú juraste lealtad al estandarte Decatur y has traicionado ese juramento.

Portia negó con la cabeza, sintiendo que le palpitaban el labio y la mejilla.

-Por favor, Rufus...

-¿Llevaste algo al castillo?

Ella sintió la interrupción como el raspar de una lima en el hierro. Lo miró, acongojada.

-Fruta, nada más - respondió- . Se me ocurrió que debían de tener sed.

Así supo que, de esa manera, se había condenado a sí misma. El capitán se apresuró a decir:

-Eso es ofrecerle consuelo y socorro a los rebeldes, los enemigos del Rey. Es traición, y debe ser resuelta por el cuartel general.

Rufus miró directamente a Portia.

-¿Cómo he podido dejarme engañar así? - dijo- . Tú eres una Granville. Tú llevas en tu sangre el germen del engaño y la traición.

Le dio la espalda y se alejó, con un gesto de disgusto.

-Es un tema para el cuartel general, milord - repitió el capitán- . Ella será enviada para ser interrogada en cuanto amanezca.

-Rufus... - suplicó Portia, extendiendo la mano. Él no podía abandonarla. No podía, estaba segura. Él miró por encima del hombro y dijo, con el mismo tono frío y distante:

-No puedo hacer nada por ti. Tú te has condenado sola.

Apartó la puerta de la tienda y se fue.

Portia clavó la vista en la puerta de la tienda, que aún se movía por el impulso que él le había dado al apartada. No podía creer que todo su mundo se hubiese derrumbado de manera tan súbita, tan completa y por una causa tan injusta. Pero ya estaban amarrándole las manos con una cuerda gruesa y áspera y la empujaban fuera, hacia la noche, y su mente se desbordó con la realidad de la prisión, con los horrores del interrogatorio que le aguardaba en York, con la muerte del espía en la horca al final de tanta agonía. Quiso gritar la injusticia que se cometía con ella, pero su lengua estaba paralizada.

La obligaron a sentarse al pie de un árbol, a unos metros de la tienda de la guardia y la ataron firmemente al tronco pasándole una cuerda por debajo de los brazos. Con el extremo libre de la cuerda que le sujetaba las muñecas, le ataron también los tobillos y la dejaron así, atada, temblando, esperando el amanecer.

Rufus atravesó el campamento andando. Estaba ciego y sordo, encerrado en su propio mundo, donde la ira ardía como un volcán y la herida era un foso negro, tan helado como su rabia era caliente. Algo perforó su trance y oyó su propia voz una y otra vez en su cabeza.

-No puedo hacer nada por ti.

Se convirtió en una cantilena que no dejaba entrar nada más, hasta que finalmente se detuvo, se dio la vuelta y fue en busca de Will.

Fuera lo que fuese lo que ella había hecho, él no podía condenarla a aquello que le aguardaba en York. La locura de su obsesión lo había impulsado a hablarle como lo había hecho, pero ahora ya había recuperado el control. Si bien la ira aún lo quemaba y el dolor seguía congelando cierto centro profundo de su ser, había recuperado el raciocinio y no podía olvidar lo que ella había sido para él, lo que ella había significado para él. No podía hacerse a un lado y dejar que le hicieran daño, y no podía verla morir. Ella era falsa y merecía cualquier castigo, pero él no podía permitirlo.

Incrédulo, Will escuchó el relato de lo ocurrido y no hizo ningún comentario pues había comprendido que el amo de Decatur había logrado controlar a sus demonios hacía escasos instantes. Escuchó sus órdenes y cruzó sigilosamente el campamento.

Portia apoyó la cabeza en el tronco del árbol. Le ardía y le palpitaba la cara y había perdido la sensibilidad en las manos. Cuando Will surgió de entre los árboles, desde atrás de ella, se limitó a mirarlo pues su boca estaba demasiado hinchada para moverla, aun cuando hubiese podido pensar qué quería decir.

Él se arrodilló y le cortó las ligaduras sin demora.

-Ven. Tienes que estar lejos de aquí antes de que vengan a llevarte.

Ella logró decir:

-No sé si podré andar.

Ni siquiera sabía si podía permanecer de pie. Su mente ya no podía seguir el hilo de los acontecimientos y su cuerpo, al parecer, se había rendido.

Will no replicó. La levantó sin dificultades y la llevó sobre el hombro, a media carrera, hasta la tienda de Rufus. Éste estaba aguardándola pero sus ojos seguían fríos y remotos mientras Will la depositaba sobre su catre y salía deprisa.

-Quítate esa ropa mojada, rápido - ordenó Rufus, indicándole una pila de ropa seca que había preparado - . Si aún estás aquí cuando amanezca, ya no podré salvarte. Date prisa.

Aturdida, Portia se desvistió y se puso las prendas limpias y un par de botas. El silencio que reinaba entre ellos era duro. Ella no podía mirarlo a la cara pues le resultaba imposible soportar el terrible desprecio y la traición que veía en sus ojos. Percibió que esa tremenda cólera había desaparecido, aunque este frío y despectivo desdén era peor. Aun así, no se atrevió a añadir una sola palabra más en su defensa.

George entró en el preciso momento en que ella se calzaba las botas.

-Los caballos están listos - dijo, y eludió adrede mirar a Portia.

-Tendrás que ayudarla a montar. Ella está agotada.

Era la primera vez que él tomaba en cuenta su estado y Portia sintió una fugaz esperanza. Pero, cuando miró hacia él, Rufus, por su parte, miró a través de ella como si estuviese hecha de aire.

George la levantó, del mismo modo que lo había hecho Will, la llevó fuera y la alzó para ponerla sobre Penny.

-Yo la guiaré. Tú sólo sostente del pomo - le indicó.

Portia obedeció. Rufus no había salido tras ellos de la tienda y ella no pudo reunir la suficiente energía como para preguntar a George adónde la llevaba. Cuando él chasqueó la lengua para azuzar a los caballos, Juno salió disparada de entre la maleza, ladrando excitada, irguiéndose sobre sus patas traseras, pidiendo que la subiesen a la silla. George no hizo caso de la perra y espoleó a su caballo para que echase a trotar.

-Por favor, George - suplicó Portia, percibiendo las lágrimas en su voz- . Juno...

George lanzó un terno.

-No tengo órdenes concernientes a esta maldita mascota.

-Por favor.

Él la miró bien, por primera vez al parecer, y la línea de su boca se ablandó. Entonces, tiró de las riendas y, cuando Juno saltó, se inclinó hacia ella, la sujetó por el pellejo del cuello y la levantó con brusquedad.

-Aquí está.

Entregó el animalillo a Portia, y ésta logró dedicarle una doliente sonrisa de agradecimiento. No sabía adónde iba pero tener a Juno con ella fue un consuelo instantáneo.

Las horas que siguieron pasaron como en una niebla. Ella no supo si dormía o, simplemente, estaba inconsciente parte del tiempo. Todo su ser estaba concentrado en sus manos, que aferraban el pomo de la montura. Si no lo soltaba, daba lo mismo que tuviese los ojos cerrados, la cabeza colgando, el cuerpo balanceándose. Su mente había dejado de funcionar. No podía pensar en lo que había sucedido o en lo que podría suceder. Existía sólo en el momento presente, en ese pequeño espacio de tiempo que contenía su cuerpo.

A duras penas tuvo conciencia de que pasaron junto a los puestos de vigilancia de la aldea Decatur. Los puestos estaban abandonados, los fuegos apagados. La aldea ya no era un establecimiento militar, y sus escasos ocupantes se conformaban con los pequeños actos del diario vivir que no representaban amenaza alguna para nadie.

George condujo a Penny hasta una construcción de piedra en las afueras de la aldea. Era pequeña y cuadrada, tenía las ventanas enrejadas y su única puerta era de roble macizo que cerraba por medio de una pesada barra que la cruzaba del lado de fuera: era la prisión Decatur.

Portia cayó, en cierto modo, en los brazos de George que se elevaron para ayudarla a desmontar. Se aferraba a Juno como si la perra fuese su único contacto con la vida. No vio lo que la rodeaba y se limitó a permanecer de pie, tambaleante, mientras George levantaba la barra de hierro y le abría la puerta. La hizo entrar en el interior oscuro que olía a moho. Había dos celdas. Eran ámbitos pequeños, de suelo de piedra, con rejas y en cada una había un camastro estrecho y un cubo. Era una prisión; allí no estaban previstas las comodidades.

-Entra, muchacha - dijo George, abriendo una de las puertas de reja y dándole un breve empellón para hacerla entrar en la celda- . Iré a buscar agua y pan. El amo dice que tendrás que quedarte aquí hasta que él decida qué hará contigo.

Portia se dejó caer en la cama. Había allí dos delgadas mantas y le supo a paraíso. Se envolvió en las mantas y se quedó inconsciente de inmediato, con Juno acurrucada junto a su pecho. No oyó a George, cuando éste volvió con una jarra de agua y una hogaza de pan, que depositó en el suelo de su celda, ella no oyó chirriar la llave en la cerradura ni la pesada barra al caer en su soporte en la puerta exterior.

Juno la despertó unas horas más tarde. Estaba oscuro y, por unos momentos, Portia no tuvo idea del lugar en que estaba ni quién era; mientras eso duró fue aterrador. La perra se rascaba y gemía ante la puerta trancada, desesperada por salir.

-¡Oh, Dios!

Portia se incorporó, recuperando el recuerdo de lo que había sucedido y sufriendo las ya conocidas molestias de la náusea. Sentía la cara rígida e hinchada y la boca al doble de su tamaño normal. Fue dando tumbos hasta el cubo y le acometieron arcadas pero, como hacía mucho tiempo que no comía, no pudo vomitar nada. Juno seguía gimiendo.

-No puedo hacerte salir.

Portia se puso en cuclillas sobre el frío suelo de piedra y, por primera vez, tuvo clara noción del aprieto en que estaba.

-Ninguna de nosotras puede salir.

Por la ventana enrejada, que estaba muy alta en la pared, llegaba una luz débil y difusa y ella dedujo que era de la luna. El silencio era absoluto. ¿Acaso la dejarían pudriéndose allí para siempre?

Era una idea espantosa, peor que pensar en lo que la aguardaría en York. Se esforzó por controlar el pánico, tragó sus lágrimas y arrancó un trozo de pan. A veces, el simple pan le aliviaba las náuseas. Lo mordisqueó lentamente, sintiendo que se le asentaba el estómago. Juno se había sometido a la fuerza de la naturaleza y estaba acuclillada en el rincón más alejado de la celda, mirando a Portia con expresión de disculpa.

Entonces oyó un ruido. El roce de la pesada barra de la puerta exterior, que era levantada. La luz de una lámpara inundó el espacio y Portia no pudo contener un grito de alivio.

-Eh, ¿qué has hecho?

La voz cascada de Josiah fue, para Portia, el sonido más bienaventurado que pudo haber oído jamás. El viejo apoyó su lámpara sobre la mesa que estaba fuera de la celda de Portia. De la fuente tapada que él había apoyado al Iado de la lámpara brotaba un sabroso aroma. Josiah se acercó a la celda y la luz de la lámpara brilló sobre su calva cabeza redonda, tiñendo de rosado su esponjoso anillo de cabellos blancos.

-Será conveniente que saque a la perra fuera... oh, es demasiado tarde - dijo, al ver el charco, y sacudió la cabeza, enfadado- . Yo eché una mirada un par de veces y vi que ambas estabais completamente dormidas. Iré a buscar un lampazo.

-¿Podría dejarnos salir?

Portia se puso de pie y se acercó a los barrotes.

-George dice que sólo a la perra - respondió Josiah haciendo girar la llave en la cerradura y abriendo la puerta. Juno pasó corriendo entre sus piernas y el viejo volvió a cerrar- . Volveré con el trapo.

Salió del edificio arrastrando los pies, y Juno corrió delante de él. Portia se sentó en el catre y reflexionó sobre su situación. Era mejor de lo que había pensado hacía unos minutos pero, al parecer, debía quedar prisionera en ese diminuto espacio.

Josiah regresó con un cubo de agua y un lampazo que entregó a Portia, abriendo y cerrando la cerradura con gran precaución.

-Y bien, ¿qué has hecho? George no me lo dijo.

-En realidad, nada - respondió Portia, sombría, mientras limpiaba lo que había ensuciado Juno- . Pero Rufus cree que sí.

-El jefe no suele ser injusto - afirmó Josiah, sin creer en la afirmación de Portia, por lo que se veía- . En tantos años que lo conozco, desde que era un niño...

Abrió de nuevo la cerradura para llevarse el cubo y el trapo.

-No es necesario que siga abriendo y cerrando esta reja - dijo Portia, abatida- . No me iré a ninguna parte. ¿Dónde está Juno?

-Está fuera, correteando por ahí - respondió Josiah, observando el rostro macilento y golpeado de la prisionera, y luego volvió a la mesa dejando la reja sin cerrar- . ¿Quieres algo de comer?

Como solía sucederle en los últimos tiempos, el estómago de Portia le envió señales contradictorias, aunque ella sabía que necesitaba comer.

-¿Puedo salir para comer?

Josiah titubeó de nuevo, luego dijo:

-Si me prometes...

-No me iré a ninguna parte - se apresuró a repetir Portia, yendo al ámbito principal- . ¿Qué le dijo George?

-Sólo me dijo que el amo ordenó que tú debías permanecer en prisión hasta que él dijera lo contrario. Yo debo cuidarte, puesto que sólo quedamos los viejos aquí. - y levantó la tapa de la fuente- . Hay una cuchara para el estofado.

Portia comió de pie porque no había silla. Y, tras la primera cucharada, tomó conciencia de que se moría de hambre.

-¿Cree que podrá traer un poco de agua caliente para lavarme?

-Sí, debo traerte todo lo que necesites - dijo Josiah, asintiendo- . Vaciar el cubo y esas cosas... traerte agua y comida. Cuando venga mañana por la mañana te traeré vino o cerveza.

Portia dejó el cuenco vacío y volvió a su celda.

-¿Podría traerme algo para hacer? Papel, una pluma y tinta, quizás, y uno de los libros de Rufus. Me da lo mismo cualquiera.

Josiah dudó.

-¿Sacar cosas de su cabaña mientras él no está? Prefiero no hacerlo.

-No creo que a él le moleste - dijo Portia- . Y si se enfada, me echará la culpa a mí, no a usted.

Josiah frunció el entrecejo y sus ojos desteñidos contemplaron a la prisionera a su cargo. Parecía desesperada en su desdicha y él sólo podía recordar lo vibrante, dichosa y exuberante que había sido siempre. Fuera lo que fuese lo que había hecho, esta prisión en la aldea casi desierta ya era lo bastante dura como para recargarla de severidad.

-Supongo que podré -dijo tras unos instantes-. Debe de ser muy tedioso estar ahí, sentada, sola.

-Gracias - dijo Portia, con sonrisa tensa aunque agradecida.

Pero cuando Josiah hizo entrar a Juno y se marchó, y la barra de hierro cayó pesadamente en la puerta exterior, Portia se tendió sobre el catre, abatida por la desdicha.

Vio en su imaginación los ojos fríos de Rufus, oyó el amargo despecho en su voz, y le resultó insoportable que él creyese lo que había creído de ella. Ella lo amaba, y se había atrevido a creer que él también la amaba. Sin embargo, él la consideraba falsa; si la hubiese amado, habría sabido que ella no pudo haberlo traicionado. Si la amara, la habría aceptado, la habría aceptado tal como era y no hubiese sucedido nada tan confuso y desgraciado como lo que había ocurrido.

Ella estaba muy cansada de tratar de encontrar un sendero a través de la carrera de obstáculos de su venganza. Muy cansada de renegar de una parte de sí misma para complacer a Rufus. Era un precio demasiado elevado para pagar por el... ¿el qué de él?

¿Cariño? ¿Amor? ¿Pasión?

Oh, ya no tenía importancia. Todo se había convertido en polvo y cenizas. Portia se acurrucó bajo las mantas y se durmió, poniendo fin por cierto tiempo a su desdicha.

## *22*

-¿Cuánto tiempo hace que estás embarazada?

Portia levantó la cabeza del cubo y se apoyó sobre los talones, limpiándose la boca con su pañuelo.

-¿Cómo lo supo?

Josiah se encogió de hombros.

-No es difícil adivinarlo cuando una chica vomita cada mañana. Bueno; entonces, ¿cuánto tiempo llevas así?

Portia se levantó con dificultad. Josiah era la única persona a quien veía esos días y la única en quien podía confiar.

-Me da vergüenza, pero no estoy segura. No puedo recordar cuándo tuve la última menstruación.

Josiah dejó el tazón de potaje sobre la mesa.

-Por lo general, las náuseas acaban después de los primeros tres meses.

-¿Eso significa que no voy a estar echando fuera las tripas toda la vida?

Portia se sintió bastante dispuesta a aceptar que Josiah supiera algo con respecto a tales asuntos.

-En la mayoría de los casos es así - respondió Josiah- , aunque algunas pocas chicas siguen.

-Lo más probable es que yo sea una de esas pocas - dijo Portia, abatida.

Se estiró en ese estrecho espacio, envidiando a Juno que corría, libre, fuera. Josiah cuidaba de que la mascota saliera a correr a gusto tres veces por día. Portia pensó con amargura que eso se debía a que Juno no podía usar el cubo.

-¿El jefe lo sabe? - preguntó Josiah, mientras abría la cerradura de la celda de Portia.

-Cuando estuve segura, nunca llegó el momento apropiado para decírselo.

Portia salió de la celda lanzando un breve suspiro de alivio. Hacía cinco días que se encontraba encerrada, y estaba haciéndosele tedioso. Sus piernas pedían a gritos caminar; su cuerpo,lleno de energía sin usar, no se acomodaba al sueño; su mente bullía, llena de «y si...»

-Josiah, ¿no podría caminar un poco por la orilla del río? Le doy mi palabra, mi palabra de honor de que volveré.

Josiah se sintió incómodo.

-Yo sé que no te irás a ninguna parte, pero no he recibido órdenes.

Portia se quedó sin palabras. El mismo Rufus que ella creía conocer no la habría condenado a esta clase de encierro. Era lógico pensar que, por el apremio de aquellos últimos momentos en el campamento, él hubiese dado órdenes y olvidado especificar los detalles que hacían a sus condiciones de confinamiento. Aunque, quizá no. Quizá fuese así como él quería que fuera. Si bien había querido salvarla del castigo que recibían los espías, no quería salvarla del propio. Que, en última instancia, era un poco menos impiadoso pero, también horrible.

-Tal vez, podría mandar...

La reflexión de Josiah fue interrumpida por el agudo sonido de las gaitas. Aunque la cabaña estuviese alejada de la aldea, pudieron oír el estrépito de pies que corrían, de gritos.

-¿Qué sucede?

Portia fue rápidamente hasta la ventana enrejada, con la sangre agitada. Sabía la respuesta en sus huesos y en su sangre: Rufus había regresado.

-Iré a ver. Tú come potaje; yo volveré luego.

Josiah, aunque arrastrando los pies, fue más deprisa que de costumbre en su camino hacia la puerta, dejando entrar una ráfaga de fresco aire matinal y veraniego que llenó a Portia de un doloroso anhelo de salir de su prisión.

La puerta se cerró de un golpe tras la salida del anciano, y Portia oyó cómo caía la barra que la trababa.

Comió sin entusiasmo ni ganas. De todos modos, la falta de acción le embotaba el apetito, y la dieta no tenía una variedad que pudiese estimularlo. Con todo, ella percibía la vida que iba creciendo en ella. Esa vida, en cierto modo, se había hecho intrínseca a la suya. Vivía para este hijo. Su sangre circulaba por el niño. Su mente pensaba por él. Sus pulmones respiraban por él. Era como si su cuerpo estuviese dedicado a nutrir una vida que aún no había

descubierto su propia importancia ni sus propias necesidades, sin que ella le hubiese dado instrucciones conscientes. Ella era ese niño que crecía en su matriz, tal como el niño era ella misma.

La simple tarea de comer, además, la calmó. Ahora, los ruidos que llegaban desde fuera habían cambiado. Ya podía oír las gaitas y los tambores de un ejército, el retumbar de pies que marchaban, con todos los detalles de una disciplina militar convencional en un campamento que antes había sido refugio de bandidos.

Rufus Decatur ya no era un bandolero, un fuera de la ley. Era el legítimo conde de Rothbury que peleaba por su Rey, y Portia Worth era la traidora a quien él alojaba. Fuera cual fuese el asunto que lo había llevado allí, en un sentido oficial él debía ignorar su presencia. Pero, sin duda, iría a verla... diría algo, le enviaría algún mensaje por medio de Josiah, de George o de Will.

Los breves ladridos de Juno junto a la puerta anunciaron la llegada de Josiah, precedido por la perra que entraba saltando. Juno se abalanzó hacia Portia como si no la hubiese visto durante una semana.

-Sí, sí, yo también te amo.

Portia se inclinó para acariciarla. Hacía dos meses, ella podía levantarla sin dificultad y tenerla en sus brazos. Pero, a los seis meses, la perra estaba dando muestras de convertirse en un animal grande aunque ella misma no tuviera conciencia de ello, y manifestó su desilusión al ver que la dejaban en el suelo.

-¿Es Rufus?

Portia se esforzó por no dejar traslucir la ansiedad y la esperanza en su voz y alzó la vista hacia Josiah al tiempo que dejaba una mano en el cuello de Juno para tranquilizarla.

-Sí - respondió Josiah, perturbada su habitual tranquilidad- . Ellos han regresado y, también, los hombres del príncipe. Dicen que se avecina una gran batalla. El ejército se pondrá en marcha mañana por la mañana.

El corazón de Portia dio un vuelco.

-¿Ha visto a Rufus?

-A duras penas... ¿Has desayunado? - preguntó, señalando el tazón que estaba sobre la mesa. Sus viejos ojos expresaban preocupación- . Parece estar muy atareado, sí, rodeado por los oficiales del príncipe y todo eso.

-Si él quiere hablar conmigo, supongo que lo hará - dijo Portia, dejando traslucir su abatimiento en la voz. Entró de nuevo en la celda, seguida por Juno - . Después de todo, él sabe que estoy aquí.

-Sí, pero él no sabe que estás preñada - dijo Josiah, echando llave a la puerta de rejas antes de recoger el tazón vacío- . A mediodía, volveré con la comida.

Portia se tendió otra vez en el catre y prestó oídos a los ya familiares ruidos de la puerta y de la barra. ¿Cuánto tiempo pensaría Rufus retenerla allí? ¿Hasta que la guerra hubiese terminado? ¿Hasta que ya no hubiese contra ella acusaciones de traición? ¿Volvería a hablarle alguna vez? ¿O acaso vendría Josiah, un día, a abrir la puerta diciéndole que era libre? ¿Libre de ir a cualquier sitio a donde la llevasen su capricho y el destino, en tanto no volviese a cruzarse en el camino de Rufus Decatur? ¿Libre de dar a luz al hijo bastardo de Decatur, que jamás conocería a su padre?

Cuando Rufus entró en su cabaña, el vacío le saltó a la cara. Hacía muchos meses que él había vivido allí sin Portia y tenía la sensación de que algo esencial había desaparecido del lugar. Todavía estaba colgada de un gancho su pesada capa invernal, y él sabía que, si iba arriba, vería su camisón sobre la baranda de la cama y que hasta podría imaginar que veía sobre el colchón la huella de su cuerpo. El suyo era mucho más grande y pesado que el de Portia, aparentemente frágil, por eso ella siempre rodaba hacia el valle que él formaba cuando se acostaba de espaldas y ella se curvaba alrededor, pegándose a él como una lapa a la roca.

Nunca en su vida se había sentido tan desdichado como se sentía en ese momento. Ni siquiera cuando era un niño huérfano que andaba a la deriva, con el recuerdo de las últimas palabras de su padre y el estrépito del disparo que lo había matado y el olor del humo que había incendiado el único hogar que Rufus había conocido, reduciéndolo a cenizas. Ni siquiera cuando tuvo ante sus ojos los cadáveres de su madre y de su hermana pequeña, y su preocupación era no saber cómo los sepultaría.

En aquel entonces, todavía le quedaba el futuro que, si bien era aterrador y desconocido, saber que existía le daba esperanzas. Ahora sentía como si le hubiesen cortado algo que era vital para que su vida pudiese continuar. No había nada que esperara con ansias, nada que pudiera planear. Una sola y única vez en su vida adulta se había entregado, había dado su confianza, su lealtad y su amor a otra persona. Él la había amado... no, todavía la amaba con una potencia tan abrumadora que esa emoción llevaba otras dentro de sí. Y ella lo había engañado, había usado su amor para traicionarlo. Y saberlo le resultaba intolerable.

-¿Vino Portia? - preguntaron Luke y Toby, empujándolo por las piernas en su prisa por entrar.

Se precipitaron de cabeza en la cocina y se enderezaron, echando una mirada en torno de ese ámbito desolado.

-¿No está? - preguntó Luke, en tono abatido.

-No está en ninguna parte - afirmó Toby. Miró a su padre- . ¿Dónde está?

Rufus creía que ellos aceptarían la desaparición de Portia con tanta facilidad como solían adaptarse al cambio constante en su vida. Ahora veía, en cambio, que había sido una expresión de deseos de su parte. El hecho de que no hubiesen hecho preguntas con respecto a su ausencia sólo significaba que habían hecho sus propias deducciones y habían dado por cierto que ella reaparecería en el ambiente familiar. Y, en ese momento, los dos lo miraban con una mezcla de acusación y temor, y él se maldijo por haber sido tan ciego y tan tonto. Portia se había convertido en una parte indispensable de la vida de sus hijos, como de la de él mismo. Y él había estado demasiado sumido en su propia desdicha para fijarse en sus hijos y ver cómo estaban enfrentando la súbita e inexplicada ausencia de la muchacha.

Entonces, para poder responder a sus hijos, tendría que enfrentar la cuestión que había postergado la semana anterior. No podría mantener presa a Portia indefinidamente. ¿Qué debía hacer, por tanto?

-No sé - dijo, respondiendo distraído más a su propia pregunta que a la de Toby.

Los niños lo miraron con expresión escéptica.

-¿Dónde está Portia? - repitió Toby, con una actitud extrañamente adulta de paciencia, como si creyese que su padre no le había entendido bien la primera vez que preguntó.

-¿Cuándo volverá? - preguntó Luke en voz trémula, mirando fijamente a su padre.

-No lo sé bien - respondió éste, tratando de poner en su voz una nota vivaz y despreocupada- . Ella tenía que hacer algunas cosas.

-Pero ni siquiera se despidió. Yo estaba seguro de que estaba aquí - repuso Toby con la misma madurez que disimulaba una inconmensurable confusión.

-Ella tuvo que marcharse muy súbitamente, y no quiso despertaros - dijo Rufus- . Ya os he explicado eso. Y ahora, os vais a quedar un par de días en casa de la señora Beldam, de modo que daos prisa y recoged todo lo que queráis llevar.

En una ocasión, él había dicho indignado a Portia que no dejaría a sus hijos en un burdel pero, si bien podía tenerlos consigo en una situación relativamente tranquila, como era la del sitio, no podía ir con ellos a una batalla. Y Rufus no se hacía ilusiones con respecto al carácter que asumiría la batalla venidera. El príncipe Rupert insistía en que los hombres del Rey estaban preparados para luchar y que era el momento de forzar la batalla decisiva de la guerra. Rufus, en cambio, sospechaba... no, sabía que el príncipe estaba equivocado. Los hombres del Rey no estaban preparados para una batalla decisiva. Y si perdían ésta, era posible que Charles tuviera que rendirse al Parlamento.

Hacía poco que conocía al príncipe, pero le había bastado para convencerse de que este hombre, a pesar de su reputación como comandante supremo, distaba mucho de ser juicioso. Lo más sensato habría sido llevar el sitio al castillo de Granville hasta su conclusión. Alejarse de ahí cuando estaban tan cerca de lograr el éxito había sido precipitado y causado un efecto fatal sobre la moral de los soldados.

El ejército del Rey había estado perdiendo constantemente desde el invierno, y los hombres necesitaban algún éxito indiscutible. La rendición del castillo Granville les habría proporcionado ese éxito. Rufus había visto lo desanimados que estaban los soldados del Rey, por más que el príncipe Rupert se negara a admitirlo. Y Rufus no había tenido más remedio que obedecer las órdenes de su comandante supremo. Por el momento, Rufus se había comprometido con el Rey y estaba sometido a las órdenes del príncipe Rupert, tanto si estaba de acuerdo con ellas como si no lo estaba. Después de la batalla, si él salía de una pieza de ella, reafirmaría su posición. ¡Cómo lo había enloquecido alejarse del castillo de Cato y

dejarlo triunfar cuando él había estado tan cerca de rendirse! Con todo, Rufus estaba convencido de que el enfrentamiento final entre los dos llegaría otro día. En la batalla que se avecinaba, sin duda se encontrarían. Él lo sentía en la sangre, en los huesos, en la piel.

-Con su permiso, amo...

La voz llena de disculpa de Josiah lo sacó de su meditación, Rufus giró en redondo, saludándolo con una sonrisa.

-¿Podría hablar con usted en privado, milord?

Rufus ya sabía que tendría que hablar con Josiah acerca de su prisionera en cuanto regresara a la aldea Decatur, y se había preparado para esta conversación.

-Desde luego - respondió, señalando la escalera- . Niños, recoged vuestras cosas. Bill os llevará en el carro en cuanto estéis listos.

-Ya estamos listos - aseguró Toby, con cierta nota de acusación en su voz- . Cuando Portia estaba aquí, antes de que fuésemos al sitio, en aquel momento, lo habíamos preparado todo.

-Sí, no queremos dejar nada aquí - dijo Luke, aporreando las rodillas de su padre con su cabeza.

-Entonces, id a jugar fuera - dijo Rufus, empujando a los niños con firmeza hacia fuera, volviendo a entrar y cerrando la puerta. Se apoyó contra ella sin hacer caso de los gritos de protesta- . Bueno, ¿cómo está ella?

Josiah se frotó la barbilla y adoptó una expresión grave. Y Rufus sintió un ramalazo de terror.

-¿Qué sucede? - preguntó- . ¿No está bien?

-Oh, sí, milord. La muchacha está tan bien como podría esperarse - respondió Josiah con lentitud- . Pero necesita un poco de ejercicio, pasear por la orilla del río de vez en cuando. Como yo no tenía órdenes...

Miró a su amo con aire interrogante.

Impulsado por la hondura de su dolor, Rufus había echo a un lado todas las imágenes de la propia Portia, todo reconocimiento de ella como persona. Y ahora, ella volvía a él con toda su tibia e inquieta vivacidad. Sus largas piernas, su energía, el halo salvaje de su pelo anaranjado, sus verdes ojos rasgados de gato, siempre desbordantes de risa y de picardía, y su aguda inteligencia. Y en su propio cuerpo reverberó la sensación del encierro de ella, de la espantosa inacción, de las horas de aburrimiento.

Le bastarían cinco minutos andando junto al río para llegar hasta ella. Entonces recordó lo que ella le había hecho y la amargura volvió a él en una ola corrosiva que quemó el recuerdo y destruyó toda suavidad.

-No quiero que los niños sepan que ella está aquí. Mañana por la mañana, cuando Bill se los haya llevado y nosotros hayamos marchado, puedes dejarla en libertad - dijo, desapegado- . Dile que debe marcharse antes de que yo regrese.

Tras lo cual hizo un gesto brusco, pasó junto a Josiah y subió a la planta alta.

Josiah lo escuchó mientras se paseaba, arriba, por el suelo de madera. Sus pasos no tenían destino, caminaba porque no podía estarse quieto. Josiah había visto la angustia en su semblante, hacía un instante. Había visto lo mismo en el rostro de Portia, muchas veces, durante la última semana. No tiene vuelta de hoja, pensó Josiah, he aquí a dos personas que están haciéndose desdichados uno a otro por alguna razón... cierta razón que, de acuerdo con la experiencia de toda su vida, no tendría que ser motivo suficiente para tanto dolor. Además, había un hijo en camino. Y si Rufus ignoraba a la muchacha del modo tan completo como, al parecer, tenía intenciones de hacer, él nunca se enteraría.

Josiah hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió sin hacer ruido. Los niños estaban sentados en la tierra, haciendo dibujos en el suelo con un palo. Cuando Josiah salió, lo miraron y la esperanza que había chisporroteado en esos pares de ojos azules fue reemplazada por una desilusión tal que el corazón del anciano se conmovió.

-Eh, niños, ¿queréis ayudarme a recoger miel?

Semejante invitación, en una situación normal habría provocado en ellos transportes de deleite. Ahora, en cambio, fueron con él en abatido silencio, arrastrando los pies.

Portia pasó las largas horas del día escuchando los ruidos que entraban por la alta ventana de la celda. Gaitas, tambores, pasos de marcha, órdenes dadas a gritos. Percibió una

extraña atmósfera que parecía nacer del aire mismo. Una sensación de miedo con un matiz de desesperación en los ruidos del ejército que se preparaba para combatir.

Durante unas horas, ella se paseó por el suelo de lajas de piedra de la celda, bajo la mirada intrigada de Juno, aguzando el oído para captar el ruido de pisadas en el sendero, fuera. Sabía que oiría su llegada aunque él estuviese a cien metros de la prisión; la esperanza se mantuvo hasta el mediodía. Entonces, de algún modo supo que él no iría. Se marcharía sin verla. Sin una palabra de reconciliación, él iría a encontrarse con la muerte, dejando que ella pasara el resto de su vida cargando con el peso de una relación cortada, sabiendo que él había muerto odiándola, creyéndola falsa.

Ella contuvo las lágrimas en pesaroso silencio, mientras esperaba a Josiah.

Había transcurrido la mitad de la tarde cuando la puerta exterior se abrió y entró el anciano respirando agitado, como si hubiese llegado corriendo.

-¡Que el Señor nos bendiga! Por fin ha acabado la faena - dijo, dejando una cesta tapada sobre la mesa- . Espero que no pienses que me he olvidado de ti. - Abrió la celda de Portia y su mirada percibió la extrema palidez de la prisionera, la línea de su boca, sus ojos que brillaban con lágrimas contenidas.

-No, no he pensado en eso - dijo Portia, saliendo al cuarto principal al tiempo que Juno se precipitaba hacia la puerta moviendo la cola, expectante - . ¿Qué sucede en la aldea?

Josiah dejó salir a Juno y volvió a la mesa para destapar la cesta.

-Asuntos del ejército, soldados marchando por ahí, con aire de importancia. Ahora, ven a comer. Recuerda que debes comer por dos.

-¿Cómo podría olvidarlo?

Portia comió sin ganas; había agotado todas sus energías en el esfuerzo por no preguntar por Rufus, por no preguntar si él había dicho algo sobre ella.

El ejército partió al alba. Portia oyó cuando se marchaba con la luz grisácea de las primeras horas, el ruido continuo de las botas, el golpeteo de los cascos, el tintineo de bocados y estribos. Esta vez, no había música marcial, ni gaitas ni tambores y esa ausencia daba una nota sombría a la partida. Portia se preguntó si al menos habrían izado los estandartes en valiente demostración de cualquier ejército que cree en su fuerza, en lo justo de su causa y en la certeza de la victoria.

Rufus siempre había sido franco con sus dudas respecto de la prudencia del comando supremo del Rey. Su valentía era indiscutible, pero sus tácticas y sus supuestos eran, con frecuencia, bastante poco racionales. Portia se preguntó si él estaría sintiéndose como si cumpliese el cometido de un tonto. Se preguntó qué habría sucedido en el castillo Granville. ¿Habría capitulado Cato durante la semana que él había estado ausente? Era posible, pero no probable. Y si él no se había rendido, ¿cómo habría reaccionado Rufus cuando recibió la órden de abandonar el sitio?

Era horrible permanecer de ese modo, en la ignorancia. Josiah no le había dado información alguna, y el orgullo, inútil y sin sentido, había impedido que Portia preguntara con franqueza sobre lo que había podido averiguar acerca del sitio, de los planes del ejército y del humor que reinaba en el campamento.

Ella se paseó en la celda atormentada por lo que ignoraba, torturada por imágenes de un Rufus muerto, moribundo, malherido, gritando en su agonía. Y entonces oyó el suave pisar de unos cascos, el tintineo lejano de un freno, un breve relincho, y su corazón dio un salto de esperanza. Corrió hasta la puerta de la celda y permaneció allí, aferrada a los barrotes, escuchando los pasos conocidos.

Juno gimió y se alzó sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en la puerta cerrada. Los pasos significaban liberación.

-¿Rufus?

A duras penas, Portia pudo pronunciar su nombre cuando oyó que alguien levantaba la barra en la puerta exterior. Sintió sus manos frías y húmedas, su corazón latiendo tan fuerte que le dolía.

-Rufus...

Su voz se extinguió. Su decepción fue tan grande que no creyó poder soportarla.

Entró Josiah con los brazos cargados y un brillo en sus ojos viejos.

-Ven conmigo, muchacha.

Dejó su carga sobre la mesa y abrió la cerradura de la celda.

-La retaguardia te lleva media hora de ventaja. Y no son hombres de Decatur. Los soldados de Decatur están en la van... donde tú supones que estarán - dijo, y asintió, con cierto orgullo - . Tú podrás mezclarte sin dificultades con los rezagados, porque no te conocen.

-¿De qué está hablando, Josiah? - preguntó Portia, saliendo de la celda.

Emanaba de Josiah una insólita energía, y ella sintió agitarse el comienro de una esperanza sin nombre.

-Es obvio que tienes que ir tras ellos - afirmó Josiah- . He traído tu estoque, tu mosquete y el cuchillo que George te había quitado. Además, el peto, el yelmo y un jubón de cuero. Penny está ensillada y lista para partir. El ejército se dirige a Marston Moor, un poco más allá de York. Anoche se habló mucho de ello, de modo que, andando, muchacha.

De súbito, Portia comprendió qué estaba pasando. Vio con claridad los pasos a seguir: Josiah le daba la libertad y le proporcionaba los medios para recuperar el control de su destino. Ella ya no estaba impotente.

Ella era un soldado cabal y, por lo tanto, no se hacía más ilusiones sobre la inminente batalla de las que se haría Rufus, lo sabía. Desde el punto de vista más optimista, existían tantas probabilidades de que muriese en el campo de batalla como de salir andando de él. Ella sólo quería tener la posibilidad de aclarar las cosas entre ellos antes de que él luchara en ese campo.

Mientras se enfundaba el chaquetón de cuero de buey y ajustaba las correas del peto, se negó a pensar que Rufus pudiese no escucharla, que siguiera preso de su ira, de esa furia de venganza nutrida por la obsesión, de que no quisiera oírla. Ella haría que prestara atención, lo obligaría a escucharla.

Josiah le dio las armas y ella envainó el estoque, metió su cuchillo en la bota, colgó el mosquete y la bandolera cruzados en el pecho. De inmediato sintió que había vuelto a entrar en el mundo que ella conocía. Éstas eran las herramientas de su oficio. Escondió el pelo, tan revelador, dentro de una gorra negra de punto y se encasquetó el yelmo de acero. Sólo podrían reconocerIa aquellos que la conocieran bien.

-Josiah, ¿cuidará de Juno?

-Sí. No te preocupes por ella - respondió el anciano- . Tú haz lo que tienes que hacer.

Portia fue hasta la puerta y silbó llamando a Juno. La perrita vino retozando desde la orilla del río, meneando la cola y apoyándole encima sus grandes patas. Portia la alzó con cierto esfuerzo y Juno, extasiada, le lamió la cara.

-Te quedarás con Josiah - le dijo Portia, y la llevó al interior de la cárcel.

-¿Puede retenerIa mientras yo me alejo?

Josiah recibió con placidez ese bulto que se retorcía.

-Vamos; vete, muchacha, y que Dios sea contigo.

-Con todos nosotros - dijo Portia, sombría. Dio un par de sonoros besos a Josiah, uno en cada mejilla- . Nunca olvidaré esto.

-Mira por dónde, muchacha: soy un hombre viejo y no puedo soportar que las personas se hagan desdichadas sin causa alguna. Ve tras él y endereza las cosas. El amo, a veces, es un tipo obstinado y comete errores, como cualquiera.

Le hizo adiós con su mano libre.

Penny estaba ramoneando la hierba, con las riendas anudadas sobre el cuello. Lanzó un relincho a modo de saludo cuando Portia le acarició el cuello y las orejas, como solía hacer, al tiempo que olía el agradable olor del caballo y el cuero.

Era el último día de junio. Portia montó y aspiró hondamente el aire de la mañana. Todavía era temprano pero ya se anunciaba otro día caluroso. Hizo girar a Penny hacia las colinas y la yegua trotó con vivacidad cuesta arriba, saliendo de la fortificación Decatur pasando junto al puesto del centinela, ahora abandonado.

Tomaron el camino de York. El sol ascendió, caliente y enceguecedor, la tierra estaba dura y el aire tenía un olor como a quemado. Penny estaba ansiosa de avanzar rápidamente y le temblaban las orejas pues sabía que el ejército iba delante de ella y ella sabía que allí estaba su sitio. Pero Portia no tenía prisa alguna por alcanzado. Sería fácil seguir el camino y como

ella no quería correr el riesgo de que la descubriesen antes de tiempo hizo que la yegua avanzara a un trote tranquilo.

La ladera parecía pintada de amarillo y de púrpura con las retamas y los brezos, y el corazón de Portia cantaba, jubiloso, como el de las alondras que volaban sobre las fragantes flores.

Rufus la escucharía. Ella estaba segura de ello.

## *23*

Los dos hombres fueron caminando entre los árboles hasta el río. Tras ellos se elevaba en el aire de la tarde el humo de las hogueras donde se cocinaba y los ruidos que hacía un gran ejército instalando su campamento. Portia los siguió, saliendo silenciosa del escondite de árboles y arbustos, sin perderlos de vista pero sin acercarse tanto como para correr el peligro de ser descubierta. Durante los dos últimos días, desde que había abandonado la aldea Decatur, había seguido a Rufus cada vez que tuvo ocasión. Se metía en los amontonamientos de gente y salía de ellos, buscándolo ansiosamente con la mirada, aguzando el oído para detectar el sonido de su voz. Era un tormento estar tan lejos de él y, al mismo tiempo, el más dulce de los tormentos observarlo de este modo, sin que él la viese a ella.

Durante la marcha que los había llevado a este lugar, los jinetes de Decatur habían permanecido en la vanguardia, con la infantería del príncipe Rupert detrás, y una pequeña fuerza de caballería cerrando la retaguardia. Habían hecho vivac durante la noche junto a las murallas de York y, en el transcurso de esa misma noche, se unió a ellos el resto de la fuerza realista, que llegaba desde distintos puntos, bajo el mando de sus respectivos jefes.

Portia se había mezclado con los recién llegados para no ser reconocida. No era difícil eludir la atención, pues ella tenía suficiente experiencia, sabía cómo conducirse en medio de una compañía de soldados y nadie discutió sus dichos de que ella pertenecía a una compañía que estaba en otro punto de la fila.

Cada vez que veía a Rufus se le oprimía el estómago y su cuerpo se proyectaba hacia delante como espoleado por el anhelo. Sentía la necesidad de correr hacia él, de sentir que sus brazos la rodeaban, de oler su piel y su pelo, de pasar sus dedos por la sedosa barba dorado rojiza, regodearse en la cálida luz de sus ojos. Esos ojos se habían mostrado tan fríos, tan distantes la última vez que se posaron en ella que Portia a duras penas podía contener la urgencia por disipar ese recuerdo, por reemplazarlo por la mirada amorosa, tierna, llena de humor que era la única que le hacía sentirse completa.

Cada vez que lo observaba, temía que, a pesar de la distancia que los separaba, él sintiese el calor de su mirada, percibiera lo inmenso de su necesidad, tan fuerte que debía de hacer vibrar el aire alrededor de Rufus, imaginaba Portia, como una corriente que fluyese desde ella hacia él en olas cada vez más fuertes. En ocasiones, le parecía imposible que él no sintiera su presencia con cada aliento. Sin embargo, él no volvió la vista ni una sola vez en dirección a ella, y el miedo de enfrentarlo, el terror de que él la rechazara otra vez la llevaban a demorarse, a observar desde lejos, a satisfacer su necesidad sólo con la vista.

En tanto aguardaba, temerosa, hacía planes y postergaba el momento de mostrarse a él, un nuevo temor, negro y frío se enredaba en su alma durante las horas de vigilia. Tendría que enfrentarse con él antes del amanecer, antes de la inminente batalla. De lo contrario, podría ser demasiado tarde.

Mientras se movía en medio de los racimos de hombres, siempre en la periferia de cada grupo, percibió el disgusto de los soldados que, hacía meses, no recibían su paga. Supo que los hombres comenzaban a encontrar inútil sacrificarse por una causa que tenía escasa o ninguna importancia para ellos. Y supo que Rufus experimentaría la misma preocupación que ella. Estos hombres no estaban con ánimo para luchar con todo su corazón. Dondequiera que mirasen, veían a sus jefes engalanados de cintas y encajes montados en sus magníficos caballos y no se sentían identificados con ellos, no les transmitían orgullo ni lealtad. No les daban motivo alguno para ofrendar sus vidas para que estos hombres pudiesen seguir con su vida de riqueza y privilegios.

Ahora, estaban acampados cerca del sitio que el príncipe Rupert y sus comandantes habían designado como el campo de batalla donde se conquistaría una victoria decisiva para el Rey. A pocos kilómetros al norte de York, Marston Moor era una lúgubre extensión de páramos donde dos ejércitos podrían maniobrar de acuerdo con la rígida formación de la batalla campal.

Había pasado la mitad de la tarde cuando Portia siguió a Will y a Rufus hasta el río que fluía en la base de un pequeño otero salpicado de árboles. La compañía Decatur había quedado preparando la comida en el campamento mientras el resto del ejército realista se hallaba a una breve jornada de marcha. Los estandartes de las fuerzas del Parlamento podían divisarse con ayuda de un anteojo; allí flameaban entre las tiendas, en la parte más alejada del páramo. En el campamento del Rey se vivía un ambiente tenso, y Portia se preguntó cómo se sentiría el enemigo mientras se preparaba para enfrentar la siniestra realidad que llegaría con el alba.

Will y Rufus no hablaban demasiado, al parecer, si bien Portia estaba demasiado lejos para oírlos si hubiesen estado hablando. Llegaron a la orilla del río y Portia se acercó con sigilo, agachándose tras un arbusto de acebo. Ahora sí estaba lo bastante cerca para oírlos, pero ellos no se dijeron nada; se quitaron la ropa y se metieron juntos en el río.

Portia observó, con placer sin cortapisas, los deleites de una voyeusse. Tenía la impresión de que hacía mucho tiempo que no veía a Rufus desnudo. Se preguntó si habría adelgazado. Le pareció que sus costillas se notaban más, su espalda era más magra. Pero su trasero era tan firme y de músculos tan flexibles como siempre, su cintura igual de estrecha, sus caderas, tan esbeltas como de costumbre. Sintió la agitación del deseo entre las piernas cuando él se dobló para salpicarse agua en la cara y sus nalgas se pusieron tensas y se ondularon los músculos de los muslos. Will también tenía un excelente cuerpo masculino, con la flexible delgadez de la juventud, pero no podía compararse con Rufus, con la potencia, la fuerza, la contenida autoridad que emanaba de su cuerpo.

Los dos nadaron unos diez minutos, disputando carreras a través del río, aunque a la observadora que los miraba desde la orilla le pareció que aquél era un ejercicio sin alegría. Era algo que los dos necesitaban, pero sólo por motivos mecánicos, prácticos. Cuando Rufus salió del agua y su cuerpo fue elevándose sobre la superficie a cada paso, el agua chorreando, Portia hizo un inventario de su persona, de todo aquello que tanto placer le había brindado, que la había llenado de un deleite tan trascendental.

Amó su vientre plano, los afilados huesos de sus caderas, el suave vello de su pecho amplio. Y adoró su ombligo. Su lengua imitó los movimientos que había hecho cuando sorbió vino de ese maravilloso hueco, hundiendo su lengua, acariciándolo con ella, haciéndole cosquillas. Él se retorcía al contacto de su lengua, sus muslos se ponían tensos, los músculos de su estómago se contraían. Aún podía sentir en su lengua el sabor salado de la punta de su pene, podía sentir la dureza de los músculos cuando se lo metía dentro de la boca, enroscando su lengua alrededor de él.

Allí oculta, agazapada tras el arbusto de acebo, Portia observó cómo se secaba Rufus, distraído, con su camisa y se sintió invadida por un incontrolable ramalazo de deseo, al punto que le temblaron las manos, se le aflojaron las rodillas y tuvo que sentarse sobre el musgo húmedo que cubría el suelo, donde el sol no llegaba casi nunca.

Will salió del agua chapoteando, de una manera mucho más ruidosa que su primo, y se tendió sobre la hierba. Su voz llegó con claridad hasta Portia.

-Si eres tan pesimista con respecto al resultado de la batalla de mañana, ¿por qué participarás en ella, Rufus?

Hubo un momento de silencio, y luego Rufus replicó:

-Por dos motivos: me he comprometido, yo y mis hombres, con la causa del Rey y, al menos en esta batalla, me atendré a mi compromiso... - Hizo una pausa y luego añadió- : Liberaré a todo hombre de Decatur de la lealtad que le debe a mi estandarte, si prefiere no arriesgar su vida.

-Tú sabes que nadie hará semejante cosa - objetó Will con cierta vehemencia- . Ellos serían capaces de dar su vida por ti.

-Sí pero, ¿por qué darían su vida por una causa perdida? - replicó Rufus encogiéndose de hombros- . En ambos bandos debe de haber hombres que sientan lo mismo.

-¿Y el segundo motivo? - quiso saber Will.

Rufus habló sin expresión:

-Quiero encontrarme con Cato Granville en medio de la lucha.

-Y si lo matas, te sentirás feliz - dijo Will, pero no hubo interrogación en su tono.

Rufus se acostó sobre la hierba con las manos unidas bajo la cabeza.

-Habré cumplido con mi deber.

-¿Cumplido con tu deber? ¿Sólo eso? - preguntó Will en tono incrédulo.

Rufus se volvió de costado y empujó con delicadeza a una hormiga hacia una hoja de hierba.

-Creo que he perdido mi capacidad de interesarme por algo, Will.

-¿A causa de Portia? - preguntó Will, vacilante.

Aunque el tema había sido tabú, él percibió que había recibido algo semejante a una invitación.

Rufus guardó silencio nuevamente. Luego, se sentó y tomó su camisa mojada.

-He llegado a una conclusión, Will: un hombre sólo puede entregarse una vez a una mujer, darle su corazón y su alma. Y si la entrega es despreciada, le queda muy poco interés por el futuro.

Se puso los pantalones.

-Vamos, es hora de que volvamos al campamento.

En su voz ya había un tono práctico, totalmente carente de emoción, que no invitaba a cuestionamientos.

Will captó la señal, se vistió también, y los dos regresaron caminando al campamento, en el mismo silencio en que habían llegado al río.

Portia permaneció acurrucada tras el arbusto largo rato antes de regresar, ella también, junto a las hogueras del campamento.

-Y bien, ¿qué piensa?

Cato bajó su anteojo y se volvió hacia el hombre que había hablado junto a él. Oliver Cromwell era un hombre robusto, de cabello revuelto y un aspecto general de desaliño. Llevaba el cuello sucio, el jubón manchado de grasa, el pelo adherido al cráneo.

-Aún quedan unas cuatro horas de luz - respondió Cato, pensativo- . Y, por las hogueras encendidas para cocinar, los sorprenderemos.

-Eso mismo - dijo Cromwell, frotándose las manos, satisfecho- . ¿Qué opina, Fairfax?

Lord Fairfax alzó la augusta nariz y olfateó el aire.

-Me parece que no es de un caballero - comentó- , caer sobre el enemigo cuando está reunido en torno al fuego, a punto de empezar a comer. Aunque eso nos dará una ventaja decisiva, sin duda.

-Así es; no se puede decir que la guerra sea un asunto de caballeros - repuso Cato.

Levantó de nuevo su anteojo y miró al otro lado del páramo, donde estaban las hogueras del enemigo. ¿Estaría Rufus Decatur entre los integrantes de la fuerza realista? Era probable; en ese caso, si los dos sobrevivían a los azares de la batalla, existía la posibilidad de que se encontrasen en el campo. Ese encuentro daría fin, de un modo u otro, al conflicto de los padres de ambos. Si él mismo moría ese día, ya fuese a manos de Decatur o en el campo de batalla, no quedarían herederos que perpetuasen el conflicto. Ésa no era una carga que cayera sobre los hombros de las hijas. Y, por el mismo motivo, Rufus Decatur no tenía herederos legítimos que cargasen con el peso de la venganza en nombre de la casa Rothbury.

Cato no tenía conciencia de que sus labios estaban fuertemente apretados cuando salió de su concentración para reanudar la conversación que se desarrollaba junto a él.

-Ellos deben de tener sus anteojos enfocados sobre nosotros, del mismo modo que nosotros los observamos a ellos - comentó lord Leven, y cerró la boca para poder pensar- . Ellos verán cualquier preparativo de ataque que se haga abiertamente.

Los ojos de Cromwell chisporrotearon de entusiasmo y, cuando habló con convicción y autoridad, sus oyentes supieron con certeza que había trazado hacía tiempo su plan de batalla.

-Si Fairfax conduce a su fuerza en un ataque por el flanco derecho, el bosque ocultará su avance, y si los escoceses atacan por el flanco izquierdo, a lo largo de los primeros cien metros, quedarán ocultos por aquella colina - dijo, señalando la pequeña elevación a la que aludía- . El cuerpo principal del ejército hará un ataque frontal en cuanto vosotros hayáis sorprendido al enemigo.

-Sí, de ese modo, ellos estarán demasiado concentrados en nosotros para advertir vuestra presencia - dijo lord Leven frotándose las manos y riendo entre dientes- . Yo calculo que, con las últimas luces del día, habremos ganado.

No era frecuente que el sombrío escocés adoptase una actitud tan optimista, sin embargo, los tres hombres sintieron un impulso de confianza mientras imaginaban cómo se transformaba en pánico y desorden la apacible escena de un ejército reunido en torno a sus hogueras cuando se producía un ataque inesperado y total.

-Adelante, pues.

Cromwell lo dijo en tono decidido y, tras un breve apretón de manos, los cuatro se separaron para ocuparse de sus respectivos arreglos.

Portia estaba en cuclillas junto a una hoguera, comiendo una salchicha ensartada en su daga, mientras jugaba a los dados con los hijos de dos granjeros de Cumbria, ambos aterrorizados ante la perspectiva de la batalla que se aproximaba pues era su bautismo de

fuego. La conversación despreocupada de Portia, sumada al hecho de que estaba ganando constantemente en el juego, contribuyó a que ellos apartaran la mente del miedo; eso hizo pensar a Portia que estaba ofreciendo un buen servicio a la comunidad, al mismo tiempo que forraba sus vacíos bolsillos.

La conversación que había captado entre Rufus y Will le provocaba, alternativamente, cimas de esperanza y abismos de desesperación. Rufus había dicho que la amaba. Pero también había hablado con cruda llaneza de la destrucción de ese amor. Y el tiempo estaba acabándose. Esa noche, ella tendría que encontrarse con él. Se prometió que terminaría esa partida e iría a verlo.

Los primeros sonidos confusos, gritos, disparos de fuego de mosquete, el batir de miles de cascos, el entrechocar de aceros llegó en el preciso momento en que ella estaba recogiendo un puñado de monedas acompañada por los vigorosos juramentos de sus compañeros de juegos. El grupo de hombres que estaba reunido alrededor del fuego se levantó de un salto, abandonando comida y jarros de cerveza y asiendo sus armas que estaban sobre la hierba junto a ellos. Se produjo un pandemonio en el que cientos de soldados corrían de un lado a otro como gallinas decapitadas, hasta que el sargento bramó pidiendo orden y entonces se detuvieron, mientras seguían oyéndose los ruidos del ataque desde atrás del pequeño grupo de árboles donde habían hecho su vivac.

Portia se escabulló entre los árboles sin ser vista. Ella no había ido a Marston Moor a pelear y morir en el campo de batalla, a exponer a su hijo, aún no nacido, a un peligro sin sentido. Descubrió que su mente pensaba con prístina claridad, su cuerpo se movía con fluidez en medio de los árboles a medida que se aproximaba al lugar de la lucha.

Para ella fue evidente que el ejército rebelde había lanzado un ataque sorpresa, y sus pensamientos estaban ahora concentrados, con mortífera precisión, en los hombres de Decatur. Ella sabía que habían hecho vivac en el flanco derecho de la línea y podía oír la ferocidad de la batalla que llegaba desde aquella dirección mientras enfilaba hacia esa posición.

Un caballo pasó sin jinete entre las malezas y un magnífico potro negro de pelea caracoleó ante ella. El oficial de caballería que lo montaba resplandecía de sedas y encajes, y trazó un floreo con su espada curva.

-¡Eh, tú! - Se levantó sobre los estribos, mientras su caballo avanzaba y retrocedía, sujeto a rienda corta- . ¿De qué batallón eres?

-Del de Decatur - respondió Portia.

-Entonces, ¿por qué no estás con ellos?

Su espada trazó un amplio arco en el aire que habría cortado a Portia en dos si ella no hubiese retrocedido de un salto. El rostro del militar estaba enrojecido de furia y de pánico y sus ojos, inyectados en sangre y salvajes.

-Estaba visitando otro vivac, señor - boqueó ella. El hombre la había tomado por un desertor- . Iba de regreso a mi compañía. ¿Qué sucede, señor?

-Vuelve con tu compañía. Tu sargento te dirá lo que necesitas saber.

Hizo girar a su caballo y se alejó galopando por entre los árboles.

Portia se encaramó a un roble, sintiendo que su sangre le golpeaba en los oídos, y que su boca se resecaba de miedo. No sentía miedo por sí misma. Después de haber trepado hasta la mitad del árbol, se acomodó en una curva del tronco, a horcajadas sobre una gruesa rama. Si apartaba la cortina de hojas que tenía delante podía tener una buena vista del páramo.

Al principio, no pudo entender qué estaba sucediendo. La escena era apocalíptica. No podía distinguir a los realistas de los rebeldes en medio del caos. El humo de los mosquetes y los cañones oscurecía sectores del campo y se despejaba de repente dejando ver el suelo sembrado de cuerpos de hombres y caballos que se retorcían. Los caballos sin jinete echaban a galopar a campo traviesa, presas del pánico, pisoteando a los muertos y a los heridos bajo sus cascos herrados; los infantes vagaban, aturdidos, en círculos entre los combatientes, buscando a sus compañeros, sin advertir que presentaban un blanco para los caballos al galope, y las espadas de la caballería que dispensaban la muerte desde arriba.

Portia, sumida en un trance de repulsión y espanto, observaba la batalla sintiendo que invadía sus narices el horrible olor de la sangre, perforaban sus oídos los gritos de los heridos, los gritos ebrios de sangre de los atacantes. Vio a un oficial realista, con la cara bañada en sangre, su gorguera de encaje desgarrada, su jubón de cuero rasgado desde el cuello a la cintura por una espada olvidada y, quizá, no advertida, que gritaba a un grupo de lanceros,

haciéndolos formar una línea. Ellos echaron a correr, con las lanzas en ristre, abalanzándose sobre una hilera de la infantería rebelde que, de inmediato, hizo una descarga de mosquetes; cuando el humo se disipó, vio los cadáveres de los lanceros que yacían sobre el suelo enrojecido como muñecos rotos y el cuerpo sin cabeza del oficial que los había conducido, a pocos metros, al frente de ellos.

Ahora, Portia ya podía diferenciar a los dos bandos opuestos. Y ahora veía, con horrible claridad, que el ejército realista estaba siendo superado por completo. De todos modos, eran superados en número y, al ser tomados por sorpresa, no tenían posibilidad de rehacerse, ni de repeler el abrumador ataque de un número mayor de soldados.

Y Portia sólo podía ver una parte del campo de batalla, el sector donde estaban los hombres de Decatur. Desde su puesto de observación no podía distinguir a cada uno de ellos pero sabía que Rufus y sus hombres debían de estar allí, luchando en ese campo ensangrentado.

Y entonces vio el estandarte de Decatur, el águila orgullosa de la casa de Rothbury que se elevaba por encima de la carnicería. Quiso estar allí, en el campo, luchando con sus amigos y camaradas bajo ese estandarte. Había perdido la oportunidad de aclarar las cosas entre ellos antes de la batalla, y ahora, lo único que les quedaba era compartir este terrible peligro, de estar junto a su amado, junto al padre de su hijo por nacer. Y fue un deseo tan intenso que le pareció que iba a llevarla, como un viento fuerte, al centro de la batalla sin la menor participación de músculos y articulaciones.

Pero se quedó donde estaba, sobre la rama, su mano protectora apoyada en el vientre, sus ojos fijos en la carnicería, su corazón desbordante de un miedo indecible.

Rufus veía caer a los hombres a su alrededor. Vio caer a George, el hombre que tanto le había enseñado en lo que se refería al mando de los hombres, de las cuestiones básicas de la batalla, el que le había enseñado cómo enfrentar las duras realidades de la vida y a apropiarse de ellas, estando fuera de la ley.

Rufus se abrió paso a la fuerza en medio de ese caos rojo, el espantoso brillo de la muerte, para llegar junto al caído. Pero George estaba muerto, con los ojos vueltos hacia arriba, hacia el cielo anaranjado, mientras su estoico realismo y su plácida sabiduría se escapaba de él en la sangre que se coagulaba bajo su cabeza.

Rufus cerró los ojos de George y se enderezó lentamente. Ajax coceó, alzó la nariz al viento y puso los ojos en blanco. Rufus hizo girar a su caballo, de vuelta hacia la batalla. Vio que Paul, que portaba el estandarte Decatur, caía de su caballo abatido por un sablazo de un «Cabeza redonda», Ajax, azuzado por las espuelas, atravesó el cerco de hombres que rodeaban al caído.

Rufus se inclinó y levantó el estandarte que había caído de los dedos laxos de Paul. Ahora, Rufus sólo luchaba por la vida de los hombres que habían estado bajo el estandarte Decatur. Los hombres que habían compartido su vida de bandido, que habían tomado su lucha como propia. Él los había arrastrado a ella en persecución de sus propios fines, y les debía todo, tanto a los vivos como a los muertos: la victoria final de la casa de Rothbury.

Guió a su caballo hacia lo más denso de la lucha. Hirió a los enemigos del Rey que se interponían en su camino, participó en escaramuzas cada vez que se requería su ayuda, pero en ningún momento dejó de buscar. Un disparo de mosquete silbó junto a su oído, unas espadas relucieron tan cerca que sintió el viento que agitaba su cabello, pero él y Ajax siguieron avanzando por el lodo revuelto y la sangre del campo de batalla hasta que, por fin, Rufus vio el estandarte de la casa de Granville.

Vio a Cato, marqués de Granville, montando un potro tordo, arengando a sus hombres con grandes gritos de triunfo, levantándose sobre sus estribos mientras los exhortaba a dar la embestida final que derrotaría al ejército del Rey de una vez y para siempre.

-¡En este campo de Marston Moor se asegurarán los derechos de los agricultores honestos de Inglaterra!

La voz de Cato se elevó, vibrante, llena de convicción, y sus hombres respondieron con un rugido a la convocatoria. Se abalanzaron sobre las filas dispersas de las fuerzas realistas y, al mismo tiempo que el caballo de Cato avanzaba delante de ellos, Rufus Decatur guió a Ajax, cruzándolo directamente en la trayectoria del tordo.

Hubo un momento de confusión, pero pasó. A Cato se le aclaró la visión, pudo controlar a su caballo y los dos hombres se enfrentaron cara a cara, en medio del torbellino de muerte, que se esfumó en la distancia como los cencerros de las vacas en un campo de pasturas alpino.

-Muy bien, Decatur - dijo Cato en medio del silencio que los rodeaba, apartándolos del mundo como las espinosas zarzas que cubrieron el castillo de la Bella Durmiente.

-Granville.

Bastó con ese parco saludo. Rufus hizo girar a Ajax hacia un lado y se apartó de la refriega. Cato lo siguió. Ahora, los dos hombres estaban concentrados en la culminación del conflicto personal que había teñido su vida, sus decisiones, sus emociones desde la niñez.

Llegaron a una esquina tranquila del campo de batalla. Por tácito y mutuo consentimiento, tiraron de las riendas y desmontaron.

Rufus hincó el estandarte Decatur en el blando suelo y se quitó el yelmo y el peto. Cato se quitó la armadura y, cuando ambos estuvieron cubiertos sólo con los pantalones y el jubón de cuero, se volvieron y quedaron cara a cara.

-¿Espada? - preguntó Cato, casi indiferente- . ¿O espada y daga?

-No tiene importancia - dijo Rufus, con la misma remota cortesía.

Cato dijo:

-Sólo espada, entonces.

Sacó la daga cuya vaina colgaba de su cinturón y la arrojó al suelo, a unos metros de él. Rufus hizo lo mismo. Y luego, sacó la espada. Quedaron uno frente al otro.

Portia no sabía qué la movía cuando bajó de su puesto de observación. Había instintos y premoniciones que la controlaban, y ella no los discutía. Sólo entendía que la batalla estaba perdida para los soldados del Rey. Y no se trataba de una pérdida poco importante, de una pérdida que pudiera ser negociada sino de una aplastante derrota que acabaría con la causa del Rey en el Norte, si no en todo el país.

Pero también entendía que en alguna parte de ese ensangrentado campo encontraría a Rufus, vivo o muerto. Si estaba muerto, ella hallaría su cadáver. Era suyo. Sería todo cuanto a ella le quedaría. No había habido reconciliación, pero ella hallaría su cuerpo y haría las paces como pudiese. Él había sido su amor. Y ahora ella llevaba dentro de sí una parte de él.

Portia echó a andar sobre el campo de batalla de Marston Moor. La estrella vespertina se veía, aunque pálida. En poniente, el cielo se había puesto rojo. Anduvo entre los cadáveres, en medio de los heridos, entre pequeños grupos que aún peleaban, como si fuese un fantasma, invisible e intocable. No oía las quejas de los heridos, los gritos que pedían agua, los relinchos de los caballos caídos. No sentía el olor de la sangre, no percibía la tierra empapada bajo sus pies. Caminó hasta que vio el estandarte Decatur que se agitaba en el viento, cada vez más fuerte.

Oyó el choque de las espadas. En la quietud fantasmagórica del atardecer, al principio sólo se oía ese sonido. Después, Portia percibió el resuello, la respiración profunda, pesada de hombres que se esforzaban en algo. Oyó el ruido sordo de pies calzados con botas que se movían, decididos, sobre el suelo blando. Pero no oyó voces.

Del mismo modo instintivo en que había bajado del roble media hora antes, Portia avanzó hacia esos ruidos con pasos silenciosos, y su cuerpo iba deslizándose en la media luz del atardecer.

Vio a los dos hombres en su complicada danza de la muerte. Las espadas eran como peces de plata que se entrelazaban, bailaban, saltaban enmarcadas por la luz muriente. Sus cuerpos poderosos habían perdido fuerza y sustancia, en cierto modo, para la observadora, y se habían convertido en algo más parecido a espíritus que bailaban una danza, mortal pero bella.

Entonces, irrumpió la lucidez, haciendo pedazos el extraño trance en que Portia estaba sumida, arrojándola otra vez con fuerza explosiva al mundo de la realidad viviente. Y ella pudo ver lo bien emparejados que estaban y comprendió cómo debía terminar esta danza. Uno de ellos debía morir. O los dos.

En ese momento, Portia sintió que la invadía una ira tan feroz que eclipsó cualquier otro sentimiento. ¿Acaso no entendían cuánto se los amaba? ¿No entendían que muchas personas dependían de su fuerza, de su compasión, de su amor? ¿No comprendían cuánto debían a las

personas que los amaban y que dependían de ellos, y de cuyo amor y comprensión ellos, a su vez, dependían?

Metió la mano en su bota y sacó el cuchillo. Lo sostuvo con aplomo, con sus ojos entrecerrados, enfocados en las espadas idénticas. Los dos hombres no advirtieron su presencia en las sombras; no advertían nada que no estuviese relacionado con esta pelea. Portia, en cambio, sentía su cabeza lúcida como nunca la había sentido. Ella era un soldado planeando una intervención, y observó con frialdad, sin emoción, esperando el momento justo.

Y cuando ese momento llegó, ella lo supo. No vaciló. El cuchillo salió disparado de su mano chocando con la espada de Cato y provocando una explosión de chispas, en el preciso momento en que él atacaba debajo de la guardia de su rival. La espada de Cato resultó desviada y Portia se abalanzó hacia el espacio que había entre ambos hombres. Cayó de rodillas e inclinó la cabeza bajo las espadas en equilibrio.

Un silencio atónito envolvió a los tres. Rufus bajó la espada y dio un paso atrás. Cato hizo lo mismo. Portia levantó la cabeza.

Rufus arrojó su espada. Se inclinó, sujetó a Portia por las axilas y la obligó a ponerse de pie. Sin soltarla, la sacudió. La apoyó sobre sus pies, la tomó de los hombros y la sacudió hasta que ella creyó que su cabeza iba a rodar por los hombros.

-¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a hacer algo tan temerario, tan indeciblemente estúpido! - vociferó- . ¡Podría haberte matado!

La apretó contra su cuerpo, estrechándola en el cerco de sus brazos, dejando fluir su furia en torrencial elocuencia sobre la coronilla de Portia, al mismo tiempo que le acariciaba el pelo, le apretaba la nuca, la aferraba por los delgados hombros.

Portia forcejeó para soltarse pues su propia ira aún seguía creciendo. Sollozó de rabia y recordó su frustración y su intensa alegría al saber que Rufus la amaba. La sintió en sus manos, a pesar de su rudeza, y en su voz, a pesar del salvajismo de su tono. Pero no podía distinguir sus propias emociones, y siguió dominando en ella la cólera ante lo que había acabado al dar con ellos en ese lugar.

-¿Cómo pudiste hacer esto? - exclamó ella, soltándose por fin de los brazos de Rufus- . ¡Los dos!, ¿cómo pudisteis? ¿No ha habido suficiente muerte por hoy? - Se volvió hacia el atónito Cato, haciendo un ademán que lo abarcaba todo- . ¿Qué importancia tiene que vuestros padres se odiaran? ¿Qué peso puede tener en la balanza de vuestras vidas? ¿En la vida de vuestros hijos?

-Un minuto... - dijo Cato, alzando una mano en imperativo gesto, pidiendo silencio, pero a Portia ya nadie podría detenerla.

-¿Qué le sucederá a Olivia? - quiso saber ella- . Si usted muere en este enfrentamiento sin sentido con Rufus, ¿qué pasará con sus hijos? ¿Acaso creéis que a ellos les importa un comino lo que ha ocurrido hace treinta afios? Ellas quieren a su padre, ellas necesitan...

-¡Cierra la boca! - exclamó Cato, recuperando el sentido e interrumpiendo su discurso con tanta fuerza que, pese a la energía que le daba su convicción, Portia se detuvo en mitad de una frase- . ¡No permitiré que una mocosa me hable de ese modo! - dijo- . Por todos los diablos, ¿de dónde has salido tú?

-¿Qué importancia tiene eso? - replicó ella, haciendo un gesto desdeñoso con la mano al tiempo que se volvía hacia Rufus.

Sus ojos eran de fuego verde; su cabello ardía con energía propia; lo intenso de su necesidad de detener esa locura hacía vibrar todo su cuerpo.

-¿Qué me dices de los niños, Rufus? ¿Estás dispuesto a dejarlos huérfanos, como fuiste tú? ¿Exiliados sin casa ni familia? ¿Quiénes serán ellos? ¿Qué tendrán, después de que tú hayas entregado la vida por una estúpida venganza?

Ella lo miró a los ojos, vio cómo cobraban vida los demonios, pero los ignoró, se acercó a él y alzó la cara para poder dominar a esos demonios.

-¿Y qué me dices de este niño, Rufus? - preguntó, apoyando una mano en el vientre- . Yo no estoy dispuesta a tener un hijo sin padre.

Esa llana declaración quedó suspendida entre los dos. Cato dio un paso atrás, como si se apartase de algo donde no había sitio para él.

Rufus oyó las palabras de Portia. Vio la mano apoyada en el vientre. Y recordó a su madre en esa misma actitud, protegiendo al hijo sin padre que llevaba dentro de sí. Recordó a su hermana recién nacida azulada, cerosa, manchada de sangre.

-¿Mi hijo?

Su voz resonó extrañamente hueca, como si no pudiese captar la idea. Portia sólo percibió el signo de interrogación.

-¿De quién podría ser si no? - le espetó ella, sintiendo que se le cerraba la garganta- . ¿O acaso crees que he estado acostándome con toda la aldea Decatur?

Hubo un momento de silencio y pareció que los tres contenían el aliento en esa oscuridad que los encerraba.

Hasta que Rufus dijo, en voz baja:

-Tal vez yo merezca muchas cosas, patito, pero eso no.

Portia se volvió de espaldas a él haciendo un gesto vago.

-¿Cuánto hace que lo sabes? - preguntó Rufus, apoyando una mano sobre el hombro de ella, pero sin obligarla a girar hacia él.

-Desde el sitio... o poco antes, creo. Pero, como no sé mucho de estas cuestiones, no estaba segura.

Se volvió a medias hacia él, aunque su voz seguía siendo tensa.

-¿Por qué no me lo dijiste, amor?

-Primero, no estaba segura, y después, tú no estabas demasiado receptivo - replicó, asombrada de no poder aplastar esa amargura. Se preguntó por qué, ahora que todo iba a arreglarse entre ellos, el dolor que había sufrido las dos semanas anteriores caía sobre ella abrumándola con una renovada pena que ella necesitaba superar- . Esa noche, no me habrías escuchado, ¿no es cierto? ¿Lo habrías hecho?

-No.

Ese monosílabo encerraba toda una vida de remordimientos. Rufus sintió un fuerte impulso de abrazarla, de aliviar la herida que reflejaba la crispación de su frente, de borrar la amargura que reflejaban sus ojos, de rogarle que lo perdonara, pero ella se mantenía alejada de él, rodeándose de agudas espinas de dolor y de ira que formaban un cerco protector a su alrededor.

-Yo fui al castillo porque quería... necesitaba... hablar con...

Portia calló, se pasó las manos por el pelo apartándolo de su frente. Su ira se había agotado y los muros protectores cayeron a sus pies, hechos polvo.

-¿Olivia?

Portia asintió. Rufus no encontró palabras con que expresar su pena, pero supo que ya podía abrazarla. La atrajo hacia él, aferrándole de nuevo la nuca con la mano del modo que ella conocía, y que le brindaba tanta paz y tanto contento.

-Perdóname- dijo, en voz ronca, sintiéndose culpable por lo que le había hecho en su ceguera y su amargura- . Yo no sabía qué era el amor hasta que te conocí.

Cato había permanecido a un lado, en silencio, escuchando sin moverse. Había muchas cosas que no entendía de qué modo sucedían entre estas dos personas y, sin embargo, la fuerza de las emociones que vinculaban a la hija de su hermano con Rufus Decatur era casi palpable. Envainó su espada, destruyendo la intensidad del momento con una serena pregunta:

-Decatur, ¿debo entender que mi sobrina está preñada con un hijo suyo?

-Así parece, Granville - respondió Decatur, posando su intensa mirada azul, un tanto burlona, sobre el marqués de Granville, por encima del brillante halo naranja que rodeaba la cabeza de Portia- . Yo diría que nos une algo más que la sangre derramada.

-Portia es digna hija de su padre - comentó Cato, sonriendo también con cierta ironía, encontrando con su mirada la del conde de Rothbury- . Y, tal como su padre, ha labrado su propio destino sin tener en cuenta formalidades ni costumbres. Me gustaría desearos felicidad, Decatur, pero dudo de que la acepte...

Se encogió de hombros y se quedó sin palabras.

-Mi padre no era un hombre amable. Él estaba convencido de que uno tenía que cumplir con su deber sin consideración a las emociones ni a los lazos sentimentales. Su padre se puso en contra del Rey... el mío aceptó un cometido que le confió el Rey para ejecutar la justicia en desmedro de su padre.

Cato lanzó una breve carcajada.

-En nuestras actuales circunstancias, parece una ironía. Mi padre no habría tenido escrúpulos en entregarme al verdugo por la postura que he adoptado ahora, en contra del Rey.

-Pero yo sé que cada soberano de ganancia proveniente de las propiedades Rothbury está contabilizado, desde la muerte de su padre. Le pido que lo crea. Yo no puedo deshacer el daño que mi padre pueda haber hecho al suyo, haya sido real o imaginario. Pero puedo olvidar el conflicto entre ellos en nombre de este niño por nacer, si usted también puede hacerlo.

Aunque su tono era seco, el sentimiento que expresaba era generoso. Rufus sintió a Portia moverse contra él. Sintió ondular su piel, sintió que aspiraba bruscas bocanadas de aire. Y entonces, por fin, comprendió que aquellos demonios que habían gobernado su vida no eran suyos sino de su padre, un hombre de temperamento impaciente y precipitado, pronto a ver la ofensa donde nadie había tenido intenciones de ofender, y pronto a sospechar traición.

Dos temperamentos inflexibles habían chocado treinta años antes, y ya no era necesario que los escombros de aquella colisión perturbasen la vida de sus hijos y de sus nietos. No sería fácil arrancar de sí aquellos aspectos de la vida de su padre que habían contribuido a generar la tragedia que causara tantas pérdidas y arruinara tantas vidas. Pero lo haría.

Rufus tomó la mano de Portia.

-Granville, ¿quiere usted dar a su sobrina en matrimonio al conde de Rothbury?

-No estoy seguro de que me corresponda hacerlo - respondió Cato sonriendo; su rostro se había transformado, ahora mostraba una expresión casi maliciosa. Tomó la mano libre de Portia- . Esta dama tiene voluntad propia. ¿Tú deseas esta unión, Portia?

-Sí.

Esa palabra fue más que suficiente.

Rufus sintió que ése era el momento hacia el cual lo habían conducido el resto de los momentos de su vida. Además, se sintió ligero como el aire.

-Entonces, lo haremos ahora - dijo, decidido- . Granville, ¿podría buscar un capellán?

-Una boda al son de los parches - dijo Cato, pensativo, sin abandonar esa sonrisa pícara- . Me suena bastante apropiado para una novia en pantalones - dijo, yendo hacia su caballo- . Estaré de vuelta dentro de media hora.

-¡No podemos casarnos aquí! - protestó Portia- . Yo no quiero ser una novia en pantalones.

-Mi querido patito, yo no estoy dispuesto a dejar pasar una hora más antes de dar un comienzo más correcto a esta trajinada unión - aseguró Rufus, en tono tan decidido como antes- . Por otra parte, tú siempre llevas pantalones; por lo tanto, no veo qué importancia puede tener lo que lleves ahora.

-Pero yo no estoy hecha de la madera necesaria para ser condesa - repuso Portia, sin saber por qué seguía interponiendo objeciones y no podía contenerse- . ¡Soy la hija ilegítima de un bastardo Granville! ¿Cómo podría convertirme en la condesa de Rothbury?

Rufus la hizo girar hacia él, le tomó la cara con ambas manos y la miró atentamente a la luz cada vez más tenue del anochecer.

-Portia, ¿qué tontería es ésta?

Ella se encogió de hombros.

-No sé. ¿Es una tontería, Rufus?

-Una redomada tontería - confirmó él- . Y será mucho mejor para los dos que nunca más vuelvas a permitírtela.

-Claro que, tú tampoco estás hecho de la madera de que se hacen los condes - observó Portia con súbita sonrisa.

-Muy cierto - dijo él, acariciándole la cara, recorriéndole con los dedos enguantados la curva del mentón; cuando volvió a hablar, su voz era suave e intensa- . Tú eres el aliento de la vida para mí, mi amor. No puedo soportar el recuerdo del daño que te he hecho, pero te juro que te honraré, te amaré y te cuidaré hasta el día en que me muera.

Más tarde, Portia respondió a aquellos votos con los suyos, bajo las instrucciones de un capellán un tanto desconcertado, a la luz titilante de una lámpara apoyada sobre un tambor dado vuelta. Ella sintió que la mano de Cato oprimía con firmeza sus dedos cuando entregó su mano a Decatur, y que Rufus la asía con la misma firmeza. Éste deslizó en su dedo su propio anillo de sello, con el águila de Rothbury grabada en el oro. El anillo se deslizó con holgura por su dedo largo y fino, y ella lo sujetó con el pulgar para no perderlo.

Su noche de bodas con Rufus transcurrió buscando a los hombres que habían luchado bajo la bandera Decatur; cuando rompió el alba, ella se quedó dormida sobre la silla de Ajax, sostenida por su esposo, mientras Will conducía a Penny como había sucedido antes, en una fría noche de invierno, cuando la causa del Rey todavía era fuerte.

Rufus condujo a su derrotada fuerza de regreso a la aldea Decatur; allí, en renovada e inexpresable gratitud, tomó a su novia, la poseyó y fue poseído, a su vez. Y cuando ella yacía sobre su pecho, en ese glorioso momento entre el sueño y el despertar, su piel humedecida por la pasión, su cuerpo laxo por la culminación, Rufus sintió una dicha y una certidumbre que nunca hubiese creído posibles.

Él sonrió en la oscuridad, apartando de la frente de su mujer unos rizos húmedos.

-¿Por qué sonríes con tanta petulancia? - murmuró Portia, acomodando su mejilla en la suave pelambre dorado rojiza del pecho de su marido.

-¿Cómo sabes que estoy sonriendo?

Él le acarició toda la espalda, estirando la mano para aferrar el trasero de ella.

-Puedo sentirlo en tu piel - respondió ella, besándole un pezón y pasando una de sus piernas sobre la de él, en un gesto que era, a la vez, lánguido e incitante- . Yo siempre sabré qué es lo que estás pensando.

-Eso debería aterrorizarme - dijo Rufus, deslizando una mano entre los muslos de ella- . Sin embargo, no sé por qué, no me asusta.

-Porque nunca volverás a tener pensamientos que no quieras que yo sepa - predijo Portia, lanzando una breve carcajada sensual.

Indolente, se movió contra la mano de él y su risa se ahondó.

## *Epílogo*

***Abadía de Caulfield, Uxbridge, Inglaterra, 1645***

-Bri... Brian está aquí - dijo Olivia, inclinando la cabeza oscura para susurrarlo.

-¿Dónde? - preguntó Phoebe, aminorando el paso.

-Detrás de nosotros - respondió Olivia, y la mano que apoyaba en el brazo de Phoebe se puso tensa- . Puedo sentir su mirada.

Portia miró por encima del hombro hacia el claustro del que acababan de salir.

-Oh, sí; ahí está - dijo, alegremente- . Apestoso hijo de puta.

Brian Morse estaba de pie en una puerta de arcada que daba al claustro. Estaba apoyado contra una columna de piedra, con los brazos cruzados, siguiendo con la vista a las tres jóvenes que caminaban enlazadas del brazo por el rectángulo de tersa hierba.

-¿Qué está haciendo aquí? - murmuró Olivia.

-Me imagino que lo mismo que los demás - repuso Portia, al tiempo que entraban en un círculo de rosales que había en el centro del rectángulo- . Lo más probable es que merodee en la periferia de las conversaciones de paz. No creo que esté desempeñando ningún papel importante.

-De todos modos, no puede vernos.

Phoebe se inclinó para oler una de las grandes rosas amarillas que trepaban por un enrejado, dentro del pequeño jardín. De pronto, saltó lanzando una breve exclamación de contrariedad y se lamió una gota de sangre que le salía de un dedo, donde la había pinchado una espina.

-Me he manchado el vestido con sangre.

Sacudió inútilmente el lugar donde su vestido de cotonía blanca se había manchado de sangre.

-La mancha quedará - dijo Portia, sin contribuir demasiado a tranquilizarla, y poniéndose de puntillas para mirar por encima de los arbustos- . Ahí están Rufus y tu padre, Olivia. En el claustro de enfrente. - Frunció el entrecejo- . ¿Quién es ése que va con ellos?

Olivia, que era ahora tan alta como Portia, miró al otro lado. Phoebe, un poco más baja, tuvo que saltar para ver.

-Es el Rey - dijo Phoebe, reverente y admirada.

Su viaje a la corte del Rey, en Oxford, le había dado cierta familiaridad con el soberano que las otras no tenían.

-Vamos a saludarlos - propuso Portia, mojándose los dedos con saliva y alisándose las cejas- ¿Mi sombrero está derecho?

-No podemos sa... salir a su encuentro, simplemente - protestó Olivia- . Están en medio de una conversación privada. No sería correcto.

-Mi esposo lleva en brazos a mi hija, por si no lo has notado - repuso Portia con dulzura, acomodando el ancha ala de su sombrero de paja- . Si eso no es contrario a las convenciones, no sé qué pueda serIo.

-Eso es verdad - coincidió Phoebe.

Ella estaba muy impresionada por la escena. Rufus Decatur estaba absorto en una conversación con el rey Charles y con el marqués de Granville. Durante esos agitados días de las conversaciones de paz, no era infrecuente que se desarrollaran este tipo de conversaciones, salvo por el detalle de que él llevaba en el hueco de su brazo a un recién nacido. Una niña de ojos verdes, mejillas redondas, una salpicadura de pecas sobre el puente de la nariz y un suave y aterciopelado racimo de rizos rubio rojizos. La niña se chupaba el pulgar y gorgoteaba; la otra mano estaba metida entre los cabellos de su padre. El conde de Rothbury parecía estar a sus anchas, sin la menor conciencia de lo extraño que resultaba verlo en esa actitud.

-Voy a ser presentada al Rey - afirmó Portia.

Ella dedicó una traviesa sonrisa a sus amigas, más discretas, y salió del refugio de los rosales.

Brian Morse se apartó de la arcada al ver que la condesa de Rothbury cruzaba el prado en dirección a los tres hombres. Su boca esbozó una mueca, sus ojillos de guijarro se

endurecieron. La hija ilegítima de Jack Worth había conseguido ser aceptada en la sociedad legítima. Al parecer, a nadie le importaba que su marido hubiese sido uno de los más famosos bribones del país, un simple ladrón y bandolero, hijo de un traidor convicto. El conde de Rothbury había encontrado el modo de forjar un lugar de influencia en ambos bandos, en estas negociaciones de paz. Y su consorte, esa mujer bastarda flaca y pecosa, sin hacer el menor esfuerzo para adaptarse, era vista apenas como una encantadora excéntrica.

Pero Brian no había terminado con lady Rothbury... más aún: ni siquiera había empezado. Con ella y con esa chiquilla de Olivia. La mirada de sus ojos fríos pasó a su padrastro. Ése también era un hueso. Cato había sido responsable de lo que había envenenado a Brian en aquella espantosa visita. Granville había tenido necesidad de librarse de un partidario realista, no podía albergarlo bajo su techo, y había elegido una manera maliciosa y humillante de lograrlo. Y Brian no tenía intenciones de olvidarlo.

Giró sobre sus talones y entró de nuevo en la fresca penumbra de la capilla de la abadía.

Portia se acercó a los tres hombres con su habitual andar. La sonrisa que siempre le provocaba el ver a Rufus tironeó de las comisuras de su boca. Él no había cambiado mucho después de haber recuperado sus derechos de nacimiento. Seguía llevando la ropa práctica del hombre que trabaja; seguía usando el pelo corto, en contraste con las flotantes melenas del Rey y de sus caballeros. No tenía tiempo para las formalidades y las dilaciones que se realizaban bajo pretexto del protocolo cortesano, y sus modales solían ser bruscos, en el límite de la descortesía. A juzgar por la expresión un tanto distante del Rey, Portia supuso que Rufus debía de estar transmitiendo alguna de sus inflexibles verdades al terco y acosado soberano.

Los tres hombres se volvieron hacia Portia cuando ella se acercó. La condesa hizo una profunda reverencia al Rey, mientras Rufus la presentaba. Charles la saludó con un murmullo, aunque era evidente que estaba disgustado por algo. Rufus, por su parte, permanecía imperturbable. La niña echó a reír, alegre, al ver a su madre y le tendió los braros en ansiosa exigencia.

-Oh, veleidosa Eve - dijo Rufus, en tono de reproche, al tiempo que entregaba la niña a Portia.

Ella estampó un beso en la regordeta mejilla de Eve y la niña rió con deleite, asiendo un mechón de cabello de su madre.

-Yo seguiré hablando con mis consejeros - dijo Charles con innegable altivez- . Rothbury, Granville, lady Rothbury, os deseo buenos días.

Inclinó la cabeza y se alejó, mientras los hombres y Portia le hacían reverencias a sus espaldas.

-Yo creía que vosotros erais sus consejeros - comentó Portia, frunciendo su entrecejo.

-Eso sólo ocurre cuando damos a Su Majestad el consejo que él desea oír - repuso Rufus con sonrisa irónica.

Cato sacudió la cabeza, en una insólita actitud de distracción.

-Portia, ¿sabes dónde están Olivia y Phoebe? Tenemos que regresar a Cliveden; acabo de recibir la noticia de que Diana ha empeorado.

-Lamento saberlo - dijo Portia, sincera.

Si bien no le agradaba esa mujer, tampoco le deseaba ningún mal. Hacía tres semanas que Diana estaba enferma y se había quedado en la casa de Cato, en las afueras de Londres, mientras su hijastra y su hermana acompañaban a Cato en su viaje a Uxbridge, donde se desarrollaban las conversaciones de paz en un ambiente que todos trataban de que fuese festivo. Sin embargo, las cosas no marchaban de acuerdo con los planes de nadie.

Cato se tironeó la barbilla.

-La hemorragia no da señales de detenerse. El médico dice que ella está debilitándose mucho.

-Olivia y Phoebe están en la rosaleda - dijo Portia, señalando el centro del cuadrilátero- . No quisieron venir junto conmigo porque les pareció que podría ser una falta de respeto.

-Desde luego, a ti no te pareció que hubiese semejante impedimento para hacer notar tu presencia al Rey.

-Al contrario, me pareció que tenía el imperioso deber de librarte de Eve. En mi opinión, fue una terrible falta de respeto estar conversando con el Rey con la niña en brazos - afirmó Portia con aire altivo.

-Disculpadme...

Cato se alejó hacia la rosaleda, demasiado sumido en sus pensamientos como para prestar atención a las bromas que intercambiaban ellos.

Rufus tendió la mirada hacia el otro lado del cuadrilátero, al claustro que estaba del otro lado y ahora su mirada se había vuelto sombría.

-¿Has notado la presencia de un hombre que estaba parado allí, hace unos momentos?

-Oh, sí; era el Escarabajo Estercolero.

Portia tomó uno de los puños de Eve, llenos de hoyuelos, le chupó los dedos y la niña lanzó chillidos de placer.

-Sigo sin saber - dijo Rufus, y su ceño se hizo más profundo.

-Brian Morse, el hijastro de Cato - aclaró Portia- . Por algún motivo, es el enemigo de Olivia, aunque ella no sabe muy bien qué le espanta de él. Él imita su tartamudeo y la provoca. Es un ser repugnante - dijo, sonriendo al recordar- . Nosotras hicimos que su partida del castillo Granville fuese precipitada y un tanto mortificante. Estoy segura de que nos guarda rencor.

-Entiendo.

Rufus se golpeteó los dientes con una uña, mientras reflexionaba. Había algo en la silenciosa observación a que estaba entregado ese hombre que lo había inquietado. Él, en persona, haría ciertas investigaciones sobre ese señor Morse. Luego, su mirada se despejó y observó a Portia con expresión intrigada.

-Quizá ya es hora de que vuelvas a ponerte los pantalones.

-Oh, ¿acaso no te gusta mi vestido? - preguntó ella, bajando la vista hacia su vestido de seda verde manzana- . Yo creía que era muy bonito.

-Ya lo creo que es bonito - dijo él- . Pero he descubierto que prefiero verte en pantalones.

La nota sensual que había percibido en la voz de su marido hizo brillar los ojos de Portia.

-No sería correcto que llevara pantalones en presencia del Rey.

-No, pero pronto no estaremos en presencia del Rey. Ya he hecho, aquí, todo lo que podía. El Rey es empecinado como un buey. No está dispuesto a hacer la paz en los términos que propone Cromwell.

-¿De modo que la guerra continuará?

-Supongo que sí - respondió Rufus, sacudiendo la cabeza con irritación- . Yo, por mi parte, ya he tenido suficiente. Tengo intenciones de pasar unos meses controlando la reconstrucción de mi casa, el proceso de civilización de mis hijos, y... - Se interrumpió y apretó con el pulgar la boca de ella- . Y amando a la rebelde que tengo por esposa.

Sus ojos, llenos de vida y de promesas, sostuvieron la mirada de los ojos verdes que contemplaba. Un estremecimiento recorrió la espalda de Portia mientras aguardaba, conteniendo la respiración, el beso con que él selIaría su promesa, esperando el momento en que el círculo encantado se cerrara alrededor de ellos, cuando el mundo se esfumara y ella volviera a confirmar la total certidumbre de que su vida, su alma y su corazón pertenecían a este hombre, del mismo modo que la vida, el alma y el corazón de él pertenecían a ella.